PABLO ALMA

LA NIÑA DEL CORAZÓN EN EL OJO



Índice

3 meses antes
Capítulo 0
Parte 1: Negación
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Parte 2: Ira
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Parte 3: Negociación
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Parte 4: Depresión
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Parte 5: Aceptación
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Referencias
Agradecimientos

LA NIÑA DEL CORAZÓN EN EL OJO

PABLO ALMA

Para Isabel,
mi último amor
que resultó
ser el primero.

Tres meses antes del funeral

Capítulo cero.

***Tres meses** antes del funeral*

Mi nombre es Bruno Madrid y ahora, a punto de enfilar el irremediable desgaste del cuerpo ante el paso del tiempo, me dispongo a cumplir una promesa que hice hace mucho.

Se dice que lo mejor del primer amor es la sensación de que será eterno, pero se dicen muchas tonterías.

Que nunca se olvida. Que es mágico y un torbellino de felicidad y enfados absurdos que te hacen ascender hasta lo más alto de la cadena sentimental. La realidad es que cuando tienes las hormonas a flor de piel y encima eres correspondido, no solo te crees el amo del universo, que también. Es que no te importaría ser un pardillo toda tu vida siempre y cuando lo fueras al lado de *esa* persona.

Emilia Lamoreaux fue el más bello de los anticiclones. Un imán tan fuerte que nadie pudo resistir su atracción. Nunca un rostro con facciones tan marcadas fue tan dulce como el suyo. Su ojo derecho, tierno y triste. Su ojo izquierdo, con una curiosa y pequeña mancha con forma de corazón, inquietante y atrevido. Los dos, color miel. Cada uno de sus movimientos era una foto. Si preguntáis por ella en nuestra localidad habrá gente que aún la recuerde.

Ella fue mi primer amor, pero también el último.

En la buhardilla donde un día monté mi pequeño refugio de escritor, embriagado de emoción, esta noche solo me acompaña el repicar de la lluvia contra el pequeño tragaluz ubicado al otro lado de mi nuca, frente a una pared azul pastel que parece llorar de emoción.

La historia que os voy a contar, como tantas otras, arranca una tarde cualquiera a principios de septiembre. Mientras un servidor teclea estas primeras palabras suena *La maison*, a secas, de *Françoise Hardy*, que me pone los pelos de punta. Qué rápido pasa una vida.

Al terminar el verano de hace cuarenta y nueve años perdí mi trabajo como redactor *pseudoimportante* en una revista que a nadie importaba. Les expliqué que estaba pasando una mala racha, que necesitaba ese trabajo. «Muchas gracias por tu interés, pero no», fue la respuesta.

Andaba algo ofuscado. Enmarañado. Asomado a una espiral auto-destructiva en la que dudaba si dejarme caer. Os juro que es como si me viera tirado en la cama, sopesando si lanzarme de cabeza a los infiernos o pedir ayuda a mi hermana mayor. Pensando en mi madre. Y en Emi. Siempre pensaba en Emi.

Encendí la televisión del apartamento de ciento veinte metros cuadrados que ya no podría pagar más y me senté en la cama para mirar por la ventana. Sin fijar la vista, me pregunté cómo había llegado a esa situación.

—… en la pequeña localidad costera del levante español tras, al parecer, una explosión fortuita en la embarcación. —Escuché que decía la presentadora. Giré la cabeza y me levanté para subir el volumen. En las imágenes, el Mediterráneo se mecía con lentitud.

—Así es. La policía está llevando a cabo las acciones pertinentes para aclarar este dramático suceso.

Un policía apareció entonces. Su rostro, compungido. Frente a él, una mesa y micrófonos.

Reconocí a aquel hombre de gesto tosco y arrugas aradas en la frente: era el padre de mi amigo Carolo. Decenas de preguntas se agolparon en mi cabeza cuando empezó a hablar.

—Los servicios de búsqueda llevan más de veintisiete horas intentando encontrarla, tenemos más de diez dispositivos rastreando el mar, pero la corriente durante los últimos dos días ha sido muy fuerte. La explosión probablemente se inició por la mezcla de algunos gases en el motor, pero la embarcación ha sido consumida por el fuego casi en su totalidad, lo que hace que no podamos confirmarlo con toda la rotundidad que nos gustaría.

Mostraron una imagen del marido de Emi, César, con lágrimas cayendo a ambos lados de su gran nariz. Su mano, temblorosa, tapaba el resto de la cara mientras una voz en *off* señalaba que la policía no perdía la esperanza.

—Desde aquí —decía el padre de Carolo, en otro momento recogido de la misma rueda de prensa— quiero hacer un llamamiento a la población y los medios de comunicación: no hay ninguna prueba de que fuera una explosión provocada y no se ha abierto ninguna investigación sobre el marido de la chica. Nosotros haremos nuestro trabajo. —Apretó las mandíbulas y llevó la mano hacia delante con un gesto firme —. Solo podemos decir a los familiares de Emilia que no pararemos hasta encontrarla. No pierdan la esperanza.

La presentadora volvió a tomar el control de la emisión.

—Desde aquí mandamos mucho ánimo a familiares y amigos de Emilia. —Una pausa. Eterna —. Esperemos que la encuentren pronto. En la actualidad económica, el Gobierno ha decretado…

Entonces recibí una llamada que, solo de recordarla, me hace un nudo en la garganta. Pero no junto al esófago, sino alrededor. Y me estrangula hasta dejarme sin aire. Descolgué sin mirar la pantalla.

—¿Bruno? Soy Nanette. —Escuché a la tía de Emi suspirar al otro lado.

—Sí.

—Emilia ha muerto —dijo de carrerilla.

Es difícil de explicar, pero creo que lo supe antes de que sonara mi teléfono. Antes de encender la televisión. Antes de verla, por primera vez, mudándose a la casa de al lado. Intenté rebatir tan firmes palabras.

—La están buscando. Lo acabo… lo acabo de ver en las noticias —dije, atravesando mi pelambrera con los dedos—. Han dicho que hay…

—Lo siento mucho, Brunito. Pero nos ha dejado.

En ese momento solo habían pasado cinco meses desde que Emi se había casado. Tres, desde la última vez que había ido a verla, tratando de arañar una última oportunidad. Se dice que lo mejor del primer amor es la sensación de que será eterno. Yo os puedo adelantar que lo peor es descubrir que no.

Que nada
ni nadie
lo es.

El duelo, ante una pérdida, se compone de cinco fases:

***Negación**, en un estado de incredulidad, confusión y aturdimiento.*
***Ira**, al asumir la pérdida, que se representa a través de rabia y hostilidad.*
***Negociación**, donde luchan la añoranza de lo perdido y un compromiso de recuperación.*
***Depresión**, inundando a la persona de sentimientos vacíos y un dolor profundo.*
***Aceptación**, entre tanto caos, mientras uno se adapta a su nueva realidad.*

On death and dying, 1969

Elisabeth Kübler Ross

«La mer a bercé

mon cœur

pour la vie».[1]

La mer, Charles Trenet

Capítulo uno

***El día** del funeral*

Habían pasado ocho años desde que me había mudado a la capital. Yo, que tanto había amado aquel pequeño pueblo, me desencanté por motivos ajenos a su paisaje.

No más de 21 000 habitantes disfrutaban de su preciosa arena y de su perfecto mar durante el invierno mientras se construían nuevos edificios que disfrutarían otros.

Grandes *resorts* diseñados para el disfrute efímero. En verano, las chanclas anglosajonas (con calcetines) se congregaban en el paseo marítimo, multiplicando por cuatro las almas de ese paraje. Supongo que ellos supieron ver el encanto de aquel lugar, del que casi todos los foráneos acabábamos soñando con salir. Sólo cuando estás más tiempo del que querrías a una distancia más grande de la que debieras, puedes apreciar de verdad los detalles que hacen de un lugar tan sencillo algo mágico.

Nos habíamos convertido en un pueblo costero turístico y eso nos hizo, en nuestra ya lejana adolescencia, sentirnos los reyes del lugar. Sus propietarios por derecho propio. Los que llevaban esas chanclas con calcetines habrían necesitado nacer mil veces para conocer como nosotros el peñón de 321 metros de altur que separaba las dos playas del municipio.

Tampoco sabían que contra todo pronóstico era en el *4V*, un sitio de cócteles del levante, donde servían el mejor salmorejo de España.

Ni que a una hora en bicicleta tenías la posibilidad de perderte por un bosque en la montaña que podía ser mágico.

Que los sábados por la mañana, si te pasabas por el restaurante frente al puerto local, se servían con el almuerzo y a mitad de precio las mejores olivas de la zona. Y, si tenías suerte, altramuces.

O que en toda la localidad había una sola cueva oculta frente al mar, que te regalaba el mejor atardecer del planeta.

Tal vez lo que ellos sí supieran, por contra, es que esas cosas no son eternas. Ir a Madrid fue la única manera que encontré de huir de mí mismo.

Tres meses después de recibir la llamada de Nanette habían declarado a Emilia fallecida. Finada. Muerta.

Hasta entonces yo había estado dos días sin salir de ese folio con muelles al que llamaba cama. Por resumir, era el catre del único estudio que pude costearme cuando me despidieron. El resto del tiempo mi prestación por desempleo me permitió sobrevivir a base de productos congelados y pedidos a domicilio del peor *kebab* de la ciudad. No volví a enchufar la televisión y pasé frío, ya que el invierno se acercaba y prefería cubrirme de mantas que pagar la calefacción.

Tuvo que ser mi amigo Tino el que viniera a llamar a mi timbre para comunicarme lo que todo el mundo sabía. Mi amigo Tino, tan leal como desconsiderado. Tan divertido como cargante. Mi amigo Tino, la peor persona para dar cualquier tipo de noticia.

—Me manda Inés —dijo—. Que no coges el teléfono. Y, si vas a ir, por lo menos que lo hagas vigilado.

Le cerré la puerta en las narices. Pensé que, tal vez, todo había sido un mal sueño. Y que, si

lo dejaba pasar lo suficiente, despertaría. Me castigué diciéndome que conmigo no habría ocurrido tantas veces que perdí la cuenta. Tino volvió a llamar al timbre.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté

—¿Pues no te he dicho que me envía Inés?

Claro. Cómo no.

—Estás hecho una mierda, tío —añadió, oteando la habitación—. Pareces la mujer de las palomas de *Solo en casa*. ¿Hace cuánto que no te duchas?

Tino me insistió en que hiciera una maleta y me pusiera algo decente. Yo insistí en llevar mi coche.

El trágico suceso, retransmitido desde los medios de la forma más sensacionalista posible, fue la comidilla del pueblo. El Estado decidió, como marcaba la ley en caso de naufragios, declarar de forma oficial el fallecimiento de Emilia tras noventa días de intensa búsqueda. Habían llenado la localidad de carteles, por si se hubiera desorientado.

También se organizaron equipos de búsqueda que rastrearon cada rincón de la playa, de los puertos, de la ciudad y del bosque. Otros tres equipos especializados rastrearon la zona del naufragio y sus alrededores. Pero todo fue en balde: su cuerpo no apareció: se determinó que fue un accidente y se cerró el caso. No había una sola prueba, argumento o indicio que sugiriese lo contrario, por mucho que la prensa se esforzara en apretar las tuercas a la Justicia y a las Fuerzas de Seguridad del Estado en pos de encontrar a un culpable y poder rentabilizar el suceso.

La tía de Emi, Nanette, me pidió que leyera durante las exequias, pero no creí que fuera lo más indicado y rechacé la propuesta.

Supe enseguida qué es lo que habría dicho, porque no había existido un solo minuto en el que no me hubiera arrepentido de no haber enviado esas palabras a Emi, respondiendo a su última pregunta. Como un martillo percutor, mi cerebro me mostraba su cara el día que nos despedimos por última vez mientras que las palabras que me dijo retumbaban en mi oído interno: *au revoir*. Quién sabe qué habría pasado si cuando intenté que no se casara con el hombre equivocado ella me hubiera hecho caso o si, después, yo le hubiera entregado esa carta que respondía a su pregunta.

Al llegar a la capilla me sentí más fuera de lugar que nunca. Vestido de traje negro, con corbata a juego, me senté en uno de los últimos bancos. Recuerdo que pensé que eso era mucho más lejos de lo que me correspondía.

Observé los frescos en la bóveda, algo gastados, en los que salía Jesucristo perdonando a María Magdalena. El interior de la nave estaba dominado por tonos ocres, tanto en los mármoles como en la pintura. Debajo de la pequeña bóveda estaba César, el pobre viudo, junto al altar. Estrechaba las manos de quienes se acercaban. Me dije que él estaba mucho más cerca de lo que en realidad le correspondía.

Pude ver a un hombre, de bigote y brazos largos, estatura media y pelo roto, intentar estrecharle la mano, pero César lo esquivó. Su gesto, marcado por las arrugas de alguien a las puertas de los sesenta, pareció ser el de un hombre al que hieren el orgullo. Era el jefe de Emi y, tal y como habían dicho en las noticias, dueño del barco en el que todo había ocurrido. Ella, con todo lo que había sido, con todo su talento, acabó trabajando en una gris y triste sucursal bancaria para ese tipo. Pensar en ello, en ese momento, me quemó las entrañas más de lo que os podáis imaginar.

Cuando la misa empezó me quedé sin sitios a los que mirar sin sentirme culpable. ¿Tendría que haber aceptado la propuesta de Nanette y haber leído delante de toda esa gente (su viudo incluido) lo que jamás le llegué a contestar? ¿Les debía demostrar que en realidad nadie conocía

a Emi como yo? Coloqué la mano a la altura del corazón; sobre el escrito con lo que nunca dije, plegado mil veces, que llevaba en el bolsillo interior. La puerta hizo el ruido suficiente como para molestar al párroco y al girar la cabeza los vi: Tino, con gafas de sol, en diciembre y bajo un cielo nublado. El nudo de la corbata, a un kilómetro del cuello. Alfonso, detrás, haciendo amagos de echar el bazo por la boca.

De lejos escuché a César, el viudo de Emi, terminar lo que sea que estuviera diciendo.

Al terminar el funeral esperé a que la gente se marchara para sentarme en las escaleras de la entrada. Tino se excusó diciendo que tenía que ir a recoger a su novia. Alfonso me dio un abrazo, para meter en mi nariz el dulce aroma de su sudor. Casi se me saltan las lágrimas al decirle que diera un beso a su esposa y a su hija de mi parte. Todos avanzaban en sus vidas menos yo. Busqué con la mirada, sin éxito, al único de mis amigos que no estaba: Carolo.

En el fondo de mi ser no asumía que Emi se hubiera ido para siempre. Y menos de aquella manera. ¿Por qué había ocurrido todo? ¿No volvería a escucharla cantar? ¿Reír? ¿A verla bailar? ¿A discutir con ella? Permanecí inmóvil, mirando el paisaje frente a la capilla. El aire frío me acarició y rompí a llorar de forma desconsolada. Intenté convencerme de que aquello no era más que una maldita broma de mal gusto, pero el marido de Emi se acercó para sacarme de mi ensoñación.

—Pero tú… ¿qué te crees que haces aquí? Levanta. Ahora mismo.

—Lo siento mucho, César —contesté, con la garganta seca y los ojos hinchados.

—Vamos, levanta. ¡Sé que viniste antes de la boda! ¡Lo sé todo! ¿Y ahora vienes a su funeral? ¡Levanta!

—Lo siento, de verdad —repetí, casi en automático.

—Maldito cobarde. —Me agarró de la solapa del abrigo. No moví ni un músculo de la cara, pero recuerdo haber esperado un golpe que jamás llegó.

—Suelta. No seas idiota —intervino Nanette, con su marcado acento francés.

Giré mi tronco para observar la ridícula escena: un hombre de más de un metro ochenta enfrentándose a una mujer a la que sacaba más de veinticinco centímetros. No le culpaba. Yo también estaría desquiciado.

—Déjanos en paz —respondió él—. Sé que tú tienes algo que ver con todo esto.

—Que yo sepa, hasta ahora la policía te ha visitado a ti más que a nadie —remató Nanette, que se sentó junto a mí—. Es duro para todos. Nadie tiene la culpa.

—Te recomiendo que te vayas —me dijo César al soltarme. Se pasó la mano por la cara y emprendió el camino hacia su coche—. Ya no pintas nada aquí.

La tía de Emi solía llevar su gris, largo y grueso pelo recogido en una larga trenza hasta donde comienza el trasero. Aquel día su estilo, basado en ropas anchas y floridas, se había tornado a lo negruzco. Sus anillos de madera y los colgantes que abrazaban su cuello estuvieron cerca de distraer mi mente por unos segundos.

—*Ça va?* —preguntó, para después ofrecerme una lata de cerveza abierta. Tras un segundo de duda la acepté e intenté sonreír—. Es una pena que no hayas leído algo. Emi me había dicho que siempre habías querido ser escritor.

—Soy periodista…. Bueno, era. En cualquier caso, creí que no era lo más conveniente.

Me repetí que ojalá hubiera sido tan valiente como para decirle todo lo que me guardé a ella. Tal vez todo habría sido distinto. Para ser honestos, había pensado que otra oportunidad me llegaría, como tantas a lo largo de los años: estaba convencido de que todo se arreglaría de alguna manera.

—Deberías escribir un libro. Sobre vosotros.

—Eso prometí. Puede que algún día lo haga.

Acto seguido, comencé a llorar sin remedio. Otra vez.

—Os queríais de verdad —dijo la tía de Emi, que me ofreció un pañuelo de papel—. Incluso después de tantos años, de tantas cosas… la sigues queriendo. No como ese *psychologue connard.*

—¿Y eso qué significa? —Intenté reír sin dejar de llorar.

—¡César! El *psicologó* gilipollas.

Hice una mueca que se transformó en un divertido quejido cuando me enjugaba las lágrimas. Pocas veces en mi vida me he sentido tan frágil, delicado y pequeño.

—Me alegra que al final vinieras —dijo ella, de forma repentina.

—No lo entiendo. ¿Cómo ha podido pasar? No me encaja. No lo entiendo.

—Bueno, con Emi las cosas nunca encajaban del todo. —Se sacudió el pantalón de tela.

—¿Dónde está la *Evita*?

—Discutimos y se marchó una semana antes de que pasara todo esto. Me dio de lado y jamás volverá. *Au revoir.* —Se encogió de hombros.

—Lo siento, estará siendo el doble de duro para ti. —No tardé ni cinco segundos en volver a la carga—. Nanette, estoy tan… enfadado con Emi. No me cabe en la cabeza. ¿Por qué se fue en barco ella sola? ¿Y cómo explotó en medio del mar? ¿Lo provocó ella?

Nanette me puso una mano sobre el hombro antes de levantarse.

—La vida es así.

—¿Por qué le has dicho a César lo de la policía?

—Quédate unos días, hablaremos.

—Tengo que volver a la capital a buscar trabajo —pensé de nuevo en voz alta—. Retomar mi vida.

—*Mon Dieu!* —exclamó—. Llevas años trabajando como un *chien*. No pasará nada si retrasas tu búsqueda. Y además quiero enseñarte algo. Ven a mi casa un día de estos, Bruno.

—Lo haré.

Y se fue, abandonándome junto a su lata de cerveza vacía. Después de un rato, al levantarme, vi que Tino se aproximaba con paso lento y las gafas de sol en la coronilla.

—¿Ya has terminado de llorar?

—Hace un rato largo, en realidad.

—Bueno —dijo antes de azotarme en el brazo—. ¿Vamos al *4V* a tomar algo? Te vendrá bien.

—No, no… Tengo que ir a casa de mi hermana. Necesito descansar. Tal vez mañana.

Pensé en aquel pueblo costero cuando sólo se llenaba en vacaciones y todas las casas tenían menos de tres pisos. Me parece que todo eso le sucedió a otro, en otra vida, pero si cierro los ojos aún percibo el olor a cruasanes de mantequilla y pescado de las calles a primera hora de la mañana.

—Tu hermana puede esperar —dijo él, al rodearme con su corto pero ancho brazo y tirar de mí con fuerza—. Y todos sabemos que mañana habrás desaparecido. Venga, por los viejos tiempos.

—No tengo ganas —insistí, apartándome—. De verdad, necesito descansar.

—Joder, Bruno. Lo muerto, muerto está.

Ni siquiera le contesté. «No puede estarlo», me engañé, dándome la vuelta.

—Perdón. —Tino saltó frente a mí—. Perdón, ¿vale? Ya sabes que tengo menos tacto que un urólogo con manoplas. Al menos déjame acompañarte.

A tres manzanas de la capilla nos topamos con la que había sido mi casa. Paré la marcha y me pregunté cómo sería la familia que ya vivía allí desde hacía un tiempo. Todo era igual, pero distinto. Supe que lo que más había cambiado de aquel paisaje era yo. Una niña pelirroja abrió la puerta y salió corriendo hacia el pequeño jardín de la entrada, justo cuando el sol comenzaba a caer. ¿Y sabéis qué se me vino a la cabeza?

Que allí, veinticuatro años antes, había visto a Emilia Villa Lamoreaux por primera vez.

Capítulo dos

***24 años antes** del funeral*

Os pediré que perdonéis a este viejo si, en ocasiones, se extiende demasiado. Intentaré, a lo largo de las páginas, no exagerar ni salirme de los cercos de la realidad que conozco en el mejor orden que sé.

Es curioso lo nítidos que son algunos recuerdos. Veinticuatro años antes del funeral, para un niño como yo, lo único importante era jugar con mis amigos, sobrevivir a las perrerías de mi hermana y dibujar. Lo normal.

A mi madre no le preocupaba que volviera tarde; en un lugar como aquel todo el mundo conocía a todo el mundo. Todos los habitantes de la localidad éramos como una gran familia y cualquier comerciante de la zona sabía recitar de memoria el nombre de todos los que pisaban su tienda.

Yo, huérfano de padre desde que me alcanza la memoria, no tenía ninguna referencia masculina. Supongo que por eso se me permitía el dormir con tanta frecuencia en casa de Carolo. Y, viéndolo con cierta perspectiva, tal vez fuera porque dos hijos eran demasiados para una mujer viuda que trabajaba a jornada completa.

Mamá malgastaba sus horas en el Departamento de Marketing de una multinacional de seguros y todos los días tenía que ir y volver a la ciudad más próxima; en total eran casi tres horas de coche. Jamás la escuché rechistar por tener que cargar con todo el peso de una familia ella sola. Y lo hizo de maravilla, hasta que dejó de existir. Y hasta entonces, claro está, también fuimos vecinos de Nanette.

Mi madre decía que nuestra vecina era una *hippie* y, con el paso del tiempo, entendí algunos de sus comentarios.

—Esa mujer fuma demasiados cigarros de la risa.

Yo no comprendía por qué mi madre (fumadora empedernida) no compraba cigarros que la hicieran reír más. Mi hermana me contó que antes de que nuestro padre muriera siempre estaba riendo, pero ahora, que tengo una edad más que avanzada, me consuela pensar que su felicidad había evolucionado y que eran otras cosas las que la hacían feliz. En las noches de tormenta los dos nos acurrucábamos con ella para ver películas antiguas y yo la escuchaba resoplar paz. Aquello me fascinaba.

Recuerdo estar jugando en la cama cuando, desde la ventana de mi cuarto, en la segunda planta de la casa, vi a una niña rubia de pelo rizado y pecas en la cara bajar de un coche junto a Nanette. Recuerdo haber pensado que sus bucles, rubios e infinitos, iluminaban al sol y no al revés. Tras las cortinas la observé escudriñar aquel entorno, como si fuera una jaula, mientras nuestra vecina francesa sacaba maletas del viejo Ford que apenas usaba, aparcado junto a la ranchera de su amiga Evita.

—Por lo visto sus padres han muerto. Algunos dicen que en un accidente de avioneta —dijo Inés—. Otros, que los atacó un cocodrilo.

Yo, que no decía nada, la observé con curiosidad y atención. La niña no me pareció tan triste como para haber perdido a sus padres. En aquel momento sus ojos claros se clavaron en los míos y viré sobre mí mismo para esconderme, con la respiración agitada.

—¿Qué te pasa, Brunito? ¿Te da miedo la nueva vecina? —preguntó mi hermana cuando la vergüenza me teñía la cara.

—A Bruno le gusta la nueva.

—¿De verdad? —preguntó mi madre mientras soltaba una de las cazuelas en el fuego y giraba su cuerpo hasta una tabla donde cortaba algo de verdura.

Era magistral. Una coordinación hipnótica. Esa escena era bastante habitual en mi casa cada domingo. Cocinaba para toda la semana durante un día entero. A veces, a mí me dejaban cortar el ajo y la cebolla. Los tomates no eran mi especialidad, pero en aquel momento tenía la cara tan roja como uno de ellos

—¿Y por qué no la invitas a jugar? —me preguntó, intentando apartar con un soplido el mechón que le caía en la cara y, al mismo tiempo, secarse el sudor de la frente con el antebrazo.

—Porque Inés me ha dicho que si voy me echará una maldición y que entonces nosotros también seremos huérfanos.

A mamá se le hinchó la vena tras las arrugas de la frente. Eso nunca era buena señal. Clavó el cuchillo que tenía en la mano en la tabla de madera y se dio la vuelta secándose las manos en el delantal, lleno de manchas de otras guerras.

—¿Pero tú de qué vas? —preguntó a la adolescente—. ¿Cómo le has podido decir algo tan terrible?

—Mamá, sólo era una broma —respondió Inés en un tono repipi y poniendo los ojos en blanco. Yo, por costumbre, bajé la cabeza avergonzado—. No hay que tomársela tan a la tremenda.

—A la tremenda te vas a tomar el castigo de un mes encerrada que te acaba de caer —dijo, poniendo el brazo en jarra.

—Pero, mamá, yo… —intentó decir Inés.

—No hay más que hablar. A vuestra habitación. Y si queréis hacer algo, podéis leer o estudiar.

—¡Pero, mamá! La fiesta de…

—¡El castigo ya va por cinco semanas! ¿Quieres seguir engordando la cuenta?

Inés pegó una patada contra el suelo y se dio la vuelta para subir corriendo las escaleras de casa. Cuando por fin hubo subido, vi como mamá arrancaba el cuchillo con cuidado de la tabla y apagaba el fuego.

—No sé qué he hecho yo para merecer esto —dijo, con melancolía, antes de resoplar.

Era la época en la que yo pasaba increíbles fines de semana con Carolo y sus padres en su casa. Tenían un jardín mucho más grande que el nuestro y, lo que era mejor, una piscina. Uno de los fines de semana que coincidían con el castigo de mi hermana, mi madre tenía que viajar por trabajo y Carolo y su padre se habían tenido que ir a una boda del primo del primo del primo de su madre, o algo parecido.

—Te vas a quedar a su cargo. —Pude ver que ordenaba mamá entre el hueco de las escaleras. Yo intenté ocultarme, agazapado en el piso de arriba—. Te recuerdo que aún te quedan dos semanas de castigo, por lo que más te vale no hacer nada si no quieres que te caigan dos semanas más. No se te ocurra llamar a ningún amigo y mucho menos le quites el ojo de encima a Bruno. Y como llegue a mis oídos —comenzó a decir, elevando el tono de voz— que le has dicho a tu hermano algún disparate más sobre la pobre criatura que ahora vive con las vecinas, te juro que te vas a enterar.

No habían pasado ni unas horas cuando, estando yo en el jardín sentado con la espalda

apoyada en los ladrillos e intentando dibujar una obra maestra, vi de reojo que la señora Lamoreaux se acercaba con aquella niña de pelo rizado. De fondo, Evita miraba con el ceño enarcado.

—¡*Salut*, Brunito! —exclamó, agarrando a la niña por el hombro.

—Hola, señora Lamoreaux.

Lancé una mirada furtiva a la chica y me levanté antes de que mis mejillas se pusieran coloradas. Su mirada, de bonita, era hipnótica. En uno de sus ojos tenía una manchita negra.

—Creo que no conoces a mi sobrina Emilia —dijo, empujándola con suavidad. Aquello le hizo dar un paso hacia delante.

—Hola, Emilia —respondí levantándome y sacudiéndome las manos en los vaqueros de rodilleras maltrechas. Odiaba aquellas rodilleras de dibujos que mi madre me cosía para no tirar los pantalones. Ella gruñó y puso los ojos en blanco.

—Os dejo un rato para que juguéis —dijo la mujer, que sonrió y levantó el dedo índice—. *Tu dois être gentil. D'accord?* —preguntó.

La niña no respondió.

—Me llamo Bruno.

—Ya lo he escuchado —contestó, dejándome sin armas.

—¿Y tú te llamas Emilia?

—Por desgracia.

—¿No te gusta tu nombre? —pregunté con inocencia.

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque no. No me gusta.

—Pero ¿por qué? —pregunté. A ella se le agotaba la paciencia.

Tras pensarlo durante unos segundos, la niña sacó un pequeño trozo de papel. Lo desdobló con cuidado mostrando el rostro de una mujer rubia, en blanco y negro.

—¿Quién es?

Ella puso los ojos en blanco.

—Es *Françoise Hardy* —dijo en un perfecto francés—. Quiero ser como ella. A lo mejor me pongo su nombre. Como mis padres me pusieron Emilia pero ellos ya no están, quizá ahora pueda elegir mi nombre.

—¿Tus padres eran franceses?

—Mi padre era español. Mi madre, francesa.

—¿Y a esa la conoces? —pregunté, para evitar hablar de sus padres, señalando la fotografía.

—Es la mejor cantante de la historia. ¿Cómo no la voy a conocer? ¿Cuántos años tienes?

—Siete —contesté.

—Yo también tengo siete años. —Observé cómo desmenuzaba nuestro pequeño jardín con la mirada—, pero tú no entiendes nada para tener siete años.

—Sí que…

—¿Qué pintas? —preguntó.

Yo me agaché para coger el dibujo y dárselo. No eran más que unos garabatos intentando representar a unos piratas que se alzaban contra una cabaña donde estábamos Carolo, Tino, Alfonso y yo. Tras observarlo durante unos segundos, Emi se agachó para coger el cuaderno y el lápiz y escribió algo en el papel.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Intenté quitárselo. Ella lo agarró con su otra mano más rápido que yo y lo alejó de mí, por detrás de su cuerpo. Me quejé.

—Todo es mejor con una historia —aclaró, al extenderlo hacia mí.

Había escrito encima de los tres monigotes mal dibujados una frase dentro de un bocadillo. Yo sonreí y, al momento, ocurrió algo que me descolocó del todo: un sonido gutural, tan raro como familiar, surgió de su garganta para mezclarse con el aire y explotar en una risa llena de colores que me fascinaron. Me pareció mágica y contagiosa. Y empecé a reír también.

Una voz a mi espalda me hizo cerrar la boca.

—¿Por qué no dejas de molestar a mi hermano?

—No estaba molestando —se quejó Emi, sin levantar la mirada del suelo.

—Devuelve el dibujo a Bruno y vete.

—Deberías escribir más en ellos —me dijo la niña antes de darse la vuelta.

—Sí, claro. Deberías ser escritor —se burló Inés—. ¡Todo un literato!

Corrí tras Emi y, justo cuando estaba a punto de entrar en casa de Nanette, grité.

—¡Eh! ¡*Françoise*! Toma, para ti.

Ella sonrió, plegó mi dibujo con cuidado y se lo guardó en el bolsillo trasero de sus *jeans* gastados.

—Aún no me llamo Françoise, pero gracias.

Después, cerró la puerta, dejándome atrás. Volví contrariado a mi casa y, en el rellano, Inés me agitó por el hombro.

—¿Por qué te gusta esa niña?

Yo, sin contestar, me fui directo a escribir historias en cada uno de mis dibujos.

Capítulo tres

***1 día después** del funeral*

Al día siguiente del funeral me desperté gracias al perro de Inés, un labrador de color chocolate al que había tenido la amabilidad de llamar Bruno.

Cuando lo adoptó y le puso mi nombre no supe si era un homenaje o un insulto. Intenté taparme con la almohada mientras el otro Bruno me lijaba el mentón. Inés y su marido presumían de vivir en segunda línea de playa, en un chalet pareado con piscina privada. Su calle siempre me había gustado: los jardines que separaban la acera del asfalto estaban cuidados y las margaritas (a las que siempre llamé emilitas) parecían estar por todas partes. Ambos tenían un buen puesto en la misma empresa de seguros en la que mamá había malgastado sus mejores años.

Inés subió la persiana del gran salón con vistas al jardín trasero dando por terminado mi descanso.

—¡Buenos días! —exclamó, con voz chillona.

Inés no era muy guapa, pero creo que todo el mundo la consideraba atractiva. La seguridad que tenía en sí misma era apabullante.

—Buenos días… —respondí, girando mi cuerpo en el sofá—. ¿Por qué madrugas tanto?

—Responsabilidad, hermanito. Tal vez deberías hacer lo mismo. El mundo no se queda quieto porque te quedes tumbado en el sofá. Toma —dijo, posando una taza sobre la mesa de centro que tenía enfrente—. Te he preparado un café como te gusta. Con leche fría. Y quiero que te animes. Sabes que tu hermana está aquí para lo que necesites, ¿verdad?

—¡Buenos días! —exclamó mi cuñado al aparecer en escena.

—Buenos días, Federico.

Siempre había pensado que Federico era mucho mejor nombre para un perro que el mío.

Me tomé el café.

Me di una ducha de más de treinta minutos.

Clavé mi mirada perdida en un azulejo de la pared.

Hice el amago de jugar con el otro Bruno, durante unos cincuenta segundos.

Comí lo que mi hermana había preparado con todo su amor, con desgana.

Y no dejé de pensar en Emi repitiéndome las palabras de su tía Nanette: «el psicologó gilipollas». No podía ser, él estaba enamorado. Emi me lo había dicho y sus lágrimas, retransmitidas por televisión, parecían sinceras.

Decidí que lo mejor para mí era salir de allí y tratar de encauzar mi vida cuanto antes. Volver a la ciudad, vender mi coche, buscar un trabajo decente y seguir hacia delante. Sentía cómo la pena se había agarrado a mis tobillos y tiraba de mí convirtiendo el suelo en una especie de arenas movedizas, hambrientas. No podía permitirlo. No quería caer en un agujero del que no pudiera salir, así que decidí ir a ver a Nanette la próxima vez que volviera porque cumplir con mi palabra entonces sólo serviría para abrir viejas heridas que jamás habían llegado a cicatrizar. Mi teléfono llevaba un rato vibrando cuando me di cuenta.

—Bruno.

—¿Carolo? —pregunté, emocionado—. ¡Carolo!

—Lo siento. No pude ir al funeral. Por trabajo. ¿Te puedo ver hoy?

—Si te digo la verdad, estaba pensando en volver a la ciudad esta misma mañana. —Miré de reojo mi maleta, aún sin deshacer.

—No puedes irte.

—Necesito salir de aquí cuanto antes. —Un silencio de unos segundos ocupó la línea—. Aún no me creo que todo esto sea verdad.

—No me voy a andar con rodeos —dijo. Le escuché suspirar tan rápido como hondo—. Tengo que contarte algo sobre Emi.

Carolo insistió en que debíamos ser discretos, por lo que me emplazó a cuatro kilómetros de la casa de mi hermana, casi en la sierra de la comarca. A última hora de la tarde me recreé en aquel paseo en coche de no más de quince minutos.

La humedad se metió en nuestras narices y supe que una tormenta se desataría en cualquier momento. La arboleda y las rocas formaban parte de uno de los grandes paisajes más olvidados de la localidad, en el que habíamos pasado momentos inolvidables en nuestra adolescencia. El olor a pino y a lluvia aproximándose se me metió hasta el tuétano. Fue el primer momento de felicidad real desde que vi a Emi por última vez.

Desde allí se podía ver el peñón, en miniatura, entre las dos playas. No había rastro de la cabaña que un día habíamos construido. El *refugio* donde nos habíamos creído inmortales.

Jamás pensamos que todo se desmoronaría por el simple paso del tiempo. No entendimos que este se presenta como un huracán discreto, que no avisa pero que vuela todo por los aires y te aleja sin que puedas agarrarte a nada para evitarlo. Visualicé a Emi con su guitarra en verano cantando sobre unos palés adornados con bombillas, observada con deseo, admiración y envidia. Y yo, mientras, me congratulaba de ser el único que compartía con ella *el-rincón-secreto*, a unos metros de allí. Me sentía henchido por ser el único que me había dado cuenta de que la pequeña mota de su ojo tenía en realidad la forma de un corazón. Ni se me pasaba por la cabeza, claro, que en realidad yo no sabía tanto de Emi como creía.

—Muchos recuerdos —dije, cuando por fin vi a mi amigo acercarse, con las gafas empañadas.

—Lo siento muchísimo.

Sus piernas seguían siendo largas y finas, al igual que el cuello, que dejaba entrever la que debiera ser una de las nueces más grandes del planeta. Nos fundimos en un abrazo fraternal y él superpuso el labio inferior al superior.

—Caminemos —añadió, poniéndome el brazo sobre el hombro más lejano.

Anduvimos en silencio durante más de diez minutos y yo apreté los puños en los bolsillos de mi abrigo largo.

—Tino y Alfonso vinieron ayer al funeral, aunque llegaron tarde.

—Ya —contestó Carolo, sin dejar de mirar al frente.

—¿Me vas a contar eso tan importante? —pregunté por fin, nervioso.

—Mi padre está muy mal, Bruno. La investigación de lo de Emi fue demasiado para sus úlceras y tiene la tensión por las nubes. Y mi madre, asustada por el infarto de hace dos años. Baja indefinida le han dado. Se va a jubilar.

—Vaya —contesté contrariado.

—Mi madre lo está pasando muy mal. —Negó con la cabeza—. Y ya conoces a mi padre.

Me lo imaginé sentado y refunfuñando, sin dejar de hacer aspavientos. «*¡Es mi trabajo! ¿No*

me vas a dejar ir? ¡Que soy policía! ¿Me vas a obligar a hacer el ridículo ante mis hombres?».

—Mi madre se pone muy seria, pero luego llora.

—Lo siento mucho.

—Cosas que pasan —contestó Carolo, encogiéndose de hombros.

—Siento todo lo que te está pasando, de verdad. —Me aparté un poco y frené el paso—. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Emi? ¿Por qué quieres alejarte para hablar de esto?

—Si resuelvo el caso de Emi, el puesto de mi padre será mío.

Me quedé en silencio durante unos segundos.

—No lo entiendo. —Negué con la cabeza—. Ya está resuelto. Dijeron que fue un accidente. Caso cerrado. —Hice una pausa en cada frase. No estaba preparado para que me cambiaran la realidad que aún no había asumido.

—Es el caso más importante en años, pero todos esos inútiles son incapaces de verlo. Y te necesito. Tenemos claro que Emi ha muerto y lo siento muchísimo por eso, ¿vale? —Debió de ver cómo se me humedecían los ojos, porque relajó el tono—. Pero sé que no fue un accidente. En el velero de su jefe, de noche…

—Le vi en el funeral. Todo eso salió en prensa y él declaró que se lo prestaba de vez en cuando.

—Hubo una explosión.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté desesperado.

—Es casi imposible que haya una explosión así en un barco así.

—Ve al grano, Carolo.

—Entre tú yo, ¿entiendes? —preguntó, conteniendo la respiración y estirando los brazos, con las palmas hacia abajo—. Encontramos todos los restos del barco. Pero no la lancha auxiliar ni el cuerpo. Lo normal es que las piezas hubieran aparecido y el cadáver hubiera acabado flotando. Es demasiado extraño como para que fuera cosa del azar. Simple.

—¿Quién iba a querer hacer daño a Emi? —pregunté en alto. Antes de que Carolo respondiera, ya sabía la respuesta. Volvió a mover su labio inferior sobre el superior y puso una sonrisilla que me tentó a cruzarle la cara.

—Emi era envidiada, deseada… Debía de ser complicado ser ella.

—¿Estás inventándote un caso para ganarte el puesto? No creo que esto sea…

—Su marido, César, estuvo de copas esa noche. Y así fue. Pero —hizo una pausa dramática — la cámara de su garaje dice que llegó a casa tres horas más tarde de lo que él recuerda. Más tarde de que vieran a Emi salir del puerto. Pero no hay ninguna prueba contra él. Es mi sospechoso número uno.

Yo tenía la cara desencajada y el alma jodida.

—Sé lo de tu trabajo —insistió—. Ayúdame a solucionar esto y tendrás el reportaje de tu vida. Acceso total a información policial.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Estamos locos? Es de Emi de quien hablamos.

—Por eso sé que nadie pondrá más interés en averiguar la verdad que tú.

—Yo no soy policía. —Me eché las manos a la cara—. Investigar. Yo. —Solté un bufido, entre incrédulo, nervioso y desesperado.

—Pero la querías. Y la conocías bien.

Me pasó la mano por la espalda.

—La quiero.

Nos miramos durante unos segundos.

—¿Recuerdas a Vidal Aponte? —preguntó Carolo. Era el hombre que, desde que tengo uso

de razón, vigilaba, gestionaba, limpiaba y alquilaba los barcos en el pequeño y viejo puerto de la localidad, alejado del famoso puerto deportivo. Asentí con la cabeza—. Estaba allí. Él vio la explosión. Nos confirmó que escuchó a Emilia, esa noche y de madrugada, discutir con alguien. Después el velero se alejó. No le pareció tampoco nada destacable y hacía frío, así que se quedó en su caseta. Dice que había dos personas más rondando por allí, pero que no vio nada. Hasta la explosión. ¿No tienes curiosidad?

—Esa no es la palabra —contesté, con un nudo en la garganta—. ¿Discutía con un hombre?

—No lo sabe. Alguien encapuchado de noche.

—Carolo, ¿a qué esperáis para arrestar a su marido? —pregunté, irritado—. Estaba celoso porque sabía que yo había ido a verla antes de la boda.

—Así que fuiste a verla —Carolo me miró.

—Eso ya no importa.

El mar parecía estar en calma. Me quede observando el horizonte, al que abrazaban las nubes. La primera gota me cayó en la nariz.

—No podemos arrestarle porque no hay ninguna prueba contra él.

—Nanette lo dijo a la salida del funeral —reflexioné, antes de elevar el tono de voz—. César me dijo que todo lo que había pasado era por mi culpa y ella dio a entender que él era el único sospechoso.

—Curioso —dijo Carolo, retomando el paso.

—¿Por qué?

Hinchó las fosas nasales antes de responder.

—Porque todo el mundo aquí sabe que durante los últimos meses algo pasó entre ellas. Nanette no fue a la boda y Evita la abandonó. Es curioso, Bruno, porque ella es mi sospechoso número dos.

Capítulo cuatro

***19 años antes** del funeral*

Cuando Carolo me contó que Nanette era sospechosa no me lo pude creer. No es que no quisiera, es que no pude. Yo la conocía. Lo había hecho desde que era un crío y la generosidad y la bondad siempre me habían parecido cosidas a su persona.

Diecinueve años antes, Emi y yo ya nos habíamos hecho muy amigos. Gracias a esa aleatoriedad geográfica que la había colocado en la casa de al lado podía sentirme el niño de doce años más afortunado del mundo. Estaba fascinado con su forma de reír. Y de andar. Y de hablar. Estaba maravillado con esa personita que me parecía gigante y deseaba ser un poco más como ella para poder estar toda la vida a su lado. Me ausentaba, imaginándomelo. Pensando cómo sería yo, de estar a su nivel. Un día nos invitó a Tino, Alfonso, Carolo y a mí a visitar los campos de altramuces de su tía francesa.

—¿La *hippie*? —preguntó Tino. Emi le dio un capón—. ¿Por qué me pegas? ¿No es *hippie*?

—Te pego porque lo dices como si fuera algo malo. ¿Queréis venir o no?

—Claro —dije yo, sin dudarlo. Los demás confirmaron al momento.

Aún era primavera y quedaban algunos meses para la recogida, pero el sol apretaba.

Los cinco niños nos subimos en la parte de atrás de la ranchera de Evita, reservada para tres. Sin cinturón de seguridad, claro. Delante, Nanette conducía y su íntima amiga, a la que conocíamos como *Tía Evita* y que pasaba largas temporadas viviendo en su casa, le daba una conversación que parecía animarla. Las cosas, en todos los sentidos, eran muy diferentes antes.

A Emi no le gustaba *Tía Evita* y a nosotros, por ende, tampoco. Nos preguntábamos cómo su tía Nanette podía ser amiga de alguien tan desagradable. Le olía el aliento a café y tabaco y trataba a Emi como si fuera su esclava, pidiéndole siempre que fuera a por un vaso de agua, que le preparara un mate o que se fuera a dar una vuelta y dejara de incordiar.

—Es una bruja, pero de verdad —me contaba Emi cuando venía a visitarme, por puro aburrimiento—. Y, además, es bollera.

En la parte trasera de aquella ranchera azul, la vi en el otro extremo, sobre Tino. Yo, sobre Alfonso. En medio, Carolo, con sus kilométricas y delgadas piernas. Ninguno sabíamos a qué se refería con lo de bollera, pero nos reíamos de todos modos.

—Necesito que llegue el verano —dijo Tino.

—¿Para qué? —preguntó Alfonso, que se colocaba cada dos minutos en el asiento haciendo mi viaje de lo más incómodo.

—Para que mis padres me dejen salir sin hora de vuelta. Este será el primero. Y podremos ir a la verbena en las fiestas, por primera vez sin vigilancia. Y subir al peñón solos.

—A mí no me van a dejar —dijo Alfonso.

—Algo haremos —dijo Emi, que sonrió. Otra vez.

Yo sabía que no era el único embelesado con esa niña. Tino pretendía hacerse el mayor y Alfonso dar algo de pena. Carolo se limitaba a mirar al frente, sujeto a los reposacabezas de los asientos delanteros, soltándose de vez en cuando para colocarse las gafas.

El coche paró y bajamos en estampida; la Tía Evita gruñó por los gritos.

—Bajad el volumen —solía decir en un tono militar.

—*Allez*, niños, haced caso a Evita. No hay por qué gritar —añadía Nanette, para apoyarla.

El sol nos dio una bofetada en la cara y entramos a una pequeña edificación de ladrillos, que disponía de un merendero, a mojarnos la nuca antes de empezar a caminar.

—¿Sabes que tu tía Nanette vino de Francia por mí? —preguntó la Tía Evita a Emi, dejándola sin respuesta posible—. Yo le cedí estos terrenos de mi familia para su negocio.

—Es verdad —añadió Nanette—. Sin ella no podríamos tener lo que tenemos, Emi.

—¿Qué negocio? —preguntó Carolo, tocando su incipiente y prematura nuez.

—Plantamos los altramuces entre octubre y febrero. Ahora están floreciendo y los recogemos en verano. Luego se los vendemos a marcas que los venden como propios. Y así cada año.

—A mí no me gustan —dijo Alfonso, que estaba algo entrado en carnes. Carolo se chupó los labios y negó con la cabeza.

—De verdad, que estos niños… —dijo Evita, que negaba con la cabeza—. ¿Pero tú eres de aquí o de dónde eres?

Alfonso se encogió de hombros.

—De Segovia.

—El altramuz te haría bajar un poco esa barriguita que tienes, deberías comer muchos para estar delgado como tus amigos.

Emilia estaba a punto de estallar de rabia, pero Nanette intervino, como siempre, antes de que se desatara la tormenta.

—Lo que Evita dice es que tienen fibra y quitan el hambre. ¿Habéis visto qué colores más bonitos? *Que c'est beau!*

El pequeño sendero circulaba entre altas corolas azules y rosas con pintas blancas, que a pesar de su belleza parecían cargar de calor el ambiente. Tía Evita casi mata a Tino por patear uno de los coloridos torreones como solo antes lo había hecho *Daniel San*. Emi se rio.

—¿Creéis que estoy gordo? —preguntó Alfonso, apesadumbrado, cuando íbamos por delante de las mujeres.

—¡No, tío! —contesté, dándole un par de tobas en la espalda.

—Sólo es que tienes reservas. —Tino le pellizcó la barriga y Alfonso se apartó un poco.

—Emi, ¿tú crees que estoy gordo?

—A mí me gusta como eres —contestó ella, que le cogió de la mano durante el resto del camino.

Y ya estaría. Alfonso feliz y el resto muertos de envidia.

Cuando ya teníamos la lengua fuera, pudimos darnos la vuelta gracias a Nanette, mientras Evita insistía en que viéramos todo el campo sin correr, sin saltar y sin gritar. Éramos niños, ¿qué pretendía? Al volver a la pequeña construcción donde estaba aparcado el coche se encerraron dentro de la misma y Emi fue a la ranchera para sacar del maletero una guitarra a la que había pegado algunas pegatinas con flores brillantes.

—¿Desde cuándo sabes tocarla? —pregunté, anonadado.

Alfonso imploró que cantara. Emi se sentó en la mesa del merendero y nos vio mirándola como cuatro turulatos.

Fue la primera vez que la oímos. Su voz era delicada, pero poderosa. De repente, parecía como si corriera el aire y un escalofrío me azotó la nuca. De todas las canciones que tenía en cada una de sus cintas, esa era la que siempre ponía cuando entraba en mi habitación. Para mí, la versión de Emi estaría siempre por encima de la original de Françoise Hardy. Si oírla hablar francés era una delicia, escucharla cantar era pasear por el cielo.

La puerta del pequeño almacén se abrió de repente.

—Suelta la dichosa guitarrita. Nos vamos. Al coche —dijo la Tía Evita, que avanzó con paso firme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emilia, desconcertada. La magia se evaporó, el aire se esfumó y el calor nos arreó en la cara.

—Nada, Emi, nada —contestó Nanette—. Pero es la hora de irse.

Volvimos, los siete en el coche, participando en el mismo silencio insondable.

Capítulo cinco

***1 día después** del funeral*

Ignoré las llamadas de Tino y Alfonso y les respondí con tres frases incrustadas en un escueto mensaje: «No me voy a ir todavía. Ya os avisaré para vernos. Necesito estar tranquilo. Abrazo».

Las preguntas en mi cabeza eran tantas y tan desordenadas que me sentía mareado y agotado. Se me cerraban los ojos a pesar de no querer dormir y, cuando me quise dar cuenta, Inés estaba subiendo las persianas de nuevo.

—¿Ayer de juerga con Tino y Alfonso?

—¿Qué? —pregunté, frotándome los ojos—. No, estuve con Carolo. ¿Lo de las persianas es necesario?

—¿Carolo? Nunca le veo con los demás. ¿Ha pasado algo entre ellos?

—Nada, que yo sepa. En serio. ¡Tenemos que negociar lo de las persianas!

—Estás en mi salón, sigues sin ponerte a buscar trabajo y yo tengo responsabilidades.

Si iba a quedarme a investigar qué era lo que había tras la muerte de Emi, tendría que buscar un sitio más cómodo. Recogí las piernas mientras Inés encendía la televisión y engullía un tazón de tamaño monstruoso a rebosar de cereales de chocolate, cuyo paquete prometía con palabras enormes ser un producto «fitness» y «light». Federico me contó algo que ni siquiera escuché y me pasé las dos manos por la cara mientras repasaba todo lo hablado con Carolo.

Había acordado con él que visitaría a Nanette, no sin antes dejarle clara cuál era mi posición.

—Carolo, no sé qué paso entre ellas, pero te puedo jurar que Nanette no tocó un pelo a Emi.

Dios. Aunque me había acostumbrado a hablar de ella en pasado, cuando me la imaginaba muerta, en el fondo del mar, una sombra infinita se cernía sobre mí. La tristeza me invadía y la rabia aumentaba: no era posible que ya no estuviera. No era posible. Tal vez, si no había aparecido el cuerpo, todo fuera una gran broma. El circo de Emi. Me fui a la ducha y me lavé a conciencia, como si eso me fuera a ayudar a sacar la tristeza de mi piel.

Llegué a la casa de Nanette y vi a la niña pelirroja jugando en la entrada de mi antigua casa. ¡Cómo dolía pasar por allí y pensar que los mejores años de mi vida se habían esfumado! Llamé a la puerta, pero nadie me contestó. Al asomarme por la ventana, deduje que no estaba en casa. Me senté en las escaleritas de la entrada, metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y observé a aquella niña ensimismada en su mundo, hasta que Nanette me hizo volver a la realidad.

—¡Bruno! —gritó—. Ayúdame.

Me acerqué a su viejo Ford y la eché una mano sacando las bolsas de la compra del maletero. No me atreví a decirle una palabra y casi no podía mirarla a los ojos. Si Carolo tenía razón, el mundo habría dejado de tener sentido. Cuando se me cayeron los calabacines, ya en la cocina, Nanette me miró con curiosidad.

—¿Estás nervioso?

—Muchos recuerdos.

—*Allez,* ven conmigo —indicó, haciendo que la siguiera hasta el salón.

Todo estaba tal cual lo recordaba. Los sillones tenían fundas de cuadros por encima. Reposaban sobre una alfombra de colores oscuros y aleatorios, cuyo dibujo formaba círculos concéntricos. Los muebles eran antiguos, que no viejos, y sobre ellos había infinidad de libros.

Se veía que había quitado las fotos de Evita de cada marco dejando sólo el rostro de Emi y el de ella misma. Atrapasueños de un tamaño considerable colgaban del techo, así como una jaula con dos periquitos. Me acerqué.

—¡Señor Charles! —saludé al de color amarillo.

—Es el señor Charles *Trois*. Tres. Hacía mucho que no venías.

—Sí —contesté, sentándome con cierto reparo en uno de los sillones—. El otro día, en la iglesia, me dijiste que si venía me contarías cosas.

—¿Eso dije? No quiero que tengas malos pensamientos, Brunito. —Aquella frase, directa y con marcado acento, me dejó helado—. La gente sabe que Emi y yo estuvimos peleadas durante los últimos meses. No fui a su boda, aunque supongo que ya te lo han contado. Los rumores vuelan y las historias *fausses* también. Pero tú me conoces, ¿verdad?

Tragué saliva.

—¿Por qué os peleasteis?

—A mí no me parecía bien esa boda ni a ella cosas que yo había hecho. Una tontería. Pero ella, donde esté, sabe que la amo muchísimo. Igual que yo sé que ella me ama muchísimo.

—¿Por qué no te gusta César? ¿Qué es lo que no te gustaba de él? ¿Por qué dijiste que era el sospechoso de la policía? —pregunté sin disimulo y de seguido.

Ella se recolocó en el sofá, poniendo los pies sobre la mesa de madera y cristal que había en el centro.

—Dije que la policía le había preguntado a él, no que fuera sospechoso. Sólo le provoqué para que te soltase. —Resopló e hizo un gesto con la mano—. A mí también me preguntaron, claro. Es de mecha corta. Una persona posesiva con Emi no podía acabar bien. Como alma libre, no es fácil de manejar. Tú lo sabes bien. Aunque digan que fue un accidente, yo no creo que fuera así.

—¿Entonces crees que César hizo algo?

—¡Claro que no! —exclamó ella—. Pero creo que Emi se cansó de su vida.

—¿Insinúas que se…?

—Es exactamente lo que insinúo.

Una lágrima salió de mis entrañas antes de volver a preguntar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tú casi siempre viste a la Emi alegre, a la Emi que allá donde iba era el centro de atención. Pero ha tenido una vida mucho más dura de lo que puedas imaginar. Su infancia, antes de venir aquí, no fue fácil. Y eso la persiguió el resto de sus días. Todos tenemos una parte oscura, Bruno, y otra de luz. Al final prevalece a la que alimentamos. En los últimos años ella estaba más *chof*, en parte por César, en parte por su aburrido trabajo en el banco, en parte por lo que les ocurrió a sus padres y… por todo, en general.

Intenté hablar con Emi multitud de veces sobre lo que le había pasado a sus padres, pero jamás me lo quiso contar. Yo, que era huérfano prematuro, intuía cómo habría sido para una niña de esa edad perder a sus dos padres y ser arrastrada a un lugar desconocido. Eso no quitaba que, en numerosas ocasiones, hubiera visto aquel lado oscuro del que hablaba Nanette. Y, a pesar de todo, estaba convencido de que Emilia Lamoreaux no era de esas que se quitaban de en medio.

—¿Cómo murieron sus padres?

—¿Nunca te lo contó? —preguntó Nanette, que arqueó una ceja. Yo negué con la cabeza—. Fue traumático, claro. En el mar. Navegando. Estábamos en Dieppe y mi hermana y su marido salieron a pasear con un pequeño barco, con *rames.* —Hizo como si remara sin moverse del sitio —. Una tragedia. Se ahogaron. Y por eso creo que no fue un accidente, Bruno. Piénsalo bien.

—No —dije—. Apostaría cada una de mis extremidades a que Emi no se suicidó. Yo la conocía bien, Nanette. La conocía a la perfección y te aseguro que ella no habría hecho eso.

—Pero no sabías lo que le pasó a mi hermana y a su marido. —Se echó hacia delante y levantó las cejas—. ¿Verdad, Brunito?

Mis mofletes se pusieron colorados y ella se encogió de hombros, sin querer entrar en una discusión que no llegaría a ningún lado.

—¿Y dónde estabas tú la noche en la que ocurrió? ¿Hace cuánto que no hablabas con ella?

—¡Uh! —exclamó en tono burlón, recogiendo el exceso de vestido sobre sus rodillas—. ¿Eres policía?

Vio mi gesto serio y se recostó sobre el asiento.

—Vuestro amigo *Carlitos* ya me preguntó. Está perdido, está perdido —repitió, alzando las manos y agitándolas—. Estuve aquí, sola, como siempre.

Apoyé los codos en las rodillas y bajé la cabeza.

—Pienso averiguar lo que pasó. Y si eso…

—Es lo que debes hacer, querido. No se espera menos de ti. Si te he dicho eso es porque no quiero que vayas por el camino equivocado. Sigue las pistas de Emilia y averiguarás la verdad.

—¿Qué pistas?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

Resoplé.

—Querías contarme todo esto para que no pensara que habías tenido nada que ver —dije, poniéndome en pie.

—En realidad no. Tú tienes derecho a pensar lo que quieras, pero no quería que vinieras para contarte algo. —Se levantó y me hizo un gesto con la mano para que la siguiera—. Quería que vinieras para enseñarte algo.

Subimos al primer piso, donde se encontraba la habitación de Emi, y empezó a rebuscar en sus cajones. Los marcos de fotos en los que un día aparecí yo, estaban vacíos. No había ni rastro de su paso. Ni un póster de Françoise Hardy, ni su guitarra, ni una de las gruesas obras de teatro clásicas. Sí que permanecía una pequeña margarita, dibujada en el techo.

—Emilia quería que te diera esto. Pasó por aquí unos días antes de que ocurriera todo.

Era un sobre, con mi nombre.

—Gracias —balbuceé algo mareado.

Me había quedado sin habla. Me senté en la cama y dudé si abrirlo. No podía verlo ahí. No quería verlo ahí.

—*Allez*, ábrelo.

No sé si lo que pasaron fueron segundos o minutos, pero sí que al final lo hice, a pesar de que mi temblor de manos no ayudó a que fuera algo rápido. Apenas pude respirar cuando vi que eran dos fotografías, que extraje con el máximo cuidado.

La primera, de nuestra última feria juntos. No pude evitar sonreír, a la vez que los pelos del brazo y la espalda se me ponían como escarpias.

Se nos veía jóvenes, felices. Ella, en el cuello, llevaba el colgante de la torre Eiffel que yo le había conseguido en uno de los puestos de la feria. En el margen, una frase en francés mal escrita por mí, de la que ni siquiera recordaba el significado. Ella deletreaba y yo escribía. Su risa incontrolada retumbó en mí.

La segunda foto era anterior. Uno de los mejores días de mi vida. Salíamos Tino, Alfonso, Carolo, Emi, Lola, Ángela y yo. Abrazados, en el espigón más cercano al peñón. En el suelo, unas cervezas y un radiocasete. De fondo, el mar, oscuro. No tendríamos más de dieciséis años.

Y nada más. ¿Qué queréis que os diga? Me hundí. ¿El Titanic? Comparado conmigo, el Titanic voló.

—Te quería mucho, Brunito.

El mundo desapareció bajo mis pies y la mujer me abrazó.

Capítulo seis

***15 años antes** del funeral*

Aún lo recuerdo.

Teníamos dieciséis años.

Y aunque para ella sólo era el vecino y amigo con el que se divertía, yo entonces ya sabía que ella era el *maldito* amor de mi vida. Y remarco lo de maldito porque estar enamorado de una chica como ella es una maldición de la que uno no se libra jamás. Durante los últimos ocho años había estado anonadado con su forma de andar, de sonreír, de hablar. Todo en ella me fascinaba. Os digo, de verdad, que no exagero: era pura magia. Un torbellino de luz que imantaba todo a su alrededor. Casi siempre lo bueno. Mi hermana una vez me comentó que la muy caprichosa de *la vecina* le había contado que Nanette no quería que hubiera azúcar en casa porque Tía Evita decía que alteraba demasiado a la niña. Y a Emi le encantaban el chocolate.

Estuve dos semanas, siendo un niño que no llegaba apenas a 1,20 m de altura, fregando el suelo y limpiando cada estante de una pequeña tienda de alimentación a cambio de una tableta de chocolate diaria. Cuando mi madre se enteró de que las conseguía fregando suelos y no como regalo del tendero, se enfureció con él y conmigo. Y se acabó la entrega.

Casi todos los chicos de nuestra edad pretendían poder besarla. Los que tenían un par de años más, intuyo, el poder meterle mano en alguna oscura noche de verano. Lo mío era distinto: era una promesa de amor eterno. Jamás había visto nada tan singular y sentido tantas ganas de convertirlo en plural.

Lola, Ángela y Emi nos solían acompañar a pasar las noches en el muelle junto al peñón. A Tino, Carlos, Alfonso y a mí nos encantaba tener compañía femenina. Charlábamos, contábamos historias y escuchábamos música.

—¿Podéis poner alguna canción decente? —preguntaba Tino.

—No me faltes al respeto —contestaba Emi, subiendo la música, siempre francesa.

Recuerdo que aquel verano en concreto le dio por una canción animada con cierto aire a los Beach Boys, de *Plastic Bertrand*.

Emi a veces conseguía unas cervezas y nosotros nos creíamos los amos del mundo por compartir esas botellas heladas. Nunca una cerveza me ha sabido mejor que en aquellas noches, junto al mar.

Lola y Ángela, a las que Emi acabaría dando de lado, eran entonces sus mejores amigas. Ninguno de los que estábamos allí imaginó que quince años después uno de los allí presentes ya no estaría. Ni siquiera creíamos que nos fuéramos a separar jamás. Éramos jóvenes, tontos e inocentes.

—Vale, tengo una pregunta —dijo Alfonso una noche, elevando el tono de voz sobre el de los demás—. ¿Qué preferís? ¿Perder un codo o una rodilla?

—¿Y esa pregunta de mierda? —preguntó Tino, que estaba sentado con las piernas estiradas —. ¡Una rodilla!

Todos gritamos que no al unísono entre risotadas.

—Es mucho mejor tener la rodilla —argumentó Carolo—. ¿Cómo si no ibas a correr?

En todas aquellas conversaciones estériles, bajo mi punto de vista, todo el mundo intentaba

impresionar a Emi, a quien la luz de la luna parecía apuntar de forma directa y exclusiva. Lo sé porque siempre tenía clavados mis ojos en ella, que me devolvía las miradas como lo hacía mi hermana. Como si fuera el pequeño de la casa.

—¡Vamos, chicos! ¿No os animáis? —preguntó Ángela antes de saltar al mar desde el espigón.

Si lo pienso ahora, creo que aquel fue el primer momento en el que sentí que si no tenía a Emi moriría. La miré, esperando que cogiera mi mano para saltar, pero prefirió lanzarse en solitario. Recuerdo su melena rizada con la luna de fondo mientras sonaba, a todo volumen y cada cuatro canciones, *Ça plane pour moi*. Y de repente, un chapoteo risueño. Sobra decir que fui detrás.

—¿Qué vais a hacer para ganaros la vida? —preguntó Alfonso, que escurría su camiseta, con su profundo ombligo al aire.

—Yo creo que me gustaría ser enfermera —dijo Lola, cuya ascendencia venezolana hacía que estuviera morena todo el año, tapándose la ortodoncia con una mano.

—¿En serio, Pocahontas con bata blanca? —preguntó Tino abriendo los ojos como un loco —. Yo seré mercenario.

—Tú eres tonto —contestó Emi.

—Sí que lo es —dijo Carolo.

Ángela se atusaba el pelo cuando dijo que lo mejor era ser funcionario, para tener un puesto asegurado de por vida. Como sus padres.

—Lo importante es tener dinero —contestó Alfonso, levantando la cerveza.

—Mi tía era química antes de venir a España —dijo Emi—. Cuando vivíamos en Francia me solía enseñar experimentos divertidos. Pero lo que a mí me gusta es la música. Puede que estudie Bellas Artes y acabe ganando un Óscar.

—¿Eso es lo que hacen los químicos? ¿Quién quiere ser químico? —preguntó Ángela, que elevó las palmas de las manos al cielo.

—¡Es divertido! Tengo decenas de libros en casa que os puedo dejar.

—Yo querría ser escritor —intervine con toda la intención del mundo, sin dejar de mirar a Emi.

Todos menos ella empezaron a reírse.

—¡Escritor! —exclamó Tino, de forma exagerada.

Un rato después me levanté a hacer pis. Rodeé el espigón y, cuando terminé, alguien me cogió de la mano. Cuando vi sus pecas a contraluz casi se me sale el corazón por la boca.

—Calla y ven —me respondió Emi sin soltarme y llevándose el índice de la otra mano frente a los labios.

—¿Qué hacemos? —insistí.

—Calla y ven.

Bordeamos una roca gigante que aún hoy está frente al muelle para llegar a la base del peñón. La imité agarrándome a los arcaicos salientes de la pared de aquella roca, erosionados por el oleaje, y después Emi señaló al fondo, a una roca plana junto al mar. Allí, tumbados, Carolo y Lola se comían a besos.

—Qué fuerte —dije. Emi sonrió—. ¿Cómo sabías que estaban aquí?

—Llevan todo el verano liados.

Me sentí como aquel día en el que la conocí y ella me había dicho que yo era sólo un niño. Un niño preguntón. Una ola estuvo cerca de tirarnos al agua y su pelo ondulado se empapó.

—¡Cuidado! —gritó riendo. Agarré su cintura como pude.

Ella, con un mechón mojado sobre la cara, me miró a los ojos de forma intensa. No sé si sabía mirar de otra forma. Concentré mi visión en la pequeña mancha de su ojo izquierdo.

—Esa mancha de tu ojo, nunca te he preguntado por ella. Parece un corazón.

—Sólo sabes que es un corazón si has estado demasiado cerca —respondió, dando un paso hacia atrás—. ¿No te gusta?

—Claro que sí —contesté.

—¿De verdad vas a ser escritor?

—¿Y tú actriz?

—O cantante —dijo—, pero yo pregunté primero.

—Sí me gustaría, la verdad.

—Podrías escribir un libro sobre mí. Sobre la chica del corazón en el ojo.

Sopló el pelo mojado que le caía en la cara.

—Me gustaría.

Ella se apartó un poco haciendo que la soltara. Pasó por detrás de mí, agarrándose a las rocas y sin llegar a tocar el agua que teníamos debajo. Saltó al camino de tierra y yo, tan yo, no pude hacer otra cosa que mirar su trasero enfundado en unos tejanos, empapados por el mar. Emi se puso a buscar en la única papelera que había en veinte metros a la redonda y se sacó un bolígrafo del bolsillo. Lo agitó y pintó sobre una especie de servilleta que había cogido de la basura.

—Puede que alguien se haya sonado los mocos con esto —repliqué, acercándome. Me miró con desdén y echó el aliento sobre la punta del bolígrafo para luego agitarlo otra vez. Probó de nuevo sobre el papel.

—Ya funciona, toma. Dedícame el primer párrafo de tu libro.

—¿Ahora? —pregunté agarrando el boli y la servilleta, sin querer pensar dónde había estado antes.

—Ahora. —Me quedé en silencio por no abrir la boca y parecer imbécil—. Deberías saber que los libros, como las canciones, hacen a sus protagonistas inmortales. ¿Te da igual no hacerme inmortal sabiendo que mañana podría caer un meteorito? Quiero que me dediques el libro que vas a escribir.

En aquel momento me pareció una señal. Así que acerqué a toda velocidad, pero con cuidado, mis labios a los suyos. Y ella se apartó.

—¿Qué haces?

—Qué fuerte —contesté, con una risa nerviosa—. Perdona… yo…

—Bruno —interrumpió—, ¿por qué te gusto?

—¿Lo sabes? —Ella arqueó una ceja—. Bueno, pues porque… porque…

—¿No quieres ser escritor? —preguntó clavando su intensa mirada en mí—. ¿Por-qué-te-gusto? Escribe tu dedicatoria. Ahora.

Con bajar los párpados puedo evocar el olor a salitre en su pelo. Me limpié la mano izquierda en la zona seca de mi camiseta para apoyar en ella el papel.

—Lo mejor del amor es la sensación de que será eterno —leyó en alto—. Como mi Emi, la niña del corazón en el ojo, que vivirá para siempre en estas páginas.

Me quedé en silencio, esperando un veredicto. Por fin ella me dio con la servilleta en el brazo.

—¿Tu Emi? ¡Bruno! ¡Es una muy buena dedicatoria para tu primer libro! —exclamó—. ¿Eres consciente de lo extraordinario que eres en las pequeñas cosas que para otros no tienen importancia?

Yo no tenía palabras y me temblaban hasta las pestañas. Ella se guardó el papel en el bolsillo

trasero y, cuando me quise dar cuenta, su lengua estaba en mi boca.

Pocas personas pueden cambiar vidas con solo un beso. Emilia Lamoreaux era una de ellas.

Capítulo siete

***1 día después** del funeral*

Ahí estaba, en el cuarto de Emi, descompuesto después de ver aquellas dos imágenes. No hablo de forma espiritual, sino física. Las piernas me dejaron de funcionar de forma momentánea y la tía de Emi tuvo la deferencia de dejarme en la habitación de su sobrina a solas durante una hora.

Metí las dos fotografías en el sobre y las coloqué en el bolsillo interior de mi chaqueta, donde también estaba la carta que jamás le había dado a Emi. Cuando me despedí de Nanette, en la puerta de casa, expliqué mi postura:

—No quiero que pienses que sospecho de ti… es sólo que necesito confirmar que fue un accidente.

—Ya te lo dije, no creo que fuera un accidente —contestó ella estrechándome entre sus colgantes y hablándome al oído con su deje francés.

—Al parecer discutió con alguien. Alguien que se intentaba ocultar bajo una capucha. Eso me hace pensar que tal vez Emi no tuviera la culpa. ¿Entiendes? Necesito creer que Emilia no se habría ido así, sin despedirse de mí.

—¿Una discusión? —Se encogió de hombros, como quitándole importancia—. Tú te has ganado el derecho a pensar lo que quieras. *Allez,* te están esperando.

—¿Esperando?

Al darme la vuelta vi a Tino apoyado en su viejo Chevrolet Camaro, de color rojo, y quitándose las gafas de sol. Era mucho más cutre de lo que suena ahora.

—¿Quién te ha dicho…? —empecé a preguntar cuando llegué a su altura—. Inés.

—Si creías que con un mensaje me ibas a dejar tranquilo, es que no me conoces —contestó él, metiéndose en el coche.

—¿Me llevas a casa de mi hermana?

—Ni de coña. Sube.

Me tiré en el asiento del copiloto, echando la cabeza hacia atrás y resoplando. Toqué mi bolsillo interior, asegurándome de que mi pasado seguía allí.

—¿Y a dónde quieres ir?

—Hoy es sábado. ¿Qué tal a recordar buenos tiempos?

Frente al puerto local hay un restaurante que, a día de hoy, según tengo entendido, sigue sin ser descubierto por los no foráneos. En vez de rechistar suspiré de nuevo y volví a echar la cabeza hacia atrás, esta vez girándola para mirar por la ventana. Observé el cielo gris, sobre el mar, y me repetí que Nanette no tenía razón. No podía tenerla.

—Ya sabes —dijo Tino, para romper el silencio—. Almuerzo a mitad de precio…

—… con las mejores olivas de la costa. Está bien.

La terraza del restaurante estaba recogida, con las sillas apiladas unas encima de otras, por lo que entramos esperando tener la suerte de encontrar un sitio. Aquella oferta perenne había conseguido que ir el sábado a aquel lugar fuera una tradición para muchos. Los azulejos, blancos y con detalles azules, seguían gobernando la pared. Las mesas, eso sí, eran nuevas, de plástico.

Al otro lado de la cristalera junto a la que nos sentamos estaba el puerto local. A pesar de que

el puerto deportivo tenía muchísima más afluencia, muchos de los pescadores de la zona o gente que llevaba toda la vida viviendo en la localidad tenían un amarre alquilado durante todo el año a un precio de hacía décadas. Podías ver algunos veleros grandes e incluso embarcaciones de recreo con las que hacer deportes acuáticos, pero la gran mayoría eran barcos antiguos de pesca, sobre los que las gaviotas se creían buitres.

Allí era donde el viejo Vidal Aponte se había hecho viejo. Y donde él mismo había visto a Emi por última vez, después de discutir con alguien, salir en un velero a conquistar la noche.

—¿Altramuces? —preguntó la joven camarera, a la que no reconocí.

—¡Qué pregunta! —exclamó Tino. Después se giró, para ver a dónde estaban yendo mis pensamientos, y entendió de forma superficial lo que pasaba en mi cabeza.

—Mira, tío. La pobre Emi… todos la queríamos. Pero era una mujer difícil, tú lo sabes mejor que nadie.

—¿A qué viene eso? —pregunté con desgana y negando con la cabeza.

—No quiero que esto te moleste, pero ahora mismo debes preocuparte por ti. Emi ya no está.

—¿A qué viene eso, Tino? —repetí.

—Creo que te estás obsesionando. Han pasado tres meses, tío. Tienes que pasar página. Ni siquiera era tu mujer, o tu novia, o algo parecido. Hace años que no habláis más de unas palabras y, de repente, parece que eres la persona más afectada por todo este lío. Lo entiendo y lo respeto, pero tienes que pararlo. No te ayudará ir a casa de Nanette a saber para qué, ni hablar con Carolo a escondidas en el *refugio.*

—¿Me estás siguiendo? —Me pellizqué el labio inferior.

—Te has olvidado, ¿no? Esto es un puto pueblo. Y Carolo será policía, pero siempre ha sido muy torpe para todo, incluso para ser discreto.

Permanecí en silencio durante unos segundos antes de que Tino volviera a la carga.

—¿De qué hablasteis?

—Sólo nos pusimos al día.

—No me mientas, tío. Nos conocemos desde que aprendimos a andar —dijo, al tiempo que levantaba su vaso de cerveza vacío para que le sirvieran otro—. Sé que está preguntando a todo el mundo. Han dado el caso por cerrado, pero él quiere colgarse una medallita. Es eso, ¿no?

Pensé en lo que Carolo me había dicho. «Esto tiene que quedar entre tú y yo».

—¿Es verdad que no os habláis? —pregunté, recordando las palabras de mi hermana Inés.

—El tiempo nos distanció.

—Yo estoy a cientos de kilómetros y ha pasado el mismo tiempo, y seguimos siendo amigos. Nos conocemos desde que aprendimos a andar, así que no me mientas —repliqué, llevándome una oliva a la boca.

—Cuéntame qué es lo que hablasteis y yo te contaré qué es lo que ocurrió.

Le hice jurar que no se lo diría a nadie. Tino podía ser muchas cosas malas, pero ante todo siempre fue leal a su palabra. Le expliqué la teoría de Carolo y que aunque el caso estaba cerrado, él tenía sus sospechas. Lo maquillé diciendo que no era nada oficial y que sólo quería saber si yo podía darle algo más de información. Lo que no le confesé es que aquel encuentro había plantado en mí la semilla de la duda y que no pensaba irme a ningún lado hasta averiguar qué era lo que había ocurrido en realidad. No me imaginaba entonces todo lo que ello conllevaría, ni que por mi tesón una persona acabaría encarcelada.

—Entiendo —contestó él, rascándose la cabeza—. El *espantanubes* haría cualquier cosa por marcarse un tanto, tenlo en cuenta. Y si hace falta traicionará a sus amigos. A ti.

—¿A qué te refieres?

—Me tuvo en prisión preventiva durante dos días, sin ninguna prueba, sin ningún sentido. Eso es lo que pasó, tío. Sólo para que en la comisaría lo tomarán en serio. —Negó con la cabeza antes de dar otro trago a su cerveza—. Y claro, hizo el ridículo.

—¿Qué? —pregunté, con los ojos bien abiertos.

—Lo que oyes. —Se echó hacia delante, apoyando el pecho en sus manos—. Ya sabes que estuve pasando marihuana un tiempo, y él también. —Apoyó su espalda en la cristalera y suspiró —. Mi novia se enfadó mucho, tal vez sea por eso.

—¿Qué? ¿Carolo hizo eso? ¿Carolo? —Tino afirmó con la cabeza. A pesar de que siempre había sido firme defensor de las normas, yo había mantenido la esperanza de que sus amigos estuviéramos por encima en su escala de prioridades—. Ni siquiera conozco a tu novia.

—Eso es porque vienes poco. Es algo complicado, pero podríamos cenar este…

—¿Emi lo sabía? —interrumpí. Él miró por la ventana.

—Claro. En tu ausencia nos hicimos más cercanos. Puede que eso también le jodiera a Carolo. En el fondo creo que siempre nos tuvo envidia. —Sonrió—. Como todos, en realidad.

Volví a abrazar el mutis por respuesta.

—¿Hablabais de mí? —pregunté.

Tino hizo un gesto extraño con la cara y encogió los hombros de manera fugaz.

—Hablamos de todo. Tampoco es que estuviéramos todo el día juntos, ¿sabes? Pero Alfonso estaba casado, a su rollo… Carolo hacía tiempo que ya no era Carolo y Emi estaba sola y necesitaba hablar con alguien más que con César y su tía.

—Pero, ¿qué te decía de mí?

—Nada, Bruno. Hablábamos de los viejos tiempos. De cuando estuvisteis juntos. De nuestros veranos. Lo normal, tío.

—¿No te contó que la vi poco antes de su boda? —pregunté. Tino se incorporó despacio y su gesto se volvió rígido.

—No. No sabía nada.

—Pues sí. Sabes lo que significaba Emi para mí. —Tino leyó mi mirada. No le quise decir que también la vi después.

Deseé volver a ese momento.

—Si estás pensando… —Comenzó a agitar las manos de exterior a interior—. No. Entre nosotros jamás hubo nada de eso que puedas pensar, ¿vale? Te lo juro, tío. Emi y yo. —Bufó, antes de terminar su bebida—. Ella nunca tuvo ojos para nosotros. Sólo para ti. Lo sabes de sobra.

Me reconfortó que me lo dijera.

—Bruno, te voy a dar un consejo. No hagas caso a Carolo. La *hippie* no pudo hacer nada. ¿Su marido? Es un imbécil, pero de ahí a matarla hay un trecho bien grande. Creo que fue un accidente y, si no lo fue…, sólo puedo pensar que ella hizo que pareciera un accidente.

—La vieron discutir con alguien en el puerto.

—¡La conocías mejor que nadie! —gritó. La gente giró sus cabezas durante unos segundos para volver a sus conversaciones al momento siguiente—. Emi era increíble, tío. Pero también era inestable, ¿es que no te acuerdas? Algo no le rondaba bien en la cabeza y a lo mejor eso era parte de su magia. Pero no te encierres en tu propia mentira o acabarás arrojándote tú también al mar.

—¡No se suicidó! —exclamé, dando un golpe en la mesa al tiempo que me levantaba. Me dirigí a la puerta sin tan siquiera hacer el amago de dejar algo de dinero.

—¡Deja de hacer el tonto! ¿Cómo vas a volver a casa de tu hermana? —Su pregunta no

obtuvo respuesta—. ¡Mañana iré a verte, quieras o no!

Capítulo ocho

***15 años antes** del funeral*

Aquel primer verano con Emi yo, que creía que no había entendido nada, entendí lo que era el amor.

Disfrutamos de nuestra compañía. Del aire. De las nubes. Era algo nuestro y sólo nuestro. Vimos los fuegos artificiales. Más de quince amaneceres. Con ella, sentía que podría comerme el mundo de un solo bocado si quisiera. Vi nuestro futuro juntos de una manera tan clara que me parecía imposible que nada pudiera romperlo. Cuando mi madre estaba fuera o tenía que trabajar, veíamos películas en mi casa. Yo, como animal adolescente que era, sólo pensaba en que nuestros físicos se fundieran.

Recuerdo la primera vez que la vi bajo nuestro techo sabiendo que mi amor era correspondido. Era lunes por la tarde y hacía un poco de frío, justo para un jersey. Mientras preparaba el café que Emi me había pedido podía ver los árboles meciéndose al otro lado de la ventana. Fui al salón y la vi hecha un ovillo, bajo una manta, en el sofá. Se limpió con avidez los carrillos.

—¿Por qué lloras? —pregunté, preocupado, sujetando una taza humeante.

—Para dormir mejor. —Me quedé en silencio y contrariado—. ¡Es verdad! ¡Hay estudios científicos! ¿Tú no sabes llorar?

—No, la verdad —contesté al acercarme, apoyando la taza en la mesita con cuidado de no derramar el líquido.

—Ven. Ven aquí dentro —dijo ella, cubriéndose entera.

Yo reí.

—¿Y si te digo que tengo miedo de ir ahí dentro? ¿Qué hay debajo de la manta?

—Mi mundo.

Ella sacó la mano y tiró de mí. Libramos una despiadada batalla de cosquillas y, cuando ya no quedaba aire entre nosotros, me atrapó con sus piernas y sentí su cálido aliento en la oscuridad que otorgaba aquel trozo de tela.

—¡Que nunca sea lo de siempre! ¡Prométemelo!

—Te lo prometo. —Ella me besó—. Se va a enfriar el café.

—Pues quédate aquí conmigo mientras se enfría.

—¿Bruno? Ya estoy aquí. ¡Gracias a Dios he podido salir antes, porque vaya semana llevo! —dijo una voz en la entrada, lo que nos hizo intentar salir de forma rápida y torpe de su mundo. Emilia se peinó como pudo y carraspeó, sin dejar de sonreír. Era mi madre. Al vernos una sonrisa se dibujó en su boca.

—¡Emi! ¿Qué hacéis? ¿Ver una película? Me apunto.

Soltó su bolso, se acercó a darme un beso y se sentó entre los dos después de descalzarse, apoyando los pies en la mesa.

Emi soltó una carcajada, antes de taparse la boca. No dejó de mirarme durante el resto de metraje sin borrar su sonrisa infinita.

Solíamos escaparnos (de las miradas indiscretas y de los comentarios de mis amigos)

explorando la sierra y la montaña en bicicleta. Olía a jazmín y los grillos y las chicharras rompían el silencio a todas horas. Nos pasábamos los días riéndonos, mirándonos durante eones. Nos susurrábamos que algún día nos embarcaríamos en un viaje a ninguna parte, pero juntos. Corríamos entre las espigas, secas en verano: recuerdo el picor de las piernas al llegar a casa, tras cruzar esos paisajes, sabiendo que había merecido la pena mientras me rascaba con emoción. Cuando se enfadaba reía, y eso siempre acababa en una lucha de abrazos y cosquillas. Me encantaba cuando corría sin ningún orden ni sentido, con esa risa nerviosa. Y yo intentaba dejar claro que ahora tenía a quien la siguiera. Fue el verano de mi vida.

Un día, casi al anochecer, paramos con nuestras bicis frente a un campo de margaritas que yo jamás había visto. Ella, de forma sutil, dejó que la suave brisa elevara su vestido verde.

—Son mis flores preferidas —dijo.

—Son muy bonitas. Las llamaremos e*militas* —dije. Ella sonrió para después mirar hacia todos los lados antes de que yo volviera a hablar—. Debería ir a casa para cenar o si no mi madre no me va a dejar salir más noches.

Emi me acarició la cara con suavidad y me besó. Dios, me encantaba cuando hacía eso. Nos dejamos caer de forma torpe sobre las flores y me empezó a desabrochar el cinturón para después bajarme el pantalón corto. Yo metí la mano por debajo de su vestido verde con bolsillos y casi me quedo sin respiración cuando vi que de uno de ellos ella sacaba un preservativo.

Cuando me quise dar cuenta estábamos haciendo el amor. Primero lento. Muy lento. Podía notar el aire cálido que salía de su nariz sobre mi cuello. Al final me agarró de las nalgas y empezó a empujarme contra ella con más fuerza. Con más velocidad. Y luego nos quedamos en silencio.

Fue mi primera vez.

—Ha sido mi primera vez —aclaré.

—Ya lo sé, tonto —contestó con su cabeza apoyada en mi pecho.

—También ha sido tu primera vez, ¿no?

Emi pareció levantarse algo avergonzada. Se colocó el vestido, con el gesto contrariado. Parecía a punto de estallar en lágrimas.

—Tenías que irte —dijo.

—Bueno, ahora no quiero irme —respondí, con una sonrisa.

—Como quieras.

Cogió su bicicleta y desapareció entre la penumbra. Jamás me dijo qué fue lo que se le pasó por la cabeza aquel día y yo no lo descubrí hasta muchísimo tiempo después.

Capítulo nueve

***1 día después** del funeral*

Tras la discusión con Tino dejé el restaurante a mi espalda, pisando con fuerza y rabia. Atajé por la cuesta que llegaba al puerto, llena de malas hierbas. Las gaviotas volaban ignorando mi presencia y la de las cinco personas que andaban por allí. Dos, cargando redes. Otras dos, descargando pescado. En la caseta, el viejo Vidal Aponte con la radio encendida.

Más viejo, con menos pelo y con la misma cara de siempre, mantenía cierto aire a Popeye, pero más bajito, más gordo y más feo. La cojera, en cambio, le daba un cierto aire a John Silver. Eso sí, con la pierna en su sitio.

—¿Vidal? —pregunté, al tiempo que llamaba a la puerta. Levantó el mentón como preguntándome qué quería—. Soy Bruno. Bruno Madrid. ¿Te acuerdas de mí?

El hombre levantó una ceja, dejándome claro que no tenía ni idea de quién era. Seguí el juego a Carolo diciendo que estaba allí por un reportaje sobre la desaparición de Emilia Lamoreaux y él se sentó en la pequeña butaca después de apagar la radio. Volvió a elevar el mentón, instándome a continuar. Abrí en mi teléfono la aplicación de notas de voz y pulsé el botón rojo.

—Según la policía usted fue la persona que estaba aquí cuando Emilia Lamoreaux cogió el velero.

—No quiero ningún lío —dijo, escueto.

—No, no. No habrá lío. Al revés. Soy periodista. Si usted me da buenos datos y el reportaje sale a la luz, le pagaré por la información.

—Cuánto.

—¿Treinta euros?

Levantó la ceja antes de responder.

—Doscientos.

—Eso es inviable, Vidal. —Reí nervioso—. Es mucho dinero…

—Cuarenta —me interrumpió al momento. Suspiré aliviado por su nula capacidad de negociación.

—Claro, cuarenta está bien.

—¿Cómo te llamas tú?

—Bruno Madrid. —Él lo apuntó en un papel.

—Qué quieres.

—Querría saber si es verdad que usted la vio discutir con alguien antes de subir al barco.

—Estaba allí —dijo, señalando a su izquierda en un amarre vacío—. Era el barco de Eloy Bellacasa.

«Su jefe».

—¿Pudo ver con quién discutió? —Él negó con la cabeza y se quedó en silencio—. ¿Sabe si era un hombre o una mujer?

—No sé si discutían. —Se encogió de hombros—. Gritaban. Está lejos. Sé que hacía frío porque no quise salir, no ando bien de salud. Mira, mira —dijo señalando de nuevo—. No se ve. No sé si era hombre o mujer. Desde aquí no se ve. No se puede ver de noche. Imposible.

—Entiendo. —Me pellizqué la barbilla—. ¿No había nadie más, aquella noche, en ese

momento?

—En ese momento lo normal —respondió, levantando el brazo—. Lo normal para ese momento, vaya.

—Perdone, Vidal. ¿Qué es lo normal?

—Poca chavalería, un par de paseantes. Lo normal. Una chica y un chico, creo que nadie más, vaya. A esa hora, además de la joven y la persona con capucha, sólo esos dos chicos —añadió, levantando el índice, como si se acabara de acordar. Se empezó a pasar la mano por el antebrazo—. La chica llevaba así todo el brazo tatuado de colores. Muy feo. Iba con un chaval, pero yo ya no sé si era su novio o qué cosa, tampoco recuerdo sus caras.

Se encogió de hombros.

—¿Tiene grabaciones? ¿Cámara?

Emitió un sonido parecido al de una risa.

—Claro que no. Si quieres cámara, te la pones en el barco. No da —aclaró, frotando índice y corazón contra el pulgar.

—¿Hay algo más que me pueda decir de aquella noche? ¿La vio salir con el velero?

—Yo me dije —contestó, elevando una ceja y entornando los ojos—, ¿qué hará esta chica aquí en la noche tantas veces? Porque pasaba y me decía *buenas noches*, como para asegurarse de que la había visto, pero yo no soy quién para decir nada. No era la primera vez que venía a recoger el barco del jefe. —Se volvió a encoger de hombros—. Cuando ella estaba ya navegando con la música a todo volumen vi que el de la capucha no estaba en el barco. Gritó. Y ella siguió navegando por ahí. Mira, mira. A mar abierto. —Volvió a señalar—. La persona con la que estaba se fue *p'allí*. —Cambió la dirección de su dedo índice hacia el aparcamiento—. ¿Cuándo me traes los cuarenta euros?

—Cuando vaya a hablar con el periódico vendré a darle el dinero. —Me quedé en silencio unos segundos—. ¿Dice que puso la música alta?

—Era de noche. No veía mucho, pero la música sí la escuché, sí. En francés, pero yo ya no sé seguro si era francés o qué era. La chica hablaba como una española.

—*La mer* —pensé en alto.

—Yo ya eso no sé. ¿Y cuándo irás a hablar con el periódico para lo del dinero?

—Pronto, ya le diré. Muchas gracias, Vidal.

—No te olvides, oye, que te tengo apuntado —me dijo, dando dos toquecitos sobre el papel en el que había escrito mi nombre.

Eché otro vistazo al mar, sobre el que un barco se mecía de forma lenta.

Y me lo imaginé en llamas, con *La mer* sonando y Emi bailando dentro, feliz, como si el fuego emanara de ella.

Capítulo diez

***14 años antes** del funeral*

Qué os puedo contar de mi adolescencia. Estaba cerca de cumplir los diecisiete años y yo, que siempre había sido el que había servido como válvula de escape a mi santa madre, estaba en plan rebelde. Mi hermana, que ya de por sí siempre había sido la difícil, había empeorado su actitud por influencias universitarias.

Como ya os avisé, me creía en lo más alto de la cadena sentimental. Y el que fuera gracias a Emi me hacía sentir el amo del universo. Fue un fin de semana de febrero en el que el sol brillaba cuando le dije a mi madre lo peor que jamás le he dicho a nadie a quien quisiera, y lo más triste es que no recuerdo muy bien por qué fue. Alguna restricción horaria relacionada con mis notas y el hecho de que estuviera todo el día en la calle. Subí a la buhardilla y, de ahí, al tejado. Sentía rabia interna. Una rabia incontenible.

Observé la ventana de Emi, esperando que fuera a rescatarme, pero la única persona que asomó la cabeza fue la buena de mamá.

—Bruno. Baja de ahí. Ahora mismo.

No respondí.

—Te lo advierto. Baja ahora mismo.

Apreté la mandíbula y obedecí, antes de recibir otro rapapolvo.

—No sé qué te ha pasado, pero estás distinto. Ni siquiera te reconozco. Tú no eres así.

«Claro, tú sabrás mejor que yo cómo soy», pensó mi yo de diecisiete años, que sólo era un poco menos imbécil que el de treinta.

—¿Te pido mucho diciéndote que te apliques en el examen del lunes? ¿Te exijo mucho? Me levanto todos los días muy temprano y vuelvo muy tarde para estar aguantando estas tonterías. Bastante tengo con tu hermana y sus historias universitarias.

—No es mi culpa.

—Ni me contestes. Vete a tu habitación.

Me quedé rígido, desafiante. Si me cruzara conmigo mismo me abofetearía.

—No es mi culpa que estés sola.

—¿Estás queriendo decirme algo?

—Papá murió por tu culpa. ¡Tú le mataste! —grité.

Ella abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Se llevó la mano al pecho y los ojos, tan abiertos como un 7-Eleven, crearon una fina capa de lágrimas que no se decidían a saltar al vacío. Yo avancé con paso firme, pero sin correr, escaleras abajo. En cuanto abrí la puerta de casa la cerré, sólo para descubrir que el viejo Ford de Nanette estaba frente a mí, con Emi al volante. Una sonrisa se me dibujó en la cara y corrí como alma que lleva el diablo, pero la del coche parecía una diosa.

Emi arrancó y yo miré hacia atrás pensando en mi madre. Mi padre había fallecido siendo yo un bebé y todos mis recuerdos se habían formado en torno a las cuatro fotos que teníamos juntos.

Pero no sabía cómo era su forma de caminar. Ni cómo pensaba. Ni siquiera cómo era su risa o su tono de voz. Volvían de cenar y mamá conducía cuando se les cruzó un jabalí. Intentó esquivarlo. Y el coche colisionó contra un árbol, impactando por el lateral derecho. Rápido e

indoloro. Y a la carga de culpa y presión que ella siempre había sentido sobre sus hombros yo le acababa de añadir una tonelada más. Casi nada. Pero en aquel momento sentía rabia al pensar que después de haberme robado la posibilidad de conocer a mi padre también me quería quitar la de estar con Emi. Qué absurdo, ¿no?

—Te he visto —dijo ella, por fin—. En el tejado. Y sabía que algo iba mal.

La ventanilla, bajada. Su pelo rizado ondeaba sobre el reposacabezas. Su sonrisa, blanca, perfecta, era la base del ejército de pecas acuarteladas en su nariz.

—Mi madre —contesté— no es como Nanette. Me quiere encerrar los fines de semana para que estudie. Y así no nos podíamos ver. Hemos discutido.

—Será también que yo saco todo sobresalientes. Tu madre es la mejor, ni se te ocurra quejarte.

—Empollona —contesté, sonriendo. Después miré por la ventana melancólico. No me sentía bien—. Si mi madre se entera de que estás conduciendo y yo voy en el coche, ya sí que estaré muerto.

—Al menos no es la ranchera de Tía Evita, ¿no?

—Creo que eso provocaría que me mataran dos veces.

—¡No digas esas cosas feas! Pongamos medicina —dijo, buscando bajo el volante una cinta de música.

Tenía seis cintas, que iba renovando y sobreescribiendo. Ni una más. Decía que ese número era el perfecto. Todas estaban tituladas, como si Emi hubiera pensado que podrían servir a cualquiera que las encontrara. Por supuesto, todas las canciones (y las etiquetas) eran en francés.

«Cuando estoy feliz».

«Cuando estoy melancólica».

«Cuando me siento libre».

«Cuando estoy enfadada».

«Cuando me quiero morir».

«Cuando quiero irme lejos».

Agarró esta última y la metió con suavidad en la radio del coche.

—Imagina —empezó a gritar— cuando tengamos mucho dinero y nos compremos un barco. Tú y yo. Sin nadie más, en una larga travesía.

—¿Sí? ¿Y cómo se supone que conseguiremos todo ese dinero? ¿Vas a hacerte famosa?

—Seremos artistas —dijo, girando la manecilla de la ventana para abrirla—. Tú, escritor. Y yo, cantante.

Subió el volumen al máximo y la canción empezó a sonar. Su maravillosa voz empezó a acompañar *La mer*, de Charles Trenet y asomó medio cuerpo por la ventana, sujetando el volante con una mano. Yo me cagué de miedo, pero, claro, no lo dije delante de ella.

—Et nous naviguerons sur la mer qu'on voit danser, le looong, des golfes clairs. A des reflets, d'argent. La meeer, des reflets changeants, sous la pluie. La meeer³…

Su canto derivó en una risa descontrolada que me contagió. Cuando metió su cuerpo de nuevo en el vehículo pregunté qué decía la canción, cogiendo mucho aire para evitar un posible infarto. Ella me contestó que hablaba del mar, como si aquella explicación fuera suficiente. Respiré de forma más sosegada, mirándola y pensando que era el chico de diecisiete años más afortunado del mundo.

—¿Ves? ¿Ya estás mejor? La música es magia. Nunca lo olvides.

Meneó sus bucles infinitos y pensé que, en realidad, la magia era ella.

Capítulo once

***2 días después** del funeral*

La noche después de hablar con Vidal Aponte se me hizo eterna. Me levanté hecho polvo. Hasta que no pasé los sesenta no he vuelto a sentirme tan cansado. Saludé al perro, que me miraba como diciéndome que él era mucho mejor Bruno que yo, y di los buenos días a mi hermana.

Me volví al sofá. Leí un poco y me volví a dormir, sentado.

Al despertar de nuevo miré la pantalla de mi teléfono. Eran las 16:30.

Tenía más de diez llamadas perdidas (casi todas de Carolo, un par de Alfonso y ninguna de Tino) y una cantidad ingente de mensajes. Apagué el teléfono. No estaba para nadie, ni siquiera para mí mismo.

—Levanta —me dijo Inés, pateando el sofá.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin ganas.

—Hay alguien en la puerta. Quiere verte.

—¿Es Tino? —Ella negó con la cabeza—. ¿Carolo? ¿Alfonso?

—Es una chica.

Me levanté, me puse una camiseta y unos vaqueros encima del pijama y salí a ver quién reclamaba mi presencia. Os aseguro que era la última persona que me esperaba.

—¿Ángela? —pregunté, frotándome un ojo.

—Venía a presentarte mis condolencias por Emilia —dijo, tan estirada como siempre.

Tan alta como siempre. Con los labios tan apretados como siempre. Ni siquiera había pensado en ella, y no exagero, durante más de nueve años. Incluso hoy, si hablo de Ángela Barros, es sólo porque juega un papel secundario pero fundamental en esta historia.

—Cuánto tiempo. Gracias. Te lo agradezco —acerté a decir.

—Sabes que Emilia y yo nos distanciamos. Después de lo que pasó… y de cómo nos trató. Bueno, y a ti. Te trató muy mal, Bruno.

Me apoyé en la puerta.

—No me trató muy mal.

—Oh, claro que sí. Qué caprichosa es la memoria. En cualquier caso, nadie se merece algo así. Aunque seas tan mala persona como ella.

Yo miré a ambos lados de la entrada y me pregunté si se trataba de algún tipo de cámara oculta. Intenté cerrar la puerta en sus narices, pero consiguió pararla con la mano.

—Me voy a casar —me dijo—. ¿Tienes algo que decir a eso? Hay quien me quiere.

—Enhorabuena. —No entendí nada y por eso intenté cerrar de nuevo la puerta. Esta vez la paró con su zapato de tacón tipo rascacielos.

—Te crees que lo tuyo con Emilia siempre fue más fuerte que lo que cualquiera haya sentido, ¿no? ¡Estuvimos juntos tres años, Bruno! ¡No una noche con una cualquiera!

—¿Qué es lo que pretendes, Ángela? ¿Estás loca? —pregunté, indignado a la par que estupefacto.

—¿Loca? —Se cruzó de brazos y apartó el pie de forma lenta—. Fue lo que me hiciste. ¿Ni siquiera te acuerdas? No elegiste bien. Me dejaste escapar por tu obsesión y al final Emilia se ha

suicidado. Te dejó en la cuneta, como siempre. En realidad, te dejó tirado mucho antes para irse con un hombre que no la…

No hubo extremidad que pudiera parar el tercer portazo.

Me repetí, otra vez, que no se había suicidado.

—*¿Quién te hizo esto, Emi?* —pregunté al aire, en voz baja.

Me acosté en el sofá y me tapé la cabeza con la almohada, como si eso me fuera a ayudar a dormir. Grité, como si alguien me fuera a oír. Y cerré los ojos con fuerza pensando que si me dormía tal vez pudiera volver a verla en sueños.

Capítulo doce

***14 años antes** del funeral*

Después de conducir un rato y poner algunas canciones más, y tras la discusión que yo había tenido con mi madre, Emi aparcó en el camino de tierra más cercano al *refugio.*

El refugio era una pequeña caseta que habíamos construido un par de años atrás, a base de puertas, muebles y madera recogidos en los contenedores. La habíamos reforzado con clavos y puesto una alfombra que, al levantarla, dejaba ver una ciudad entera de zapateros rojos con sus motas negras. Ellos no salían a la superficie y nosotros les dejábamos existir.

Tanto el interior como el exterior estaban adornados con luces que resistían el agua y funcionaban con pilas. Sé lo que estáis pensando, pero por aquel entonces el cambio climático no era tan importante. Qué narices, ni siquiera sabíamos qué era el cambio climático. La puerta, que Tino había montado con bisagras de su casa, se cerraba con un candado cuya llave se escondía bajo la tercera piedra a la derecha.

Alrededor había unas cuantas antorchas que habíamos comprado entre todos, una gran barra de madera para servir bebidas cortesía del 4V y un palé, recubierto de bombillas y protegido por una lona que colgaba de las ramas del árbol que tenía encima. Allí era donde Emi daba sus conciertos. Pocas veces he sido más feliz. Nuestras fiestas de inicio y final de verano eran conocidas e, incluso, conseguimos ganar dinero algún año vendiendo mojitos: muchos chicos y chicas de nuestra edad se acercaban por allí, maravillados con lo que habíamos construido. Y con ella, claro. Y yo hacía como que no me importaba, pero todos sabían la verdad.

Tal vez por eso Emi se esforzaba en dejar claro lo mucho que me quería y que compartíamos muchísimas cosas que los demás jamás sabrían. Tal vez yo supiera que eso no era verdad y que tampoco compartíamos tanto, y por eso estaba a la defensiva con mi madre y con todos los que no fueran Emilia Lamoreaux. Volví a pensar en lo que había dicho y la culpa empezó a inundar mi tórax.

—¿Por qué hemos venido aquí? Mi madre me va a matar. Me va a castigar hasta verano, mínimo.

—Deja de preocuparte, hombre. No habrá sido para tanto. Quiero enseñarte algo.

La seguí, atravesando las espigas, zarzas y cardos que se quedaban enganchados en mis vaqueros, a la altura de la espinilla. La cuesta abajo se hacía cada vez más pronunciada, hasta el punto en el que ella se descolgó por una especie de liana, hecha con trazas de raíces, en una inclinación de ochenta grados. Y de repente, desapareció.

—¡Emi! —grité—. ¡Emi!

—Aquí no soy Emi.

Puse los ojos en blanco.

—Emi, no tiene ninguna gracia. ¿Dónde estás?

—Ya te he dicho que no soy Emi —insistió.

—Françoise —dije, cogiendo aire—. ¿Sería usted tan amable de decirme dónde está?

Ella asomó la mano desde un recoveco que había en esa inclinación y me gritó que bajara de una vez. Lo hice con cuidado, sin mirar. Me di ánimos y me deslicé por la maldita cuerda hasta que alguien tiró de mí.

—¡Tachán! —Escuché que decía, justo antes de pisar el suelo de la guarida.

Era una cueva de piedras incrustada en aquel paraje. Miré hacia el frente: sólo había mar. En el suelo, un colchón con una manta limpia. Había un pequeño armario, hecho de madera y abierto, que dejaba entrever unas sábanas con margaritas. Olía a incienso y un radiocasete viejo descansaba junto a un cesto que contenía copias de las seis cintas de Emi. Los enganches colocados en los recovecos de la pared sostenían la cara de la verdadera Françoise Hardy de joven, por triplicado. El parecido entre ellas era sorprendente. Y lucecitas. Muchas luces, como luciérnagas paradas. Me asomé con mucho cuidado y me eché hacia atrás al instante.

—¿Cómo se supone que vamos a bajar?

—Deja de preocuparte. Este sitio es mi escondite —dijo, agarrándome las dos manos—. ¿Qué pasa? ¿No estás contento de estar aquí conmigo? —preguntó, a punto de ponerse a llorar.

Su ojo izquierdo, el del corazón, se solía llenar antes de lágrimas. Aunque era la chica más alegre que hubiera conocido, también era a la que le resultaba más fácil caer en la tristeza. No entendía cómo ni por qué su ánimo cambiaba de forma tan repentina.

—¿Cómo no voy a estar contento? Es solo que ya sabes que he discutido con mi madre. Le he dicho cosas muy feas, Emi…

Ella se llevó la mano a la boca y tosió fuerte.

—Françoise.

Se sentó en el colchón y me preguntó por la discusión. Cuando se la conté, parecía molestarle que estuviera tan preocupado.

—¿Tú nunca discutes con Nanette?

—Cuando Tía Evita está en casa. Si no fuera por esa bruja, no lo haría jamás. Pero bueno, sabes que puedo hacer lo que quiera.

—Ya.

—Podríamos venir a dormir aquí algún día —dijo, como intentando animarme por lo de mi madre—. Me tienes que prometer que jamás le hablarás de este sitio a nadie. Será *nuestro-rincón-secreto.*

—No sé cómo podría hacer eso si no vamos a poder salir de aquí jamás —respondí, sentándome a su lado.

—Sería genial, ¿no? —Apoyó su cabeza en mis piernas y acaricié su sedoso, brillante y largo cabello de oro—. Bruno, quiero vivir en París. Lo he decidido. Nos vamos a ir juntos.

—¿Y qué hay de nuestro barco?

—Eso será en verano. Ya te he dicho que vamos a tener mucho dinero, pero el resto del año podremos estar allí. Yo sólo vendré para los conciertos. Y tú puedes escribir donde quieras. Recuerdo una calle de París con casas de colores. ¡De colores, Bruno! Verdes, rosas, amarillos, azules… Alguien tocaba la guitarra y yo apoyaba mi espalda en una pared llena de hiedra. La encontraremos y nos instalaremos allí.

Emilia había vivido en París hasta que se quedó huérfana a la edad de siete. Mi hermana me dijo entonces que había sido por un accidente en avioneta o por el ataque de un cocodrilo, pero Emilia jamás quiso hablarme de ello.

—¿Recuerdas algo de tus padres? —Ella ni siquiera contestó—. Nunca quieres hablar de tus cosas, pero entiendo que piensas en ellos y que tal vez quieras desahogarte. —Silencio—. He pensado que, a lo mejor…

—Ven, te enseñaré a salir de aquí —dijo, pegando un brinco y descolgándose de la *liana*—. Apaga el incienso.

Al asomarme de nuevo, vi que a unos cuatro o cinco metros por debajo había un pequeño

camino que nos devolvería al coche. En cuanto sus pies tocaron tierra firme, empezó a caminar sin esperarme. Y no es que no quisiera hablar de sus padres. No sólo eso, quiero decir. Es que nunca contaba qué era lo que le atormentaba por dentro y tanto se esforzaba en disimular.

Emilia Lamoreaux era como su mirada. Ella, y sus dos corazones.

Por un lado, sugestiva, magnética y adictiva, con una mancha que era imperceptible si no te acercabas lo suficiente. Por la otra, triste, melancólica y sin artificios. Siempre fue Emi, pero también Françoise Hardy. Siempre fue la persona que todos querían ser, aunque nadie supiera cómo era en realidad. Ni siquiera yo.

Después de tantos años de reflexión, he llegado a la conclusión de que su problema era que parecía tener personalidad múltiple, y el mío, estar loco por todas ellas.

Capítulo trece

***4 días después** del funeral*

Tras la visita de Ángela estuve dos días más sin salir de esa casa. Sólo quería retozar en mi tristeza y no saber nada de nadie. A ratos dormía y a ratos cambiaba los canales de televisión sin atender demasiado. En las noticias nadie hablaba de Emilia Lamoreaux porque a nadie le importaba ya.

En una de mis ensoñaciones noté que mi cuerpo se movía a causa de una fuerza exterior. Abrí los ojos. Otra vez, turbulencias en el sofá. Alguien estaba pateándolo. Giré la cabeza y vi a mi hermana Inés, con los brazos cruzados y más seria que de costumbre. Con los ojos entornados observé a mi cuñado Federico, detrás, sujetando con ambas manos un té humeante y levantando las cejas como diciéndome que no había tenido elección.

—Buenos días —dije.

—¿Buenos días? Son las cinco de la tarde, Bruno —replicó Inés—. Ya está bien. Se acabó la tontería.

Me giré, echándome la mantita por encima. Ella tiró de esta y yo la agarré más fuerte. El forcejeo duró unos segundos. Luego, me sentí desnudo.

—¿Qué quieres? —pregunté al incorporarme. Era como si tuviera una resaca fortísima, sólo que no había bebido nada.

—Llevas aquí tirado tres días. ¡Tres días! ¿Cuánto llevas sin ducharte? ¿Y por qué te han llamado de la revista para interesarse por cómo estás y ni siquiera contestas?

Llevaba casi dos días con el móvil apagado.

—Esto no puede seguir así. Me niego a que siga así. Vas a buscar trabajo. Ya.

—Ahora no, en serio.

—Soy tu hermana mayor y estás durmiendo en mi sofá. Creo que ahora sí. En serio.

—Necesito tiempo.

Me sentía como si volviera a tener quince años.

—*Necesito tiempo* —imitó ella, tratando de poner mi voz y entonación—. Fui tu hermana mayor cuando fuiste a Madrid y necesitabas dinero, así que ahora también. —Suspiré al silencio —. Fede y yo tenemos que trabajar y cuando volvemos nos encontramos con el salón hecho un desastre y tú ahí tirado como un parásito. —Puso sus brazos en jarra—. Anda, levanta y dúchate. Vamos a ir a dar una vuelta.

Al pasar junto a Federico, dirección a la ducha, le dije que me vengaría de él por no ayudarme.

—¿Qué tal estás? —preguntó al rato de estar paseando.

Cómo iba a estar. Mal.

—¿Y vosotros? —pregunté, sin responder.

—Como siempre, todo bien. Ya lo sabes. Pero no estamos aquí para hablar de mí.

Siempre bien. Y aunque no fuera así habría contestado lo mismo. Siempre pensé que para ella lo importante era mantener un estatus y las apariencias. Hacía buena temperatura y caminábamos por una de las calles que tantas veces había recorrido de niño. Las farolas se empezaron a

encender.

—No puedes parar tu vida por Emilia. Y menos ahora que ya no está. Entiendo que cuando ella se casó perdiste el interés en tu trabajo. ¿No? Si lo sé, no te recomiendo. Me dejaste en evidencia.

—Volveré a trabajar. Ahora necesito tiempo.

Ella tiró de mi brazo, haciéndome girar sobre mí mismo.

—¿O sea que es verdad? —preguntó. La respuesta era demasiado compleja para ella y a mí tampoco me apetecía bucear en mis heridas—. Así que también será verdad que cuando no estamos en casa investigas con *Carlitos* qué es lo le pasó a Emilia.

—Carolo —corregí.

—Se suicidó, Bruno. Todos lo saben.

Negué con la cabeza y bufé de forma entrecortada, tratando de mostrar indignación.

—¡Tú siempre la odiaste! Nunca quisiste que estuviera con ella y siempre la criticabas.

—Y tú siempre la idealizaste. —Se colocó frente a mí haciendo aspavientos y negando con la cabeza más rápido que yo—. Fue una niña, chica y mujer especial, pero no en el sentido que te imaginas. No malgastes tu vida con esto. Tienes que seguir adelante, y que ella no esté… siento decir que es lo mejor que te ha podido pasar.

Me intentó agarrar del brazo, pero me zafé con rapidez. No podía permitirme escuchar esas cosas. No sobre Emi. No en ese momento.

Capítulo catorce

***13 años antes** del funeral*

Se puede pensar que con diecisiete años recién cumplidos ya eres casi un hombre. Más aún con treinta. Pues yo me sentía como si fuera un niño. Aún hoy, a veces, me ocurre. Recuerdo con especial claridad la tarde en la que Emilia mostró, por primera vez de puertas para afuera, su lado más oscuro. A partir de entonces algo que siempre había permanecido oculto empezó a dominarla. A ratos, al menos.

Su relación con Tía Evita se había mermado con los años hasta llegar a lo insoportable. En muchas ocasiones veía desde mi ventana a la mujer salir por la puerta con una maleta y a Nanette rogándole que se quedara. Ella solía darse la vuelta y argumentar su decisión, para acabar volviendo sobre sus pasos. La maleta estaba casi siempre vacía.

La realidad era que Tía Evita y Emi jamás se habían gustado. La adolescente sabía que las tierras donde Nanette tenía la base de su negocio eran de aquella mujer y por eso, muchas veces, aplacaba su frustración a golpes contra una pared o tirándose de los pelos. El problema era que todo lo que hacía para no enfrentarse a ella acababa haciendo que Nanette tuviera que intervenir.

—¡Ha hecho otro agujero en la puerta! ¡De un puñetazo! —gritó Evita una vez.

Emi lloraba de pura rabia. Abrió la puerta y lanzó contra ella sus novelas y las clásicas obras de teatro, de un grosor considerable, antes de dar un nuevo portazo.

—¡Pero bueno! ¡Casi me da! ¡A esta niña hay que llevarla a un reformatorio, o a un psiquiatra, o algo! ¡No la puedes dejar vivir a su antojo así! ¡Así no!

—Es sólo una niña y lo ha pasado muy mal. Y tú no paras de provocarla.

—¿Sólo una niña? ¿Sólo una niña? Tiene diecisiete años y te recuerdo que ahora vivo en esta casa. A mí no me tienes que engañar como a los demás.

—*Chacun voit midi à sa porte*.[4]

—¡Por supuesto! —gritó Evita—. No creas que no lo entiendo. Es la hija de tu hermana, y para ti siempre será una santa. Cuando empezamos esto me dijiste que no querías tener hijos y yo… —Comenzó a llorar.

Tampoco es que Evita fuera su tía de verdad, por lo que Emi había intentado boicotear esa relación todo lo posible para reducir el número de veces que se instalaba en su casa y así llevar una vida tranquila junto a Nanette. Una vez, por ejemplo, nos tiramos toda una tarde buscando posibles terrenos por la zona para trasladar el negocio, con el calor dándonos latigazos en la espalda. El precio era tan astronómico que fue inviable hacer ninguna propuesta. Y, aunque el precio hubiera sido un regalo, Nanette jamás habría dejado a Tía Evita. Y no sólo por las tierras, claro. Ni tampoco por el hecho de que aún creyera que podían salvar su amor.

—No es mi hija, pero la querré como si lo fuera hasta que me muera.

Evita consiguió que la frustración no tomara el control de su cuerpo. Sólo tomó el de su cara.

—¿Es una provocación decirle que se tape un poco las tetas cuando pasea por casa? ¿Es normal que me amenace con hablar con mi familia? De verdad, no voy a permitir que me siga extorsionando y haciendo lo que le venga en gana. No sé cómo quieres educarla. Si la quieres como una hija, querrás lo mejor para ella. Y estar aquí, sin ninguna figura que le imponga orden, no es lo mejor para ella.

—Te pido que hagas un esfuerzo.

—Llevo años haciendo un esfuerzo. ¿Y ella cómo lo agradece? Diciendo por ahí que soy bollera.

—*¡Pardiez!* Llevamos juntas doce años. ¡Lo eres! ¡Has pasado los cuarenta! ¡Supéralo!

—Si mi familia se entera —respondió, frunciendo los labios—, di adiós al negocio. Di adiós a esta casa. No te lo perdonaría.

—*Ma chère*[5], claro que lo saben. Cosa distinta es que prefieran no escuchar o hacer como que no existo.

—¡Si lo supieran no estaríamos juntas! ¿Es que no lo entiendes?

Nanette se pellizcó el puente de su chata nariz.

—Hablaré con ella, ¿vale?

—¡Si me vuelve a amenazar, yo misma la echaré de esta casa! ¿Es tan difícil ser feliz? ¡Es un demonio enviado para amargarnos la vida! ¿Me oyes? ¡Eres un demonio! —exclamó, antes de encerrarse en el baño para llorar.

No supe el porqué de los gritos. Ni por qué una silla salió despedida por la ventana de Emi cuando caía la noche, mientras la versión de *Paroles, Paroles* de Dalida resonaba por toda la calle. Yo había aceptado el castigo de mi madre de forma diplomática, por lo que llevaba casi cuatro días sin verla. Apoyado en la repisa de mi ventana y mirando a la suya (sin cristal, pero tapada con cortinas), sonreí pensando que era su manera de decirme que pensaba en mí.

Escuché las sirenas un rato después, cuando ya estaba en la cama. De un salto llegué a la ventana y vi a dos personas con chaleco amarillo corriendo con una camilla hacia la puerta de su casa. Bajé a toda velocidad, pero mi madre, en la puerta, no me dejó salir.

—Por favor, por favor —dije, casi en un lloro—. Por favor, mamá. Te lo suplico.

Me propuso ir ella a ver qué había pasado. Al volver, me explicó que Nanette prefería que no la vieran así, que la niña estaba agobiada. Se llevaron a Emi por una intoxicación alimenticia y se me rompió el alma en dos al ver cómo la metían en la ambulancia.

No dormí en toda la noche y me quedé esperando en el cristal hasta que a media mañana del día siguiente vi al Ford aparcar justo detrás de la ranchera azul de Tía Evita; Emi estaba muy pálida y sus pecas parecían haberse descolorido. Caminó hacia su casa, con una mano en la tripa y otra en el hombro de Nanette. Yo, dispuesto a saltar por la ventana para ver qué tal estaba, saludé. Sonreí. Ella miró hacia delante, como si no me conociera.

Entendí el mensaje. Aun así, hice de centinela todos los días y cada vez que llegaba del instituto no hacía otra cosa que mirar por la ventana. Encendía la radio y, si ponían una canción en francés, subía el volumen al máximo y sacaba el aparato estirando un brazo. Cuando por fin me levantaron el castigo y estando yo sentando en nuestro pequeño jardín (buscando música en cada emisora), Nanette se acercó.

—Brunito, basta. Deberías apagar eso.

—Es para que sepa que pienso en ella, tú no lo entenderías. —Me levanté, sacudiendo mis manos en el pantalón—. Por favor, Nanette, sólo quiero hablar con ella un minuto. Saber que está bien. Mi madre no se enterará.

—Tiene que descansar. Luego la verás y todo será como antes. Ve al instituto, ve con los amigos, y antes de lo que crees Emi estará con vosotros.

—¿Qué pasó? —pregunté. Nanette parecía hacer memoria—. ¿Por qué tiró una silla por la ventana?

—Oh no, no —dijo, atorada. Explicó que ella, al limpiar la habitación de su sobrina llena de trastos, se resbaló sobre la silla. Esta, con ruedas, cayó por la ventana—. Suerte que no caí yo,

Brunito.

No me lo creí.

Nadie vio a Emi durante las dos semanas siguientes y cuando por fin apareció, con su sonrisa de siempre, sus pecas llenas de vida y su corazón en el ojo, pensé que tal vez Nanette hubiera dicho la verdad. Que Emi jamás había tirado una silla por la ventana, ni para comunicarse conmigo.

Un beso húmedo y un abrazo de más de tres minutos me convencieron de que esa era toda la verdad.

Capítulo quince

***4 días después** del funeral*

Empecé a alejarme de mi hermana, pero frené mi marcha cuando gritó mi nombre:

—¡Bruno! ¡Ponerse una venda en los ojos no sirve de nada! ¿Te acuerdas del día en el que una silla salió despedida por una ventana en casa de Nanette? ¿Lo recuerdas?

—Tú ni siquiera estabas allí, estabas en la universidad —respondí, rechinando los dientes y dándome la vuelta.

—Y aun así sé que no estuvo en cama quince días por una intoxicación alimenticia. Se tomó más de veinte pastillas de Lorazepam que sacó del bolso de Evita. Si no quería suicidarse, quería llamar la atención de algún modo. Como siempre hizo. Y a ti te quería a su lado porque eras quien más atención la prestaba. ¿Por qué iba a querer que mi hermano estuviera con alguien así? ¿De verdad crees que es porque la odiaba y no porque te quiero? —Inés se acercó de forma lenta —. He vivido en el mismo pueblo que ella durante muchos años, mientras tú estabas fuera. Te aseguro que Emilia Lamoreaux no es la persona que crees. No merece la pena que sigas malgastando tu vida por alguien que, en realidad, ni siquiera conocías. Puedes quedarte en nuestra casa, pero no en el salón. Tengo una habitación preparada. O si quieres puedes ir al piso que tenemos alquilado en la ciudad, sólo pagarías los gastos, cuando puedas.

—No necesito tus miserias —contesté, negando con la cabeza—. Es mejor que me vaya ya a Madrid.

—No te quiero presionar, pero si necesitas cualquier cosa puedes venir a hablar conmigo. Cualquier cosa. —Me abrazó—. No hagas el tonto, por favor.

Y al final fue ella quien se fue. Empecé a caminar, intentando agujerear el suelo a cada paso. Estaba cabreado conmigo. Con Inés. Y con Emi. Me saqué el teléfono del bolsillo y lo encendí después de dos días desconectado. Empezó a pitar sin parar.

Los mensajes de texto me informaron de que mi hermana Inés decía la verdad: habían intentado llamarme de la revista de la que me habían despedido. No pensaba devolverles la llamada. Tino lo había hecho tres veces. Alfonso, dos.

Carolo sólo una, pero me había enviado más de diez mensajes:

«Bruno, ¿pudiste hablar con Nanette? Dime algo».

«Oye, no te vayas a ir a la ciudad sin verme, ¿eh?».

«Bruno, te necesito para esto. Por favor, llámame cuando puedas».

«¿Cómo estás? Espero que todo bien. Llevamos un par de días sin hablar. Dime algo».

«Llámame cuando puedas, tenemos que hablar».

«He quedado con Ángela. Llámame».

«Bruno, he descubierto algo importante. Tengo que hablar contigo».

«Por Dios, ¡enciende el teléfono!».

«Creo que tenemos un nuevo sospechoso».

«Necesito hablar contigo. Llámame cuando leas esto».

«Bruno, es urgente. Tenemos que vernos. Dime algo y te llamo».

Tras ver aquello levanté la cabeza e intenté recordar dónde estaba la comisaría: tardaría más de treinta minutos en llegar. Podría haber cogido un taxi, pero en la cuenta apenas me quedaban

unos cientos de euros. Hasta que me pagaran el subsidio del paro, al menos. Cuando llegué al edificio, la noche ya era cerrada. Entré con paso firme y pregunté al policía de la recepción si podía hablar con Carlos Valera.

—¿Ha quedado con él? —preguntó el joven uniformado.

—Sí. Es importante.

Me indicó cómo llegar hasta un segundo control donde tendría que volver a preguntar. Pasé por un par de estancias llenas de gente sentada en sillas de plástico y esperé hasta que una mujer con pinta de deportista de élite me atendió. Los únicos músculos que movió fueron los de la frente.

—¿Y para qué necesitas a Valera?

—Es por un caso.

Sus cejas parecían una cuchara luchando contra un helado demasiado frío. Las intentó relajar antes de echar aire por la nariz, en lo que simulaba ser una carcajada rápida.

—¿Un caso? ¿Carlos Valera?

—Así es.

—Espera aquí un momento —dijo antes de dirigirse a un compañero—. Llama a *Carlelo*. Preguntan por él.

Lo entendí; a aquella mujer no le caía bien Carolo. Cuando mi amigo apareció, sus fosas nasales se hincharon casi tanto como las cuencas de sus ojos. Su nuez era hipnótica, en un sube y baja digno de ser admirado.

—Preguntan por ti, jefe —dijo la policía de espalda trabajada, que luchaba por contener la risa.

—Gracias. —Carolo me cogió del brazo y me alejó de allí—. Bruno, ¿qué haces? Te dije que me llamaras, no que vinieras.

—Pensé que era mejor. Necesitaba pasear y tú querías que nos viéramos. Esa mujer te llama *Carlelo*. ¿Lo sabías?

—Olvídalo.

—Se estaba riendo de ti.

—No tengo muchos amigos por aquí.

—¿Por qué hablaste con Ángela? —pregunté—. ¿Qué era eso tan urgente? La muy imbécil vino a mi casa para sacarme de mis casillas.

—Espérame en el bar de al lado. No tardaré en salir.

Estuve sentado durante más de cuarenta minutos, buscando en mi teléfono móvil las noticias más destacadas sobre Emilia. Leí los titulares en los que se decía que la joven Emilia Lamoreaux, recién casada, había perdido la vida en una explosión fortuita. Nadie hablaba de un posible suicidio y menos aún de la posibilidad de que alguien lo hubiera provocado. Tras hablar con los allegados, su marido y su familia (que se reducía a Nanette), se había determinado que la causa había sido accidental. Con el paso de los días las noticias menguaban, aunque las autoridades seguían luchando por rescatar los restos mortales. Una pequeña nota, en la noticia más reciente, hablaba sobre la fecha en la que se celebraría el funeral. Y ya está.

—Perdona, no quería hacerte esperar —dijo Carolo, que llevaba una bufanda que podría haber envuelto el Empire State.

—¿Ya te han terminado de tomar el pelo en la comisaría?

—¡Te lo dije! ¡Esto debe quedar entre nosotros! Tú… tú haz el reportaje. —Se mordió el labio superior con los dientes inferiores—. En la comisaría la mitad de los policías me miran con desprecio porque saben que podría ser colocado a dedo por mi padre y por eso tengo que

demostrarle que puedo ser tan buen jefe como él, ¿vale? Por eso necesito alguien en quien confíe de verdad y resolver esto por mi cuenta. Nadie sabe que he retomado este caso, está cerrado. Hay que ser más discretos si queremos averiguar la verdad y, si lo hacemos, tú tendrás el reportaje que te dará entrada en cualquier periódico. Pero no vengas más. Sólo ten el teléfono encendido y cógelo cuando te llame. No es tan difícil.

Suspiré. Bastante tenía con lo mío como para preocuparme por las tonterías de los demás.

—Carolo, ¿qué era eso tan urgente? ¿Qué cojones hablaste con Ángela y quién es ese sospechoso?

—Primero —dijo él, sacando una libreta y un bolígrafo—, cuéntame qué es lo que hablaste con Nanette

Volví a suspirar. Le expliqué que la tía de Emi mantenía su versión y que aseguraba haber estado en casa toda esa noche. Que estaba convencida de que Emilia se había suicidado. Carolo me pedía que fuera más despacio, para poder apuntar.

—Y me dio dos fotos. Me dijo que Emi pasó por su casa unos días antes.

—¿Fotos? ¿Las has traído?

—Claro que no —respondí, apoyando mi cuerpo en la mesa. Mentí. Estaban en mi bolsillo interior, junto a aquel escrito jamás entregado—. Son personales y no incumben a tu investigación.

Carolo se golpeó la barbilla con el bolígrafo en repetidas veces.

—No fue un suicidio. Habría aparecido el cuerpo. Bruno, los cuerpos al final siempre flotan, ¿vale? Se rastreó toda la zona y con la cantidad de barcos pesqueros que hay lo habrían visto.

La imagen de Emilia, con la cara azulada e hinchada, flotando en medio del mar y con partes del cuerpo roídas por los peces vino a mi mente.

—No quiero ni pensar en ello.

—Pues hay que pensar.

—Dime ya qué hablaste con Ángela y qué es eso de que tienes un nuevo sospechoso.

Carolo empezó a pasar páginas en su libreta.

—Lo primero es lo primero. Nanette, ¿qué sabemos de Evita? ¿No se llevaba mal con Emi?

Negué con la cabeza y saqué los morros. Parecía una broma. ¿De verdad la policía trabajaba así?

—Después del funeral hablé con Nanette. Me dijo que Evita la había dado de lado. Tampoco profundicé. Carolo —Me eché hacia delante y puse la mano sobre su libreta, haciendo que dejara de tomar apuntes—. Cuéntamelo.

—Está bien, está bien —dijo él, que carraspeó—. Ángela me dijo que quiso hablar contigo, pero que fuiste algo violento con ella.

—Está loca. Loca de verdad. ¡Yo no fui violento!

—Relájate, la gente está empezando a mirar. Ella sólo quería contarte algo, pero como no la atendiste, me lo contó a mí. Me ha jurado que alguien vio a Emilia en una situación comprometida con su jefe.

—¿Comprometida?

—Sexualmente comprometida.

—No me lo creo.

—¿Por qué, si no, le iba a dejar el barco?

—No es verdad —contesté—. ¿Estás diciendo que Eloy Bellacasa es sospechoso? Ángela siempre odió a Emi.

Se acercó, tapándose la cara con su fina y larga mano.

—Cuando la investigación estaba abierta, una excompañera de Emilia nos confirmó que tres semanas antes del «accidente» —dijo, haciendo unas comillas imaginarias en el aire— ella le cruzó la cara a su jefe en la sucursal. Le humilló. He estado buscándola y no he encontrado rastro de ella. Tampoco parecía cómoda con el hecho de soltar información a la policía. Si nos aproximamos a ella hablando de tu reportaje, tal vez tengamos más suerte. Se llama Ileanna Sharova y, aunque ya no trabaja en el banco ni está empadronada en la localidad, creo que la podré encontrar.

Me eché hacia atrás.

—Sí, claro. Sí, quiero hablar con ella. ¿Y dices que Ángela los vio juntos?

—Te lo repito. Ángela jura que alguien los vio. No sé el nombre de ese alguien y tampoco puedo obligarla a decírmelo. —Se encogió de hombros y empezó a enumerar con los dedos—. César, Nanette y Eloy Bellacasa.

—No tienes nada contra César y a Nanette ya la puedes borrar de tu libreta. Eso deja sólo un sospechoso y tampoco es que me fíe de la palabra de Ángela.

Al fondo, a la espalda de Carolo, vi una pareja joven teniendo una conversación que parecía tensa. Pensé en Emi y en mí, en un bar como ese, echándonos a perder en vez de luchar por estar juntos. La chica se levantó y él intentó agarrarla. Cuando ella se zafó, dejó ver su brazo, lleno de tatuajes verdes, rojos y azules. Recordé lo que Vidal Aponte me había dicho tres días antes:

«Ella llevaba así todo el brazo tatuado muy feo, de colores».

SEGUNDA PARTE

La ira

«On me dit que nos vies

ne valent pas

grand chose».[6]

Quelqu'un m'a dit, Carla Bruni

Capítulo dieciséis

***4 días después** del funeral*

Como os decía, estábamos en la cafetería frente a la comisaría cuando la chica de los tatuajes de colores se puso una chaqueta vaquera con cuello de borrego (que le quedaba demasiado grande) y un fular veraniego. El chico que tenía enfrente, en una postura chulesca, repetía que él la quería y que no entendía esa actitud. A él lo aparté con la mano izquierda y ella casi le incrusto el índice en el ojo.

—¿Dónde estabas la noche del tres de septiembre?

Miró a su acompañante, con los ojos muy abiertos. Este tenía las manos levantadas y movía la cabeza, clavando los ojos en ella y en mí de forma intermitente.

—¿Qué? —acertó a preguntar la chica, después de tragar saliva.

—¿Qué es esto? —preguntó él, sin mover un gramo de su cuerpo.

—¡Que dónde estabas el tres de septiembre por la noche!

—En-n casa —respondió ella, apretando entre sus manos un pequeño bolso de ante con flecos—. ¿Estás loco o qué? Me t-tengo que ir.

Miró a mi espalda y acto seguido salió por piernas. Todo el mundo en el bar curioseaba y cuchicheaba, imagino, sobre lo que había pasado en aquella mesa del fondo.

—¡Espera! —grité.

—Tío, estás loco —dijo el que debía de ser su novio, que se fue hacia la puerta, andando hacia atrás.

—¿Pero qué haces? Todo el mundo está mirando—dijo Carolo, que se acercó manteniendo una distancia prudencial. Me dijo que había pagado y me sacó de allí.

—No lo entiendes. Fui ver a Vidal Aponte y me dijo que esa noche vio a dos chicos y que ella tenía tatuajes de colores en el brazo. —Ya en la calle los busqué con la mirada, pero se habían esfumado—. Estoy seguro de que es ella. Puede que viera algo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Carolo. Yo resoplé y me revolví el pelo. Tenía ganas de gritar—. Ahora que sabe que estamos juntos va a ser aún más difícil hablar con ella.

—¿Con ella?

—Ella era Ileanna Sharova, Bruno. La chica que trabajaba con Emi.

—¿Y tú que eres policía me dices que era imposible de encontrar cuando está en la cafetería frente a la comisaría? Joder, Carolo. ¡Joder!

—La parte buena es que sabemos que sigue aquí. Tranquilízate.

—Hay que encontrarla. Si yo te pregunto dónde estabas la noche del veinte de agosto mucho tendrás que pensar para recordarlo. Ella me ha contestado, sin pensar, que estaba en casa.

—La has asustado.

—Tenemos que encontrarla, Carolo. No hay más que discutir.

—Tienes que confiar en mí si queremos averiguar lo que ocurrió —dijo Carolo, dando vueltas a su bufanda.

—Confiar en ti, como Tino. ¿De verdad le metiste en la cárcel?

Puse los brazos en jarra.

—Es complicado. Pero sí, tienes que creerme cuando te digo que cumplía con mi deber.

Dejé mis ojos clavados en él sin articular respuesta.

—Puede que me equivocara, ¿vale? La verdad es que tú eras nuestro pegamento y te fuiste. Y lo que éramos se rompió.

Me repetí que bastante tenía con lo mío como para preocuparme por los problemas de los demás.

—Fuiste tú quien me retuvo aquí. Así que ahora me vas a ayudar a encontrar a *Ioanna*.

—Ileanna —me corrigió. Después se mordió el labio superior y elevó las cejas—. Está bien. Creo que sé dónde puede estar, pero hay que darse prisa. Estarán al cerrar.

Caminamos en silencio por el paseo marítimo. Sólo el ruido de las pequeñas olas que llegaban a la orilla interrumpían los sonidos de fondo de las tiendas cerrando y las voces de familias y amigos en busca de un restaurante abierto. Casi no recordaba lo que era ser feliz o lo que era estar despreocupado y dedicarme a vivir. El peñón se iba haciendo más grande frente a nosotros.

—Aquí es.

El señor que regentaba la floristería paró de recoger las plantas para observarnos. Después, se metió en la tienda con una gran maceta y se apoyó en el mostrador.

—Ustedes dirán. Estamos cerrando.

—Querríamos hablar con Ileanna Sharova.

—Están buscando en el peor sitio, entonces —respondió, antes de retomar su tarea.

Carolo sacó la placa de policía con disimulo, no sin antes mirar a su alrededor. No fuera a ser que alguien, en un lugar donde todos saben todo sobre todos, fuera a descubrir que el hijo de Marcos Valera había seguido los pasos de su padre.

—Necesitamos encontrarla.

—Y yo ya les he dicho que están buscando en el peor sitio para eso. Ileanna dejó de trabajar aquí hace semanas.

Miré a Carolo, pesaroso, antes de intervenir.

—Tal vez nos puedas dar su dirección, para ir a hablar con ella a su casa.

—Si son policías no hace falta que yo les dé esa información.

—Pero es importante —intenté decir.

—No sé dónde vive. Y ahora, largo.

Salió con nosotros y bajó el aluminio de la tienda con un palo. Y tal como habíamos llegado, él se fue.

—No puedo consultar la base de datos para esto, me pillarían —dijo Carolo—. Estaré atento, por si vuelve al bar. La encontraremos —añadió, poniéndome la mano en el hombro.

Ese momento tan solo me sirvió para comprobar que la investigación estaba siendo llevada a cabo por un aficionado y entender a su padre y a sus compañeros. Aun así, quedamos en seguir hablando al día siguiente, aunque yo estaba convencido de que no serviría para nada. No teníamos ni una pista que nos pudiera ayudar a averiguar qué fue lo que en realidad pasó con Emilia o con esa maldita explosión, y no parecía que la condición de Carolo como policía fuera a ayudar mucho. Necesitaba un despacho, un ordenador. Tenía que ponerme las pilas y descubrir la verdad antes de que aquella incertidumbre acabara por hundirme. Saqué el teléfono y marqué. Un tono. Dos tonos. Al tercero, me lo cogió.

—¿Sí? —contestó mi hermana.

—Inés, soy Bruno. ¿Sigue en pie la oferta de la habitación?

Suspiró.

—Sólo si me prometes que no vas a hacer tonterías y vas a centrarte.

—Dame una semana. Eso será suficiente. Después retomaré mi vida. Te lo prometo.
La escuché resoplar al otro lado del teléfono.
—Te prepararé la cama.

Capítulo diecisiete

***5 meses y 3 semanas antes** del funeral*

Hasta que pasó lo de Emilia yo no había oído hablar de Eloy Bellacasa. Resulta que era una de las personas más ricas de toda la localidad. Su expresión ruda, una pequeña cicatriz en el cuello y un bigote de otra época fueron suficiente para que destacara entre todos los demás. Decían que tenía un ojo analítico incomparable y su capacidad de improvisación y persuasión con los clientes le encumbró como uno de los mejores comerciales del banco, por lo que fue ascendido a director de servicios de liquidación y pagos con apenas veintiséis años. Eso le hacía ser la persona más joven, en una empresa con más de veinte mil empleados en todo el mundo, en alcanzar ese puesto.

Antes de llegar a la treintena había logrado todos los objetivos que se había marcado: tener un sueldo anual de más de seis cifras, encontrar una mujer guapa y delgada que le quisiera a pesar de su cara fea y una reputación social que le permitiera codearse con la flor y nata del sector. Eloy supo ese mismo año que su mujer había quedado encinta. Con alegría mayúscula, decidieron casarse antes de que la ropa y el cuerpo de ella delataran lo que era un secreto a voces. A la boda, que tuvo más de trescientos comensales, se rumorea que asistieron todos los directores de bancos importantes e, incluso, que alguno le ofreció un puesto muy superior con una remuneración acorde al cargo.

—No lo he aceptado —le dijo a su mujer, la misma noche de bodas—. Estamos bien aquí. Tenemos una finca enorme casi pagada y me gusta el mar. Algún día dirigiré mi propio banco y me compraré mi propio barco. Llegaré mucho más alto de lo que ellos se puedan imaginar.

—Pues no lo aceptes —respondió la mujer, dándose la vuelta.

—¿Qué te pasa?

—Ni en nuestra boda puedes hacerme caso, mirando a todas las camareras jovencitas y haciéndote el *machito* con tus amigos los banqueros.

—No es para tanto.

—Te he visto tocar a la rubia. No soy imbécil. Era una niña, Eloy.

—Y por eso te quiero —contestó él—. Mira, son negocios. A esa gente les hacen gracia esos chistes.

—Pues a mí no.

Fue una de sus últimas discusiones. Sólo seis meses después y debido a una complicación en el embarazo, su mujer tuvo que ser operada de urgencia. El niño nació prematuro y ella no salió del quirófano.

Desde entonces, Eloy Bellacasa se centró en su trabajo y delegó la educación de su hijo a una chica rusa que también limpiaba y cocinaba para ambos.

El golpe psicológico fue grande y la gente notó que ya no persuadía a todos los clientes. Que su ojo analítico se podía comparar (y que era igual que el de los demás). Y acabó asumiendo que se tendría que conformar dirigiendo una sucursal del banco en la misma localidad en la que había empezado, con un sueldo muy superior al que le correspondía, hasta que surgiera ante él una nueva oportunidad para colocarse entre los mejores.

Veinticinco años después y tras algunas inversiones acertadas, se podía decir que era un hombre de éxito: tenía una buena casa, un hijo estudiando en Londres (tras varios fracasos escolares y otro par de carreras empezadas), un barco y un millón de euros en su cuenta bancaria. Pero no había ninguna mujer que le quisiera a pesar de su cara fea, ni una reputación social que le permitiera codearse con la nueva flor y nata de la banca privada. Le quedaban catorce largos años para jubilarse cuando conoció al que se convertiría en su última oportunidad: Paulo Botello.

Desde el primer momento en el que pisó el banco se ilusionó pensando que sus inversiones podrían colocarle de nuevo en la palestra. Ya no era una joven promesa, pero creía saber mucho más sobre lo que querían los clientes que todos los imberbes colocados a dedo que se vestían con trajes y corbatas de dos tallas más. Aunque para sus jefes Eloy era una persona rentable, no era ni la sombra de lo que fue y su edad jugaba en contra: necesitaba un golpe de efecto.

—Querría hablar con el director de la sucursal —dijo el hombre, que tenía un marcado acento portugués.

—El mismo que viste y calza.

Paulo Botello siempre aseguraba estar en su peso ideal, pero el resto del mundo sabía que pesar el doble de lo debido no era tal cosa. Llevaba una camisa sudada, chaqueta y vaqueros, rematando el *look* con unas zapatillas blancas. Ese portugués rechoncho que quería vestir igual que Steve Jobs había creado una aplicación móvil para reservar mesa en cualquier restaurante de Portugal.

—La idea era acercar la comida de *alto standing* a personas de *bajo standing*. Al restaurante no le gusta una mesa vacía y a la gente le gusta ir a donde van los mejores.

La aplicación había triunfado tanto que no tardó en operar también en España y, más tarde, en toda Europa. Un año después, un gigante estadounidense llenó los bolsillos de Paulo a cambio del negocio y poco después él comenzó a buscar nuevos caminos para generar más dinero y mantener el nivel de vida al que se había acostumbrado, a pesar de su falta de ideas nuevas.

Para ello sólo había un impedimento: necesitaba liquidez al tipo más bajo de interés. Había malgastado casi todo su dinero en lujos innecesarios y un problema con el juego le había dejado contra las cuerdas. Aun así, había aprendido que las apariencias eran lo más importante. Siempre. Y que el dinero llamaba al dinero.

—Necesitaré dos millones de euros.

A Eloy se le dibujaron euros en los ojos cuando escuchó la cifra.

—Claro, tenemos que estudiar la operación, pero no creo que haya ningún problema. Si me lo permite, ¿por qué ha venido a una sucursal tan pequeña como esta? No es lo habitual solicitar un importe así fuera de la central. ¿Está instalado aquí?

—¿Sinceramente? —dijo el hombre, que apenas cabía en la silla—. Estoy mirando casas, sí. Cerca de la montaña. Me gusta esta zona, veraneé aquí un par de veces con mi mujer y mi hija. Y he pensado que tiene un gran potencial como centro de negocios. Tiene un buen club social, unas casas bonitas, mar y tranquilidad. La casa, por cierto, estaría dentro de este acuerdo. —Extendió las manos en el aire, separándolas después con suavidad—. El Silicon Valley europeo. ¿Qué te parece?

Eloy sonrió y sacó su mejor arma.

—Me gustaría que su familia viniera algún día a navegar conmigo. Tengo un barco en el puerto. Le enseñaré la costa. Lo único, tengo que pedirle algunos datos. ¿Le parece bien? Es una mera formalidad, pero necesaria en un importe tan elevado. Puede llevárselo a casa y estudiar para qué se los pedimos y quién los usará. Me lo puede traer cuando concretemos nuestro paseo por el Mediterráneo. Necesitaremos un aval importante para tal cantidad.

—Claro, pero tutéame —contestó Paulo, echándose hacia atrás—. Iré con mi hija. Tiene dieciséis años. Le gustará.

—¡Lamoreaux! —gritó Eloy, para después carcajearse—. Como ve, aquí somos bastante europeos.

Emi entró en la sala con una carpeta llena de documentos, que dejó con cuidado en la mesa.

—¡Encantado! —dijo el portugués a su paso, siguiéndola con la mirada hasta que salió del despacho—. Dime que la francesa también vendrá a navegar.

—Por supuesto, haré que venga. Le hemos subido el sueldo hace poco y no creo que tenga ningún reparo. Usted me entiende.

—Eso es música para mis oídos. Haz que yo confíe en ti y tendrás todo mi dinero en tu banco, perdona… Soy terrible con los nombres

—Eloy Bellacasa. Para servirle.

Capítulo dieciocho

***4 días después** del funeral*

La misma noche en la que el florista enquistó nuestra oportunidad de saber qué era lo que había visto la chica rusa de los tatuajes me instalé en la habitación. Desde la estancia, con escritorio y ordenador incluidos, se veía el peñón. Me quedé mirándolo, con una cerveza abierta, intentando no pensar en nada hasta que Inés se asomó. Me di la vuelta y observé su cara lavada. Creo que hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que se parecía a nuestra madre.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, todo perfecto. Muchas gracias.

—Bruno, me refiero a que, ¿todo va bien? —insistió, apoyándose en el marco de la puerta.

—Sí, es sólo que necesito averiguar la verdad o estaré toda mi vida preguntándome qué paso. Una semana. Y si no, asumiré lo peor y me pondré a buscar trabajo.

—¿Me lo prometes? ¿Te comprometes de verdad?

—Deja de ponerte en plan mamá.

Aunque intenté impregnar mi comentario de un tono humorístico, supe por el gesto en su cara que no le había sentado bien.

—Es lo que me toca, soy la mayor. Buenas noches. —Y cerró la puerta con cuidado.

De un salto me senté en la silla y encendí el ordenador. Mi rodilla temblorosa y agitada golpeaba la parte baja de la mesa en cada movimiento. Abrí Google y tecleé el nombre de Eloy Bellacasa. 2 939 000 resultados. El primero de ellos era su página de LinkedIn. El segundo era la noticia de un medio importante, relacionada con el accidente del velero, en la que sólo se le nombraba como el dueño de la embarcación. Los cuatro siguientes, decían lo mismo. Páginas en las que se hablaba de un acuerdo al que había llegado el banco, Eloy mediante, con una empresa tecnológica emergente por un valor de millones de euros. El quinto era su clasificación de un torneo de golf en el Club Social. Cuando pinché, recorrí aquella lista dándole a la ruedecita del ratón hasta toparme con el único nombre que me dijo algo: Alfonso Robles.

—Así que ahora te mueves con la *jet set*, ¿eh, Alfonso? —pregunté hacia mis adentros y casi en un susurro.

Abrí los cajones buscando una libreta y un bolígrafo, que encontré a la primera.

BARCO ←ELOY BELLACASA ↔ CLUB SOCIAL ↔ ALFONSO

Me quedé pensando durante un rato antes de dibujar dos flechas más, por encima y por debajo del nombre de Eloy Bellacasa.

ÁNGELA → ¿? → EMI ← ELOY BELLACASA → BANCO ↔ ILEANNA ← VIDAL APONTE

Me metí el bolígrafo en la boca (una manía que aún mantengo) y tecleé el nombre de César Juárez en el ordenador. 8410 resultados.

Tiempos de sus carreras en *Runedia*, una web en la que aparecía su nombre como psicólogo especialista, una página de contactos para psicólogos y una noticia en la que había sido nombrado. Tan solo una.

CÉSAR → EMI → NANETTE

Necesitábamos encontrar a la tal Ileanna y que Ángela pusiera nombre a esas interrogaciones, pero cada vez tenía más claro que Carolo no era demasiado persuasivo ni alguien a quien se le diera bien la improvisación. Me levanté para colocar la ropa en el armario de la habitación y, al coger mi chaqueta, cayó la carta que tanto me había costado escribir y en la que respondía a la última pregunta de Emi. A su lado, el sobre con las fotos. Observé la fotografía en la que aparecíamos los dos solos, aún siendo unos niños, y una frase en francés en el lateral. La coloqué junto a la pantalla del ordenador.

Me metí en el traductor e introduje lo que había escrito, dictado por ella, sobre la fotografía: «Nous aurons toujours Paris».

Le di al *ENTER*, esperando el resultado. En pantalla apareció la traducción y sonreí: «Siempre tendremos París».

¿Cómo me había podido olvidar? Sus pecas jamás habían sido tan doradas ni su pelo tan vivo como en aquella imagen. Cerré los ojos y recordé aquel feliz momento. También pasó por mi cabeza, de manera fugaz, que aquella había sido la primera vez en la que la había escuchado hablar de la oscuridad como algo bello. Suspiré, antes de preguntar en alto, mirando a los ojos de esa niña con un corazón en el ojo.

—¿Tú te hiciste esto, Emi?

Abrí el procesador de texto y comencé a escribir el reportaje que me había jurado a mí mismo no empezar. Al fin y al cabo, ya no parecía tan mala idea.

Capítulo diecinueve

***13 años antes** del funeral*

Fue la última feria con Emi. Nuestro último verano, aunque aún no teníamos ni idea.

Recuerdo llegar, caminando, junto a los chicos, Emi, Ángela y Lola. La gente nos saludaba y nos miraba. O al menos eso nos creíamos. Pensábamos que éramos el centro del mundo. El olor a churros y las barras de chapa estaban por todas partes. En general, menos Tino, todos habíamos sacado buenas notas, lo que significaba que al año siguiente comenzaríamos la universidad. Por aquel entonces ya había gente que empezaba a tener teléfono móvil. Nada de cámaras, por supuesto. Todavía no existía el peligro de hacer una tontería que fuera grabada por algún desconocido, para que luego la subiera a la red social de turno y tu cara se hiciera viral.

Fuimos directos a la cola de *la olla*, la atracción preferida de Emi. Nunca lo dije, pero odiaba subirme en aquel trasto. La música popular que provenía de alguna caseta se te incrustaba en alguna zona del cerebro (que hacía que la repitieras durante una semana aun odiándola) y los feriantes gritaban intentando que la gente se gastara alguna moneda en sus juegos, tan difíciles de ganar como que te tocara la tómbola.

Aquella máquina del infierno daba vueltas y oscilaba en diferentes sentidos haciendo que tu cuerpo rebotara de un lado al otro. A Emilia le encantaba sentarse, agarrarse y evitar con las piernas que nadie más lo hiciera, expulsando una risa incontrolable que hacía que todos los que esperaban para montar quisieran ser esa adolescente rubia que parecía llevar los mandos de la atracción y de su vida. En uno de esos vaivenes, Ángela cayó encima de mí y, pillándome por sorpresa, me rodeó con los brazos.

—¡No me sueltes por favor!

Cuando bajábamos y yo luchaba por no tener náuseas, propuse ir a por un perrito caliente para asentar el estómago.

—Me parece acertadísimo —dijo Alfonso, que tenía ubicados cada uno de los puestos de comida del enclave.

—¿Te apetece un perrito caliente? —pregunté a Emi, rodeándola con un brazo. Ella sacó la cabeza de debajo.

—Bruno, dime la verdad. No me importa si es que sí, pero no me mientas. —Me quedé en silencio, sabiendo que se acercaba una de esas preguntas en las que no existe una respuesta correcta—. ¿Te gusta Ángela?

—¿Cómo?

Ella levantó la vista y me clavó el corazón de su iris en el único que yo tenía. ¿Emilia tenía celos de mí? ¿Y de Ángela? ¿Emilia Lamoreaux?

—Eres muy listo, así que no me hagas creer que no te has dado cuenta. Sólo quiero saber qué es lo que tú piensas. A veces no puedo leerte.

—¿Pero de qué estás hablando?

Emi creía tener razón en todo lo que no la tenía. Su seguridad pasmosa en cada palabra te convencía de que siempre sabía de lo que hablaba.

—Le llevas gustando toda la vida. A mí apenas me habla desde que estamos juntos. Olvídalo, vayamos a por ese perrito caliente.

La agarré por la muñeca y me deshice del resto del grupo metiéndome entre la gente. Cuando paré, ella se soltó con ímpetu, revolviéndose. Su cara era de rabia y la conocía lo suficiente para saber que estaba a punto de irse.

—¿Qué te crees que haces? No me gusta que me agarren así.

—Espera, Emi. Sólo espera un minuto.

Pagué al feriante del puesto de las escopetas y metí el perdigón. Tenía tres oportunidades. Las desaproveché todas. Emi se cruzó de brazos, mirándome con atención.

—Espera, por favor —contesté, suplicante. Volví a pagar y acerté dos de tres, por lo que, esa vez sí, pude acceder a un premio mediano—. Aquí está. Lo he visto antes cuando veníamos y como siempre hablas de eso...

Abrí la mano, con un colgante de la Torre Eiffel descansando en la palma. Ella lo observó durante unos segundos.

—¿Hubieras preferido un reloj? —pregunté, intentando sonar divertido.

—Odio los relojes.

Su gesto cambió por completo y me abrazó al instante como sólo ella sabía hacerlo. Yo no sabía de dónde venía su odio a los relojes, pero os aseguro que me daba igual: cuando ella abrazaba yo prefería no decir ni preguntar nada que pudiera estropear el momento: nada en el mundo era comparable a que Emilia Lamoreaux me rodeara con los brazos.

Se recogió el pelo y me pidió que se lo pusiera. Una vez colocado, se abrió un botón del vestido verde que llevaba para que se viera bien. Siempre eran verdes. Ella aseguraba que se debía a que era su color preferido y el que mejor le quedaba. Yo le respondía que cualquier color le iba bien.

—París. Seguimos queriendo ir, ¿verdad?

—¿Y sigues queriendo ser como Françoise Hardy?

—¿Cómo te atreves? —preguntó, subiéndose a caballito en mi espalda. Después, me susurró al oído—. Yo soy Françoise Hardy.

En ese preciso momento, como siempre en el peor, Tino nos interrumpió.

—¡Por fin os encuentro! —gritó—. ¿Dónde os habéis metido? Alfonso se ha comido vuestros perritos calientes. Y los he pagado yo, así que me debéis dinero.

Detrás de él apareció Ángela, recogiéndose el pelo con vergüenza. Después, Lola, Carolo y Alfonso. Emi bajó al suelo.

—Estábamos probando suerte con las escopetas.

—¡Eso se avisa! —dijo Lola, con su acento venezolano.

Después puso un euro sobre la chapa de la caseta y no tardó ni treinta segundos en acertar los tres disparos. De todos los premios que había, eligió una pequeña cámara instantánea desechable para pedir a continuación que nos hicieran una foto a todos.

—Joder. ¿Quién eres? ¿Tomb Raider? —preguntó Tino.

—No lo sabes tú bien —dijo Carolo, que plantó un beso en los morros a la chica. Ella se apartó a medias.

—¡Haznos una a nosotros dos! —exclamé.

Agarré a Emilia haciendo que su nuevo colgante se balanceara. La miré pensando que jamás podría amar a nadie como la amaba a ella.

—Siempre nos quedará París —dije.

—*Nous aurons toujours Paris.* Si vamos a vivir allí tendrás que empezar a conocer el idioma.

Le quitó la foto de las manos a Lola y se puso a agitarla rápido, haciendo algún tipo de ruido por el esfuerzo. Después consiguió un rotulador y me hizo colocar la foto sobre la espalda

sudada de Alfonso para escribir aquella frase en francés. Estuvimos paseando, bebiendo cerveza y montando en atracciones hasta que se nos acabó el dinero.

Algunas horas después nos fuimos al refugio, a terminar la noche bajo un manto de estrellas.

—Deberíamos sacar dinero a la fiesta del verano —dijo Tino—. Servir nosotros mojitos y cervezas y cobrar a los que vengan. Para algo hemos construido esto nosotros. Cobrar para que vean a Emi tocar.

—¿Entonces qué gracia tendría? Perdería su esencia —respondió Emilia.

—Yo lo que quiera la mayoría, pero ahora me tengo que ir —dije yo, que había prometido a mi madre que no llegaría tan tarde.

—Venga, *ceniciento,* ¡no seas aguafiestas!

Emi se levantó, sacó la lengua a Tino y se sacudió el vestido para después agarrarme de la mano. Caminamos sin prisa hasta el final del bosque, para después recorrer las aceras iluminadas por farolas que daban al lugar un aire místico. El olor a mar era mucho más evidente en verano y las palmeras ondeaban sus hojas de forma ligera debido a la brisa. Observábamos a la gente volver de la feria feliz, sabiendo que para nosotros, al terminar la estación, todo sería diferente.

—La semana que viene hay que echar las solicitudes para la universidad.

—No quiero hablar de eso. Teníamos un plan. Yo cantante y tú escritor.

—Pero ese plan sigue ahí, ¿no? Sólo tenemos que tener un plan B de seguridad. ¡Lo hemos hablado mil veces! Yo estudiaré Periodismo y tú Bellas Artes. ¡Una red de seguridad para contentar a nuestros padres!

Me arrepentí al momento de pronunciar la frase, aunque ella no pareció molestarse. Al contrario, me dijo una de las frases que más me ha descolocado en la vida:

—Dicen que la muerte no da miedo. Que da pena.

—¿Y desde cuándo piensas en la muerte?

Ella rio y me agarró también con la mano que tenía suelta.

—Desde siempre, supongo. Me pregunto qué se sentirá al morir. ¿Paz? ¿Pena? ¿Miedo? ¿Alivio?

—¡Pero Emilia! ¡Por Dios! ¿Cómo puedes decir eso?

—No es tanto por querer morir como por querer dejar de vivir en algún momento. Si viviéramos para siempre la vida no tendría sentido. —Dio un botecito—. Al final todos morimos, así que no hay nada malo en pensar en ello. ¿Tú nunca lo has pensado?

—Supongo que sí.

Ella miró hacia otro lado como si yo no entendiese nada y siguiera siendo aquel niño preguntón que la conoció cuando llegó a la casa de al lado. Odiaba sentirme así junto a ella, que a esas alturas era la única persona que podía generar algo parecido en mí.

Poco después nos cruzamos con un hombre y la que sería su hija, de unos doce años. Este la agarraba con cariño, por detrás del cuello. No entendí entonces el motivo del cambio de gesto en la cara de Emi. Ni que me soltara, como queriendo empujarme. Ni si conocía a aquel hombre, al que pegó una patada en la entrepierna antes de empezar a gritar como una poseída.

—¡Corre! ¡Huye! —gritó a la niña, que no paraba de llorar. Emi se dirigió al hombre—. ¿Te crees que no sé qué es lo que haces?

Él levantó la cabeza y la miró, estupefacto. Se levantó como pudo, se interpuso entre su hija y Emi y después de un «Está loca. No la conozco», siguió su camino, renqueando. Convencí a Emi de largarnos de allí y ella clavó su mirada en la niña, deshecha en lágrimas. Ese hombre sí era de los que llevaban teléfono móvil. Y, además, de los que lo sabían usar para llamar a la policía.

—¿Qué ha sido eso? Vámonos —dije, rodeándola con el brazo. Ella ni siquiera contestó, volviendo a ponerse la coraza invisible que separaba a Emilia Lamoreaux del resto del mundo—. Pero, ¿le conoces? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo? Dime algo, por favor.

Emi agarró mi mano con fuerza, sin decir una palabra. Cuando la miré a los ojos, vi que se habían vuelto inertes. Nunca volvimos a hablar de aquello.

Capítulo veinte

***5 días después** del funeral*

Había tenido un sueño reparador y hasta entonces no había sido consciente de lo mucho que necesitaba dormir en una cama de verdad. Me desperté concentrado. De alguna manera, era como si de repente supiera lo que tenía que hacer y pudiera pensar con mayor claridad. Según abrí los ojos, escribí a Carolo. Teníamos que darnos prisa en hablar con Ileanna sobre Eloy Bellacasa, en averiguar quién le había dicho a Ángela que entre Emi y su jefe había habido algo más que un contrato laboral e investigar dónde había estado César durante esas horas en las que estuvo desaparecido para poder descartarlo de verdad.

«Ok. ¿Te llevo un café?», contestó mi amigo.

«Sí».

Aproveché que era miércoles y que mi cuñado y mi hermana habían ido a trabajar para ocupar el salón, sólo acompañado por el otro Bruno, a pesar de las amenazas. Carolo no pareció impresionarse con su tamaño por el simple hecho de que la casa de sus padres (donde aún vivía) era casi igual de grande.

Dejó dos cafés y una pequeña bolsa con cruasanes en la mesa de centro.

—He mirado a ver si Ileanna vuelve al bar. Estaré atento.

—Supongo que estás de broma. —Él me miró sin entender mi comentario—. ¿No puedes mirar esa información en tu ordenador o algo así?

—Si lo hago, lo sabrán. Es una investigación cerrada y prefiero ser discreto con todo esto.

—¿Y de qué nos sirve que seas policía? Tenemos que hablar con ella ya. Necesitamos saber qué pasó aquella noche en el puerto.

Me quemé los labios con el café que Carolo bebía como si fuera agua.

—Estás comprometido con esto, ¿eh? —dijo, poniendo una mano sobre mi rodilla—. Sólo necesitabas dormir. Si averiguamos lo que pasó, mi vida dará un giro de 180º. No tendré que preocuparme sobre lo que opinen los demás en la comisaría porque todos me respetarán. Si averiguamos la verdad, nuestras vidas cambiarán a mejor, Bruno. Y ten por seguro que hay una verdad que descubrir.

—¿Y si fue un suicidio? Me enfadaría muchísimo con ella. Y conmigo, por no haberlo evitado.

Lo que me había contado mi hermana Inés el día anterior aún retumbaba en mi cabeza y el haber dormido me dejaba ver toda la situación con cierta perspectiva.

—No pienses eso ahora. Lo importante es averiguar quién querría hacer daño a Emi y después nos centraremos en encontrar el cuerpo. Si encontramos el cuerpo, también será una victoria —dijo Carolo, frotándose las manos sobre los pantalones.

—Me molesta que te emocione encontrar a Emi, si te digo la verdad. Si tantas ganas tienes de *coronarte*, utiliza la placa y averigua lo que necesitamos saber. Y entonces podremos seguir avanzando

Dijo que lo intentaría y se mordió, como siempre, el labio superior. Después le enseñé la libreta, en la que había escrito los nombres la noche anterior, y estuvimos durante unos minutos hablando de ideas sueltas hasta que anunció que se marchaba, de manera abrupta. Antes de

levantarse dio un último trago al envase de cartón donde la *lava* (que prometía que era café) esperaba ser terminada.

—Genial. Dime si consigues algo en la comisaría.

—Sí. Hoy me toca ir por la tarde.

—¿Y entonces por qué te vas?

Por la cristalera del salón vimos el Chevrolet rojo de Tino aparcando al otro lado de la valla.

—Entiendo.

Abrí el portón exterior y Alfonso y Tino se acercaron a la puerta con paso firme. Todos saludamos con un movimiento de cabeza.

—¿Tu mujer y tu hija? —preguntó Carolo a Alfonso tras estrechar las manos de ambos.

—Todo bien. Gracias por preguntar.

—Ya hablamos, Bruno. Sé discreto.

Y como habían entrado los otros, se marchó. Tino negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Que seas discreto? Este se ha visto la última temporada de *Jack Ryan* pero no es capaz ni de encontrar sus zapatillas de andar por casa sin preguntar a su madre. En fin, que qué tal estás. Me quedé preocupado el otro día y parece que no has querido saber nada de mí. De nosotros —añadió, rodeando la mitad del cuerpo de Alfonso con su brazo izquierdo.

—Os escribí. Necesito descansar. Necesito averiguar qué es lo que pasó con Emilia. Os agradezco la visita, pero…

—Está bien, no queremos molestarte. Joder, sí que le va bien a tu hermana, ¿no?

—Sí, parece ser que sí.

—Se nota que no tienen hijos —dijo Alfonso, moviendo las palmas de las manos. Su papada se movió como un flan al compás de su risa nerviosa—. Yo he cogido algún *kilito*, esto de la paternidad es complicado.

Agarró uno de los cruasanes que había traído Carolo y se lo metió entero en la boca.

—Se te ve contento —opiné.

—Me va bien. Me va muy bien. Un día podríamos quedar los tres a comer, ¿qué os parece? Si no sales corriendo, claro. ¿Cuántas veces nos hemos visto desde mi boda? ¿Dos? ¿Tres? Y ya han pasado dos años. El tiempo vuela. Vuela que te vuela —dijo, antes de coger otro par de bollos.

—¿Y tu novia? —pregunté, mirando a Tino—. ¿Está trabajando? Cuando pase todo esto la conoceré.

Alfonso levantó una ceja y clavó su mirada en Tino después de mirarme un microsegundo.

—Ahora no es importante. Hemos venido porque Alfonso insistía en verte. Hay algo que cree que debes saber… aunque supongo que ya estarás al tanto.

—Me sorprendió que Tino se sorprendiera al escucharme —añadió Alfonso, con la boca llena — y yo pensaba que era algo de dominio público. Ya sabes: del tipo de cosas que todo el mundo sabe pero que nadie habla. Y más siendo yo el que menos se llevaba con Emi.

—¿De qué estáis hablando?

—Emilia a veces me contaba cosas. Creo que yo le daba pena. Pero hablando con Tino yo no llegaba a entender por qué tú estabas tan seguro de que no… había sido ella quien había provocado todo esto. Cuando le dije lo que sabía me cogió por sorpresa que él tampoco lo supiera.

—Alfonso, coño —dije, enfadado—. ¿De qué estás hablando?

Él se limpió la boca con la manga de la chaqueta y miró a Tino antes de contestar. Se encogió

de hombros.

—No sé cómo decirlo. Abusaron de ella cuando era pequeña, antes de venir aquí.

Noté cómo un jarro de agua fría caía sobre mi espalda y millones de cosas empezaron a tener sentido. Sus cambios de humor. El arrebato jamás explicado contra un hombre que caminaba con su hija por la calle. Cerré los ojos y suspiré, echando la cabeza hacia atrás.

«¿Por qué no me lo contaste? Te podría haber ayudado», dije en silencio.

—Me contó que a veces le gustaría estar muerta. Tenía unas cintas de música…

—Seis —interrumpí.

—¡Sí! ¡Eran seis! Y había una que me dijo que escuchaba cuando se quería morir.

—Eso era una forma de hablar —aclaré, echándome las manos a la cara, intentando apartar mis dudas.

—No había manera de preverlo —dijo Tino, que estaba tirado en el sofá.

Alfonso metió de nuevo la mano en la bolsa de los cruasanes, pero ya la había vaciado.

—En esa cinta estaban las canciones que le recordaban a su padre, las que él escuchaba. Creo que para Emilia fue un alivio que él muriera.

Capítulo veintiuno

***13 años antes** del funeral*

¿Sabéis que la memoria es selectiva? Nuestra cabeza, no sé si por su capacidad limitada, rechaza lo que considera innecesario y retiene lo que le decimos que es importante. Por eso, como un dique de contención, nuestra memoria tiende a recordar lo bueno y lo positivo para apartar de nuestra mente cualquier pensamiento que cause dolor. Alguien dijo que, a lo mejor, si recordáramos todo lo que nos ocurre estaríamos tan enfermos como si no recordáramos nada. Al fin y al cabo, somos nuestros recuerdos, ¿y quién quiere ser un espectro de dolor y tristeza?

Yo siempre me he agarrado, con Emi, a nuestros más felices momentos. Cada vez que araño y rebusco en mi memoria, como ya sabréis a estas alturas, aparecen episodios que podrían empañar su inimaginable e insustituible esencia. Pero no os dejéis engañar por los pasajes más oscuros y convenced a vuestro cerebro para que trabaje un poco para almacenar (al menos en la superficie) sólo las cosas buenas como la que os voy a contar a continuación.

Apliqué para la carrera de Periodismo en la universidad más cercana. Con treinta minutos de autobús, una hora de tren y un paseo matutino, podía llegar en menos de dos horas. Aprovecharía el camino para leer. Era lo que habíamos planeado. Lo que Emi había querido. Ella, que me dijo que intentaría entrar en la Facultad de Bellas Artes en la misma universidad, no había hablado del tema en lo que llevábamos de verano.

«En algún momento tendremos que hablarlo», le había dicho.

«¿Crees que tendremos los mismos horarios?». Yo sonreía, ella cambiaba de tema.

«Seguro que te echas unas amigas insufribles». «Ya veremos», había contestado.

Me dijo que prefería hablarlo cuando terminara el verano, que quería exprimir el tiempo al máximo mientras siguiéramos siendo niños, porque al llegar septiembre ya no lo seríamos nunca más. Yo le dije que sí y sonreí como un bobo a pesar de no entenderlo, como siempre.

El día antes de la fiesta de despedida del verano, que haríamos en el refugio, estuve durante más de una hora recogiendo emilitas. Margaritas, que diríais el resto. Pues yo, en cada una, veía la cara de Emilia arrancando los pétalos y la escuchaba diciendo un «me quiere, me quiere», acompasado.

Cuando empezó a caer la noche, cogí la mochila en la que había metido un par de velas con olor a vainilla, una ensalada de gambas, aguacate y tomate que yo mismo había preparado y una botella de Lambrusco que aún aguantaba algo fresca. Bajé por la liana, en dirección a *nuestro-rincón-secreto,* donde la había citado veinte minutos después. Coloqué sobre el pequeño armario de madera la botella y la comida.

Recorté los tallos de las flores antes de meterlas en un jarrón que siempre había estado vacío, encendí las dos velas y las coloqué de forma estratégica, antes de encender las lucecitas a pesar de que la mitad estaban ya fundidas. Después, busqué en el cesto de las cintas aquella que se titulaba «Cuando estoy feliz». No caí en que las etiquetas estarían en francés, lo que me impidió encontrarla. Estiré las sábanas y me senté a esperar con las tres imágenes de Françoise Hardy mirándome, como queriéndome decir algo.

—No sabes lo que os parecéis, Françoise. No sabrías decirme cuál es la cinta que busco, ¿verdad?

—¿Qué… cinta… buscas? —preguntó una voz de ultratumba que me hizo dar un bote. Un instante más tarde, Emilia Lamoreaux aterrizó dentro de la cueva, con su risa más descontrolada que nunca y un vestido blanco de lunares verdes.

—¡Qué susto me has dado!¡Casi me matas!

Ella seguía riéndose y moviendo las piernas de forma histérica, intentando recuperar algo de aire.

—¡Vaya cara… vaya cara has puesto! —exclamó, intentando que su respiración volviera a la normalidad—. ¿Qué es esto? ¿Has preparado esto para mí?

—Sólo es algo de cena, unas velas y unas flores.

—¿La comida la has hecho tú? ¿Cómo no voy a quererte, Bruno?

Me encogí de hombros al tiempo que me ruborizaba. Me entraron ganas de arrancarme el corazón allí mismo, como ofrenda, por el simple hecho de que me quisiera.

—Bueno, en realidad se suponía que iba a haber música sonando, pero como has escrito en francés todas las etiquetas no he podido ponerla.

—¿Cuál? —preguntó ella, que se tumbó boca bajo.

—La de cuando estás feliz.

Arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Mejor esta. Es de cuando estoy melancólica.

Empezó a sonar *La maison*, de Françoise Hardy, y dejé claro que escuchar esa canción a mí me ponía contento porque me recordaba a ella. Emilia pulsó el botón para hacer avanzar la música hasta que sonó *Si tu vois ma mèrea,* de Sidney Bechet. Descorchó la botella antes de dar un trago a morro.

—Tú lo que deberías es sentirte culpable. No has aprendido nada de francés. ¿Así cómo vamos a llevar a cabo nuestro plan?

Me reí. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas parecía estar en armonía con la canción y el canto de las chicharras.

—Aprenderé, ya lo verás.

—Siempre nos quedará París, ¿no?

—Claro, esa es la idea.

Cuando nos empezamos a besar la agarré de la nuca y giré mi cuerpo para ponerme sobre ella, pero Emi hizo una maniobra para volver a colocarse encima. Le saqué el vestido por la cabeza y ella se quitó el sujetador. Y sus caderas bailaron en las mías. Al quitarme la camiseta noté las caricias de su pelo sobre mi pecho y se me erizó el vello de todo el cuerpo.

—*Je t'aime*, Bruno —susurró en mi oído, antes de besarme el cuello—. No lo olvides nunca, pase lo que pase.

—No. Nunca. Yo también te quiero, Emi. Siempre te querré —contesté, intentando controlar mi respiración.

Y pensé, como todas las noches desde hacía once años, que amaba a aquella chica. A esa mujer. A esa niña y a su corazón en el ojo. Nada más y nada menos que al ser humano más increíble que jamás haya pisado la tierra.

La niña que quería ganar un Óscar.

La mujer que deseaba ser cantante.

La irrepetible Emilia Lamoreaux.

Capítulo veintidós

***5 días después** del funeral*

Tras la revelación de Alfonso sobre el padre de Emilia un silencio sepulcral se sentó con nosotros. Por mucho que pregunté, y fue mucho, no me dijeron nada más. Intentamos hablar de cosas más banales, como lo bien que le iba a Alfonso en la inmobiliaria en la que trabajaba. El ladrillo, por aquel entonces, era el negocio más seguro. También me contaron que le había insistido innumerables veces a Tino para trabajar con él.

—¿Te imaginas? Me gastaría todo el sueldo invitando a comer al jefe. Prefiero tener una nómina ridícula pero que sea mía, tío.

Cuando Alfonso se fue, nos volvimos a quedar en silencio.

—No vas a dejarlo correr, ¿verdad?

Dejé de tocarme las paletas de los dientes con las uñas antes de contestar.

—¿Te quedas a comer? Quiero enseñarte algo esta tarde.

Cuando le dije a dónde íbamos se negó en redondo a meter su preciado Chevrolet Camaro rojo allí por algo de la amortiguación, así que cogimos mi coche. Aparqué junto al antiguo refugio y los dos nos bajamos casi suspirando al unísono.

—Qué recuerdos, ¿no?

—No sabes cuántos.

Lo único que quedaba de nuestro paso por allí era un cable que alguna vez había dado luz a la persona más bella que hubiera existido, sobre un palé casi podrido. Le indiqué con la mano que me siguiera. Atravesamos las espigas y los cardos y pisé las zarzas para que no pudieran quedarse enganchadas en mi pantalón. Cuando empezamos la cuesta abajo, que se tornaba más pronunciada a cada paso, Tino me recordó que ya no teníamos veinte años. Me alegró saber que la liana seguía allí. Me descolgué e insistí en que aquello era de lo más seguro. Y llegamos a *nuestro-rincón-secreto.* El mar se mecía con lentitud frente a nosotros.

Pensé en la última vez que había estado allí, con Emilia. Sólo un cartel de Françoise Hardy había sobrevivido al paso del tiempo; estaba descolorido y roto, como asustado, en la esquina de la cueva. El colchón estaba roído y casi descompuesto y los muelles sobre los que una vez juré amor eterno se salían de la tela, como implorando respirar. El pequeño armario, tal y como recordaba, estaba sin sus puertecitas.

Las viejas cintas, contra todo pronóstico, seguían en la cesta, aunque destrozadas por completo. Dos tenían la carcasa machacada. Me agaché para coger una que fue pisoteada en su día y se me vinieron a la cabeza todas las veces que Emilia había ido a mi casa para escuchar música y huir de Tía Evita. También, claro, el momento en el que decidió acabar con su colección frente a mis narices.

—¿Aquí es donde veníais a daros calor? Joder, tío. Esto es una gozada. El sonido del mar, una panorámica perfecta del atardecer… Esto es una fantasía que no sabía ni que tenía. Eso sí —dijo, asomándose—, si te caes desde aquí y ruedas hasta las rocas te puedes dar por muerto.

No pude evitar sonreír. Tino se agachó para observar el viejo radiocasete. Cuando le dio al *play* los dos nos sorprendimos al escuchar música.

—¿Esto no va a pilas? —preguntó.

—No tengo ni idea.

Daba por hecho que Emi había destruido todas las cintas, así que tuve que contener mis ganas de llorar y las de abandonar a mi amigo para ir a casa y escuchar aquella superviviente en bucle. Le di al *stop* y la saqué con cuidado. En la etiqueta, casi sin tinta, se intuía la letra de Emi.

—Con tu permiso —dije antes de guardármela en el bolsillo, junto al escrito que siempre llevaba encima y las dos fotos que me había dado Nanette. Tino se sentó en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas, y yo señalé el póster desgastado de Françoise Hardy.

—Se parecían, ¿verdad? —pregunté—. Creo que Emi era su mayor seguidora en el mundo entero. Cuando estábamos aquí me pedía que la llamara Françoise, pero siempre se me olvidaba. No en el plan que te imaginas, sino algo que me dijo cuando nos conocimos. Hablábamos de irnos lejos y juntos y al final mira la vida que nos ha tocado. Me pregunto si habrá vuelto por aquí alguna vez.

—La verdad es que cuando quería podía ser increíble. Tiempo después de que te fueras congeniamos más de lo que lo habíamos hecho nunca. —Hizo el gesto de llevarse un porro a la boca—. Creo que estaba cansada de luchar contra sus demonios, tío. Ya has escuchado lo que ha contado Alfonso. Después, viene a un país desconocido siendo huérfana. Y, cuando la tormenta se cierne sobre ella, decide huir un tiempo. Y cuando por fin decide retomar lo que le hizo feliz, tú eres el que se va. Y termina con un tío que no la merece.

Tiró una piedrecita por el acantilado antes de continuar:

—Me dijiste que la habías visto poco antes de su boda, así que sabrás que su humor no era el que fue cuando éramos críos. Cambió la alegría por tristeza y la tristeza por rabia. Nadie podía evitar esto, Bruno. Ya en la boda de Alfonso se vio que era otra persona. Como todos, en realidad.

—Estoy investigando con Carolo. —Hablé rápido, antes de que me interrumpiera—. Ya sé que ahora no le tienes mucho aprecio y que crees que estoy haciendo el tonto, pero se esfuerza y quiere lo mismo que yo. Hay algo que no te dije el otro día: hay un par de chicos que pudieron ver a una persona discutir con Emi antes de subir al barco. Hablaremos con ellos y luego ya veremos qué pasa.

—¿La noche en la que murió?

—Iba encapuchado. Pero a lo mejor esos chavales saben algo. Carolo está intentando localizarlos.

—Estoy convencido de que fue sola, tío. Fue un accidente y ojalá me equivoque al decir que fue provocado por ella. Hablábamos muchas horas. Ella necesitaba mis porros para sobrellevar su existencia. Eran su medicación.

—¿Medicación? No estaba loca. La vi, después de la boda. Estaba enfadada conmigo, pero tenía sus razones. Emi no era ninguna loca.

—¿Qué razones?

—Prefiero no hablar de ello, pero no vuelvas a decir que estaba loca. Sé que te fumaste unos porros con ella y que ya creías conocerla y que eráis mejores amigos, pero no tienes ni puta idea de la manera en la que ella y yo nos entendíamos. —Me levanté—. Tenía muchos defectos que sólo podías ver si te acercabas lo suficiente como para ver que la mancha de su ojo era en realidad un corazón, pero también te digo que en eso de quererme era la mejor. Deja de repetir que se suicidó, porque estarías faltando al respeto a su memoria… y a mí también.

—Tienes que empezar a asumirlo, tío. Y perdona si soy el único que te dice las cosas claras, pero te estás obsesionando. Y eso no te puede llevar a nada bueno. ¿Cuánto fuiste su novio?

¿Dos años?

—La conozco desde hace veinticuatro, así que…

—¡Y yo también! Y aun así no la conocías. Ni yo, ni su marido, ni Nanette. Escucha, tío. —Se levantó y me golpeó el pecho con el dorso de la mano—. Emilia tenía muchas cosas buenas, pero una de ellas no era el dejarse cuidar. Es hora de que lo entiendas y lo asumas si no quieres caer en un sitio tan oscuro que no sepas cómo volver. Deja de hacer el gilipollas con el *cuello jirafa*, de jugar a los detectives, e intenta seguir con tu vida.

—¿A ti qué coño te pasa? ¡Te digo que no se suicidó!

—A ella le daba igual con quién casarse. ¡Tenía la necesidad de ser querida! ¡Y durante un tiempo ese tuviste la suerte de ser tú! Pero no fuiste el único, joder. Deja de comportarte como la persona más importante de su vida, cuando todo el mundo sabe que ella se fue con otro, y después con otro, y después con otro.

Me tiré sobre él con toda la intención de golpearle y de hacerle daño. El problema era que él era muchísimo más fuerte que yo. Sobre el colchón me agarró las manos para que dejara de intentar pegarle.

—¡Tienes que abrir los ojos! —gritó.

Aproveché ese momento para darle un cabezazo, que fue más con la nariz que con la cabeza. Tino retrocedió un par de pasos tapándose el ojo y, lleno de rabia, me intentó dar un puñetazo que falló por poco. A mí me sangraba la nariz en abundancia, lo que fue un aliciente para escupirle en la cara. Él me dio una bofetada con eco incorporado y yo le empujé. Trastabilló con el radiocasete.

Y cayó hacia atrás, desapareciendo de mi vista.

Capítulo veintitrés

***5 meses y tres semanas antes** del funeral*

Desde que Emi fuera a pasear en barco con su jefe, César se había dado por vencido. La realidad era que para entonces llevaba semanas distante: era la última estocada de una relación ya muerta. Emi, desde aquel día del primer paseo, se asustó. No por lo que había pasado, en realidad, sino por la soledad que atisbaba a lo lejos. El espíritu de César, que Emi había creído que la había querido, amado, cuidado y casi venerado, se alejaba sin mirar atrás. Emi recordó las palabras de su tía, antes de la boda, diciéndole que no saldría bien.

Le conoció tras volver de Francia pensando que regresar al único lugar donde había sido feliz le devolvería, al menos, una parte de su alegría. Pero no fue así. Estuvo días, semanas y meses preguntándose a dónde había ido a parar su personalidad mientras una tristeza pesada y una grávida losa se instalaban en el interior de su estómago.

Por eso acudió al primer psicólogo de la localidad que vio anunciado en Internet. Nanette le dijo que no hacía falta que lo visitara si no estaba preparada, a pesar de la insistencia de Evita en el asunto y la presión que ejercía en su tía para conseguir sacarla de casa. Aunque Emilia no se hablaba con ella, fingía ignorarla y por inercia siempre le llevaba la contraria, sabía que tenía razón: sólo equilibrando sus sentimientos podría huir de aquella convivencia insostenible a largo plazo.

Tal vez esa necesidad de salir corriendo fuera uno de los motivos por los que creyó haberse enamorado de César tan rápido. Su mentón era firme y su pelo fino, castaño y con destellos plateados. Ella tenía claro que había sido yo, su primer amor, quien había equilibrado la mitad de su vida. No quiero sonar pretencioso, pero yo representaba todo lo que ella anhelaba: una madre cariñosa, un amor desinteresado, una admiración tan férrea como inenarrable y un deseo pasional, sano y cariñoso.

César no había oído hablar de Emilia Lamoreaux antes de su primera visita, ya que era seis años mayor, pero, en cuanto la vio aparecer por la puerta, supo que le traería problemas. El psicólogo aguantó sesiones en las que escuchaba a Emi parlotear sobre trivialidades. Jamás explicó lo que de verdad ocurría dentro de ella o por qué pensaba que no merecía ser amada. No le dijo las razones por las que pensaba que era peor que el resto aunque intentara continuamente ser la mejor para los demás. A pesar de todo, le resultaba reconfortante tener con quien hablar de nada. Sólo comentó, una vez y muy por encima, que sus padres habían fallecido, sin mencionar que el indeseable de su padre abusaba de ella desde que tenía cinco años.

Romper la relación paciente-cliente era una barrera que jamás debía traspasar un psicólogo, pero la manera de hablar de Emilia, su intensa forma moverse y de reír y el cabello tapando una parte de su cara, cubierta de pecas, hacían a Emi alguien ineludible. Cuando ella le propuso salir a cenar es fácil adivinar por qué no pudo decir que no.

Comenzaron una relación y, aunque ella aún pensaba en mí y sabía que sus dos relaciones posteriores no habían podido borrar mi huella, también sabía que no se podía permitir volver a un amor infantil que jamás sería igual. Eso no quería decir, claro, que no se preguntara si yo pensaba lo mismo o si me moría por volver con ella. Y al mismo tiempo yo, estuviera donde

estuviera, daba por sentado que ella jamás querría volver a un amor como el mío.

A veces damos por sentadas muchas cosas que están de pie, bailando, esperando en la barra o a punto de ahorcarse, pero de ningún modo sentadas.

El caso es que César quiso ir demasiado rápido, ya que la fe de sus padres le impedía irse a vivir con ella antes del matrimonio. Y cuando por fin vivieron juntos, cambiaba su música en francés por algo un poco más comercial, exponiendo lo abotargada que tenía la cabeza. Y le pidió, de formas muy amables, que no tocara la guitarra de madrugada, que no dejara los platos en la mesa durante horas o que no fuera tan atractiva para los demás. Para colmo y por encima de todo, como psicólogo que era, no soportaba el hecho de que cuando ella se enfadaba no soltara una palabra durante días o incluso que desapareciera durante horas.

Emilia adoptaba esa actitud porque no podía controlar su fuego interior cuando alguien insistía en discutir con ella. Teniendo en cuenta que su recién estrenado marido era una persona a la que le gustaba razonar todo, meterles a los dos a convivir bajo el mismo techo ella pensaba que había sido como mezclar ácido nítrico y ácido sulfúrico. Aguantaron un tiempo porque la soledad que tanto aterrorizaba a Emilia era como la glicerina, y sin este último ingrediente, la nitroglicerina ni explota ni nada.

Así estuvieron, en un tenso y peligroso equilibrio, que Emilia sabía que no sería eterno.

—Emi —dijo él en una de sus primeras citas—. Nuestra vida será maravillosa.

Y ella sonrió, lamentándose al pensar que jamás viviría en París ni recorrería el mundo en barco.

—No puedes estar todos los días triste —opinó él, antes de la boda—. Esto es por culpa de tu tía y de Evita. Deberíamos casarnos cuanto antes y vivir juntos para que salgas de allí.

Y ella miró para otro lado, mordiéndose la lengua y sabiendo que su tía no tenía culpa ninguna.

—Tienes que conformarte con tu trabajo. Es un buen trabajo —sugirió, una vez casados—. Con la edad que tienes deberías asumir que jamás podrás dedicarte a la música. Esas ensoñaciones no te hacen ningún bien.

Y ella se levantó, se ajustó el vestido y salió por la puerta.

—Tienes que tomarte tus pastillas quieras o no, Emilia. Deja de ignorarme, te lo pido por favor. ¡Mírame cuando te hablo! —gritó él, fuera de sí, una de esas veces que Emilia no quería saber nada de nadie y decidía encerrarse en sí misma.

—Si me vuelves a gritar así —dijo ella, muy calmada—, te mato.

Llevaban poco más de dos meses de matrimonio y ella ya daba largos paseos sola reflexionando sobre el hecho de que había alejado de su vida a Nanette; la única persona que siempre estuvo a su lado. Y a mí, que era la única persona a la que de verdad había querido.

Su trabajo en la sucursal del banco era monótono y repetitivo y su ánimo estaba tan mermado que hasta envidiaba a su nueva compañera en la caja, Ileanna. Mucho más joven que ella y de ojos vivos, esa chica de nombre ruso sólo estaba allí de paso. Su sueño era ser pintora.

—Tendrás que empezar a convivir con esa frustración —dijo Emi, que pasaba largas horas mirando a la puerta del banco preguntándose cómo podía salir de allí sin llegar a caer en las tinieblas.

—¿Por qué? —preguntó Ileanna, preocupada.

—Da igual —respondió Emi, con una sonrisa autoimpuesta—. Seguro que lo consigues.

Ese día, su jefe, Eloy Bellacasa, atendió a un cliente al que nunca habían visto y salió unos minutos para decirle a Emilia que preparara en una carpeta todos los formularios y papeles que se encontraban en el sexto cajón. Le dejó muy claro que cuando gritara su nombre debía entrar en el despacho y dejarlos sobre la mesa.

—Emilia, ven conmigo —dijo, cuando el hombre gordo con acento portugués se acababa de marchar—. Como te subimos el sueldo, supongo que sabes que debes asumir nuevas responsabilidades. El señor que acaba de salir por la puerta podría ser un buen cliente. Quiero que vengas a la reunión que tendremos en mi barco.

—No recuerdo que la subida de sueldo fuera por un tema de responsabilidad.

Eloy Bellacasa se quedó descolocado unos instantes ante tan rápida respuesta. Enseñó sus dientes descolocados por el tiempo y sacó pecho, intentando adoptar algún tipo de postura interesante.

—Este miércoles a las cuatro de la tarde. Es una reunión de negocios, así que no llegues tarde. —Ella se dio la vuelta para salir del despacho y él gritó—. Haz el favor de ponerte un bañador bonito.

Emilia llegó al puerto con un bolso extragrande de mimbre en el que sólo llevaba una toalla y su cartera, siendo consciente de que despertaba ciertos instintos y atraía determinadas miradas. Cuando era muy joven no le gustaba ponerse en bañador por ese mismo motivo, pero llegó un momento en el que asumió que ese no era, ni de lejos, el mayor de sus problemas. Llevaba un gorro de paja para protegerse del sol que ya azotaba a pesar de apenas haber empezado junio y unas gafas de sol que tapaban, al menos, uno de sus corazones.

—Perdona, ¿sabes dónde está el barco de Eloy Bellacasa? —preguntó al hombre de la caseta al que habíamos gastado más de una broma cuando éramos jóvenes, rezando porque no la reconociera. Vidal Aponte, parco en palabras, señaló al fondo.

Se acercó a la embarcación con los nervios azotándole el estómago. Aunque Eloy Bellacasa le daba verdadero asco, necesitaba sentir la sensación de que ella tomaba sus propias decisiones. Y sentir la la cubierta de un barco bajo sus pies. Sin duda era mejor estar allí que en la sucursal y, de lejos, mucho mejor estar allí que estar aguantando el silencio incómodo que se había creado entre ella y César. Y aun así, por alguna razón, se sentía mal.

—¡Aquí está Emilia! —gritó Eloy Bellacasa, que se había puesto un ridículo gorro de capitán.

Llevaba unos pantalones cortos blancos y unos náuticos. La camisa de manga larga era casi igual que la de su invitado.

—*Enchanteé* —dijo el portugués, besándole la mano. Su camisa estaba llena de regueros de sudor—. Esta es mi hija, Caterina.

—Encantada —repitió la niña, extendiendo la mano. Emilia se la estrechó.

Era muy guapa. A Emilia le resultó fácil imaginar entonces que esa joven morena acabaría ocupando espacios en revistas y periódicos. Cosa que, por cierto, se cumplió pocos meses después (aunque no por su belleza). Estaba mucho más desarrollada que ella a su edad y sus dientes eran blancos como perlas. Pensó en sí misma a los dieciséis, cuando éramos novios y nuestra máxima preocupación era ir al refugio. Sintió celos de esa joven.

Después de unos minutos navegando con algo de música del momento, los hombres empezaron a charlar sobre deportes, el Club Social y tecnología, junto al timón. La niña se sentó junto a Emilia.

—¿No te quitas el vestido?

—Tal vez ahora. —Diez segundos de silencio—. ¿Vivís aquí?

—Mis padres se han divorciado y yo he preferido venir aquí a estudiar. Mi padre dice que hay mucha gente con dinero, así que espero conocer a algún chico con padres ricos y poder viajar.

—Y yo también —respondió Emi, arrancando una sonrisa a la joven.

De repente empezó a sonar una canción en francés y Paulo Botello levantó su lata de cerveza antes de gritar, puro en mano.

—¡Emilia Lamoreaux! ¡Esta canción es para ti!

La reconoció al instante. Era una de las que había en la cinta que escuchaba cuando quería irse lejos. Se quiso levantar y bailar, pero sólo imaginar que el tal Paulo se acercara a bailar con ella, haciendo lo posible por rozarla, hizo que limitara su respuesta a una gesto seco que no pudo disimular.

Poupée de cire, poupée de son en realidad hablaba de una mujer que se sentía como una muñeca sin voz partida en mil pedazos y se prometía a sí misma que algún día iría lejos a vivir sus propias canciones. Una hora después, y mientras observaba con odio al que fuera su jefe, se concentró en el sonido del mar. En el balanceo del barco, bajo su espalda. Supongo que pensó en mí y en todas las aguas que jamás surcaríamos, diciéndose que ella cumpliría ese sueño, aunque fuera sola. Se alegró de estar allí y recordar qué era lo que quería en realidad,

—¿Sois amantes? —preguntó Caterina, que no se había despegado de su lado. Señaló con las cejas a Eloy Bellacasa—. Porque creo que a mi padre le gustas.

—¿Qué? No. Claro que no. Es mi jefe. Y estoy casada. Se lo puedes decir a tu padre. Y a mi jefe también, si quieres.

La niña sonrió.

Al llegar a casa, a punto de anochecer, se sintió ilusionada por primera vez en mucho tiempo. Había recobrado las ganas de viajar, de dar la vuelta al mundo en un velero. Esperaba jamás tener que volver a navegar con Eloy Bellacasa, pero, también, navegar cientos de veces más.

César, que la esperaba, se golpeaba la rodilla.

—¿Dónde estabas?

—¿Y a ti qué te importa?

César se levantó y la agarró, para después zarandearla, clavando sus uñas en los tríceps de ella.

—¡Sé que estabas con tu jefe y otro ricachón enseñando carne! ¡Dando una vuelta en barco! ¿Creías que no me iba a enterar? —Emilia se intentó soltar, pero le fue imposible—. ¡Sé que has tirado tus pastillas por el retrete! ¿Crees que soy imbécil? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Te lo estás follando? ¿O te follas a los…

Cuando por fin se soltó, le cruzó la cara.

—Te lo advierto —dijo, con la respiración agitada—. Y es la última vez. Si me vuelves a tocar, gritar o amenazar, te mataré. Te mataré y te tiraré al mar.

Acto seguido salió, dando un portazo, y unas cuantas lágrimas empezaron a caer sin remedio. No recordaba la última vez que había llorado. Anduvo rápido hasta llegar al muelle frente al peñón y siguió caminando a donde un día yo le había prometido que escribiría este libro.

—¿Dónde estás, Bruno? —preguntó al aire.

—¿Emi?

Tino, con un canuto de marihuana en la mano y las pupilas del tamaño de diez, solo veía las

marcas de sus brazos. No podía imaginar que dos meses después la vería por última vez.

Capítulo veinticuatro

***5 días después** del funeral*

Me asomé por el pequeño barranco y observé las rocas, colina abajo, en las que habría caído de no haber tenido tantos reflejos. Tino se había agarrado con las dos manos a una raíz que sobresalía de la ladera. Miró hacia abajo y sacudió los pies desde la altura, que era más o menos la de un segundo piso. No estaba muy lejos y supe que le podía ayudar.

—Joder, tío, date prisa —dijo bajito, soltando una mano un instante para después agarrarse mejor.

Saqué la mitad de mi cuerpo, le agarré y tiré con fuerza de él, que intentaba clavar la punta de sus zapatillas en el terraplén de tierra. Cuando conseguimos que se metiera en la cueva, caí de espaldas. Me tiré al suelo, extasiado, y me pasé el dorso de la mano por la nariz. Me dolía horrores. A Tino se le empezaba a hinchar el ojo izquierdo y tenía restos de mi sangre en la cara y en la camiseta. Nos quedamos en silencio unos minutos sin dejar de mirarnos.

—Te has roto la nariz. Por imbécil.

—Y tú casi te matas, por idiota —contesté, mirando al radiocasete. Él esbozó una sonrisa.

—Si acaso es lo que se te ha pasado por la cabeza, entre Emi y yo nunca pasó nada. Te lo juro. —Se besó la uña del pulgar con énfasis, como si eso demostrara que decía la verdad. Luego, se tocó el ojo con cuidado—. En mi vida, aunque hubiera querido, habría tenido una oportunidad con ella. Tuviste suerte, tío. No me mires así, como si te fueras a abalanzar otra vez. A la próxima caes tú rodando y no es un farol. Pero a esto me refería. Casi me matas, tío. Estás… obsesionado. Emi… despertaba cierto deseo en los hombres. Hay historias que hablan de ella y su jefe.

—¿Y son verdad?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. También dicen que César tenía una amante. No es algo que me incumba y tampoco me voy a meter porque no lo sé. Un matrimonio es complicado.

—Dices que hablabas mucho con ella.

—Mira, no dije nada de esto porque no quería que la gente pensara cosas que creo que no son. —Soltó aire con solemnidad—. La primera noche que vino a fumar conmigo, cuando me descubrió, venía de pelearse con César. Sólo me dijo que el *comecocos* insinuó que ella se había acostado con su jefe.

—¿Y? —pregunté, echándome hacia delante y acariciándome la nariz. Notaba la sangre seca alrededor de la boca.

—Ni confirmó ni desmintió, pero sí me dijo que César la cogió por los brazos, que llevaba llenos de heridas. Y le dijo que si lo volvía a hacer lo mataría.

Me levanté y Tino estuvo de acuerdo en visitar el hospital cuanto antes. Bajamos por la cuerda de raíces y después le pedí que condujera él. En mi cabeza veía a una Emilia con el corazón en el ojo, de niña. Reía y saltaba. Me pasaba la mano por encima de los hombros y me decía que debía ser escritor. Bailaba sobre mi cama y me tocaba canciones francesas. Después, el corazón en el ojo desaparecía y se convertía en alguien desaliñada y sin gracia. Arrastraba los pies, lanzaba los puños y todo lo que salía por su boca era malo. Parecía como si las dos hubieran

existido de verdad.

El médico nos preguntó qué había pasado.

—Un balón. De baloncesto —dije

—¿Y a ti?

—Aquí el amigo, que me ha pegado un cabezazo.

Tras una radiografía, el médico me diagnóstico una *mínima fisura* de nariz. Para ser pequeña era bien jodida. Determinó que el hueso no estaba torcido e introdujo en mis pequeños orificios nasales unas gasas, haciéndome ver las estrellas. El resto de la cura la haría el descanso, un poco de hielo, las recetas de analgésicos y mi cabeza mirando hacia arriba, lo que además me permitiría respirar. Dos horas después llegamos a casa de Inés y Tino me repitió que estaba obsesionándome más de la cuenta. Al quitar el contacto del coche, puso un tono de voz melancólico.

—Te conozco desde hace más de veinticinco años. Y sé que esto que estás haciendo sólo te puede destruir. Ya lo está haciendo. Emi se ha ido y que haya sido por un accidente o por un suicidio da igual. Lo mejor es que no te esfuerces en averiguar una verdad que no existe o acabarás destrozado. Asúmelo como hemos hecho los demás.

Abrió la puerta del coche y yo hice lo mismo. Me lanzó las llaves por sorpresa y casi hacen diana en mi hinchada nariz. Tino levantó la mano, para pedir perdón, y se dirigió a su coche.

—Lo de la amante de César. ¿Es verdad?

—No has entendido nada, tío —dijo él, sin darse la vuelta—. Sigue con esto si quieres, pero no cuentes conmigo.

Capítulo veinticinco

***13 años antes** del funeral*

La mañana después de estar en la cueva con Emi fue mejor que mil mañanas de Navidad. Al despertar di un salto, como si flotara por el cielo. Como si hubiera renacido en el Nirvana. Sólo veía ante mí una carretera, larga e infinita, asfaltada con la más pura de las alegrías.

Mi madre me quiso regañar por haber llegado tan tarde, pero me la comí a besos. Desde que habíamos discutido después de las vacaciones de invierno no le había demostrado mucho cariño, y esa mañana y gracias a la noche con Emi en *nuestro-rincón-secreto* habíamos vuelto a conectar. Era feliz.

Respecto a la fiesta de fin de verano, nos daba un poco de vértigo el hecho de que pudiera venir más gente de la que pudiéramos gestionar. Carolo había cogido prestado un altavoz gigante de su casa, para la música.

—Si me pillan, me matan —dijo.

—No seas cobardica —respondió Lola. Tino imitó el sonido de una gallina.

La gente empezaría a llegar a media tarde y teníamos que dejarlo todo preparado, así que los siete habíamos quedado en el refugio a la hora de la comida. Tras mi ducha matinal, me dirigí a casa de Nanette para preguntar por Emi.

—Pues se ha ido a primera hora. No sé dónde estará —me dijo. Al fondo vi a Tía Evita, observándome por encima de sus gafas ovaladas y pequeñas que iban atadas a un cordel. Tanto el Ford como la vieja ranchera estaban aparcados—. Te veo muy contento. ¿Tú has hablado con ella últimamente?

—Claro, ayer.

—*D'accord*. Le digo que has venido, Brunito. —Sonrió, lo que hizo que sus rosados mofletes se elevaran.

Por fin llegó la hora de la fiesta y Emi seguía sin aparecer. Yo estaba colocando la última antorcha cuando Lola empezó a pasar lista.

—Estamos preparados, señora directora —dijo Tino.

Lola le sacó la lengua y después se acercó a preguntarme:

—¿Dónde está Emi? La gente llegará de un momento a otro.

—No tengo ni idea.

En ese preciso instante escuchamos un motor cerca, que se apagó al instante. Emi llevaba una diadema y la cinta que sujetaba su guitarra se colaba entre sus pechos.

—¿Has traído el coche de Nanette?

—No voy a beber.

—Sigues siendo menor —dijo Carolo—, y sigue siendo delito.

Yo le empujé con cariño, para que se callara. Después le di a Emilia un abrazo que aceptó de lado y un beso que se estampó con su mejilla.

—¿Todo bien? —pregunté.

Ella sonrió y afirmó con decisión que estaba lista para cantar.

Emilia estuvo esquivándome la primera hora, ignorándome la segunda y cantando la tercera. Cuando interpretaba la mejor versión de la historia de *La vie en rose*, Tino agitó frente a mí un vaso de plástico con dos hielos. Yo agité la mano y arrugué la nariz.

—Venga, bebe algo. ¡Es la última fiesta de verano! —No contesté.

Observé a Emi, transformada en la auténtica Françoise Hardy sobre un escenario construido a base de palés. No tenía un micrófono, pero tampoco hacía falta. Las luces que colgaban del árbol, sobre su cabeza, la iluminaban de una forma mística. Al cantar no cerraba los párpados, sino que miraba al frente como si ninguno estuviéramos allí. Era instantáneo: cuando ella cantaba todas las chicas soñaban ser como ella y todos los chicos con acabar acurrucados con ese ser de luz a la orilla del Sena.

Unas cincuenta personas la miraban embobados, con los ojos como fanales. Alguno, como Alfonso, aprovechó la tesitura para acercarse a la barra y/o a la persona en la que tenía un interés romántico y un gran porcentaje de su esperanza depositado. Suspiré, viendo como esas pecas sobre su suave tez morena parecían a punto de hacer los coros de la canción.

—¿Me has oído? —preguntó Tino, que seguía agitando el vaso.

—Vale, una sangría.

Cuando Emi bajó del escenario, Tino puso su música y la gente empezó a bailar.

—Lo has hecho muy bien —dije, acercándome y ofreciéndole de mi sangría.

—Gracias —contestó, sin mirarme—. No puedo beber alcohol, tengo que conducir. Sólo falta que me paren sin carné y bebida.

—Emi, ¿va todo bien?

Ella sonrió y afirmó, de nuevo, con la cabeza. Después se fue a la barra a por un refresco y comenzó a bailar con la gente, como si yo no existiera. Se la veía feliz, pletórica. Reconocí la sensación porque yo me había sentido igual unas horas antes, gracias a ella. Aunque ahora estaba empezando a sentir algún tipo de vacío entre el estómago y la garganta.

—Todos la miran —dijo Ángela, una hora después. Se sentó en el mismo tronco en el que yo estaba.

—Es Emi. —Me encogí de hombros y terminé mi segundo o séptimo vaso. Ese líquido rojo empezaba a hacer estragos en mi forma de hablar.

No estaba enfadado ni sentía celos, pero sí un miedo indescriptible al pensar que algún día la perdería. ¿Qué hacía un chico como yo con ella? ¿Cómo era posible que, de entre más de 6000 millones de personas alguien tan único como ella hubiera acabado con alguien tan como yo?

—¿Quieres que te traiga otra? —preguntó Ángela. Yo, con la mirada absorta, no hice amago de contestar—. Te mereces a alguien que se preocupe por ti. Todo lo que haces es por ella y para ella, pero ¿qué hace ella por Bruno?

—Nos vemos luego, Ángela, ahora quiero estar solo.

No sé cuánto tiempo pasó, pero sí que no me moví de allí hasta que por fin Emilia se sentó a mi lado.

—Anda, si has venido —dije.

—Es la última fiesta del verano. La última en la que nada más que esto importa. Estoy intentando pasármelo bien.

—Es una pena que eso no me incluya a mí. —Emilia puso los ojos en blanco y se pasó las dos manos por la cara—. En algún momento tendremos que hablar de lo que va a pasar de aquí a un mes.

Emilia se quitó la diadema, se levantó y me agarró de la mano. Me arrastró en dirección a *nuestro-rincón-secreto,* sin mediar palabra. Se aseguró de que nadie nos siguiera y me indicó, en

silencio, que bajara por la liana. Cuando por fin estábamos allí, se cruzó de piernas. Hacía menos de veinticuatro horas que nos habíamos prometido amor eterno en ese lugar, pero algo había cambiado; parecía como si Emilia fuera a sacarme el corazón, pegarle un mordisco y lanzarlo al mar.

—Bruno, me voy a ir.

—¿Cómo que te vas a ir? —pregunté al instante.

—No eché la solicitud para la misma universidad que tú. He pedido un traspaso a Francia y Nanette está de acuerdo. Iré a la misma universidad que ella. A París.

—Cuando dices Nanette, ¿dices Evita? ¿Quiere que te vayas? —Me levanté.

—Siéntate, por favor —dijo ella, en una especie de sollozo ahogado—. Voy a estudiar en Francia. No quiero seguir aquí. Y sí, las cosas con Evita van de mal en peor.

—¿Y por eso me abandonas? ¿Para ir a Francia? —Me volví a levantar—. ¿Y por qué no me lo habías dicho? ¿No era ese nuestro plan? ¿Ahora es tu plan?

—Ya te dije que quería disfrutar del verano. Y quiero disfrutar de hoy. Y lo que tenga que venir, vendrá.

—¿Y qué va a pasar con nosotros? ¿Eh?

Puse los brazos en jarra y cedí el control de mi cerebro a la sangría. Ella trataba de evitar que sus ojos estallaran en lágrimas y su voz comenzó a temblar.

—No lo sé. Creo que una relación a distancia no sería buena para mí. Para nosotros.

—¿Qué?

—No me grites, por favor —dijo ella, poniéndose las dos manos en la cara de nuevo.

—Ayer me dijiste que me querías para siempre y hoy que te vas. Creo que lo supe desde el principio, ¿sabes? Creo que los dos lo supimos desde el principio y que sólo actuábamos como si nunca te fueras a ir.

—¿Qué dices, Bruno?

—Que me he resignado a que fuéramos felices mientras tu cabeza decidía cuándo marcharse.

Ella se levantó y me agarró las manos, con lágrimas en los ojos

—Dime que siempre nos quedará París, por favor… —dijo.

—¡Claro que no! —grité, soltándome—. Al parecer sólo te quedará a ti. ¿Esto es por mí? ¿Es por algo que he hecho?

Di un par de vueltas por la cueva mientras las palabras de Ángela retumbaban en mi cabeza

—Me he desvivido por ti, porque te quiero más que a nada. He hecho lo indecible para que estuvieras bien. Escuchando tus cintas de canciones que ni entendía durante horas, en silencio. Velando por ti bajo la ventana. Limpiando suelos para conseguirte dulces, ¿te acuerdas de eso? Eso era amor. Siempre estar ahí para cuando me necesitaras… Da igual. Todo eso ya no es nada.

—¿Las cintas? ¿Ese fue tu sacrificio? ¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó, dirigiéndose a la cesta donde estaban. Sacó dos, que pisó, y después empezó a sacar la cinta magnética de todas las demás. Estalló en lágrimas y gritó—. ¡No…tiene… nada que ver… contigo! —Segundos después chilló como un animal y arrancó las fotos de Françoise Hardy que ella misma había colgado un día, ilusionada por ser como ella.

Hasta ese momento nunca nada en toda mi vida me había hecho tanto daño, y tuvo que ser ella. A mí, que hacía todo lo posible para ser su sol e iluminar el lado oscuro que de algún modo ya sabía que la atormentaba. Pero ella había decidido ser un girasol a contraluz.

Había sido incapaz de ver que su mirada se había tornado distinta. Yo estaba sumido en un egoísmo natural y racional para un chico de diecisiete años, en el que no veía a más de tres metros de diámetro alrededor de mi cintura y la de Emi. Estábamos de pie, uno frente al otro, en

el lugar donde habíamos planeado toda una vida. Las estrellas brillaban con un ímpetu especial y nuestros cuerpos, en silencio, se encontraban a medio metro de distancia. Nuestros pensamientos, en cambio, a infinitos kilómetros.

—Me estás dejando. Me has mentido y me estás haciendo sentir como un idiota. ¿Cómo puedes decir que no tiene nada que ver conmigo?

—No eres el centro del universo —respondió ella, pasando el dorso del índice junto a los lagrimales.

Respiré profundo y una pesadumbre cayó en mi estómago como una roca de diez toneladas.

—Lo siento por pensar diferente, pero para mí tú sí eres el centro del universo. Perdón si no puedo llegar a entenderlo.

Ella barrió la última lágrima que, tímida, salió de entre sus pestañas.

—Eso es muy bonito en las canciones sobre un mundo intacto. Pero el mío estalló en mil pedazos y no, no puedes llegar a entenderlo.

—¡Pues lo siento! ¿Vale? —exclamé, dando un paso hacia delante de forma torpe, para poner mis ojos a la altura de los suyos—. Siento lo de tus padres, siento tu relación con Evita. Siento que tú estés rota y yo no, pero si no me dejas no puedo arreglarte.

—¿Arreglarme? ¿De verdad?

Hizo el amago de decir algo más, pero en vez de eso, negó con la cabeza y se descolgó. Yo me quedé paralizado, sin saber qué decir ni qué hacer.

Y *au revoir*.

Se largó sin mirar atrás.

Capítulo veintiséis

***6 días después** del funeral*

El día anterior, después de que Tino se marchara y una vez entré en casa con la nariz casi tan grande como la de César Juárez, mi hermana Inés se llevó la mano a la boca y Federico preguntó qué era lo que me había pasado.

—Choqué con una puerta de cristal. En un restaurante.

Mi cuñado levantó una ceja y supe que ninguno de los dos se lo había creído, pero hicimos como si esa fuera la única verdad. Me llevaron hielo, me dejaron tomar algo de su cena y me encerré en mi habitación. Por primera vez en meses, Emi salió de mis pensamientos: sólo deseé que la nariz me dejara de doler. Hice un esfuerzo titánico para sentarme frente al ordenador y continuar con el maldito reportaje, pero no pude concentrarme. Apenas podía respirar; por muchos analgésicos que me tomé y a pesar de ponerme hielo de forma compulsiva, no dejó de dolerme ni un minuto.

Desvelado, escribí a Carolo:

«Mañana a primera hora voy al bar frente a la comisaría».

Estaba en la cama mirándonos en una foto, a Emilia y a mí, cuando mi teléfono comenzó a sonar. Ya era de día y no había dormido más de unas horas. El otro Bruno asomó su cabeza.

—Carolo —saludé.

—¿Un mensaje a las tres de la mañana?

—Salgo en quince minutos y te cuento. ¿Tienes algo? Dime que conseguiste algo.

—No vengas. Y sí, mañana veremos al señor Eloy Bellacasa.

—Bien. Muy bien.

—He dicho que es para tu reportaje.

—De acuerdo. No entiendo que te escudes en mí, de todos modos. Si yo tuviera una placa… —dije, con la voz algo gangosa.

—Pero no la tienes y el caso está cerrado.

—Hay algo más. Ayer estuve con Tino. —Desde el otro lado de la línea, me pareció que resoplaba—. Me dijo que César tenía una amante. Tenemos que saber si es verdad. Y quién es. ¿Y si Emilia se montó en ese barco porque se enteró?

—Seguiría siendo culpa de Emilia.

—Pero ¿y si la persona encapuchada era César? Eso le convertiría en el principal sospechoso. Tenemos que hablar con él.

—A ti no te puede ni ver. Iré yo.

—No, Carolo. Tú mismo has dicho que el caso está cerrado para los dos, así que iremos los dos.

A pesar de que se negó, cumplí con mi palabra y me planté en el bar frente a la comisaría. Carolo no se inmutó al ver mi nariz ni al escuchar lo que había descubierto el día anterior. Como si el saber que Emilia Lamoreaux hubiera sufrido abusos fuera de lo más obvio.

Antes de que me diera cuenta estábamos en la puerta de la casa de Emilia y César. Morí de celos y rabia al pensar que ella había sido feliz, en algún momento y en aquel lugar, con un

hombre que decidió irse con otra. Era un tercer piso en una buena zona de la comarca, que hacía las veces de ático.

Toqué mi bolsillo interior, donde guardaba las fotos, un trozo de papel y una cinta de música, esperando que me diera algo de suerte. Mi intuición me chillaba al otro lado del tímpano que unas horas después todo se habría solucionado. Que César sabía algo. Que todo acabaría. Qué confundido estaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó César, que abrió una rendija de la puerta.

—Estoy acompañando a un amigo a hacer un reportaje sobre el caso de Emilia. Te agradecería que contestaras a unas preguntas.

Cuando me miró a los ojos, los suyos se volvieron rojos.

—Olvídalo.

Carolo intervino cuando iba a cerrar la puerta.

—No me obligues a sacar la placa o a volver con una orden judicial. Son sólo unas preguntas y así será más fácil para todos —insistió Carolo, dando un par de golpes a la puerta con suavidad.

—¿Si os contesto me dejaréis en paz de una vez?

—Y en el reportaje se dejará claro que no eres culpable —mentí.

La puerta volvió a abrirse, esta vez de par en par. El hombre apretó la mandíbula antes de hacerse a un lado para dejarnos pasar. Nos exigió que fuera algo rápido y no nos invitó a tomar asiento. Se quedó de pie, con los brazos cruzados. En las estanterías del salón había multitud de libros de psicología y de autoayuda. También algunas biografías y textos de cómo alcanzar el éxito. Pero no había discos en francés, ni novelas, ni pinturas. La decoración era de lo más moderna y no había rastro del deje *hippie* de Nanette. No parecía el sitio donde Emi hubiera querido vivir.

—No tengo todo el día.

—Necesitaríamos que nos contaras, otra vez, qué hiciste esa noche.

Descruzó los brazos y echó un bufido de incredulidad. Encendí la grabadora del móvil sin que se diera cuenta y él, diciendo cada dos frases un «como ya expliqué más de diez veces», repitió su versión de los hechos.

—Y eso es todo. Bebí y volví a casa. Iba borracho, lo reconozco, pero no sabía dónde estaba Emilia. Ya hacía dos meses que hacíamos vida separadas. Lo único que quiero ahora es pasar página cuanto antes.

—¿Cómo era tu relación con su familia? —pregunté.

Suspiró, con paciencia.

—Muy buena, gracias —contestó, con una sonrisa artificial.

—¿Y con Nanette? —preguntó Carolo. César se dejó caer de espaldas en el sillón de piel antes de resoplar.

—Nunca fui de su agrado, ¿vale? Puedes escribir eso si quieres, pero yo jamás tuve nada en contra de ella. La verdad es que intentó poner a Emilia en mi contra muchas veces. ¡Muchas! —Levantó el índice a la par que exclamó—: Y yo no dije nada. Pero incluso Evita se marchó y la dejó sola porque no la soportaba. Esa es la verdad.

—No fue a vuestra boda.

—Eso eran cosas de Emilia y, además, fue un acto íntimo y muy pequeño. No sería yo quien insistiría en que viniera, pero os aseguro que no dije que no lo hiciera. Si ahora tuviera que señalar a alguien como culpable de lo que pasó, lo tendría claro.

—¿Sabes lo que estás insinuando? —pregunté. Él respondió a Carolo, ignorando mi

existencia.

—He tenido mucho tiempo para pensar, y siendo tú policía, ¿no has investigado a dónde ha ido a parar el dinero del seguro de vida de Emilia? El beneficiario del seguro del banco, que cubría muerte y accidente, era yo. Y fue cambiado justo una semana antes de la explosión. ¿Eso no te dice nada?

César parecía afectado y sus ojos, cerca de estallar en lágrimas. Miré a mi alrededor y vi que los marcos de algunas fotografías habían sido vaciados. Ya no era el sitio, sino la persona. ¿Por qué había acabado alguien como ella con alguien como él? Se me encogió el estómago, hasta que recordé lo que Tino me había contado el día anterior.

—¿Alguna vez la pegaste?

—¿Qué? ¿Que si yo…? Claro que no. ¿Quién te crees para venir a mi casa a preguntar eso?

—Ella dijo que la pegaste. Que le hiciste unas marcas en los brazos.

—Puede que una vez la agarrara con fuerza. Sí. ¿No conocíais a Emilia? ¿No era vuestra amiga? Entonces sabréis que a veces podía desquiciar. Pero jamás la pegué.

—¿Puede ser que descubriera que tenías una amante y te lo dijera? ¿A lo mejor por eso cambió el beneficiario del seguro? O a lo mejor fue porque le hiciste esas heridas. En cualquier caso, sólo por eso se te podría denunciar —dije. El psicólogo se levantó como si hubiera caído sobre un muelle—. Esto es un pueblo y todo se sabe. Todos lo dicen. ¿Es verdad que tienes una amante o no?

—Y a ti qué coño te importa. Estáis pasándoos de la raya.

—Siendo su marido y psicólogo supongo que sabrías que sufrió abusos por parte de su padre cuando era pequeña, ¿no? Y aun así te olvidaste rápido de vuestro compromiso sin intentar entender que la pasaba.

—Vale ya, Bruno —dijo Carolo.

César se quedó paralizado. Se pasó las manos por la cara antes de contestar.

—No lo sabía. —Una cascada esperaba en sus pupilas para estallar—. No tenéis ni idea de cómo era mi vida con Emilia.

—Así que sí tienes una amante —dije. Él no contestó—. ¡A ti lo que te pasa es que eres un hijo de la gran puta!

Carolo se puso en medio.

—Fuera de mi casa, ahora. Si quieres, puedes venir con una orden o con lo que te salga de los cojones, pero ahora os vais a ir. ¡Fuera de aquí!

Carolo, a trompicones, me agarró del brazo para salir de la casa. Antes de cerrar la puerta noté cómo César me disparaba con la mirada, prometiéndome con ella que algún día acabaría conmigo. Bajamos los tres pisos por las escaleras en el más raro de los silencios y paré la grabación.

—Me parece más culpable que antes. Sólo con pensar que pudo ser él…

—Has sido muy torpe. Sabes que ahora tenemos que a ir a hablar con Nanette, ¿verdad?

—Ni siquiera hemos comprobado que sea verdad lo que dice. Este tío…

—Cuanto antes mejor, Bruno. No me gusta nada esto.

«Ni a mí», pensé, al tiempo que miraba al cielo.

Capítulo veintisiete

***9 años antes** del funeral*

Emi, tras nuestra discusión en la cueva, había desaparecido.

Se fue a Francia, a estudiar Bellas Artes. Consiguió un sitio en el que dormir a un precio razonable gracias a una amiga de Nanette y aunque pregunté de forma insistente a su tía por un número de teléfono donde poder localizarla ella siempre respondía lo mismo, como si no tuviera la menor importancia, mientras Evita observaba la escena desde un segundo plano.

—Ya la verás, Brunito. Ella tiene tu número. No te preocupes, está bien. Y si lo necesita, te llamará.

«¿Y qué pasa con lo que yo necesito?», pensé.

Tuve la esperanza de verla en Navidad. Después supe que Emi había preferido pasar las fiestas sola, acompañada de una botella barata de *champagne*, a los pies de la Torre Eiffel, mientras la contemplaba cambiando de color. *Santé.*

Un año sin verla y se mezclaban en mí momentos de asunción y desesperación. Llegué al punto de buscar billetes para irme a París, pero Carolo, Tino y Alfonso me convencieron de que era una mala idea. No sabía dónde la podía encontrar, no quería ser encontrada y ella tenía mi número de teléfono.

—No te preocupes, estará bien. Si quiere hablar contigo, te llamará.

«¿Y qué pasa con lo que yo quiero?».

Tal vez no podáis comprenderlo, pero al principio su presencia era tan viva que a veces me despertaba pensando que sólo había pasado una noche desde el día en el que se fue y que todo lo demás había sido un sueño. En fin, acabé convenciéndome de que el amor no era lo que había creído. Que, por mucho que dijeran que lo mejor de este era la sensación de que sería eterno, nada lo era. Poco a poco me fui haciendo a la idea de que todo lo que habíamos vivido se esfumaría. Sus risas, su mota con forma de corazón, sus canciones francesas y cualquier recuerdo suyo se convirtieron en una sombra, como polvo de estrella en mi mente.

Fue una época rara que recuerdo con cierto desapego. Nuestro grupo se vio afectado por la marcha de Emi y, aunque casi todos permanecimos allí, nada fue lo mismo. Alfonso se había ido a la capital a estudiar la carrera y Tino saltaba de trabajo en trabajo: había decidido no ir a la universidad. Carolo se sacaba una carrera al mismo tiempo que estudiaba las oposiciones para inspector de policía, presionado por su padre, y parecía que hubiera desaparecido de la tierra. Eso al final llevó a que Lola, cuyos estudios duraban tres años, le dejase.

Y sobre Ángela, como casi siempre, Emi había tenido razón. Lo ignoré durante mucho tiempo, pero la soledad me hizo caer en sus brazos. Eso y que cada mañana iba a la universidad con ella en tren, comía con ella en la cafetería y se preocupaba por mí más que cualquiera de mis amigos. Mentiría si dijera que no estaba a gusto con ella, pero no era más que una tirita emocional. Cada vez que estando en casa escuchaba el motor de un coche, apartaba la cortina esperando encontrarme con esos bucles que iluminaban el sol. Incluso, un día, escuché una canción por la radio en la que se mezclaba el inglés y el francés. *For me, formidable*, se llamaba, de Charles Aznavour. La grabé en un disco al que titulé *Cuando quiero volver*, por si un día era Emi la que bajaba del coche.

Pero eso no ocurrió. Me enteré por Nanette, mi madre, mi hermana y el murmullo del pueblo que Emilia venía de vez en cuando a visitar a su tía. El problema era que, cuando esa información me llegaba, ella ya se había ido. Como si fuera una estrella fugaz. Yo, claro, aparentaba que no me afectaba en absoluto. ¿Qué iba a hacer? Construí una máquina del tiempo con un puñado de fotografías y canciones olvidadas, y la visitaba cuando estaba solo y la melancolía me embargaba.

No se lo conté a Ángela y lo acepté mientras el orgullo propio avanzaba. Lento, pero con paso firme. Cuatro años después Emi no era más que un sueño que sólo yo era capaz de ver cuando, en la noche, entraba luz por la ventana. Me pasé ese penúltimo verano de la universidad trabajando con Tino en el 4V durante el día y algunas noches: ahorraría para poder llevar a cabo mi plan.

—¿Sigues pensando en irte a Madrid cuando termines la carrera? —preguntó Tino un día cualquiera.

—Sí. Necesito salir de aquí. Todo se me hace muy pequeño.

—Yo creo que más bien se te hace grande.

Por las tardes el 4V era un hervidero y, aunque el trabajo no estaba bien pagado, lo bien que me lo pasaba con mi amigo y las vistas desde el paseo marítimo aliviaban la frustración de no estar al otro lado de la barra. Las chanclas con calcetines invadían la terraza de ese bar de bancos de madera, decorado con un toque ibicenco.

—Me han ofrecido una beca en una inmobiliaria. ¿Qué mejor que trabajar aquí? Creo que podría ascender rápido —dijo Alfonso, al que serví una cerveza.

—Aquí nuestro Truman Capote no piensa lo mismo. Sigue pensando en irse a vivir a Madrid —dijo Tino, elevando las cejas en mi dirección.

—¿Qué piensa Ángela de lo de mudaros? Yo llevo cuatro años allí. Está bien y es muy divertido, pero nada como esto. Todo allí es caro, rápido y ruidoso. Y no hay mar. Te arrepentirás —dijo Alfonso—. Por eso me vuelvo.

Me encogí de hombros.

—Alfonso, si a ti no te gusta la playa —contesté, evitando responder a su pregunta.

—Eso no es verdad, sí que me gusta.

—Centrémonos en lo importante —dijo Tino, que estaba emocionado con la fiesta. Era la primera en años y con total seguridad la última, y el no poder dedicar todo su tiempo a organizarla le ponía de los nervios

—Carolo está encerrado con las oposiciones, pero tienes que conseguir que venga a la fiesta de fin de verano. Y Lola también irá. Alfonso, necesito que hables con él. Estaremos todos reunidos de nuevo. ¿No es emocionante? Ya tenemos un grupo de música para que toque. Habrá que hacer la compra por la mañana y preparar las luces y las antorchas. Te encargarás tú, ¿verdad, Alfonsito?

—Había quedado con mi padre para jugar al golf.

—Déjate de golf, joder. No estás tan gordo ni eres tan viejo como para no poder hacer un deporte de verdad. Y ahora, concéntrate. Esta es la lista de la compra.

A Alfonso siempre le brillaban los ojos cuando Tino le animaba.

Ángela, que llegó en ese preciso momento con una sonrisa taladrada en la boca, me besó la mejilla y se quejó de su día. Como siempre.

Yo sonreí con cierto pesar: sabía que el que me hubiera acostumbrado a aquella vida, sin Emi, no significaba que Ángela hubiera cubierto su ausencia.

Pero, ¿quién, en toda la humanidad, podría haberlo hecho?

Capítulo veintiocho

***6 días después** del funeral*

La visita a César abrió el estómago de Carolo, por lo que fuimos a comer algo en absoluto silencio. Notaba cómo nos empezábamos a perder en una oscuridad que sólo iluminarían secretos que en el fondo no quería saber. Al terminar, nos dirigimos a casa de Nanette. Mientras íbamos en el coche, recorriendo aquellas carreteras recién pavimentadas, rodeadas de árboles y casas bajas, supe que esa visita no acabaría bien. El cielo, que empezaba a llenarse de nubes negras, estaba de acuerdo. Entendía lo que *parecía*, pero me repetía una y otra vez que aquello era un error.

—Déjame hablar a mí, por favor —dije.

La niña pelirroja que jugaba en el mismo jardín en el que yo lo había hecho hasta pasada mi adolescencia nos saludó con la mano. Respondí con el mismo gesto, queriendo ser ella. Sin preocupaciones y en esa casa, junto a la de Emilia Lamoreaux.

Llamé al timbre y no pasaron ni veinte segundos hasta que abrieron. Nanette no pareció sorprenderse de nuestra visita y dejó la puerta abierta al tiempo que se giraba, en dirección al sofá, bajo los atrapasueños. Su pelo, desparramado, parecía haberse librado de su eterna trenza.

—Supuse que volverías —dijo mirándome a través de las gafas, una vez se sentó. Analizó a Carolo de arriba abajo—, aunque creí que lo harías solo. Si queréis algo podéis cogerlo de la cocina. ¿Quién te ha pegado?

—Ha sido un accidente —respondí, negando con la cabeza.

Esa casa parecía estar en pausa. El gesto deshecho de la tía de Emi reflejaba cuánto le pesaban aquellas paredes. El único sonido audible eran los aleteos de los periquitos en su jaula, yendo de un lado al otro. Era consciente de que, si no decía algo, Carolo se lanzaría de forma directa y torpe a interrogarla, así que decidí empezar por el principio.

—Cuando vine, hace cinco días, no te pregunté por Evita. ¿Estás bien?

Me eché hacia delante, intentando transmitir algo de calidez al asunto, lo que hizo que mi nariz bombeara más sangre y, por tanto, doliera más. Nanette respondió con los ojos cerrados.

—Evita se fue una semana antes de la explosión. No estoy bien. *Bien sûr que non.*

—¿Por qué se fue? —preguntó Carolo.

—Él sólo quiere ayudar, Nanette —aclaré.

Nanette levantó las manos para después dejarlas caer sobre el reposabrazos y abrir los ojos. Un hondo suspiro acompañó el movimiento.

—Todo se ha derrumbado. Me dejó.

—¿Qué relación tenían Evita y usted? —preguntó de nuevo mi amigo.

Le miré como diciéndole *no me lo puedo creer* y el me miró como respondiendo *sólo quiero confirmar.*

—¿Ahora me hablas *con* usted? —preguntó Nanette, con su acento, apretando los labios—. ¿Quieres insinuar algo, Carlitos?

—Sólo quiero saber por qué se fue y si tiene algo que ver con…

—Se fue porque ya no me quería. Éramos pareja. ¡Vamos! Sabes de sobra que soy gay. ¿A qué viene esto? ¿Tienes algún problema con eso? ¿Te parece mal, Carlitos? —preguntó más

alterada de lo que yo la hubiera visto nunca.

—No, claro. —Su inmensa nuez subió y bajó unas cuantas veces a gran velocidad.

—Nanette, sólo queremos que todo se aclare y que no quede ni la más mínima duda de que tú jamás hubieras tenido nada que ver con lo de Emi —dije—. ¿No pasó nada entre vosotras? ¿Tuvo algo que ver con Emi?

Ella se cruzó de piernas y se limpió el cristal de las gafas con el sobrante de su vestido, descolorido con lejía. Pasaron unos segundos, eternos, hasta que se las volvió a poner, lista para contestar.

—¿Con lo de Emi? Nuestra relación hacía mucho tiempo que se había roto y claro que Emi tuvo que ver. Tenía problemas, como adolescente, y eso para Evita era demasiado.

—No todos hemos sufrido abusos —dijo Carolo.

Nanette volvió a clavar su mirada en mí, estupefacta, antes de volver a hablar.

—¿Quién os ha dicho eso?

—¿Lo sabías? —pregunté, descolocado.

—He vivido toda su vida, claro que lo sabía. No es bonito para nadie. Su padre era un enfermo de la cabeza. Cuando murieron ahogados yo estaba allí de vacaciones. Pensé que lo mejor era que viniera conmigo a España —explicó, acompañando sus palabras con las manos. Nos mantuvimos en silencio, dejándola continuar—. No era fácil. Tenía pesadillas, muchas pesadillas. Evita fue la razón por la que me vine a este país. Yo no hacía gran cosa en Francia… y ella fue la que me permitió vivir en un sitio como este. Su familia es la propietaria de todo el terreno que trabajaban mis jornaleros y la cosa fue bien. Hasta que se cansó de Emilia. Y después pasaron los años y lo nuestro nunca fue igual.

—Evita nunca quiso a Emi —añadí yo.

—La verdad es que no. —Nanette se encogió de hombros—. *C'est la vie*. No fui a su boda por una discusión absurda y estuve a punto de tirar nuestra relación por la borda. No nos hablamos durante casi cinco meses. ¡Cinco meses! Me dolió mucho. Y cuando me arrepentí, Evita me hizo elegir entre ella o mi sobrina. Y lo primero que hizo fue quitarme el negocio, cuando aún vivíamos juntas. Me abandonó.

—¿Cómo se apellidaba Evita? Me gustaría saber su versión —dijo Carolo.

—Eva García Vitini.

—¿Dónde la podemos encontrar?

—¿De verdad crees que lo sé? —preguntó Nanette—. No la veo desde hace meses.

Su pulso comenzó a temblar al tiempo que recogía las lágrimas que podía, apretando aún con más fuerza los labios y levantando el mentón con orgullo.

—Esta casa eran ellas, aunque no se aguantaran —rio entre lágrimas—, y ahora estoy sola. Por eso no estoy bien, porque mi vida ya no existe.

—No digas eso —dije yo, acercándome y poniéndome en cuclillas junto a ella, que ni siquiera me miró.

Carolo carraspeó antes de intervenir de nuevo:

—Tú sabías lo que hacía su padre. Eso llevaría a cualquiera a denunciar.

—Lo supe muy tarde y no supe cómo *hacer*. *Chose futile.*

—Eres buena persona, Nanette. —Ella le lanzó una mirada asesina—. No hay duda de cuánto querías a Emilia. A lo mejor lo suficiente para liberarla de su sufrimiento.

—¿Insinúas…? —No pudo formular toda la pregunta hasta el segundo intento—. ¿Insinúas que maté a mi hermana?

—Sólo pregunto.

—Cállate —ordené, sin ningún éxito.

—Y se supone que tu sobrina ha muerto en extrañas circunstancias. Y digo se supone porque el cuerpo no ha aparecido todavía. En cualquier caso, en un barco, de la misma manera que sus padres. ¿No?

—Cállate, Carolo —repetí.

—Y teniendo en cuenta que el beneficiario de la póliza del seguro de Emilia fue cambiado poco antes de su *accidente*, según hemos podido saber —dijo, haciendo unas comillas en el aire —, me pregunto si tuvo algo que ver la situación económica en la que te viste envuelta y el hecho de que vuestra relación estuviera tan rota como para no dignarte a ir a su boda.

Nanette se levantó, hecha una furia, lo que hizo que sus gafas se cayeran al suelo. Se colocó el vestido y apretó los labios con fuerza, al tiempo que abría los ojos hasta su máxima capacidad.

—Eso, al menos, explicaría por qué no dijiste que Emilia había intentado suicidarse cuando era una adolescente, cuando lo sabe todo el pueblo. Porque esos seguros no cubren el suicidio, ¿no?

—¡Lo del seguro lo hizo para ayudarme, *stupide!* Dijo que si algo pasaba por lo menos yo no me quedaría sola y arruinada. Lo hizo porque no aguantaba al *psicologó* ¿Crees que si hubiera sabido que mi sobrina se iba a suicidar lo habría permitido?

—Como ya le he dicho, yo sólo pregunto —contestó él, con voz tenue y calmada.

—¡Cállate ya, Carolo! —grité, situándome entre los dos.

—*Maudit sois tu*, fuera de aquí ahora mismo. Y no vuelvas a pisar esta casa si no es para llevarme a la cárcel. ¿Entendido? ¡Fuera!

Se quedó quieta y uno de los canarios empezó a cantar. Hice el amago de agacharme a recoger sus gafas, pero ella negó con la cabeza.

—Lo siento, no quería… —intenté decir.

—Fuera —dijo, al fin, con una mirada de decepción difícil de describir.

Capítulo veintinueve

***9 años antes** del funeral*

Ese verano de trabajar en el 4V, codo a codo con Tino, llegó a su fin. Y con él, la ansiada fiesta.

No sé cuántas personas había en el refugio, pero eran muchas más de las que hubiera visto nunca en una de esas celebraciones. Tino ofreció a unos chavales jóvenes estar allí gratis, siempre y cuando se encargaran de atender la barra. Las luces, de tono cálido, eran las que Emi siempre elegía, pero en su escenario, en vez de ella, un grupo de tres tipos con la melena casi en los ojos tocaba las canciones que más sonaban en las discotecas.

—¡Os lo dije! ¡Un éxito! —exclamó Tino, que se colocó junto a Ángela y yo. Carolo emitió un gruñido que pretendía ser una risa irónica.

—Voy a por algo, cariño. ¿Otra cerveza? —preguntó ella.

Le dije que no, que estaba bien, y Ángela se dio la vuelta. Y suspiré, por haberla mentido.

—¿Qué os pasa, tíos? —preguntó Tino—. ¿Qué pasa, Carolo? ¿Es por Lola? ¡Vamos! ¡Es la mejor fiesta de la historia!

—Por supuesto que no. Estas cosas me aburren. Ya no es como antes —contestó Carolo, que en aquella época llevaba una barba que apenas le cubría la cara.

«Y nunca lo serán», pensé.

Tino preguntó, como si no tuviera importancia, si sabíamos que Lola se iba a vivir a Barcelona. Carolo, que dio un trago a su bebida, se dio la vuelta. Quería dar a entender que le daba igual, pero no era así. Se había convertido en alguien más raro y huraño, si era posible.

—El grupo se desintegra —dijo Tino—. Por eso era tan importante esta fiesta.

Me quedé en silencio, como todos los demás.

—¿Qué pasa con la música? No pueden parar, joder —dijo Tino, limpiándose la boca con el antebrazo.

De repente, ocurrió algo que me paralizó. Ángela se acercó a mí con una sonrisa, pero mi cara estaba deshecha. Un acorde. Y después otro. Y después, música en francés. Y su voz. La voz de Emi.

—*On me dit que nos vies…*

—¿Estás bien, Bruno? —preguntó Ángela, mirándome con una ceja a kilómetros de la otra.

No pude contestar, mirando a mi alrededor, buscándola. No sé cómo explicarlo, pero fue como si aquella música la escuchara yo solo y, al mismo tiempo, como si todo estuviera en silencio. Ángela me dijo algo más cuando por fin, entre la gente, vi a Emi. Seguía cantando, con los ojos bien abiertos, a cámara lenta.

Tino la interrumpió para abrazarla, abalanzándose sobre ella. La música volvió a parar y por el micro se coló esa risa incontrolada que tanto me había llenado y que, en ese momento, me hizo sentir vacío.

—¡Con todos vosotros, Emilia Lamoreaux! —gritó mi amigo, eufórico, frente a todos sus invitados.

Emi saludó al público antes de seguir con la canción. Ya no era la niña del corazón en el ojo: se había convertido en una mujer sofisticada.

Ella, que nunca había sido de arreglarse demasiado, llevaba rímel y sombra de ojos. Las pecas iban de serie. Los vaqueros ajustados y rotos que acababan en campana y un chaleco con flecos, como de ante, eran el complemento perfecto de un gorro de ala ancha de hombre que cubría su melena. Parecía feliz.

Cuando terminó la canción, todos fueron a saludarla y el ruido volvió a mi cabeza. Ángela se me quedó mirando, sin saber muy bien qué hacer.

—Voy a ir a casa, no me encuentro muy bien —dijo.

—Vale.

—¿Me acompañas?

—Ángela, es la última fiesta del verano. Tino lleva hablando tres meses de ella —dije, llevándome la mano a la nuca e intentando disimular mis nervios.

—Olvídalo —respondió, dándose la vuelta.

La agarré de la mano y la miré a los ojos. Creo que leyó en ellos lo que yo no era capaz de decir con palabras.

—¿Tan mal te encuentras? ¿De repente?

—Disfruta de la fiesta —contestó, soltándose.

Sentí alivio porque se fuera y supe que no era normal que unas cuantas palabras en francés acabaran de dar, otra vez, la vuelta a mi mundo. Me acerqué con paso lento, esperando un saludo de lo más frío. Y supe que no eran normales las ganas de llorar que me abordaron cuando Emi saltó sobre mí, rodeándome con sus cuatro extremidades.

—¡Bruno! —gritó.

Después, bajó.

—¡Cómo me alegra veros a todos! —volvió a exclamar, con la cara de una niña frente a una tarta de cumpleaños.

—Emi —dije yo. Había pensado en nuestro encuentro infinidad de veces y ahora, que la tenía enfrente, no me salían más de tres palabras seguidas—. ¿Cómo te va?

—Todo muy bien. ¡Tengo tantas cosas que contaros! ¿Dónde está Ángela? —preguntó mirando a todos los lados y rodeando con sus brazos los cuellos de mis amigos.

Los demás me miraron.

—Se acaba de ir a casa, no se encontraba muy bien.

—Vaya, ¡qué pena! —dijo ella, quitándose el chaleco y lanzándolo al palé—. ¿Bailamos? ¡Que no pare la fiesta!

Carolo buscó a Lola con la mirada y esta le rehuyó.

Alfonso azuzó a Tino y creían que tenían otra vez diecisiete años.

Y el grupo volvió a tocar, todos volvieron a reír, y ella volvió a bailar. Como si jamás se hubiera ido. Y eso fue todo. Yo sólo era uno más.

Aparté a Tino de Alfonso y sus ojos, algo ebrios, intentaron enfocar.

—¿Qué te pasa? ¡Estáis muy raros!

—¿Sabías que Emi venía?

—¡Claro que no! ¡Deja de tener ocho años, joder! Y disfruta de la fiesta.

Otra vez, como cuatro años antes en ese mismo sitio, me senté en un tronco a esperar que fuera ella la que se acercara. La vi bailar y disfrutar. E ignorarme. Y volvía a no sentir celos ni a estar enfadado, sino un miedo irrefrenable por no tenerla que me ahogó. No exagero cuando digo que la fiesta era como un grupo de polillas revoloteando alrededor de una bombilla que iluminaba todo lo demás. Y allí estuve, hasta que una de las polillas intentó acercarse demasiado

a la luz.

Me levanté hecho una furia cuando un chico borracho, de los que Tino había convencido para trabajar en la barra, se acercó a Emilia intentando juntar demasiado sus cinturas. Ella, sin dejar de sonreír, intento zafarse de él, que insistió.

—Eh —dije, acercándome y dándole un toque en el hombro—. La estás incomodando.

—¿Y tú quién eres?

Me reí

—¡Tino! Saca a este gilipollas de aquí.

—Bruno, ¿qué haces? —preguntó Emi casi a la vez.

—¿Qué pasa? —dijo Tino, que llegó de forma atropellada.

—¿A quién llamas tú gilipollas? —preguntó el chico, que se me tiró encima.

Me intenté zafar de él, pero no pude. A pesar de tener la mitad de mi tamaño, sabía pelear mucho mejor que yo. Mi cara lo supo cuando recibió un par de puñetazos. Tino le levantó, agarrándole por los brazos y gritándole algo al oído. Tal vez os parezca algo cobarde, pero aproveché para atizarle y tirarme encima de él. Fue como caer sobre un muro de hormigón.

—El refugio —dijo Alfonso, que miraba estupefacto la cabaña que tantos años atrás habíamos construido, hundida contra el suelo, con aquel chico encima.

Emi me agarró de mi mano buena y me sacó de allí en dirección a *nuestro-rincón-secreto.*

—¿Vamos a la cueva? —pregunté, intentando no caerme en cada paso y agitando la mano. Era como si una rueda de tractor me hubiera pasado por encima.

Ella, sin contestar, paró la marcha y negó con la cabeza. Encima de su camiseta blanca, el colgante de Torre Eiffel.

—¿Por qué has hecho eso?

—Estaba intentando pasarse contigo. Él ha sido el que se me ha tirado encima.

—¿Desde cuándo eres así? No hacía falta. Por lo menos me ha quedado claro que sabías que estaba en la fiesta —dijo ella, que se sentó tras suspirar.

Hice lo mismo, sin soltarme la muñeca, y me reí de forma histriónica. Estiró las piernas antes de cruzarlas, para después echar su cuerpo hacia atrás.

—¿Estás en serio? —pregunté—. Cuatro años después de dejarme sin una mísera explicación apareces y crees que todo va a ser igual y que voy a estar detrás de ti.

—No he dicho que quiera que sea igual.

Vi en uno de sus ojos la mota, con forma de corazón. En el otro, el reflejo de la luna. No sé deciros si tenía más ganas de estrangularla o de besarla. Nos quedamos en silencio unos minutos.

—¿Qué tal con Ángela? —preguntó, rompiendo el silencio y mi respiración—. Al final sí que tuve razón, ¿eh?

Se encogió de hombros, clavando su mirada en mí.

—Te fuiste, cuatro años, sin llamar. Sin escribir. No me preguntes eso —expliqué, como quitándole importancia, antes de echar un gruñido de dolor por la mano—. Veo que sigues llevando el colgante.

—Siempre nos quedará París —dijo ella, sonriendo con cierta melancolía.

—Sí.

—Éramos unos niños, pero nos queríamos muchísimo, ¿verdad? Al principio pensé que aparecerías algún día —explicó, antes de reír. Después, apoyó su frente en la mano y su gesto cambió—. Tienes que entender que tenía que salir de aquí. Eran demasiadas cosas en mi cabeza. He venido alguna vez durante este tiempo para ver a mi tía, pero no estaba preparada para...

—Eso he oído.

—No tenía fuerzas para ver a nadie, Bruno. Pero hoy sí. ¡Y aquí estoy! —Me dio una patada cariñosa desde su sitio. Otro silencio—. Salgo con alguien. Un chico francés. Me trata muy bien. Casi como tú.

—Lo pasé muy mal. Lo he pasado muy mal, ¿sabes? Y Ángela me ha cuidado mucho.

—Claro, eso es precioso —dijo, sin perder la sonrisa.

—No seas así, joder. Te grabé una canción que escuché en francés y en inglés. Por si algún día volvías. Pero no lo hiciste. Decía algo así como que tú, para mí, eres formidable, pero ahora mismo sólo siento rabia.

—En el fondo eso es muy tierno. Muchas gracias.

Un mutismo volvió a sentarse entre nosotros.

—¿Tú te arrepientes? —pregunté, con un hilo de voz que apenas me dejaba hablar. Pensé en Ángela; en que tendría que haber ido a París; en que todo estuvo en mi mano y lo eché a perder.

—¿De qué?

—De haberte ido. De lo nuestro.

—Que no me arrepienta de haberme ido no significa que no te eche de menos.

Me acerqué un poco más y la abracé. Me pareció notar una lágrima suya tocando mi mejilla. Cuando alejamos las caras un centímetro, la besé. Y me sentí como hacía mucho que no me sentía. Y ya no me quería ir a Madrid, ni a ninguna parte.

Pero Emi se apartó.

—Bruno, no. Esto no está bien. No ahora. Me tengo que ir —dijo, casi en un suspiro. Podía notar su aliento sobre el mío.

Dos tirones en mi camiseta, un beso de diez segundos en el carrillo y un último vistazo. Emilia volvía a desaparecer de mi vida. Anduvo entre los árboles y cuando decidí voltearme, dispuesto a gritar que la amaba y a seguirla como no había hecho antes, Ángela apareció frente a mí.

—¿Tú no estabas en casa? —pregunté, intentando localizar a Emi.

—Me di la vuelta, pensé que estaba siendo una niñata. Pero ya veo que no me equivocaba.

—Ángela…

—¿Sigues enamorado de ella? Si es así, corre. Corre detrás, pero te abandonará como siempre ha hecho. ¡Sólo piensa en ella y te utiliza para no sentirse sola cuando le interesa!

Me perdí entre los árboles, plantando en Ángela la semilla de un rencor que perdura hasta el día de hoy. Por supuesto, no encontré a Emi. Y decidí que ya estaba harto de perseguir una sombra. Dejé en la puerta de Nanette el disco en el que había escrito «Cuando quiero volver» y le pedí a Inés que me acercara a la universidad.

—¿Ya habéis empezado las clases? —preguntó.

—No, pero tengo que pedir un traslado. No aguanto más aquí. Me voy a Madrid.

Capítulo treinta

***6 días después** del funeral*

Nanette nos había cerrado la puerta en las narices a Carolo y a mí. Me quedé allí unos minutos, quieto. Tenía ganas de pegar un puñetazo al primer árbol que viera. O a Carolo. O a César. En aquel momento me habría dejado cortar una mano por la inocencia de Nanette con los ojos cerrados. Pensé, entonces, que si alguien había querido alguna vez a Emi como yo esa había sido su tía. Carolo aprovechó mi parálisis momentánea para acercarse a la niña del jardín de al lado y a su madre, que jugaba con ella. En cuanto lo vi, intenté impedirlo.

—¿Entonces confirmaría que ustedes y la vecina estaban aquí la noche del tres de septiembre?

—Pues, como le he dicho, creo que sí —respondió la madre, pizpireta, a la pregunta de Carolo—. Vamos, seguro que sí. Al día siguiente vimos la que se armó aquí delante, cuando vino la policía y todo eso. Por eso me acuerdo. Su coche no se movió. Qué pena lo de esa chica, ¿la conocíais?

Yo miré hacia otro lado, tocándome el vendaje de la nariz, pero Carolo insistió.

—¿Está segura de que esa noche su vecina no se movió de aquí?

—Sí, seguro. Si hasta recibió una visita. Oímos el motor y nos asomamos. Por eso sé que su coche estaba aquí y que debía de estar en casa, claro —explicó, animada. La niña se agarró a sus faldas, observando absorta la nuez de Carolo.

—¿Quién vino a visitarla? —pregunté yo, integrándome en la conversación.

—Ay. Eso ya no sé. Estaba demasiado oscuro. El motor lo escuchamos cuando se iba, así que no sé quién iba dentro.

Tragué saliva.

—¿Era una ranchera de color azul?

—Es posible. Mi marido sabe el modelo porque le encantan los coches. Dijo qu,e si volvía, haría una oferta para comprarlo. Si vienen mañana habrá vuelto de viaje y le podrán preguntar.

Carolo me acompañó, con paso lento, hasta mi coche. Insistió en volver a casa de Nanette para que nos explicara por qué no había dicho nada de la visita y por qué había mentido con el tiempo que llevaba sin ver a Evita.

—Piensa con la cabeza, Carolo. Tiene que respirar y tranquilizarse o no conseguirás nada. Estás con este caso a espaldas de tu padre y de toda la comisaría. Volvemos mañana, hablamos con el vecino y aclaramos esto. Vamos a dejar que se tranquilicen las cosas.

—Mañana. Después de ver a Eloy Bellacasa. Sólo porque es Nanette, Bruno —dijo él, meneando la cabeza.

Antes de entrar en el coche, fijé la mirada en el tejado de la casa que ahora habitaba esa niña que saludaba con la mano, sobre los brazos de su madre. Pensé que allí mismo, sobre esas tejas y con tres kilos menos de orgullo, pude haber cambiado el rumbo de mi vida.

Ahora pienso que es lo que les pasa a todos los demás, en cualquiera de las pequeñas decisiones que toman cada día.

Capítulo treinta y uno

***6 años antes** del funeral*

No quise hacer lo mismo que Emilia me había hecho a mí, así que antes de irme a Madrid le expliqué a Ángela que necesitaba salir de allí.

—¿Esto es por ella? —preguntó.

—No, claro que no. Es por mí.

—¿Y si voy contigo?

Negué con la cabeza y ella añadió un kilo más a la bolsa de resentimiento que llevaba mi nombre.

En mis tres primeros años en la capital me centré en estudiar y trabajar. Me busqué unas prácticas no remuneradas en un periódico, en las que me esforcé como nunca lo había hecho y me saqué un máster al mismo tiempo con la ayuda de mi hermana, que ya cobraba un buen sueldo. Me preguntaron cuáles eran mis aficiones y yo pensé en Emi, como siempre.

—Escribir. Tengo un borrador en marcha.

—Encajarás bien —dijo el que después sería mi jefe.

Trabajé el doble de horas de las que me exigían y saqué las asignaturas que me quedaban sin pisar las clases. En sólo tres meses conseguí cubrir un puesto de sustitución por baja maternal. En la redacción, mi apellido llamó la atención y todos me empezaron a conocer como *el madrileño*. Incluso gané un accésit en la categoría de joven promesa por un reportaje sobre los mendigos y la vida que llevaban estos en la capital, que a su vez me serviría meses después como trabajo de final de carrera.

Los fines de semana acudía a congresos de periodismo y hacía crecer mi red de contactos en fiestas privadas. A la larga me harían encontrar un buen puesto. Alfonso me había dicho que Madrid era ruidoso, caro y rápido. Era verdad y no veía nada malo en ello.

Con el dinero que me enviaban mi madre y mi hermana, sumado a mi mísero sueldo, pude pagar el alquiler de un pequeño piso al sur de la ciudad, con cocina francesa en medio del salón, una habitación y un baño. Aunque las paredes fueran verdes, era más que suficiente para mí y para las que, alguna vez, aceptaron mi invitación.

Una vez al mes volvía a casa de mi madre y jamás su comida me supo mejor. Ella se alegraba de mis visitas y nuestra relación evolucionó a su mejor versión. Me decía que ahora, que la casa estaba vacía, se sentía sola, pero que por fin tenía tiempo para ella. En cuanto a mis amigos, Tino y Alfonso se dejaban ver, pero Carolo había desaparecido del todo: la fecha de su oposición se acercaba.

—Esto es un rollo, no queda gente de nuestra edad —me dijo Tino uno de esos fines de semana—. Lola, en Barcelona; Carolo, encerrado; Emi, desaparecida, y tú, en Madrid.

—¿Y yo qué? —preguntó Alfonso.

—Tú, haciéndote pasar por un señor de cincuenta años.

Todos reímos.

Nos dedicábamos a pasear en bicicleta, en las mañanas de los fines de semana en los que yo estaba allí, por el peñón que separaba las dos costas. Alfonso nos pedía que fuéramos más

despacio. Desde arriba yo solía buscar el espigón donde habíamos malgastado tantas noches de verano y una tranquilidad difícil de explicar me llenaba el pecho.

—Nada como estar en casa, ¿eh?

—Algún día querrás salir de aquí.

—No pienso irme jamás.

Las olas, contra las rocas, eran hipnóticas y llegó un punto en el que la nostalgia que me generaba observarlas era placentera. Y me daba la vuelta, para ir al restaurante frente al puerto a tomar el aperitivo, sin decir nada al respecto. Alfonso nos adelantaba en la cuesta abajo.

—¡Almuerzo a mitad de precio con las mejores olivas de la costa! —gritaba. Y al llegar, se llenaba el gaznate de altramuces.

En mis terceras Navidades en Madrid mi hermana Inés anunció que se casaría unos meses después con un tipo al que había traído por primera vez a casa. Agradezco al universo que, si lo que pasó no hay manera de evitarlo, mejor que fuera así. Que mi hermana se casara tan rápido. Que mi madre pudiera verlo.

Fue un infarto. A tres años para la jubilación. En su segunda semana de clases de pintura y un mes después de que a su hijo le ficharan en un periódico importante con un puesto de indefinido.

A pesar de estar rodeada de gente no pudieron hacer nada. En su soledad había fumado cada vez más y eso había agravado un problema congénito sin detectar que siempre había estado allí, camuflado, esperando su momento. Recuerdo que la última vez que la vi me dio un abrazo de tres minutos y me dijo que estaba muy orgullosa de los dos. Y que mi padre también lo habría estado. Me pellizcó el moflete. Y me dijo que nos veíamos pronto.

Destrozado, pedí vacaciones en el trabajo para poder atender todos los compromisos funerarios con mi hermana. Tino, Alfonso, Carolo y Lola (que vino desde Barcelona) estuvieron pululando a mi alrededor en el tanatorio, atentos por si necesitaba algo. Ángela se pasó a darme el pésame, con lágrimas en los ojos pero con la sensación de estar fuera de lugar. Nanette nos ofreció ayuda en lo que necesitáramos y la localidad entera lloró la pérdida: ni siquiera recuerdo a cuánta gente le di las gracias.

Tenía el corazón partido en más pedazos de los que podía imaginar. Mi parte racional sólo quería que aquello pasara rápido y la emocional suplicaba que no hubiera pasado en realidad. La noche en la que la incineraron me subí al tejado de nuestra casa y desde allí, bajo las estrellas, fijé mi mirada en la ventana de Emi. La recordé bailando sola, como hacía infinidad de veces. También la silla que hizo añicos el cristal. Las veces que fui con el permiso de mi madre, para estar con mi mejor amiga, después de que me pidiera que la cuidara mucho porque estaba muy sola.

Y claro, con todo eso, fue inevitable que entre las lágrimas que emborronaban mi vista apareciera, de nuevo, ella.

—¿Se puede? —preguntó, asomando la cabeza por la ventana de la buhardilla. Una trenza larga, como la de su tía, le llegaba hasta la mitad de la espalda.

—Emi —dije, rompiendo a llorar.

Verla aparecer, después de tres años de nuestro último y breve encuentro, fue demasiado para mí. Incrusté mi cabeza entre las rodillas y no la saqué hasta que noté su mano sobre mi nuca. No sé cómo explicarlo hoy, que ha pasado tanto tiempo, pero cuando el alivio se expandió por mi cuerpo una puñalada de rabia me atravesó el corazón.

—Lo siento muchísimo —dijo ella, después de caminar con cuidado sobre las tejas para

abrazarme—. Lo siento muchísimo. Lo siento muchísimo.

—No sé de dónde salen tantas lágrimas —dije intentado reír y de manera absurda, con la nariz goteando—. Si no me engañaste hoy dormiré como un bebé. Cuando decías que llorar ayuda a dormir mejor.

Ella sonrió.

—Venga ya, si tú siempre has sido muy llorica.

—Es tan injusto…

¿Qué le podía decir a una persona que había perdido a sus padres siendo una niña?

—Era la mejor. Lo siento mucho. Siento no haber llegado antes. He venido todo lo rápido que he podido.

—Entendería que no hubieras venido —dije, limpiándome los carrillos—. Soy huérfano.

—Somos.

Apoyó su cabeza en mi hombro. Cogí aire y estuvimos así un rato, sólo escuchándonos respirar.

—¿Sigues con ese novio francés? —pregunté.

—No, ya no.

—¿Y qué tal en Francia?

Emi levantó la cabeza. Después, se encogió de hombros y elevó las cejas.

—¿Te acuerdas de una calle de la que te hablé, la de las casas de colores? La rue Crémieux. Una calle que me encantaba cuando era pequeña. He estado viviendo al lado todo este tiempo en casa de una amiga de Nanette.

—¿Y qué haces allí?

—He estado cantando en bares, aunque no te puedo decir que haya hecho una fortuna —añadió, sacándose el colgante de debajo de la camisa—. Dejé la carrera de Bellas Artes porque no era lo que yo me imaginaba. No sé. He estado viendo pasar las horas, pensando que algún día daría la vuelta al mundo en barco. Pensando que siempre nos quedará París. Creo que ya era hora de volver. He venido por ti, Bruno. Porque me necesitabas.

Si estaba descolocado, eso me sacó del tablero. ¿Después de siete años iba a volver por mí? ¿Después de desaparecer como si nada? ¿Y se suponía que yo estaba allí a su merced? Estaba allí porque mi madre acababa de morir y ni ella ni nadie podían cambiar eso.

—No te necesito —contesté.

Había pasado demasiadas noches acostándome con Emi en la cabeza, pensando dónde estaría. No quería convertirme en el que respirara tranquilo, cada mañana, al comprobar que no se había marchado

—Ni lo necesito ni lo quiero, Emi. Ya no. ¿Sabes? Hasta que apareciste en ese jardín de ahí no me había dado cuenta de lo deprisa que giraba el mundo. No es un reproche —aclaré—, pero de repente te fuiste, y todo empezó a ir lento otra vez… Nunca entendí que te fueras así ni jamás lo entenderé.

Ella hizo una pausa antes de contestar.

—No es tan fácil. Esto no es lo que yo quería que ocurriera entre nosotros.

Rompí el silencio en el tono menos agradable posible.

—¿Ahora vas a decirme que te duele saber que éramos muy felices? ¿Que no lo viste entonces?

—No me rompe saber que éramos felices, me rompe saber que no lo sabíamos.

—Yo sí lo sabía.

Emi volvió a coger aire.

—Siento haberme ido como lo hice, pero no podía seguir aquí. Habría sido un problema para ti. Las dos veces. Pensaba que al final podríamos… no sé…

—¿Hablas en serio? Tú ya eras un problema —elevé la mano—, pero eras mi problema preferido. No era un problema no entender lo que te pasaba o tus enfurruñamientos absurdos. O que después hicieras como si no hubiera pasado nada. El problema era que yo estaba mucho más enamorado de ti que al revés. Y que, a pesar de todo, me conformaba con eso.

A Emi le empezó a temblar un labio.

—No es verdad, no… yo…

—Ya da igual… ¿Cuánto hace? ¿Siete años? Qué pasada, el puto tiempo. Yo quería odiarte. Quería odiarte porque odiaba quererte—dije.

Tiré una piedrecita al jardín desde la altura, nos clavamos las miradas y ella posó su mano en mi cara.

—Jamás entenderías por qué me fui, pero lo siento muchísimo.

—Es la vida, ¿no? —pregunté. Me levanté sin dejar de mirar al cielo—. Yo tengo la mía y me alegro de que tú tengas la tuya. Volveré en dos días a mi casa en Madrid así que supongo que nos veremos en… ¿un año?, ¿tal vez tres?, ¿cuatro?

—Me quedaré aquí por si me necesitas. Creo que es hora de volver.

—Hace tiempo que no te espero, pero muchas gracias por venir, de verdad. Ha significado mucho para mí. ¿Sabrás bajar? —pregunté, amable, señalando a la ventana.

—Claro. Buenas noches, Bruno. Te quiero mucho —respondió sacando carrillos.

Sabía que había herido su orgullo y, no me preguntéis por qué, eso me hizo sentir bien. La mota de su ojo se había partido en dos y su pelo, moviéndose por la suave brisa, hizo que mis piernas flojearan. Podría haber dicho entonces que no paraba de pensar en ella y que la perdonaba porque deseaba que estuviéramos juntos. Que sólo pensaba en montar en un barco y emprender un viaje juntos a destinos que aún no habíamos decidido.

Pero, en vez de eso, mi alma rota por la muerte de mi madre dejó al orgullo tomar el control, pensando que el tiempo lo arreglaría todo. Que, de alguna manera, acabaríamos juntos de nuevo.

—Yo también te quiero —respondí, echando un último vistazo—. Hasta pronto.

No fue un año. Ni tres. Ni cuatro. Fueron cinco largas vueltas al sol sin ver a Emilia Lamoreaux. Aprendí que lo que no se dice acaba haciendo bola en el corazón. Que nada puede con el tiempo. Y que, a veces, el tiempo no puede con todo.

TERCERA PARTE

La negociación

«You are the one for me,

for me, for me, formidable».[7]

For me formidable, Charles Aznavour

Capítulo treinta y dos

***7 días después** del funeral*

—Tienes mejor la nariz.

—Ya —contesté a Carolo al recogerle en la puerta de su casa.

La casa de sus padres, en realidad. Sólo había pasado una semana desde el funeral, pero cada día era eterno. Un día desde que Nanette nos había echado de su casa. Me pregunté, más de una vez, si lo que hacíamos no era la enajenación mental propia del que ha perdido algo tan valioso o la necesidad de un policía fracasado de cumplir frente a su padre y conseguir, así, el puesto que tanto ansiaba.

Llegamos a la oficina del banco donde Emi había trabajado. Frente a la sucursal y al otro lado de los edificios había una hermosa vista del peñón. Cuando cruzamos el umbral de la puerta me la pude imaginar allí, ocupando el lugar del joven al otro lado de la caja. Un escalofrío me azotó la espalda.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! Por aquí —dijo Eloy Bellacasa, que parecía haber tomado demasiado café—. Mucho gusto. Pasen, por favor.

Las paredes blancas del despacho estaban llenas de cuadros de barcos, con marcos de madera. Cuando nos sentamos frente a él, al otro lado de la mesa, me fije en su cara, llena de arrugas y con pequeñas cicatrices en la piel de tanto sol. Su gesto era desagradable y su pelo lacio, graso y escaso le daba un aspecto casposo muy fácil de definir. El bigote sólo era la guinda de un *look* que intentaba equilibrar con un traje moderno y entallado, que le hacía más delgado.

—¿Es usted el periodista? —preguntó, señalándome—. Y usted el policía. Emilia era muy querida aquí. Una auténtica pena. ¿Dónde saldrá este reportaje?

—Aún no lo sabemos —contesté—. Hay varias ofertas sobre la mesa.

—Entiendo, entiendo. ¿Tendrá repercusión?

—Seguro —dijo Carolo, que estaba cruzado de brazos—. Empecemos, si le parece. ¿Podría repetirnos dónde declaró que estaba la noche del tres de septiembre? ¿Cómo se enteró de la noticia?

—Claro, claro. ¿No prefieren que les hable de Emilia como persona?

—¿Como persona? —preguntó Carolo.

Me quedé mirándole, sabiendo que una mala contestación era la peor de las negociaciones a esas alturas.

—Sí, claro. Hablaremos de eso después. ¿Le importa que encienda la grabadora?

—No, claro. Es su trabajo. Está bien. —Carraspeó. Era desagradable en sus gestos. Me repetí lo imposible que habría sido que Emi tuviera ningún tipo de relación con esa persona, más allá de la de jefe-empleada—. Aquella noche, como ya comenté a la policía, y por favor, remárquelo, yo me encontraba en casa trabajando en un acuerdo de un cliente muy importante del que no puedo decirles el nombre por estricta confidencialidad. No para un reportaje, ya entiende. Aunque no hacía falta, lo demostré aportando grabaciones particulares para que no hubiera ninguna duda de mi paradero.

—¿Dice que estaba en su casa? —preguntó Carolo.

—Así es, en el número dieciséis de la calle Cometa, para su información.

—¿Es habitual que sus empleados utilicen su barco? ¿Qué relación tenía con Emilia para dejarle las llaves?

—Todo buen jefe debe saber dar una de cal y una de arena, ¿me entienden? Para mí lo primordial es que mi equipo trabaje bien, pero por encima de todo que quiera trabajar aquí. A los buenos empleados los premiaba así. Era un gesto bien recibido, como un incentivo.

—¿Se lo dejó alguna vez a alguien más? —preguntó Carolo.

Eloy Bellacasa se echó para atrás y le escudriñó con la mirada, intentando adivinar la intención de la pregunta.

—No, claro. Ella fue la primera a la que se lo dejé. —Eloy sonrió y levantó el dedo índice—. Y se lo habría dejado a muchos otros si no hubiera explotado. Era muy buena trabajadora y siempre cumplía. Incluso le subí el sueldo sólo dos meses después de entrar aquí. A empleados así hay que cuidarlos. Si hubiera sabido que algo así podía pasar…

—¿El barco tenía revisiones, mantenimiento…?

—¡Al día! No sé qué pasó, pero yo cuidaba ese barco como si fuera un hijo. Siempre fue mi sueño. Usted lo sabrá mejor que yo, pero decían que una explosión así sólo podría haber sido por temas de gases en el motor. ¿No? Por supuesto, la mayor pérdida es la de Emilia. Pagaría el precio de diez barcos por salvar cualquier vida, ¡entiéndanme! —exclamó—. ¡De diez… o de mil, si pudiera!

—¿Qué nos puede decir de Emilia? ¿Cómo era en el trabajo? —pregunté.

—Era una excelente persona. Divertida, simpática, trabajadora… Una auténtica desgracia. Mire que sólo trabajó con nosotros siete meses, pero supo ganarse a los clientes y, por supuesto, a todos nosotros. Durante la última semana no apareció por aquí, por lo que sabía que algo ocurría. Pero de ahí a recibir la llamada comunicándome que el barco había… ya saben. La echamos mucho de menos.

—¿Sabe que se rumoreaba que entre ustedes había una relación sentimental? —mordí.

—Eso es una tontería. Y falso. Falso, falso.

—El marido de ella lo piensa —intervino Carolo.

—Eso es absurdo. Mi relación con su marido es de lo más cordial. En el funeral de Emilia…

—No quiso darle la mano. Yo lo vi —dije.

Eloy Bellacasa reclinó la silla de nuevo y nos miró de forma alternativa, con los brazos cruzados y sacando los morros.

—En ese momento él no entendía el tema del barco, eso es todo. A estas alturas estoy seguro de que lo entiende. Caballeros, no puedo dedicarles mucho más tiempo. Si les parece, vayamos acabando con la entrevista. ¿Tienen suficiente para su reportaje?

Yo me eché hacia delante, apoyando casi todo el peso de mi cuerpo en la mesa.

—No del todo, en realidad. También se rumorea que Emilia le abofeteó un mes antes del accidente. ¿Es cierto? ¿Pasó algo entre ustedes?

Eloy Bellacasa agarró los reposabrazos como si pretendiera partirlos con las manos. Aunque sabía contener cada una de sus expresiones, hasta para alguien como yo fue visible que aquella información no le gustó en absoluto.

—Pare de grabar. Ahora mismo. —Pulsé el botón rojo del teléfono—. ¿Quién les ha dicho tal cosa?

—Ileanna Sharova. Estamos buscándola para corroborar su primera declaración, pero no la encontramos —respondió Carolo—. Sabemos que estuvo trabajando aquí. Y le insisto en que tenemos otro testigo que confirma que entre ustedes ocurrió algo.

Aunque lo que dijera Ángela, para ser sinceros, para mí tenía el mismo valor que nada. Y más

teniendo en cuenta que era una información de segunda mano.

—Putos rusos. —Estalló en carcajadas al levantarse. Se situó frente a la única ventana del habitáculo. Con una mano en el bolsillo y la otra enroscándose uno de los extremos del bigote, nos habló de la chica de los tatuajes—. Si contraté a esa chica fue por esas mierdas de la inclusión, y así me lo paga. Les diría dónde vive, pero hasta donde sé se ha marchado de la ciudad.

Nos quedamos en silencio, sabiendo que esa información era falsa.

—¿Eso significa que es cierto? —pregunté de nuevo.

—¡Claro que no! Esa niña no duró ni medio año en un trabajo de verdad como este. Si hay alguien sospechoso de haber hecho algo es ella —añadió, apoyando una mano en la mesa—. Ya les digo que dejó de trabajar aquí, pero les puedo facilitar la dirección que nos proporcionó.

—Nos gustaría hablar con su hijo Jaime, entonces —dijo Carolo.

Eloy Bellacasa giró el cuello hacia nosotros y se quedó pensativo unos segundos.

—Imposible. No sabe nada de esto y tiene que centrarse en sus estudios. Está en Londres, ahora. Estudia en Oxford, ¿saben? Pero si quieren pueden preguntar a esta persona. Aquí tienen su tarjeta y trátenle bien, es mi mejor cliente. Él vio lo cordial que era la relación entre Emilia y yo.

—Paulo Botello —leí en alto.

—Ahora, si me permiten, tengo que seguir trabajando. Les agradecería que me llamaran antes de publicar el reportaje para saber qué es lo que han escrito sobre mí. Me gustaría saber que he podido ayudar a que la gente conozca mejor a Emilia Lamoreaux. Que se sepa lo que la valorábamos en esta empresa.

Di dos tobas a la tarjeta y se la pasé a Carolo, antes de levantarnos y salir de allí con más preguntas que cuando habíamos entrado.

Capítulo treinta y tres

***5 meses y una semana antes** del funeral*

El chico, con el pelo por el hombro y aspecto desgarbado, entró en la oficina que dirigía su padre. Su padre, el que siempre había esperado grandes cosas de él.

Gastó una fortuna en clases de música, idiomas y, por supuesto, colegios privados que le mantuvieran alejado de cualquier tipo de actividad padre-hijo que le pudiera hacer perder el tiempo. Desde hacía dos años le ingresaba un auténtico dineral para que pudiera llevar una vida cómoda en Oxford, donde iba a la universidad para empezar la tercera carrera. Cuando Eloy vio a su hijo Jaime entrar en su despacho, la alegría no fue lo que se dibujó en su cara.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó Eloy, abriendo los brazos. Después se giró para mirar el calendario colgado en la pared—. Tienes los exámenes en dos meses.

—Hola, papá —dijo el chico, que se sentó frente él apoyando las piernas en la mesa.

—Baja ahora mismo tus pies —dijo Eloy. Miró su reloj y el cuadrante derecho de su labio se elevó en señal de desaprobación. Su hijo obedeció—. Te he preguntado qué haces aquí. Espero que no sea por dinero, porque hace tres meses retiraste lo de medio año.

—Tengo esta semana de vacaciones y pensé que te haría ilusión verme.

—Me haría ilusión que estudiaras y tuvieras un poquito más de ambición. Te lo vuelvo a decir: esta es tu última oportunidad.

—Tengo la ambición, papá, pero estoy de putas vacaciones. Ahora mi única ambición es dar una vuelta en tu querido, precioso y maravilloso barco. Si pudieras darme las llaves o avisar a Vidal te lo agradecería.

Eloy rio.

—Tienes que estar de broma. Venga, levanta. Te quiero en un avión de vuelta a Oxford esta tarde. ¿Me has entendido?

—Tal vez si me dejaras el barco yo…

—No es una propuesta ni una negociación. Ponte las pilas o te corto el grifo.

En ese momento, una rubia espectacular de bucles infinitos y pecas en la nariz entró en el despacho para entregar una carpeta a Eloy Bellacasa. Era Emi. Jaime se quedó mirando a la puerta cuando ella ya había salido.

—Está fuera de tu alcance, chaval —dijo su padre, que examinaba los documentos que acababan de entregarle.

—¿Y del tuyo no? —se mofó él.

—Subestimas a tu padre. Mueve el culo. Ahora.

—Déjame el barco y mañana estaré en Oxford estudiando. Te lo prometo.

Su padre miró hacia arriba, con algún tipo de sentimiento de culpabilidad. Tal vez fuera por no haber estado presente en la vida del niño o por haber deseado que su madre estuviera viva sólo para criarle. O porque tenía demasiado trabajo como para perder el tiempo con tonterías que, en realidad, le traían sin cuidado.

—Está bien. Lárgate, coño.

Cuando cruzó el vestíbulo mirando a las dos chicas al otro lado de la mesa, guiñó un ojo a una de ellas. Esta sonrió, coqueta. Él afirmó con la cabeza y levantó las cejas, como diciendo *he*

conseguido lo que he venido a buscar. Ella le correspondió con un beso insonoro y a distancia, sacando morritos, como diciendo *sabía que lo harías.*

Como habían hablado, se encontraría con ella al terminar su jornada laboral. Tendría que ser discreto. Si Eloy Bellacasa les pillaba, estaría acabado, sin blanca y su plan se iría al traste. Jaime había llegado a la conclusión de que su padre, a pesar de su innegable olfato para los negocios y de haber hecho algunas inversiones más que rentables en su vida, no era un tipo inteligente.

—Cualquiera con suerte y un poco de labia puede hacer negocios. —Había escuchado que alguien decía en una entrevista—. Pero no cualquiera puede ganar dinero cambiando la vida de la gente en un mundo en llamas como este.

El chico sintió entonces cómo una llamarada del destino le quemaba el culo. Aún no sabía cómo ni con qué, pero se sentía lo bastante seguro de sí mismo como para saber que su momento llegaría. El que hubiera sido su compañero de la residencia universitaria durante dos meses en Oxford se había comprometido a cubrirle las espaldas. A cambio de un módico precio, claro. Sus notas, falsificadas. Sus matriculaciones, con otro nombre. Alertas por noticias importantes. Todo lo que alguien que de verdad estudiara allí debía saber.

Después esperó frente a un edificio. Habían pasado unas horas desde que hubiera pisado la oficina de su padre. El pobre diablo pensaba que su plan no tenía ninguna fisura: alquilaría, con el dinero de su padre, un pequeño y coqueto *loft* con vistas al peñón que separaba las dos playas. La primera vez que lo vio, en un portal de Internet, sintió la inspiración para hacer algo grande. Y se ocultaría allí, junto a su novia. El problema es que la inspiración se fue por donde había venido y su novia, que tenía que dar el visto bueno al piso, aún no había aparecido.

—Por fin. El tío de la inmobiliaria nos está esperando arriba —saludó Jaime. La chica le abrazó y él susurró en su oído—. No sabes las ganas que tengo de estrenar nuestro nidito de amor.

—¡Cállate! —exclamó Ileanna, justo después de plantarle un beso en la boca y pegarle con suavidad en el pecho—. Anda, vamos.

—Si nos pilla mi padre, estoy muerto. Dime que valdrá la pena.

—¿Estás de broma? Si nos pilla, estoy despedida.

Los dos rieron.

—De momento tenemos un paseo en barco gratis.

Capítulo treinta y cuatro

***7 días después** del funeral*

El tal Paulo Botello tenía un marcado acento portugués, pero su manejo del idioma era perfecto. Respondió a Carolo que la relación entre Emilia y Eloy era excelente y que, hasta donde él sabía, se ceñía a lo profesional. Escuché, en el manos libres, que él jamás había visto «a la chica pegar al hombre». También nos contó que él y su hija habían conocido a Emilia Lamoreaux en persona. Que era maravillosa y que le apenaba mucho. Y que, por favor y por encima de todo, no le volvieran a molestar.

La versión de Ileanna y Ángela se tambaleaba.

—Te dije que no me parecía normal lo que dijo la chica en la cafetería: no todo el mundo se acuerda de lo que ha hecho una noche cualquiera. Y que era absurdo que Emilia estuviera con alguien como Eloy. Y que Ángela no es de fiar. Está desquiciada. No sé qué decirte, Carolo.

—No tenían por qué mentir.

—Si tienen algún interés que no sabemos, sí. —Al parar el coche comenzó a sonar una canción de Carla Bruni en la radio y la apagué *ipso facto*—. Habla con Ángela, necesitamos saber quién le dio esa información.

—Es más importante hablar con Nanette y esta tarde tengo trabajo.

—Yo hablaré con Nanette, sabes que será mejor si queremos averiguar algo. Tú consigue que Ángela te diga quién le dijo eso y yo averiguaré por qué Nanette nos mintió con lo de Evita.

Carolo se quedó mirando al otro lado del cristal, como sopesando sus opciones.

—Está bien. Acércame a la comisaría.

Aunque la nariz me había dejado de doler casi por completo, el dolor de cabeza que me taladraba la parte trasera del cráneo cada vez era más fuerte. Que quisiera averiguar lo que había pasado con Emi no significaba que lo llevara bien. Me rompió el corazón descubrir lo que había hecho su padre con ella; que su marido había tenido una amante y que había indicios de maltrato; que cada vez más gente pareciera culpable, como el propio César, Ileanna, Eloy Bellacasa o Ángela, o que la gente pensara que había sido un suicidio, y con razón. Pero, sobre todo, que la única persona que la quiso como yo, Nanette, estuviera en nuestro punto de mira.

Aparqué frente a su casa y eché la cabeza hacia atrás, cogiendo aire. Miré aquellas calles, que tantas veces había recorrido con mi madre y con Emilia, y pensé en todos los momentos que jamás se repetirían. Las ramas de los árboles se mecían como entonces y el sol que me alumbraba era el mismo, pero todo era diferente.

En cualquier caso, el plazo que yo mismo había marcado con mi hermana de una semana terminaba en apenas tres días. No es que tuviéramos ningún contrato firmado o algo así, pero pensar en ello me permitía seguir adelante:

—Sólo tres días, Bruno —me dije en voz alta.

Sin soltar el volante, cogí aire y, después, bajé del coche. Estaba a punto de llamar al timbre cuando Nanette abrió la puerta. Se había vuelto a hacer la trenza, pero tenía aún peor cara que el día anterior.

—Vengo solo —dije, levantando las palmas de las manos. Ella se hizo a un lado para dejarme

pasar sin decir nada más—. No sé si es un buen momento, parece que ibas a salir.

—Seguro que puedes ser rápido.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón por lo de ayer. Carolo está seguro de que no fue un accidente y sólo quiere saber la verdad.

—Lo sé.

—Por eso le estoy ayudando. Yo tampoco creo que fuera un accidente.

—Tienes que abrir las orejas, *mon Dieu.* —Negó con la cabeza con una lentitud increíble—. Ya te dije que no… que yo también creo que no fue un accidente.

Miré a mi alrededor y vi que la jaula del señor Charles, el periquito, estaba vacía. Faltaban algunas fotos que habían estado allí desde que mi memoria me permitía recordarlo y no había atrapasueños colgando del techo.

—Parece que has hecho limpieza —apunté, por no decir que parecía que se estaba yendo a algún lado—. ¿Qué ha pasado con el señor Charles?

—Charles Tres —corrigió, con voz cansada—. Se lo he regalado a los vecinos. Lo cuidarán mejor que yo.

Me quedé callado, implorando a quien escuchara mi interior que por favor no fuera verdad y que no estuviera preparando su huida. Que no hubiera tenido nada que ver. Nanette tomó la palabra:

—Te dije que *Carlitos* estaba perdido. Yo te llamé para que vinieras. Sigue siendo tu deber averiguar lo que pasó, pero estás yendo por el camino equivocado.

—¿Sabes algo que me quieras contar, Nanette?

Ella, sin contestar, se dio la vuelta y fue a la cocina, donde se sirvió con pereza un vaso de agua. Me ofreció lo mismo, pero negué con la cabeza.

—No. Ya te lo dije. Pero tal vez estés más cerca de la verdad de lo que crees.

—Nanette, ¿viste a alguien la noche en la que ocurrió todo? —No contestó—. ¿Vino Evita a visitarte?

Ella sonrió.

—Ya te he dicho que estás más cerca de la verdad de lo que crees, pero te aseguro que no veo a Evita desde días antes de lo de Emi. Me tengo que ir, Bruno. Me ha gustado verte. —Me dio un abrazo que me sacó todo el aire y me hizo expulsar toda la nostalgia por la boca. Después, me susurró en el oído—. Eres un buen chico. Ojalá se hubiera casado contigo.

Cuando salimos, me despedí de ella con la mano y esperé a que su viejo Ford se perdiera por la carretera que iba hasta el centro de la ciudad, sin saber qué hacer ni qué decirle a Carolo. La única respuesta en claro que había sacado (y era por la información que nos había dado la vecina) es que había visto a Evita esa noche. ¿La amaba tanto como para encubrirla? ¿Había sido esa mujer que siempre había odiado a Emi y Nanette era incapaz de acusarla?

Si hacía caso a mi corazón e intuición, hubiera dicho que Nanette jamás habría sido culpable de nada, pero, en ese momento, mi cabeza me arrastraba en la dirección contraria, por un camino sin asfaltar, raspándome el alma. Me llevé la mano a la coronilla con una de las punzadas de dolor.

—¡Hola! —saludó alguien a mi espalda. Era la niña pelirroja. Sonreí antes de ponerme en cuclillas frente a ella.

—Hola. ¿Sabes que yo vivía aquí? —pregunté, señalando a la casa.

—¡Eh! —gritó un hombre.

La mujer, que salía por la puerta, le tranquilizó diciendo que era un periodista que acompañaba a la policía por el caso de Emilia. Estrechamos nuestras manos.

—Ya te dije que a lo mejor venían a preguntarte por lo del coche que vino aquella noche.

—Ya está todo aclarado, pero gracias —contesté.

—¿Conoce al dueño del coche? No sé si mi mujer se lo dijo —se puso el dorso de la mano junto a la boca—, pero siempre he soñado con tener una de esas chatarras antiguas.

—A la dueña. Sí. Solía conocerla, al menos. Más de una vez nos montamos siete en esa ranchera y me sorprende que haya gente a la que le siga gustando, pero supongo que todo lo antiguo tiene cierto encanto. Además, da la casualidad de que yo vivía aquí. Vendimos la casa cuando mi madre murió. —Miré la casa, a su espalda, y suspiré de pura nostalgia.

—¿De verdad? ¡Qué ilusión! ¿Has oído? ¡Vivió en esta casa! ¿Quieres pasar a tomar algo? —preguntó la mujer, al ver mi cara. El hombre levantó una ceja, como si no supiera de lo que estaba hablando.

—¿Ranchera? No era una ranchera.

—¿El coche no era azul?

—¿Les has dicho que era azul? —La mujer se encogió de hombros—. No, hombre, no. Era un Camaro rojo, precioso. De principio de los noventa, creo. ¿Crees que por una oferta justa la dueña del coche se podría plantear venderlo?

—Eso lo tendremos que hablar. —Escuché que dijo la mujer, antes de perder la capacidad de oír.

Las sacudidas de mi cabeza se convirtieron en neblina y empecé a marearme. Evita no visitó a Nanette. Había sido Tino. Mi amigo Tino.

Capítulo treinta y cinco

***2 años y tres meses antes** del funeral*

Después de la muerte de mi madre fui yo el que desaparecí. Estuve alejado de lo que hasta entonces había sido mi vida. Volver allí sólo me producía dolor y un inmenso vacío. Visitaba de forma puntual a mi hermana y, a veces, tomaba algo con Alfonso, Tino o Carolo. No solía avisar a los tres a la vez porque me saturaba aquella situación. Y por supuesto jamás decía nada a Emi.

Estuve mucho tiempo enfadado con ella, por haberse ido como se fue y por no haber luchado por mí. Por haber vuelto cuando me necesitaba. Me centré en mi trabajo e Inés me consiguió una entrevista con una de las revistas de investigación con más renombre del país. Querían una cara nueva que les ayudara en la transición a lo digital, con una voz algo más joven, y durante un tiempo me sentí importante en ese microcosmos.

Pero al llegar a casa, pesaroso, los recuerdos me mordían, desvelándome más noches de las que me gustaría recordar. Las palabras de Ángela a menudo me visitaban.

«¡Sólo piensa en ella y te utiliza para no sentirse sola cuando le interesa!»

Yo, que nunca había sido alguien orgulloso, me escudé en eso para decirme a mí mismo que las cosas no podrían haber sido de otra manera aunque hubiera querido. Y que haberme quedado con Emi, a la larga, me habría hecho sufrir más.

Qué ironía, la vida, que cuanto más vacía más pesa.

Intenté llenarla abriendo las puertas de mi nuevo y céntrico piso a casi cualquiera que quisiera entrar. Trabajando hasta altas horas de la madrugada y dejándome adular por los que, al salir de la redacción, iban a dormir con sus mujeres y a besar a sus hijos.

—¡Lo que daría yo por ser soltero! —exclamaban.

Supongo que siempre queremos lo que no tenemos o, al menos, eso me decía cuando las ganas de llamar a Emilia me sobrepasaban. Tiraba de mi agenda de contactos, curtida en la noche madrileña, para ponerme tiritas emocionales. Tenía el cuerpo lleno de tiritas.

Me senté, más de cien veces, a empezar este libro que ahora tienes en tus manos. Pero no podía avanzar. La explicación era simple: en el fondo sabía que la historia no había terminado. Mi subconsciente deseaba con toda el alma que fuera ella la que diera el primer paso en una contrariedad difícil de explicar. Cuando me quise dar cuenta, había pasado cinco años sin verla. Yo tenía menos pelo y algún kilo más, además de haberme vuelto alguien más amargo y gris. Aún guardo algunos párrafos con los que empecé uno de esos borradores, que tal vez os hagan entender cómo me sentía entonces:

«A veces es mejor vomitar mariposas que besos. A veces es mejor tirarse a un mar vacío que a una piscina llena y otras, lo mejor es quedarse tumbado en la arena, al sol, esperando a que pase nada. Porque a veces nada puede ser mejor que mucho».

Para bien o para mal, todo lo que había estado fermentándose en mí estallaría como un volcán tras la llamada de Alfonso.

—Me caso, Bruno. ¡Me caso! Quiero que seas testigo en mi boda. Por favor, no me digas que no.

No es que envidiara a Alfonso, en ninguno de los sentidos, pero sabía que allí volvería a ver a Emi. Y eso sólo podía acabar de dos maneras: o Emi traía de vuelta al Bruno que yo tanto echaba

de menos o rompía en mil pedazos a lo que quedaba de él.

Capítulo treinta y seis

***7 días después** del funeral*

Me recuperé como pude de la información que acababa de recibir. Sin duda era el coche de Tino por lo que conduje como alma que lleva el diablo hasta su casa. Vivía en ese pequeño zulo desde que se había independizado de sus padres. A punto estuve de tener un accidente con una señora que, en realidad, lo único que hacía era circular a la velocidad adecuada.

Notaba mi respiración agitada y apenas podía pensar con claridad. Sentía las pulsaciones de mi corazón en cada uno de mis dedos y mi boca adquirió un sabor extraño. Cuando frené, dejando el coche en segunda fila, bajé dando un portazo y aproveché que un señor salía para entrar en el portal. Subí los dos pisos en apenas dos zancadas.

Aporreé la puerta hasta que Tino me abrió.

—Bruno. ¿Qué haces…?

Cerré el puño y le aticé en un lateral de la cabeza con el interior de mi mano, haciendo que se balanceara. Después me tiré contra él, impactando ambos contra la pared a su espalda, lo que hizo que un cuadro cayera. En las películas suelen aparecer peleas que duran minutos y minutos; a mí esos dos gestos ya me habían dejado sin aliento.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Estás loco?

Me levanté para embestirle, otra vez. Tino agarró mi cuello haciéndonos caer, otra vez. Me inmovilizó, como en la cueva, otra vez.

—¡Suéltame, hijo de puta!

—¡Dime qué te pasa! ¡Estás loco! —gritó él, que por supuesto no me soltó—. Tranquilo. Tranquilo. Tranquilízate.

—¡No me tranquilizo! ¡Fuiste a ver a Nanette la noche de lo de Emi! ¡Fuiste tú! —Intenté coger aire, pero su grueso brazo apretaba un poco más—. Mentiroso hijo de puta.

—¡No fui yo! —gritó. Después, suspiró—. Te voy a soltar y te contaré todo. Pero deja de hacer el imbécil o esta vez seré yo quien te rompa la nariz.

—¡Suéltame!

Tino primero apoyó una rodilla y después me soltó, dando un par de pasos hacia atrás.

—No puedes entrar aquí como si fueras Van Damme, joder. Te juro que si vienes a por mí voy a tener que defenderme.

—Ahora entiendo a Carolo. ¡Eres un puto mentiroso!

—Lo de Carolo y yo no tiene nada que ver con esto. Ya te lo dije, Emilia se suicidó, Bruno. Fui a casa de Nanette porque ese día me dijo que estaba harta y que lo dejaría todo atrás. Le dije que estaba preocupado por ella.

—¿Justo esa noche? ¿Crees que soy idiota?

—¡Escúchame! Emilia me dijo que había pasado algo y que dejaría todo atrás. Que esa noche acabaría todo. Tenía que avisar a Nanette. ¡Entra en razón, joder!

—¿Y por qué te iba a decir algo a ti?

—¿Que por qué? —preguntó, enfadado.

—¡Sí! ¡Por qué!

—¡Porque yo era el único amigo que le quedaba! ¡Me lo contó a mí porque tú no estabas!

—¿Y no me lo contaste?

—No quería dar pie a teorías raras y, al parecer, hice bien. ¡Mírate! ¡Soy tu amigo desde hace más de veinticinco años, joder!

—¿Que tú eres amigo mío? ¡Me mentiste!

—¿Y tú le has dicho a Carolo que viniste a verla un par de meses antes de la explosión? ¿Sabe que intentaste por todos los medios que no se casara? ¡Porque a mí no! ¡Me lo tuvo que contar ella, joder! ¡Llevas años metido en tu mundo, apareciendo por aquí sólo de vez en cuando y no diciendo lo que te pasa de verdad ni una vez! ¡Y si quieres la verdad, la verdad es que la destrozaste! ¡Por ti se sentía venenosa!

Me quedé quieto. Estaba cansado y el dolor de cabeza había vuelto con fuerza. Ahora también sentía las pulsaciones en la nariz. De repente la puerta se abrió a mi espalda y pegué un bote de sorpresa.

—¿Lola?

—Bruno —dijo ella sorprendida. Cerró con suavidad y dejó el bolso en el suelo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Los miré a los dos de forma intermitente.

—Veo que te alegras mucho de verme —contestó con su imborrable acento venezolano, antes de darme un abrazo—. ¿Cuánto hacía? ¿Desde la boda de Alfonso?

—Eso creo.

—¿Qué te ha pasado en la nariz?

Y entonces lo entendí. Supe por qué Carolo y Tino habían roto su amistad. Lola.

—Es por Emi, ¿no? Ya me ha dicho Tino que Carolo y tú estáis intentando averiguar lo que pasó. ¿No estaba el caso cerrado?

—Es para un reportaje. —Miré a Tino de nuevo, que relajó sus brazos.

—Vaya mierda —dijo ella—. Sobre todo sabiendo lo de César.

—¿Qué es lo de César?

—Que la pegaba —dijo, mirando a Tino. Este agachó la cabeza—. Se lo has contado, ¿no?

—Tal vez lo suavizara un poco —aclaró él—. Les conté lo de la vez de las marcas en los brazos.

—¿Que la pegaba? ¿Después de todo lo que se supone que sabías de ella?

—Yo no quería…

—Tú nunca quieres nada, pero al final, mira.

—Tuvo que sufrir mucho —intervino Lola, como por inercia.

—Y me sorprende que ninguno de los que estabais aquí hicierais nada al respecto. Me alegra verte tan bien, Lola.

Escuché a Tino gritar mi nombre antes de cerrar la puerta, pero ya no me interesaba nada de lo que pudiera decir.

Capítulo treinta y siete

***1 año y ocho meses antes** del funeral*

Estaba tan nervioso que, así vestido, alguno podría haber pensado que era mi boda. Cuando me alcanzó el enorme cuerpo de Alfonso me abrazó arrugándome el chaqué. Su frente, sudorosa, no empañaba en absoluto la felicidad del resto de su cara.

—¡Qué guapo estás, Bruno! —dijo, para después saludar a los que por allí pasaban.

—Enhorabuena, Alfonso. Todavía estás a tiempo.

—De eso nada. Ya estoy hasta el cuello de mierda —contestó él, llevándose la mano al gaznate—. Te sentarás con los demás testigos en los bancos de delante. Puedes ir a buscar a Tino, ya está dentro de la iglesia.

—Alfonso, una pregunta. —Le agarré del brazo con suavidad y miré hacia otro lado—. ¿Emi va a venir?

—¿Por qué lo preguntas? Sí, claro que sí. Me confirmó. ¿Te ha dicho que no va a venir? —preguntó, preocupado.

—No, no. Nada de eso. Nos vemos ahora.

Entré en la iglesia, que aún estaba a medio llenar, y avancé lento hasta los asientos frente al altar. Miré a mi alrededor en cada paso, esperando cruzar mi mirada con ella.

Abracé a Tino y nos sentamos. Después llegó Carolo. Y, más tarde, entró Alfonso. La novia. El cura. Y la busqué, cada vez que nos levantamos, sin ningún éxito. Nos montamos en un autobús que nos llevó a una finca adornada con cientos de flores y con un puesto de comida en cada rincón. El cielo estaba despejado y el césped, recién cortado. De no ser por la situación en la que me encontraba, lo habría disfrutado como un niño. Como Tino.

Empezó el cóctel que habían preparado con tanta ilusión, pensando en sus invitados y en cómo hacerles disfrutar con cada bocado. Pero yo no podía. O eso pensaba. Hasta que no la viera, la oliera, la tocara, mi estómago no sería capaz de procesar ningún tipo de comida. Para las dos primeras cervezas, casi de un trago, no puse ninguna pega.

—Bruno. —Casi se me sale el corazón por la boca—. ¡No os había visto!

Lola me abrazó, incrustándome su pamela en un ojo.

—¡Ay, perdona! A mí ya se me ha subido el vino a la cabeza y es la primera ¡Tino! ¿Cómo estás? —preguntó, dándole otro abrazo—. Hola, Carolo.

—¿Qué tal? —preguntó él, tenso—. Estás impresionante.

—Vosotros también. Voy a rellenar —dijo ella, señalando la copa.

Saludé a Ángela, con quien crucé un par de preguntas cordiales.

—Qué tonto fuiste, tío —dijo Tino, que le dio a nuestro amigo una palmada en la espalda. Carolo le puso cara de asco y se dio la vuelta, en dirección al baño—. Qué fuerte, ¿no? Alfonso el primero en casarse.

—La vida —contesté, al tiempo que cogía otro vaso de cerveza a uno de los camareros que se paseaban. Y se me cayó al ver su espalda. La podría haber reconocido entre un millón.

Su vestido verde la dejaba al aire, casi a la altura de la rabadilla. Vi su perfil cuando se rio y hasta me pareció poder oler su pelo, recogido en una larga trenza. Sujetaba una copa de vino blanco y era el centro de atención de un corrillo. Me di la vuelta al tiempo que me agachaba

hacia mi desastre, jadeando e intentando evitar que me viera.

—No se preocupe. Nosotros lo recogemos. Ahora le traen otra cerveza.

La observé en la distancia. Notaba el corazón chocando contra el paladar y cada vez que me planteaba acercarme a saludarla mis piernas se paralizaban. Pero, al igual que en los últimos cinco años, lo dejé pasar. No así a los que nos rodeaban con bandejas llenas de copas.

—Echa el freno —dijo Tino—. Las bodas son una carrera de fondo.

Cuando nos fuimos a sentar para comer yo ya iba un poco tocado. El peor momento para cruzarme con ella.

—¡Bruno! —dijo Emi, que me dio dos besos. Me sentí a kilómetros de ella—. Te vi antes. Estabas hablando con los chicos y no quise molestarte.

Casi me desmayo, pero mi cuerpo luchó contra eso, el inocente de él, pensando que recibiría un beso largo. Que nuestras pieles se volverían a tocar. Que esa espalda al aire, que tantas veces había acariciado, se dejaría besar en una postura horizontal.

—Este es César. Mi novio.

Un hombre de espalda y nariz grande me estrechó la mano. Me fijé en que tenía más pelo que yo y apreté la mandíbula antes de sonreír como bien pude. En mi frente, una vena estaba cerca de estallar.

—Encantado. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis? ¿Habéis estado en la iglesia? —pregunté sin parar. Ella sonrió. Sus pecas parecían un espectáculo de fuegos artificiales y mi corazón, un jarrón de porcelana cayéndose por la ventana.

—¡Pues todo muy bien! Oye, ¿nos vemos luego? Creo que nos tenemos que sentar.

—Claro, luego os veo. ¡Encantado, eh!

—Venga, Bruno —dijo Tino, que casi me atropella, obligándome a avanzar—. ¿Qué haces ahí quieto?

Alguien dijo unas palabras, se corearon canciones y, antes de que me diera cuenta, estaba en la barra pidiendo una copa. Los novios bailaron un vals, seguidos de algunas parejas. Como la de Emi y César. Suficiente para mí.

Alfonso agarró el micrófono poco después, emocionado y dando botes sobre el escenario, donde un grupo de música comenzaba a colgarse los instrumentos. Dio las gracias a todos los que estábamos allí por acompañarle en un día tan especial y preguntó cómo nos lo estábamos pasando. Todos respondimos que «bien». Tino que «de puta madre». Me pregunté cuántos decían la verdad porque allí, rodeado de mi gente, me sentía más solo que nunca.

Vi a mi espalda que César se pedía una copa.

—¿Estáis listos para el concierto? —preguntó el novio—. Antes de eso, y sólo porque se lo he pedido un millón de veces, una de mis mejores amigas va a cantarnos. Con todos vosotros, ¡Emilia Lamoreaux!

Fue como si todo el mundo desapareciera en una oscuridad inexplicable y sólo una luz alumbrara a Emi, mientras apretaba las clavijas de la guitarra. Se sentó en la banqueta frente al micrófono y empezó a tocar unos acordes lentos. Entonó la canción con ritmo pausado y comprobé que su voz seguía siendo algo de otro planeta. Era la canción que yo mismo había grabado en un disco, tantísimos años antes, y dejado en la puerta de Nanette. La había escuchado. ¿Eso significaba que pensaba en mí?

—*You are the one, for me, for me, for me formidable…*

Todo el mundo, sin excepción y en silencio, observaba aquella maravilla de la naturaleza. Los componentes del grupo de música que Carolo y su mujer habían contratado, uno a uno,

comenzaron a introducir sus instrumentos en la canción. Primero el bajo. La batería. La guitarra acústica.

—Joder, no sabía que cantaba tan bien. —Escuché que decía César.

Alguien consideró apropiado, además, subir el volumen para que me costara un poco más respirar mientras, observándola, pensaba que hacía tiempo que no era una niña. Se había convertido en algo así como una chica yeyé; una musa de la melancolía a la que parecía no importarle el qué dirán.

—¡Chicos! —exclamó Alfonso, que no cabía en sí de felicidad, una hora después—. ¿Qué tal os lo estáis pasando? ¿Está todo bien?

—Todo bien, una boda fantástica —dije, elevando mi vaso.

Tino le pasó un brazo por encima, cantando uno de los temas horteras del momento. El otro me rodeó a mí. Los dos chillaban frente a Carolo, que parecía todavía más incómodo que yo. Al terminar la escena volví a apoyar mi codo en la barra y Carolo suspiró.

—La cagué con Lola. Mírala. ¿Un tío como yo con una chica como ella?

—Inténtalo —dije.

—Inténtalo tú con Emi, no te jode —dijo, sin ápice de broma. Hacía años que no le veía reír.

—Sigues enamorado de ella, ¿eh?

No contestó.

Me senté en una silla a observar cómo la gente disfrutaba. Tratando de imaginar que estábamos en una de esas fiestas de fin de verano en las que apoyaba mi trasero en un tronco esperando que Emi se acercara. Pero nunca era Emi la que se terminaba acercando.

—¿Qué haces aquí sentado? —preguntó Ángela, colocándose a mi lado—. ¿Qué tal te trata la vida?

—Todo bien, gracias. ¿Y a ti? ¿El trabajo bien?

—Bien, como siempre. —Nos quedamos en silencio unos segundos. La música seguía sonando de fondo—. Es mono el novio de Emi. Te volvió a dejar colgado, ¿no?

—¿De verdad te has acercado para decirme eso?

Alfonso agarró el micrófono en ese instante, para unirse a la canción que sonaba junto a su mujer, salvándome sin saberlo de una conversación nada trascendental. Aproveché el momento para volver a visitar la barra, ofendiendo por enésima vez a Ángela. Y cuando la esperanza era un reducto que combatía la nostalgia, Emi me abordó. La vi, frente a mí, apoyada en la barra, sonriendo. Me fijé en su cuello, donde ya no había ninguna Torre Eiffel.

Es increíble lo contradictorio que resulta encontrarte con una persona tan cambiada, después de tantos años, que sigue siendo igual a como era. Tan real y contradictorio como no querer encontrarte con una persona a la que te mueres por ver.

—No hemos hablado nada esta noche. ¿Cómo estás, Bruno? —preguntó ella, tras pedir una bebida.

—Todo bien. Parece majo, César.

—Es buena persona —dijo ella, girándose—. Quiere que nos casemos.

Ese fue el primer puñetazo emocional, directo al bazo.

—Enhorabuena.

Hice unos movimientos que no soy capaz de definir con la cabeza, antes de dar otro trago.

—Todavía no le he dicho que sí, así que de enhorabuena nada. ¿Y tú?

—¿Y yo qué…?

—Y tú qué. Que si estás bien. Que si sales con alguien. Que si…

—No, no —interrumpí. Ladeé la cabeza para mirarla, otra vez—. Estás distinta, pero igual que siempre.

—No sé si eso es un cumplido. —Rio.

—Sabes que sí. Me ha gustado la canción.

—Era tu canción.

Ella encogió un hombro y pasó otro minuto en silencio antes de que me lanzara el segundo gancho, esta vez directo al pecho.

—Yo me habría casado contigo. Lo sabes, ¿no? —Antes de que pudiera arrancarme el corazón y servirlo en una bandeja, Emi continuó—. Pero ya es tarde.

Ella no fue consciente de que en ese momento las lágrimas luchaban por escapar de entre mis pestañas. Supongo que era el orgullo que tantos años había acumulado, derritiéndose ante la evidencia. Dije lo primero que me salió, sin filtro y con algunas cervezas de más.

—Todo lo que nos dijimos hace tiempo para mí sigue siendo igual. Siempre te querré.

Ella sonrió antes de ponerse un mechón, que había escapado de la trenza, tras la oreja.

—Volví aquí por ti. Va a sonar mal, pero estaba convencida de que volverías a por mí. Y tú te marchaste. Me dijiste que hacía tiempo que no me esperabas y que así era la vida. Y es verdad, así es la vida, ¿no? Por mucho que intentemos sentirnos como cuando teníamos diecisiete años, tal vez sea mejor.

—Bueno. Seremos amigos si quieres. Siempre nos quedará París, ¿no? —pregunté, antes de recibir la estocada definitiva.

—Siempre te querré, pero eso no significa que estuviéramos destinados a acabar juntos. Ojalá nos hubiera quedado París.

Me agarró de la mano durante unos segundos y, cuando se retiró, vi el pequeño colgante que yo le había conseguido en otra vida descansando en mi palma y vi cómo César la rodeaba con el brazo, en dirección a la salida. Como os adelanté, ver a Emi tendría dos posibles consecuencias: traer al Bruno que yo tanto echaba de menos de vuelta o romper lo que quedaba de él en mil pedazos.

Emilia Lamoreaux, el ser humano más prometedor de la tierra, consiguió las dos cosas en una conversación de solo cinco minutos.

Capítulo treinta y ocho

***7 días después** del funeral*

Estaba jodido. Jodido de verdad. Que Tino me mintiera era lo último que me podría haber esperado. Tampoco me esperaba la llamada de Alfonso, según entraba la noche, para vernos y dar un paseo corto. Él mismo se acercó a casa de mi hermana. Hasta ese momento sólo pensaba en ir a casa de César junto a Carolo para que le arrestaran y tal vez intentar pegarle una paliza en la que casi con toda seguridad yo acabaría recibiendo más golpes, para desahogarme.

Comenzamos a caminar por la urbanización de chalets con los grillos desafinando de fondo. Apenas pasaban coches y el viento era más frío de lo habitual, aunque tampoco soplaba con fuerza. Alfonso fue directo al grano.

—Me ha llamado Tino. Me ha contado lo que ha pasado y está muy mal.

—No quiero ni hablar de ello —contesté, con las manos en los bolsillos—. Si quería verte era, entre otras cosas, para dejar de pensar en Tino y en Carolo y en Emi y en toda esta locura que está durando más de lo que mi mente puede soportar.

—No hay negros y blancos. Casi todos nos movemos en grises. ¿No?

—Supongo —contesté.

Verle caminando a mi lado, con un anillo en el dedo y una hija esperándole en casa me hizo preguntarme qué era lo que estaba haciendo yo con mi vida. Tal vez investigar lo que había pasado e intentar averiguar la verdad fuera tan útil y posible como tratar de agarrar el humo que sale de un cigarro para volver a meterlo dentro.

—¿Tú hablabas con ella?

—No, perdimos bastante la relación. Desde mi boda apenas hablamos.

—¿Y tú sabías que Lola sale con Tino?

Alfonso bufó.

—Viven juntos desde hace tiempo. ¿Por qué te crees que Carolo le tiene cruzado? Es verdad que Tino lo hizo mal. Todo surgió en mi boda, de hecho. Pero lo de Carolo… eso no tiene perdón. Fue una *guarrada* lo de meter a Tino en el calabozo en un ataque de rabia.

—Al parecer Tino no siempre dice la verdad.

—¡Pero no te ha mentido! Yo también la quería ¿sabes? No del mismo modo, claro, pero era imposible no quererla. Omitió una verdad para que no te pensaras cosas raras. A lo mejor nosotros habríamos hecho lo mismo, ¿no? Ya no somos niños.

Me quedé en silencio un segundo. El tono tímido y desconfiado de Alfonso se había transformado en algo difícil de describir. Tal vez era simple superioridad moral frente a mí. Estoy convencido de que, por aquel entonces, pensaba que yo me había convertido en un fracasado.

—Ahora tú me dirás también que pare de investigar.

—Yo no soy nadie para decir nada. Haz lo que creas y lo que te sirva para llevar mejor el dolor.

—Siento rabia —reconocí—. Una rabia interna que no puedo gestionar. No sé si ha sido investigar con Carolo o volver aquí, pero siento rabia por no haber venido antes. Por no haber impedido lo de Emi. Por no haber sabido lo que su padre la hizo cuando era pequeña.

—No hay nada que puedas cambiar. Igual que Tino… y deberías perdonarlo. Es tu mejor amigo y sabes que es buena persona. Porque lo sabes, ¿no?

Seguimos caminando en silencio, bajo la luz de las farolas. Alfonso miró un par de veces el reloj y deduje que no tardaría en marcharse.

—¿Tú qué crees que pasó?

—¿Yo? —preguntó, negando con la cabeza. Paró su marcha y apoyó su mano en mi hombro —. Si me preguntas a mí te diré lo que no quieres oír. ¿Acaso habéis conseguido pruebas contra alguien? ¿Acaso hay algo que indique que fue un asesinato? ¿Acaso Emilia estaba bien? Ojalá hubiera alguien a quien echar la culpa, pero, a veces, no es así.

—Hay sospechosos, Alfonso. Empezando por su jefe, César, una chica desaparecida y Nanette.

—¿Qué? Qué tontería —dijo, moviendo la mano como si su rechoncha muñeca fuera de silicona.

—Vale, Nanette sabe algo, pero estoy convencido de que no es culpable. César, su marido, resulta que la pegaba y que tenía una amante. Por no hablar de su jefe, con el que hemos ido a hablar hoy y que parecía esforzarse por no parecer culpable, lo que le hace parecer aún más culpable. Por lo visto Emi le abofeteó una vez, o eso dice una chica rusa que trabajaba en el banco con ella. Puede que tuvieran alguna cuenta pendiente. Y, para colmo, la chica rusa, que además se ligó al hijo del jefe, estuvo en el puerto el día de la explosión por la noche, pero ahora no la encontramos por ningún lado.

—¿Una chica rusa? ¿Con tatuajes en los brazos?

Frené en seco.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé dónde viven. —Levantó ambas palmas al cielo—. Alquilaron un piso a través de mi inmobiliaria hará cosa de cinco meses. No están muy lejos de aquí, de hecho.

—¿Alquilaron? ¿En plural?

—Ella y su novio.

—Espera un momento. El chico.

Recordé la única vez que la había visto, en el bar frente a la comisaría. Y recordé al joven, poniendo el mismo gesto que el que nos habíamos encontrado por la mañana en la cara de Eloy Bellacasa.

—¿Su novio es el hijo de Eloy Bellacasa? No podría ser, porque está en Oxford. Perdona —dije, estirando la piel de mi cuello con la palma de la mano—, ¿con quién dices que vive?

—Claro que es el hijo de Eloy Bellacasa.

—Alfonso, necesito que me des la dirección.

—No puedo, me metería en un lío. ¡Escúchate! No me fío de ti.

—Por favor, Alfonso —dije, con la voz oxidada. La súplica iba implícita en la mirada. Él cogió aire.

—Me puedes meter en un lío muy gordo, Bruno. Estoy casado y tengo una hija. Eres consciente, ¿no? —Afirmé con la cabeza—. Si te digo dónde están, no nos hemos visto hoy. Invéntate lo que sea. Que les has perseguido. O que les has pinchado el teléfono. Pero yo-no-sé-nada.

—Te lo prometo —dije al agarrar el papel donde Alfonso apuntó la calle y el número. Le costó soltarlo—. ¿Estás seguro de que es el hijo de Eloy Bellacasa?

—¿De verdad todo esto importa?

—Sólo quiero asegurarme de que, como dices, nadie tiene la culpa de lo que le ocurrió a Emi.

Luego dejaré toda esta historia atrás.

Alfonso volvió a coger aire.

—Que no salga mi nombre. No querría que Eloy Bellacasa tuviera problemas conmigo. —Le miré, extrañado por esa afirmación—. Hacemos negocios con su banco y no quiero que nada de esto me salpique.

Lo acompañé hasta su coche, cerca de casa de Inés, y se despidió con un escueto «llama a Tino». No sé qué hora era, pero en cuanto Alfonso se marchó arranqué el coche, dispuesto a encontrar respuestas.

Capítulo treinta y nueve

***5 meses antes** del funeral*

Desde que tres semanas antes Eloy Bellacasa hubiera invitado a su barco a Paulo Botello, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y las inversiones y el banco habían pasado a un segundo plano. En otras ocasiones se habría dicho a sí mismo que debía ser más astuto, que Botello, ese gordo con aires de Steve Jobs, no había firmado ningún contrato que pudiera garantizar ingresos después de un préstamo tan descomunal como para hacer que perdiera su trabajo y echar a perder lo que le quedaba de carrera.

—Esperamos que no te equivoques —había dicho su jefe.

—¿Cuándo me he equivocado con una cantidad así? Lo que toca este hombre lo convierte en oro, lo podéis ver en Internet.

Colgó. Esos niñatos no iban a decirle lo que estaba bien o lo que estaba mal. Se atusó el bigote con pulgar e índice y salió por la puerta, por delante de Ileanna y Emilia, sin ni siquiera despedirse. Eloy pensó en cómo deshacerse de la francesa a la que había contratado con la esperanza de que se dejara querer por alguien poderoso. De eso ya hacía cinco meses, pero durante el último y medio le había tenido contra las cuerdas. Y a Eloy Bellacasa no le gustaba estar contra nada.

—Emilia —le había dicho él entonces, aprovechando que estaba sola, intentando poner su mejor cara (lo que no significa en absoluto que se tratara de una buena cara)—. Estás haciendo un gran trabajo. Me gustaría recompensártelo. ¿Qué tal si vamos a cenar, tú y yo solos?

Ella le miró. Se había cruzado con demasiados hombres como él a lo largo de sus años en Francia como para no reconocer la intencionalidad de la pregunta. Había tenido a su padre. Podía identificar esa mirada entre mil.

—¿Se refiere, usted y yo? —preguntó ella, coqueta—. ¿Y luego me enseñará su casa?

—Si es lo que quieres, sí.

—¿Me está proponiendo una noche íntima, señor Bellacasa?

Emi sonrió y mordió la punta de su dedo índice para luego darle un pequeño chupetón. Después, volvió a sonreír. Él tuvo que calmar los ardores que le subieron hasta las mejillas. No quiso aclarase la garganta para dar la apariencia de estar habituado a esas situaciones, pero sus gestos esquivos y su tono de voz decían lo contrario.

—A ti te daré lo que quieras, siempre.

—¿Eso es que no? ¿No estás hablando de sexo?

—Emilia —dijo él, juguetón—, si quieres nos saltamos la cena y te follo como me pidas.

No se habría arrepentido de sus palabras si Emi no hubiera dado un vuelco a la conversación.

—La verdad es que preferiría que me escucharas, gilipollas —contestó ella, que se levantó despacio—. Si quieres nos saltamos lo de follar y me subes este sueldo de mierda que tengo. A lo mejor así no le cuento a todo el mundo que te dedicas a acosar a tus empleadas.

A Eloy le cambiaron el ánimo, el gesto y la voz.

—¿Quién te has creído? ¿Tú sabes quién soy? ¿Acosar, yo?

—Un viejo frustrado con ínfulas de grandeza al que denunciaré como vuelva a ver una actitud parecida o igual. Revisa mi contrato y a ver qué te parece. Y si no, puedes tener por

seguro que un íntimo amigo mío de la policía no tendrá problema en revisar el contenido de las cámaras —dijo, señalando al objetivo circular.

—No sabes con quién… Esas cámaras no tienen sonido.

Ella elevó el móvil y le mostró la pantalla, en la que aparecía un contador del tiempo que llevaba grabando la conversación.

—Revisa el contrato —dijo ella, con calma, agarrando la mano de él y subiéndola despacio —. Y no vuelvas a hacer esto, Eloy, porque te denunciaré y lo perderás todo.

Emilia se abofeteó a sí misma con la mano del jefe. Eloy habría preferido ver la furia de Emilia, para ser él el que la denunciara por agresión basándose en las grabaciones de seguridad, pero la chica había sido más lista que todo eso y había jugado sus cartas a la perfección. Había intentado, de todas las formas legales posibles, que ella decidiera marcharse de aquel trabajo después de eso, pero no hubo manera y se vio obligado a subirle un porcentaje aceptable de sueldo por su silencio.

Si iba a la policía y decía la fecha y la hora, él no tendría más remedio que dar las grabaciones de seguridad o, peor: explicar por qué justo esas, en ese periodo de tiempo, habían desaparecido. Incluso después había intentado calmar los ánimos de la relación invitándola al barco junto al propio Paulo, pero su actitud no había cambiado en absoluto.

Tras saludar al guarda de la garita de la entrada traspasó unas puertas de metal enormes y recorrió el camino rodeado de árboles bien cuidados y un césped tan perfecto que no parecía ni real. Aparcó y se dirigió a la cafetería, donde había quedado con Paulo Botello antes de su partido de golf.

Su hija, Caterina, que solía jugar con ellos, le saludó desde detrás. Su cliente iba vestido de forma ridícula, como todos los nuevos ricos que frecuentaban ese club social para sentirse parte de algo que, en realidad, no significaba nada. Paulo agarró el brazo de su socio con suavidad para llevarlo a un rincón fuera del alcance otros oídos. Eloy se dejó llevar y Paulo sacó del bolsillo de su polo amarillo un puro.

—Aquí no se puede fumar —dijo Eloy.

Paulo meneó la mano al tiempo que achinaba los ojos y encendía aquel caro habano.

—Tengo que confesarte, amigo, que las negociaciones son más lentas de lo que me gustaría. No sabía que en este país había tanta burocracia.

—Entiendo.

—Tenía que pedirte un favor. Voy a necesitar algo más de dinero.

—¿Más dinero? —preguntó Eloy, clavando su mirada en él.

—Amigo, ¿qué te pasa? ¿Ya no confías en mí?

—Si te digo la verdad, Paulo —dijo Eloy, que parecía estar pensando en otra cosa—, he tenido que pelear mucho dentro del banco para que puedas tener ese dinero. Y sólo te veo derrochar, pero no invertir. He estudiado el mercado y cada día que pasa tu plan de negocio parece menos factible en tiempo y forma. Si sigues con este ritmo de gasto voy a tener que cortarte el grifo. Y de ningún modo puedo conseguirte otro crédito.

Paulo miró hacia atrás para asegurarse de que nadie le escuchaba. Dio otra calada al puro, despreocupado, y después levantó la mano.

—El mundo de la tecnología es así. Si no me hubiera divorciado tendría tal fortuna que no tendría que acudir a ti. Eso lo entiendes, ¿no?

—Te digo que si sigues así te voy a tener que cortar el crédito y tú me pides…

—Y si tú no quieres —interrumpió Paulo—, otro querrá. Han pasado tres semanas. ¿Qué pensabais? ¿Que cagaba el dinero? Tal vez fue una mala idea. El Silicon Valley español, ¿ah?

Tal vez tenga que ir a Barcelona. Con la competencia. Sí, puede que tengas razón. Estoy cerca de algo gordo, pero te entiendo; cogeré a mi hija, venderé nuestra nueva casa y nos iremos con la competencia a otra ciudad. O mejor ¡a otro país! Tal vez sea lo mejor. Ya sabes que no querría perjudicarte. Ha sido poco tiempo juntos, pero te aprecio.

Paulo se cambió el puro de mano y le ofreció la que lo sujetaba para dar por finalizada su corta asociación. Detrás del portugués, Eloy pudo ver a su hija Caterina, distraída con el teléfono frente a la barra, dando de vez en cuando sorbos a una Coca-Cola.

—Está bien. Tienes tiempo. Era nuestro acuerdo —dijo Eloy, que pareció agobiarse.

—No puedo hacer nada si no me das más dinero. Si no hay crédito me tendré que ir de aquí.

—¡Está bien! —gritó, en bajito—. Está bien. Veré cómo lo puedo hacer.

—*Maravilhoso!* —dijo Paulo, casi sin emoción. Después miró su reloj de oro—. ¿Empezamos en quince minutos?

—Sí, claro. Nos vemos allí ahora.

Eloy suspiró sin saber cómo iba a conseguir hilar esa rocambolesca operación. Esperó un par de minutos para que Paulo desapareciera de la cafetería. Caterina tampoco estaba allí ya y sólo quedaba un hombre, algo más joven pero casi tan gordo como el portugués. No era la primera vez que le veía por allí.

Pensó durante unos instantes, dándole vueltas a lo que diría en el banco. Tal vez su instinto eléctrico, aquel que le hizo apoyar a Paulo en su primer encuentro, fuera el correcto. Tal vez fuera la inversión de su vida. Pero, ¿y si no? ¿Qué era lo peor que le podía pasar? ¿Que le despidieran? Tenía suficiente dinero para el resto de sus días, por lo que tener un sueldo anual de seis cifras ya no era importante. De manera repentina, ya no le interesaba una reputación social que le permitiera codearse con la flor y la nata del sector. Resultó que encontrar una mujer guapa y delgada que le quisiera a pesar de su cara fea era todo lo que necesitaba para volver a sentirse vivo y ahora lo tenía.

Entró en el baño de señoras, donde tendría un fugaz encuentro con ella. Siempre lo hacían así, antes de esos partidos mientras los demás esperaban en el primer hoyo. Comprobó nervioso su alrededor, asegurándose de que allí tampoco hubiera nadie más. Se arrodilló y pegó su cara al suelo para ver las deportivas al fondo. Se miró de forma rápida en el espejo, frente al que se estiró el bigote con dos dedos y se pasó la mano por el poco pelo que le quedaba.

Después, con paso firme, avanzó hasta el hueco del retrete donde le esperaba su amada.

—Eloy —dijo ella, joven y risueña, antes de agarrarle la entrepierna.

—Caterina. Tenemos poco tiempo.

La hija de Paulo Botello saltó sobre él, haciendo que su espalda chocara contra la pared del pasillo. El hombre algo más joven y un poco menos gordo que su cliente entró en el baño. Observó su alrededor, entendiendo que se había confundido y que aquel no era un espacio reservado para hombres. Y vio a la chica portuguesa de dieciséis años entrelazada con Eloy Bellacasa, de cincuenta y tres.

Bellacasa se acercó corriendo y abrochándose el pantalón, antes de que cerrara la puerta.

—¡Oye! ¡Oye!

—Perdón, perdón —contestó el hombre, que se quedó petrificado, mano en pomo y con los ojos cerrados.

—Abre los ojos, chico. Venga, abre. —Al hacerlo, se encontró con unos dientes descolocados y amarillentos—. No sé qué crees que has visto, pero no es lo que parecía. ¿Entiendes?

—Sí, no. Bueno. No se preocupe, señor Bellacasa. Yo ya me iba —insistió, intentando cerrar la puerta. Eloy lo impidió con la mano y comenzó a hablar algo más bajo.

—¿Sabes quién soy? ¿Dónde trabajo?

El hombre gordo afirmó con la cabeza y Eloy lo tomó como una oportunidad. Siguió hablando:

—Te he visto por aquí varias veces, pero creo que nunca hemos hablado. ¿Qué te parece si me visitas mañana a primera hora en el banco? Veo que estás casado y estoy seguro de que tienes hipoteca o has pensado en comprar una casa.

—Usted mismo la rechazó.

—¿Que la rechacé? Seguro que podemos hacer algo. Olvida esa ofensa, por favor. Para mí todos los socios del club son de mi confianza. Creo que podré darte unas condiciones muy ventajosas. Sólo aptas para directivos —dijo bajando el tono, con el dorso de la mano en la boca.

—¿En serio?

—Claro. Tú no cuentes nada de lo que has visto y ven mañana. Hablaremos. ¿Te parece bien? —El otro afirmó con la cabeza. Nunca confundirse de baño había salido tan bien. Se le relajaron los hombros y Eloy volvió a preguntar—. Mañana a las nueve y media es buena hora. ¿Estás de acuerdo? ¿Cómo te llamas?

—Sí, claro. Me llamo Alfonso Robles. Muchas gracias, señor Bellacasa. Mañana a las nueve y media estaré allí.

Eloy cerró la puerta a su espalda, cogiendo una gran bocanada de aire. Después observó a Caterina, tan niña, tan suya, tan preciosa. Ella sacó el morrito inferior, elevó una de sus perfectas cejas y saltó sobre él, de nuevo.

No sabía cómo conseguiría la rocambolesca operación para que su padre no se la llevara, pero encontraría la forma de hacerlo, fuese como fuese.

Capítulo cuarenta

***7 días después** del funeral*

Aparqué algo alejado de la dirección que me había facilitado Alfonso.

La comprobé más de tres veces. Supongo que, a estas alturas, vosotros también os estaréis preguntando por qué el hijo de Eloy Bellacasa había mentido a su padre diciendo que estaba en Oxford. Y también por qué se escondía tan bien Ileanna, que parecía no querer ser encontrada. Metí el freno de mano y supuse que en realidad se trataba de un calentón juvenil.

Desde la calle, conté ventanas para intentar adivinar cuál era el cuarto piso en el que dos casi adolescentes se disfrutaban en una falsa sensación de seguridad. Supuse que era la esquina, por las luces encendidas. Aproveché que la puerta del portal estaba abierta para entrar y subir las escaleras. Intenté usar ese tiempo para pensar qué era lo que iba a decir. Pero se quedó en eso, un ridículo intento.

Hola, soy el loco del bar, ¿me recuerdas? Por si no te di suficiente miedo entonces, vengo a hacer un reportaje. ¿Me dejáis pasar, aunque sea de noche y no sepáis quién soy ni lleve ninguna identificación que lo certifique? ¿Es verdad que te escondes de tu padre y contestarás a mis preguntas para que todo el mundo sepa que no estás en Oxford?

Cuando por fin llegué a la puerta del piso, pegué la oreja y escuché que la televisión estaba encendida. En cuanto llamé al timbre, el volumen se apagó.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Silencio. Nervios. Inconsistencia emocional. Aporreé la puerta.

—Necesito hablar contigo, sé que estás ahí.

Más silencio. Más nervios.

—Abre, Jaime. Por favor. Te juro que si lo haces y me contestas a unas pocas preguntas nadie sabrá que estás aquí.

Un par de milímetros de apertura bastaron para ver al otro lado un ojo gris.

—¿Quién eres?

—Soy periodista. Estoy haciendo una investigación.

—Es el loco —dijo una voz femenina a su espalda.

—Sé que estás con Ileanna. Déjame entrar y no diré a tu padre todo lo que sé.

Pocas veces un triple ha encestado tan bien como aquel, pero eran niños. Lo que equivalía a que el aro de la canasta podía ser como cien veces la pelota. Tal vez mil.

—¿Qué es lo que quiere?

—Es el loco de la cafetería —insistió la chica de tatuajes coloridos—. ¡Fuera de nuestra casa!

—Avisaré a su padre.

—¡Me da igual! —exclamó ella de nuevo.

—Y lo mismo la policía tiene que venir a veros, para que aclaréis lo que pasó el tres de septiembre. —Ahí me giré y empecé a hablar con Ileanna—. En la cafetería me dijiste que estabas en casa, y era mentira. Quiero saber por qué me mentisteis. Necesito saber la verdad y la policía no tendrá que venir.

—No dije eso. ¡Fuera de mi casa!

—¡Tranquilízate, joder! —gritó Jaime, que se puso las manos en la cabeza.

Estaban nerviosos y eso no me gustaba.

—Imagínate que asumen que no habéis declarado como testigos porque tuvisteis algo que ver. Si no, ¿por qué os ibais a ocultar? Y luego la cárcel. Y tu padre —dije volviendo la mirada hacia él—. ¿Tanto os cuesta contestar a mis preguntas sabiendo que después os dejaré en paz?

—¡No te diremos nada sobre nosotros!

En ese punto cogí aire. Mucho aire.

—Es por lo de esa chica —dijo él—. La francesa, ¿no?

Yo afirmé con la cabeza.

—Quiero saber qué es lo que visteis y por qué estabais en el puerto del pueblo la noche en la que Emilia Lamoreaux desapareció.

Ella dio un paso hacia delante.

—Sólo estábamos paseando. Todo fue pura casualidad.

—Y yo ni siquiera la conocía.

—Trabajaba para tu padre. No me toques los…

—La había visto, pero nunca había hablado con ella. Era compañera de Ileanna, pero de verdad que yo no la conocía. Y sí, estábamos allí. Pero mi padre se cree que estoy en Oxford y si hubiéramos declarado como testigos sabría que no estoy allí y dejaría de pasarme el dinero. La realidad es que queríamos coger el barco, pero la francesa se nos adelantó. Yo no podía exponerme de esa manera o mi padre sabría que había sido yo. No es por el dinero, ¿vale? No me mires así. Tengo planes para cambiar el mundo. No para ser un contable de mierda.

—Vidal Aponte, la persona…

—Sé quién es.

—Pues la reconoció a ella por los tatuajes. Y también dice que Emilia discutió con alguien al subir al barco.

—Era un hombre —dijo Ileanna al momento—. Era un hombre con una capucha puesta. Discutieron, pero desde donde estábamos no se oía lo que estaban diciendo.

—Tú trabajabas con ella —dije, mirándola a los ojos—. ¿Tenían un lío o algo parecido? ¿Eloy y Emilia?

Ella casi se atraganta al intentar reírse de forma irónica. Nunca había escuchado un no tan rotundo.

—Ella le odiaba. Por cómo era y por lo que me hizo.

El chico se acercó a ella para rodearla con un brazo. Yo arqueé una ceja.

—¿Lo que te hizo?

Ileanna cogió aire antes de comenzar a hablar.

Capítulo cuarenta y uno

***8 meses antes** del funeral*

Qué queréis que os diga, pero no me sorprendió el testimonio de Ileanna. Lo que sí que me sorprendió fue la actitud de su joven novio, que tantas cosas había heredado de Eloy. Sus gestos, la mirada altiva, el tono negociador en cada frase que decía… pero jamás habría imaginado a Eloy amando o protegiendo a una persona como Jaime hacía con esa joven.

Ileanna me contó que todo había empezado poco después de ser contratada. Ella estaba ilusionada, esperando mejorar su currículum con ese trabajo y, quién sabe, quizá poder compatibilizar las horas en el banco con su sueño de ser pintora.

La primera vez que vio a Emilia pensó que era una mujer muy atractiva, a pesar de la cara de cansancio que tenía. Tragó saliva pensando que, si alguien como ella estaba así de curtida por ese trabajo, a ella parecería que le había pasado un rodillo por encima.

—¡Hola! ¿Ileanna?

—Hola —respondió la chica con timidez.

—Ven, te voy a contar cómo funciona todo esto y qué es lo que tienes que hacer. —Emi miró de nuevo a aquella chica de ojos esquivos y sonrió—. No te preocupes, yo sólo llevo un mes trabajando aquí y no es difícil. Además, es imposible hacerlo peor que el chico al que sustituyes.

Ileanna tragó saliva y Emi volvió a dirigirse a ella.

—Eres guapa y tienes pinta de ser muy lista, todo te va a ir genial.

Pasado un rato y después de haber explicado a la chica nueva cada uno de los procesos y las tareas, la forma en la que atender al cliente y todo lo relacionado con el trabajo de caja del banco, Emilia sacó su teléfono móvil.

Ileanna la miró de reojo y tuvo la sensación de que alrededor de la cara de su compañera había surgido un aura especial. Un brillo incandescente que de repente parecía imposible de apagar. Emilia miró el reloj de la pared y, después, hacia la puerta del despacho del director del banco.

—Ileanna —dijo, agarrándola de las manos—, te voy a pedir un favor que no vas a entender, pero necesito ir a ver a alguien ahora mismo. Si no fuera una emergencia no te lo pediría.

—Vale… y…

—Necesito que me cubras. Si Eloy se entera no creo que le haga mucha gracia que la chica que lleva trabajando un mes se haya largado sin darle ni una explicación. Cuando me haya marchado, ¿puedes decirle que estaba muy enferma y he tenido que irme?

—Pero… es mi primer día... No sé…

—Detrás de ti hay una cámara. No te gires. Lo que voy a hacer ahora te va a parecer raro, pero tienes que confiar en mí.

Emi se agachó posicionando su cabeza bajo el escritorio, fuera del alcance del objetivo de la cámara. Después sonrió de lado, con un gesto entre pillo y morboso. Por último, y para adornar su jugada, se metió dos dedos en la boca hasta provocarse un vómito en apenas segundos. Ileanna se echó hacia atrás asustada, cubriéndose el pecho con las manos. Emilia escupió y levantó la cabeza.

—Gracias —dijo, poniéndose la mano en la frente y gesticulando sobremanera. Después,

salió por la puerta sin decir nada más, a toda velocidad.

Ileanna no supo cómo reaccionar. Era su primer día y estaba segura de no contar con el conocimiento necesario para atender a ningún cliente en caso de que fuera necesario ni tampoco sabía cómo reaccionaría el director. Tal vez la despidieran. Se levantó, carraspeó y se armó de valor para ir hasta la puerta de Eloy Bellacasa. Cogió aire y la tocó dos veces con suavidad.

—Adelante.

—Señor Bellacasa… —dijo, tímida. Él pasaba las hojas de un documento con los pies subidos en la mesa, como si se tratara de un puf a los pies del sofá.

—¡La chica nueva! Perdona que no haya salido ni a darte una bienvenida como te mereces, pero, como puedes imaginar, estoy muy liado. Está la francesa contigo, ¿no? ¿Te está ayudando?

—Sí —dijo, señalando hacia atrás—, pero se encontraba muy mal y ha tenido que marcharse.

—¿Otra vez? —preguntó, enfurecido y separando sus manos.

—Ha vomitado, creo que se encontraba mal.

Eloy Bellacasa la miró de arriba abajo y plantó los pies en el suelo. Rebasó la puerta y la pidió que le acompañara. Abrió un cuartito, escondido, donde escondía una fregona, un cubo, artilugios de limpieza y algunos cuadros amontonados bajo una especie de lavabo.

—La imagen es fundamental: si entra un cliente no puede ver ese vómito. Espero que no te importe limpiarlo.

—No hay problema, señor —contestó ella, que dio un paso al frente para agarrar la fregona.

En ese preciso instante notó cómo el brazo de él rozaba su pecho de forma intencionada y, cuando miró hacia arriba, Eloy sonrió y se echó hacia atrás. Fue el primero de muchos gestos a los que no dio importancia.

—Buenos días —dijo Emi al día siguiente, con un gesto sombrío y ojeras hasta el suelo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó su compañera.

—He estado mejor. ¿Qué tal fue lo de ayer?

La puerta del director se abrió de forma repentina

—¡Emilia!

La mujer se puso bizca y meneó la cabeza. Sus bucles rubios se balancearon al compás, consiguiendo hacer reír a Ileanna mientras ponía rumbo al despacho de Eloy Bellacasa.

En unos pocos días las dos chicas cogieron algo de confianza. Hasta el punto en el que Ileanna confesó que sólo esperaba estar en la sucursal de paso: su sueño real era ganarse la vida con la pintura. A la semana de estar trabajando allí se sentía ágil con el ordenador, con los cobros, con las transferencias y con sus compañeros.

—Yo quiero dedicarme a la música. Algún día, tal vez —respondió Emi.

—¡Me encantaría escucharte cantar! —exclamó Ileanna.

Y su compañera se puso a llorar.

—¿He dicho algo? Emilia, yo lo siento. No quería… ¿estás bien?

Emilia salió corriendo al baño, del que no salió hasta treinta minutos después como si nada hubiera pasado. A Ileanna no le gustaba no entender las cosas y eso había sido demasiado desconcertante. Ese mismo día, y sólo un rato después, vio salir del despacho del jefe a un chico que clavó sus ojos en ella. Su cara era angulosa, de mentón firme; su sonrisa, un arma de atracción masiva y autosuficiente. Ileanna notó como una pequeña descarga en el estómago cuando el joven se acercó a la caja.

—Querría cobrar este cheque, por favor.

—Claro —respondió Ileanna bajo la mirada de Emi, que sonreía. Él se pasó la mano por el

cabello y sonrió de lado

—Me llamo Jaime.

—Yo soy Ileanna —contestó, sin dejar de teclear.

—Es el nombre más bonito que he escuchado nunca —dijo él, que se había criado con una canguro rusa, para luego decir cuatro cosas en su idioma.

No llevaba ni una semana trabajando allí y ya se había enamorado. Su primer amor de verdad. Tuvieron una historia apasionante.

Él, que su padre creía en Oxford, vagabundeaba por la comarca pensando cómo podía invertir todo el dinero que recibía para su manutención en algo que fuera suyo y le hiciera valerse por sí mismo, cambiando el mundo. Ella, cuando su jefe la mordía con los ojos, obviaba el hecho de que fuera el padre de su novio misterioso y cobraba la nómina a final de mes.

Y así pasaron un primer mes más que feliz, incluso llegando a alquilar un pequeño ático donde él se ocultaría y donde ella pintaba cada noche. Les daba igual que para el resto del mundo fueran demasiado rápido, porque el resto del mundo no debía saber de su relación.

El día que Emilia se casó, cinco meses antes de la explosión, Ileanna tuvo que encargarse de todo y aprovechó para ordenar su escritorio y poner al día el poco trabajo acumulado que tenía. Aún no había aparecido Paulo Botello en sus vidas y hacía tres semanas que Emilia había chantajeado al propio Eloy, que se colocó frente a Ileanna antes de acabar la jornada. Casi hace que se le salga el corazón por la boca.

—Ileanna, hoy vamos a cerrar antes. Vamos a dejar el cajero funcionando y nos tomaremos un descanso. Has trabajado muy duro estas últimas semanas. ¿Qué te parece?

—Genial —dijo ella.

—Me preguntaba si querías dar una vuelta conmigo. Conocer el barco de la empresa.

Ella, que imaginó al hijo de aquel hombre esperándola en casa, tuvo miedo de que fuera una encerrona. ¿Y si Eloy sabía todo lo que pasaba con Jaime? ¿Y si era una pregunta trampa para tirar del hilo? Sea como fuere, accedió. ¿Qué podía pasar? Envió un mensaje de texto a su novio diciéndole que se retrasaría.

Ileanna no recordaba muy bien lo que había ocurrido después. Un montón de imágenes difusas, como fotos borrosas sin movimiento. No recordaba bien cómo habían llegado al barco, en pleno día, ni si primero le metió la mano debajo de la blusa o la lengua en la boca. Ella se resistió y él enfureció. Lo más suave que soltó por su asquerosa boca fue que si calentaba la comida se la tenía que comer. Le echó en cara que no paraba de insinuarse y que de ningún otro modo él habría si no hecho aquello.

Ella, avergonzada, salió de aquella cabina interior y Eloy, orgulloso, aclaró que a pesar del malentendido ella podía ir a trabajar con total tranquilidad, si aquel secreto quedaba entre ellos. Ileanna andaba por el puerto con el rímel corrido, moviendo todo lo rápido que podía sus cortas piernas, cuando en su mente aterrizó la extraña reflexión de que la tranquilidad se resumía en dormir sin miedo. ¿Podría dormir sin miedo? Rompió a llorar, haciendo de tripas *con razón* y sin saber que, poco tiempo después y en ese mismo lugar, ella sería la última persona en ver a Emilia con vida.

Capítulo cuarenta y dos

***7 días después** del funeral*

—Cuando Ileanna me contó todo esto, algún tiempo después —dijo Jaime, interrumpiendo el relato—. Sentí rabia, asco y odio. Y decidí destruir el barco de mi padre. No era algo racional y ni siquiera cubriría mi sed de venganza, pero sé que navegando se siente poderoso y que esa puta mierda de barco era para él más importante que su propio hijo. Al menos le quitaría eso.

A pesar de creer a pies juntillas aquella declaración, había algo que no me encajaba. Me quedé en silencio antes de hacer la pregunta más obvia.

—Jaime, ¿me estás diciendo que tú hiciste explotar el barco cuando Emilia estaba en él?

—No.

Otro silencio.

—Pero iba a ser esa noche. Por eso estábamos allí —aclaró Ileanna.

—No lo íbamos a hacer explotar. ¿Cómo lo íbamos a hacer explotar? Pensaba estrellarlo con unas rocas o algo.

—¿Y no pensaste que si tú tenías las llaves a lo mejor habría sabido que eras tú? ¿Que Vidal os podría ver?

—También las tenía Emilia —dijo ella—. Pero insisto en que es imposible que hubiera algo entre ellos. Un día ocurrió algo y ella le abofeteó.

—¿Tú viste esa bofetada?

—Sí, se lo dije a la policía antes de esconderme aquí. Tenía miedo de que Eloy descubriera a Jaime. Y le vi a él tragarse su orgullo, rabioso, y largarse de allí. Desde entonces nos trató mucho mejor.

—¿Después de lo que pasó seguiste trabajando allí? Y tú —dije, incrédulo—, ¿cómo cojones no denunciaste?

Jaime se sentó en el monstruoso sofá del ático e Ileanna apoyó su cuerpo en la encimera de la cocina americana. Por los ventanales se podía ver el peñón; el mar a oscuras, en una inmensa quietud. En las pocas paredes sin ventanas había cuadros de infinidad de colores que recordaban a los tatuajes del brazo de ella.

—Entiendo que vivir en este piso no es barato, pero ¿no es mejor buscar algo que os podáis permitir sin tener que depender de un hombre así? ¿Cómo es posible que no le denunciarais?

—No nos juzgues —intentó decir Jaime Bellacasa antes de que su novia le interrumpiera.

—Dejé el trabajo ¿vale? Emilia me dijo que lo dejara y así lo hice en cuanto pasó lo suyo.

—Emilia sabía lo de Ileanna, ella se lo contó. Y mi padre sabía que lo sabía. Por eso le dejó el barco. No me extrañaría que mi padre hubiera sacrificado su barco para evitar una denuncia o algo parecido.

—¿Emilia sabía lo que te pasó con Eloy y no hizo nada? —El chico se encogió de hombros —. Todavía no me habéis dicho qué fue lo que visteis aquella noche a parte del hombre misterioso de la capucha.

—Ya te hemos dicho que discutieron. Estábamos lejos, escondidos.

—A lo mejor es verdad que se suicidó —dijo el chico.

Pensé, en aquel momento, en la imagen de un hombre gritando a Emilia.

—Mira, no sabemos quién era ese hombre. Ni si mi padre tuvo algo que ver. Pero por mucho que le odie es lo único que nos permite subsistir ahora y prefiero aprovecharme de él que hacer que el orgullo nos haga acabar viviendo en la calle.

—O trabajando —musité.

—¡No hemos hecho nada malo! —insistió Jaime, que se levantó—. Llegará el momento en el que podamos vengarnos. Yo nos protejo.

—A mí ella me gustaba —intervino Ileanna—, pero creo que no estaba muy bien. Creo que no le gustaba su vida.

No hacía falta que lo jurase. Era lo que todos repetían como un mantra. Eché un último vistazo al ático y me di la vuelta, en dirección a la puerta. Cuando ya tenía la mano en el pomo, Jaime quiso asegurarse.

—No dirás nada a mi padre, ¿verdad?

—No soy nadie para cambiar vuestras prioridades.

Y cerré la puerta, intentando poner la mente en blanco. *Tous les garçons et les filles*[8], de Françoise Hardy, retumbó en mi oído interno. Pero era Emi quien la cantaba. Pensé que esos niñatos, que no se querían la mitad de lo que Emilia y yo, habían sido capaces de dejar a un lado su orgullo con tal de estar juntos. Toqué mi bolsillo interior para asegurarme de que mis tesoros seguían ahí. No me permití llorar. No me lo permitiría hasta que terminara con todo aquello que, aunque parecía que había empezado hacía una semana, había comenzado muchísimo antes.

Al entrar en el coche posé mi cráneo en el reposacabezas y resoplé.

—Solo tres días, Bruno —dije en voz alta, como había hecho al despertar.

Esperando que cada uno de ellos durara menos.

Sabiendo que cada uno de ellos duraría más.

Capítulo cuarenta y tres

***9 meses antes** del funeral*

Bueno, como os comentaba al principio, tres meses antes de la fatídica noche yo ya andaba en esa espiral destructiva que me recordaba cada minuto lo tonto, inútil, orgulloso y unos cuatrocientos setenta y tres adjetivos autoinfligidos más que había sido.

Yo, que había tenido la suerte de encontrar al amor de mi vida tan temprano, lo había perdido igual de rápido que llegó. Llevaba más de un lustro reflexionando sobre ello, pero la boda de Alfonso había sido la estocada definitiva.

En la revista las cosas iban de mal en peor y el redactor estrella (yo) había cambiado sus largas jornadas y un compromiso desmesurado por salidas de tono, ausencias en reuniones y una muy baja productividad. Por no decir nula. Me dedicaba a pasear, solo, por el Barrio de las Letras de la ciudad y mi cabeza jugaba con la posibilidad de visitar pensamientos oscuros, para luego tirarme en mi pisazo a ver la televisión sin prestar demasiada atención. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que la herida curara?

Uno de esos días en los que había dicho en la redacción que me quedaría trabajando en un nuevo artículo desde casa, mi móvil comenzó a sonar con un ímpetu que, supe, no acabaría hasta que contestara. En la pantalla, el nombre de la única persona a la que me había planteado pedir ayuda: mi hermana Inés.

Antes de descolgar, visualicé los primeros tres gritos que ella iba a dar en apenas un susurro. Me habría jugado un brazo a que ya había sido informada de mi rendimiento en el trabajo que ella me había conseguido. Pero era mi vida, no la suya. Descolgué en posición defensiva.

—Inés.

—Bruno, ¿cómo estás? ¿Te pillo bien? —preguntó, para mi sorpresa, con voz dulce.

—No es el mejor momento. Pero bien, todo bien —mentí—. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo van las cosas por casa?

—En casa bien.… —dijo, dubitativa. Inés, dubitativa. Primera señal de alerta—. Creo que es mejor que te llame en otra ocasión, cuando tengas tiempo y estés tranquilo.

—No, mujer. Eres mi hermana. Para ti siempre hay tiempo.

Mi voz era firme, pero en realidad sólo esperaba el golpe. Ella se quedó en silencio. Inés, en silencio. Segunda señal de alerta. Nuclear.

—Mira, ni siquiera sé por qué te estoy llamando. Creo que no ha sido una buena idea. ¿Cuándo vendrás a ver a tu hermana?

No era por el trabajo. De haber sido así su tono habría sido muy diferente. Apagué la televisión, me incorporé e insistí en conocer el motivo real de la llamada. Sin saber por qué, mis defensas desaparecieron, me empezó a temblar la pierna izquierda y mi cuerpo decidió que ya no era necesario respirar demasiado.

—¡Inés, dímelo! ¿Qué pasa?

—Es sobre Emi. —Se me paró el corazón—. No sabía que se iba a casar. La vi saliendo de la tienda de trajes de novia. La de al lado de la floristería, ¿sabes cuál te digo? Llevaba un portatrajes y me sorprendió porque no tenía ni idea y sólo quería asegurarme de que tú estabas bien. No sabía si lo sabías o…

—Sí, claro, me lo dijo en la boda de Alfonso. ¡Qué tontería! Ha pasado ya mucho tiempo, Inés, como para que algo así me afecte.

—Me tranquiliza escuchar eso. —Carraspeó—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Bien, bien —contesté, ya fuera de la conversación—. Tengo otra llamada. Te llamo pronto. Un beso.

Y colgué. Me eché hacia atrás para, en una especie de rebote automático, incorporarme. Me eché las manos a la cabeza. Después me mojé la cara con agua fría y observé mis profundas ojeras en el espejo.

—Joder, ¿y qué esperabas? —pregunté en alto.

Miré el teléfono, con dudas. Lo desbloqueé y busqué el nombre de Emilia en la agenda. Llamé. Colgué un segundo después. Me desnudé para meterme en la ducha, entretanto golpeaba la pared con la palma de mi mano derecha.

Me vestí sin secarme del todo y volví a llamar. Y volví a colgar antes de que diera tono. No lo pensé demasiado: cogí las llaves del coche y puse rumbo al desastre. Por el camino pensé que era buena idea poner la música francesa del CD recopilatorio que había preparado para, de vez en cuando, fustigarme. Me arrepentí cuando ya había escuchado unos cuatro segundos de música, así que apagué la radio. Estuve a punto de atropellar a unos chicos en un paso de cebra, antes de salir a coger la carretera nacional.

¿Y si no quería verme? Estaba convencido de que no querría verme. Necesitaba que quisiera verme.

Dos horas después paré en el arcén de la carretera, antes de entrar en la localidad. Cogí aire y el teléfono móvil y escribí un mensaje.

«Emi, estoy por aquí. Necesito hablar contigo. Por favor, ven al restaurante frente al puerto. Nos sigue quedando París».

Lo releí unas trescientas cuarenta y tres veces y lo borré.

«Emi, estoy por aquí. Si te apetece comer estaré en el restaurante frente al puerto. Ya sabes, almuerzo a mitad de precio con las mejores olivas de la costa. Sería bueno verte un rato :). Un beso».

Antes de darme cuenta lo había enviado. Al borde de la carretera (y de un colapso nervioso), atisbé algunos hierbajos y pequeñas margaritas. Cogí unas cuantas y puse rumbo a recibir una cornada del destino. Y sin quererlo ni beberlo allí estaba, donde todo había empezado. Acercándome al restaurante oteé el puerto y me imaginé a Emi liberando las velas y a mí mismo con un gorro de capitán de barco y una camisa blanca. Juntos, rumbo a cualquier parte.

Durante la espera los nervios casi se apoderan de mi ser, pero Emi me liberó de mi ensoñación con un abrazo fortuito.

—Emi —balbuceé.

Me besó la mejilla y me arrastró hacia dentro del restaurante. Todo muy rápido. Todo muy Emilia Lamoreaux.

—Para comer, dos —dijo ella, que aún no me había dirigido la palabra.

Nos ofrecieron una mesa junto a la cristalera y nos sentamos, uno frente al otro. Emilia sonreía, y el corazón de su ojo parecía palpitar. Brillaba como nunca.

—No sabía si vendrías o no. ¿Qué tal estás? Estás muy guapa.

Ella se encogió de hombros, sin dejar de enseñarme su perfecta dentadura. Llevaba un vestido blanco con un estampado de flores. Su pelo, rubio y ondulado, se mecía suave, igual que su cabeza.

—¿No me vas a decir nada?

Se volvió a encoger de hombros y cogió un par de altramuces del platito que acababan de servir en el centro de la mesa. Mi estómago seguía cerrado y con la cerveza apenas pude mojarme los labios. Era una sensación muy extraña volver a tenerla enfrente. Los dos solos. Me había imaginado ese momento tantas veces que no supe qué decir.

—He venido a ver a mi hermana —mentí—. Pero en realidad quería verte a ti.

Dio la vuelta a la carta y empezó a examinarla sin dejar de mirarme de reojo.

—¿Por qué sonríes tanto y no me dices nada? —pregunté, con una risa nerviosa.

—Me alegra muchísimo verte. Tú también estás muy guapo.

Una alegría tan tangible como indescriptible me invadió y sentí que flotaba. Que había retrocedido trece años en el tiempo y ella no se había ido a París sin mí.

—A mí también me alegra mucho verte.

—He visto que escribes reportajes muy interesantes. Te estoy siguiendo, jovencito, y no hay ni rastro de mi novela. ¿Qué hay de mi novela?

—Llegará. Te lo prometí, ¿no?

Comimos casi en silencio. Me parecía como si la melancolía se desvaneciera frente a nosotros para dar paso a lo que pudimos y jamás nos atrevimos a ser. Y sí. Sólo me lo parecía. Como ya habréis descubierto a estas alturas, siempre he sido bastante dado a equivocarme.

Me quedaba sin tiempo. Caminamos hacia mi coche y pensé que habíamos tenido uno de los momentos más cómplices de nuestra vida, pero no era más que una burbuja dentro de nuestras realidades. Intenté explotarla.

—En la boda de Alfonso me dijiste que tu novio te había pedido matrimonio, pero no veo que lleves anillo.

—Sí. No lo llevo, pero al final le dije que sí —respondió levantando las cejas y arrugando la naricilla, como si hablara de algo desagradable.

—Enhorabuena, entonces. ¿No? ¿Estás contenta?

—Creo que me quiere.

—¿Dónde está ahora?

—Está de viaje, en una conferencia en Madrid. A lo mejor os habéis cruzado.

—A lo mejor. —Tomé aire antes de espolear la conversación—. Ya sé que te pregunté esto hace nueve años, pero… ¿te arrepientes de haberte ido a París?

—¿Te arrepientes tú de no haber venido? —No me dio tiempo a contestar—. Ya te lo dije: que no me arrepienta no significa que no te eche de menos, Bruno. Te sigo echando de menos, pero así es la vida. Ya no somos esos chicos, ¿no?

—¿Me acompañas al refugio?

—¿Al refugio? —preguntó ella, sorprendida, empujándome con un leve gesto—. Destrozasteis el refugio. ¿No te acuerdas?

—Vamos, ¿qué tienes que hacer ahora?

—Para ser sincera, me he escapado del trabajo y hay una chica nueva cubriéndome. Se creen que estoy enferma. Así que no debería estar caminando tan tranquila: ya sabes que la gente tiene la lengua muy larga.

—¿Ves como sí seguimos siendo esos chicos? ¿Un poco?

Emilia sonrió y yo abrí la puerta del copiloto, en un gesto caballeroso. En su asiento esperaban las margaritas aplastadas que yo mismo había recogido.

—Se me olvidó cogerlas con las prisas —aclaré. Ella se sentó y se las colocó tras la oreja.

Cuando subí, activé la radio y empezó a reproducirse el recopilatorio de música francesa. Ella

subió el volumen.

—¿Estás intentando seducirme?

—Siempre.

Los dos reímos. Y ella empezó a cantar. Sentí ganas de parar el coche, besarla y vivir una vida intensa con ella. Pero no podía hacerlo. Todavía no.

Llegamos a lo que un día fue el refugio y paré el motor, lo que hizo que la música también se cortara. Bajé del coche y vi, con pesar, que sólo algunos trozos de madera habían sobrevivido al paso del tiempo. También algunos cables sobre el palé podrido que, algún día, hizo de escenario. Y al fondo, al otro lado de la alta espiga dorada y los cardos, *nuestro-rincón-secreto*.

—Vine aquí hace no mucho tiempo —dijo ella—. A la cueva, para ser sinceros.

—¿Con César?

—No, no. Nada de eso. A pensar. Pero luego pensé que no era buena idea ahondar en el pasado. No creo que me venga bien.

—No te cases —dije, acercándome a ella. Emilia negó con la cabeza.

—¿Qué dices?

—No te cases, Emi. —Estaba desesperado.

—Bruno, para.

—No te cases.

—César me ha ayudado. He tenido problemas, e incluso perdí las ganas de vivir. No sé… estoy cansada de siempre buscar algo distinto. ¿Entiendes? De huir de mí misma. Tú y yo… no es buena idea.

—Es la única buena idea.

Me besó después de eso. Primero despacio. Notaba como si el corazón se me fuera a salir por la boca. Me fijé en la mota de su ojo e intenté descifrarla. Una pasión desbordada hizo que nos abalanzáramos el uno sobre el otro, manoseándonos. Abrí, torpe y de espaldas, la puerta trasera del coche. Ella me empujó dentro, poniéndose encima de mí antes de levantarse el vestido. No podía dejar de mirarla. De admirarla. Ella gimió cuando empezamos a hacer el amor. Echó la cabeza hacia atrás y el cuerpo hacia delante, en un movimiento sensual.

Nos cubrimos con la ropa, tumbados como podíamos en el pequeño espacio que ofrecía la parte trasera de mi coche. Creo que ella no sabía qué decir y yo no quería decir nada que la pudiera hacer huir. Hasta que el silencio se desvaneció y la burbuja explotó.

—César me quiere muchísimo. —Se puso a llorar de forma desconsolada sobre mi pecho—. No quiero ser una desagradecida ni una guarra, ¿entiendes?

—No eres nada de eso, Emi.

—Joder, claro que sí, Bruno —contestó, sentándose y empezando a ponerse el vestido.

—Emilia, yo te quiero. Tú me quieres. No estás haciendo nada malo.

—¿Por qué me quieres, Bruno? —Me quedé con cara de haba—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que te gusta de mí? Soy inestable, caprichosa y a veces incomprensible. ¿Por qué me quieres?

—Porque lo sé. —Ella se recogió el pelo en una coleta—. Yo… Emi, te he querido siempre. No seas así de injusta.

—Pero, ¿qué estamos haciendo? Siento todo esto. Ha sido un error —dijo—. ¿Sabes por qué le he dicho que sí? Porque él me da estabilidad y me pone límites. Es lo que necesito. No sé a qué estás jugando y no sé por qué he hecho esto. Lo siento, ha sido un error —repitió, saliendo del coche.

Me descolocó. No entendía qué acababa de pasar porque creía conocerla y ella no era así.

Salí del vehículo y empecé a vestirme mientras ella se alejaba, otra vez, entre los árboles. Quise gritar, pero no me salió la voz. Quise ir a abrazarla, pero no me quedaban fuerzas. Cuando eché una última mirada, la vi parar y dar la vuelta. Y mi corazón volvió a bombear sangre a toda velocidad.

—¿Te importaría llevarme de vuelta al restaurante? —preguntó.

—Claro.

Conduje en silencio hasta el puerto y ella no apartó la mirada de la ventana. Llegamos e intenté hablar, pero no me dejó.

—No digas nada. De verdad.

—Te quiero, Emilia.

—Pero no sabes decirme por qué. En el refugio, cuando me fui, no viniste detrás de mí. Como en París. Como tantas otras veces. ¿Por qué nunca has venido detrás de mí si tanto me quieres? —Intenté responder, pero volvió a interrumpirme—. ¿Por qué no eres capaz de decirme por qué me quieres?

—Estoy aquí ¿Por qué no eres capaz de verlo?

Con la penúltima mirada me di cuenta de que la mota de su ojo ya no parecía palpitar. Cerró la puerta sin despedirse y yo me quedé ahí, observándola girar sobre sí misma a diez metros del coche, antes de encogerse de hombros sin dejar de llorar. Y echó a correr.

Se me había vuelto a escapar.

Capítulo cuarenta y cuatro

***8 días después** del funeral*

Aunque me acosté tarde tras la visita al ático de la chica rusa y el joven Bellacasa, dormí de un tirón. Me presenté a primera hora y sin previo aviso en casa de los padres de Carolo, pensando cuánto contar a mi amigo.

¿Que el coche que visitó a Nanette esa noche era el de Tino y no el de Evita? Peliagudo de decir.

¿Que tras pegarme con él (otra vez) confesó la endeble coartada de avisar a la tía de Emi de un posible suicidio? Poco concreto.

¿Que resulta que Alfonso era la persona que había alquilado un piso a Ileanna? ¿Y que para colmo vivía con Jaime Bellacasa? Tal vez fuera demasiada información.

¿Que el dueño del banco intentó abusar de Ileanna y vete a saber si también de Emi?

¿Y que, casualidades de la vida, su propio hijo tenía planeado destrozar el barco donde mi primer y único amor había perdido la vida?

Me acaricié la nariz, que ya apenas me dolía, antes de llamar al timbre. Si quería terminar con eso tendría que darle toda la información.

Aquella casa en la que tanto tiempo había pasado siendo niño apenas había cambiado, pero me parecía más pequeña. Como todo. Incluso sabía cómo sonaría el timbre y las palabras que se gritarían en el salón en cuanto lo tocara.

—¡Timbre! —gritó una voz masculina y poderosa.

—¿Bruno? —preguntó la adorable madre de Carolo—. ¡Bruno! ¿Qué te ha pasado en la nariz?

Casi me saca el alma con su abrazo. Cumplían con el arquetipo machista de roles que aparecía en las películas estadounidenses de los años setenta. Ella, en casa, siempre con bata y rulos. Cuando salía por la puerta, su perfume se podía oler a dos kilómetros de distancia. Él, tirado en el sofá, esperando su comida, cuando no trabajando en la comisaría.

No podía imaginarme lo que supondría para mí vivir con mi madre a esas alturas. Aunque, como podéis suponer y aunque pensara que ya era hora de que Carolo saliera de ahí, una envidia absurda me invadió desde el dedo gordo del pie hasta la coronilla.

Su padre, el gran y mítico Marcos Valera, era de espaldas anchas y colesterol alto. Exigente y con sentido del honor, con unas manos como melones esculpidos en mármol.

—Bruno Madrid —dijo, machacándome los metacarpianos sin apenas esfuerzo—. Ya te habrá contado Carlos, ¿verdad? Claro que te ha contado Carlos.

—Espero que ya se encuentre mejor. Le vi en la tele cuando pasó lo de Emilia.

—Una desgracia, una desgracia. —Se dejó caer sobre el sofá y me pareció que retumbaban los cimientos—. Creí que Carlos averiguaría qué había pasado. Pero el cuerpo no apareció y tal vez sea mejor así. Fue novieta tuya, ¿no? —preguntó, lanzándome una mirada de las suyas. Era capaz de desmontar un mueble de Ikea con una de esas—. ¿Qué tal te va? ¿Estás trabajando?

—Me echaron, en realidad —dije, dando gracias por la aparición estelar de Carolo, recién

duchado.

—Bruno, ¿qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

Marcos Valera bufó.

—Vaya dos. ¿Qué os traéis entre manos? Carlos, espabila o llegarás tarde a la comisaría. —Puso el brazo por encima del respaldo—. Uno sin trabajo y el otro el hazmerreír del cuerpo. Mira que lo intenté. Y el otro amigo vuestro, ese Tino, traficante de marihuana, ¿no?

—No traficaba con marihuana —dije.

—Papá, basta.

—El único que se salvó, el hijo de Luisito Robles. Alfonso. Con su casa, su matrimonio, su trabajo estable. A ver si aprendéis un poco de él, porque antes de que os deis cuenta habrá pasado vuestra vida y no podréis ni comeros un mísero donut sin que un médico os meta un dedo por el culo primero.

Me despedí contrariado y cuando salimos por la puerta Carolo se disculpó.

—Está muy tenso desde que le han jubilado. La Policía era todo lo que tenía y ahora mi madre le lleva firme como una vela. Además, se le acaba el tiempo para recomendar quién le sustituya y yo no le estoy dando demasiados motivos, para ser sincero.

—Eso no tiene importancia en comparación con todo lo que dio de sí el día de ayer.

—¿A qué te refieres? ¿Tienes grabaciones?

—Ayer fue demasiado intenso como para grabar nada. Sube al coche, te lo contaré todo.

Como de costumbre, nada pareció sorprenderle. Tampoco daba la impresión de haber sacado nada en claro.

—Te advertí sobre Tino…

—Déjalo, por favor.

—¿Te creíste la versión de Ileanna?

—Sí —contesté.

—Yo hice mi parte. Hablé con Ángela.

—Ángela —dije, pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Y?

—Fue César quien le dijo que Emilia tenía algo con Eloy Bellacasa. Al parecer mantienen cierto contacto. Así que —dijo, girándose en el asiento del copiloto—, así están las cosas: Tino dice que César pegaba a Emilia y al mismo tiempo sabemos que él pensaba que su mujer tenía una relación con Eloy Bellacasa y que, además, él mismo tenía una amante. Sabemos que *presuntamente* Eloy Bellacasa abusó de Ileanna y que su hijo Jaime quería destrozar su barco. Pero, además, Tino avisó a Nanette, con la que Emilia había discutido y con quien no se hablaba, de que su sobrina se quería suicidar.

—Y Eloy Bellacasa sabía que Emilia conocía su secreto con la chica rusa. Y aquella noche, en el puerto, Jaime y esa misma chica vieron a un hombre encapuchado discutir con Emilia. Los chicos afirman que el encapuchado gritó.

—Pero no porque le vieran.

—No —dije—. Pero lo escucharon y luego el barco explotó.

Nos quedamos a la espera de que el silencio trajera consigo una especie de inspiración divina.

—¿No te da la sensación de que estamos yendo en círculos? ¿Sin avanzar? —pregunté—. ¿Que hay tantas personas que podrían haber sido las culpables como probabilidades de que en realidad fuera un suicidio?

—Tenemos que averiguar quién era el encapuchado. Y tenemos que volver a ver a César.

—A ese lo que tendrías que hacer es arrestarlo. No respondo de mí si vamos a hablar con él.

—Esto es una negociación, ¿entiendes? Si querías a Emilia y quieres acabar con esto de una vez, tendrás que controlarte. No creo que el hombre encapuchado fuera él, pero debemos sacarle toda la información posible a cambio de que yo me convenza de que él no tuvo nada que ver.

—No me jodas, Carolo. ¿Y si sí tuvo que ver?

—Entonces ya tendremos a nuestro culpable.

CUARTA PARTE

La depresión

«Quand l’un d’entre eux manquait a bord

c’est qu’il était mort».[9]

Les copains d’abord, Georges Brassens

Capítulo cuarenta y cinco

***8 días después** del funeral*

—Me dijisteis que no volverías y el caso está cerrado. Sin una orden judicial no vais a pasar —dijo César, al otro lado de la puerta.

Carolo me miró e hinchó el tórax para que su voz fuera lo más grave posible:

—Estoy a punto de meterte una denuncia por violencia de género. Abre la puerta y puede que no duermas en una celda.

—¿Violencia de género? ¡Yo no pegué a Emilia! ¡Ya os lo dije!

Unos segundos después, la puerta se abrió.

—¿Y encima viene este gilipollas? —Me señaló y yo pensé en las palabras de Carolo. Si de verdad quería a Emilia, debía adoptar la personalidad del señor Miyagi y no pensar en la violencia, por mucho que pensara en lo de dar cera y pulir cera.

Sólo habían pasado dos días desde nuestra visita, pero la casa parecía otra. Algunos detalles decorativos que entonces no estaban daban otra forma y color al salón. Los marcos vacíos ahora eran ocupados por láminas *pop* a cuatro colores y por la *original* gran ola de Kanagawa en un tamaño desproporcionado.

César se sentó en el sofá y nosotros, frente a él. Encendí la grabadora.

—¿Qué te crees que haces?

—Tranquilo. No es para el reportaje. Esto es para mí. No me voy a andar con rodeos. Sabemos que maltrataste a Emilia —respondió Carolo, al que parecía que las palabras de su padre, unas horas antes, le habían hecho espabilar.

Se estaba quedando sin tiempo y, para él, encontrar una respuesta era casi tan apremiante como para mí.

—¿Quién…? —intentó preguntar. Carolo elevó la mano.

—Varias personas han hecho ya su declaración y podrían testificar contra ti. Emilia recurrió a ellas. No eran sólo unas marcas en los brazos, César. Dinos toda la verdad y podremos ayudarte.

—Nunca la pegué. Me da igual lo que puedan decir los demás. No creo que sea muy profesional que vengas a hablar con este… con tu amigo.

—Está haciendo un reportaje sobre el caso porque la conocía tan bien como tú y porque la policía le ha pedido su ayuda. Es más que suficiente. César, sabemos que la pegaste.

Pasó un ángel.

—Sólo fue una vez —reconoció, al fin—. Después de que ella me hubiera pegado a mí muchas más. Era incontrolable. Ella tenía problemas muy serios. Sabéis que nos conocimos así, ¿no? Buscaba ayuda psicológica y acabó en mi consulta. No me podía imaginar entonces las tendencias suicidas de Emilia.

—Ella no… —empecé a decir. La mano de Carolo se posó en mi regazo, lo que hizo que cerrara el pico.

—Me amenazó con matarme varias veces, pero con suicidarse muchas más. ¿Sabéis lo que es vivir así? No llevábamos más de una semana casados cuando decidió que ya no quería esta vida. Si ella no hubiera… ya estaríamos divorciados. Esa es la verdad. Nuestro matrimonio en realidad duró dos meses, porque después empezamos a vivir por separado.

Miré por la ventana, pensando en cuántas sillas deseó tirar por ahí para después lanzarse ella. No podía entender cómo jamás fui capaz de ver todo ese sufrimiento interno. Y sólo habíamos destapado la punta del iceberg.

—La vez que… —intentó decir, con un nudo en la garganta—… me sobrepasé, ella me había pegado dos bofetones y se había tirado encima de mí. ¿Qué podía hacer? Sólo me defendía.

—¿Por qué se tiró Emilia encima de ti?

—Porque le dije que era una guarra y que no me gustaba que mi mujer fuera provocando por ahí. Ella dijo que no le volviera a decir algo así, pero… bueno. Estaba fuera de sí.

—¿Por qué le dijiste eso, si se puede saber?

—Porque era la más absoluta verdad. Ella siempre ha ido provocando. ¡La seguí! Lo reconozco. Y ella estaba ahí, yendo a ese barco con gente a escondidas. ¿Para qué haría eso si no?

En el silencio que siguió a esa frase, una especie de sonido a metal que venía de la habitación del fondo fue lo único que cupo entre nosotros. Me imaginé que era una tubería en funcionamiento, sobre la que parecía caminar alguien. Y también pensé en mí mismo arrancándola de cuajo y atizándole en la cara con ella.

—Y, para colmo, se esforzaba por sacarme de quicio cada vez que estábamos en el mismo lugar y, cuando no, provocando a otros hombres —añadió.

—¿Como con Eloy? —pregunté yo.

César me intentó atravesar con la mirada.

—¿Como con Eloy, César? —repitió Carolo.

—Sí, como con Eloy. ¿Por qué creéis que pasó lo que pasó en ese puto barquito?¿Por qué iba y venía como si fuera suyo? No me quiero ni imaginar las cosas que hicieron allí ni las que tuvo que hacer para poder utilizar el barco cuando quisiera. Podía ser muy persuasiva. Pero eso tú ya lo sabes, viniste a verla antes de nuestra boda, ¿no? —me preguntó—. Hay gente que te vio subir a un coche con ella. Mírame a los ojos y dime que no os acostasteis.

—Eso no es verdad —dijo Carolo— y no es importante para esta investigación. No cambia lo que ocurrió aquella noche.

César se echó hacia atrás y se recogió las manos entre las rodillas, echándose al momento hacia delante. Su gran nariz parecía querer relinchar como un caballo y la base de sus ojos parecía haber sido labrada durante semanas. Yo no le tenía ningún aprecio y ni siquiera sabía si él había matado a Emilia, pero lo entendía. Todo estaba durando demasiado.

Sin duda, recordaba aquel día en el que había vuelto, desesperado por una última oportunidad con Emilia antes de su boda. Y también cómo Emilia me había asegurado que ese hombre que ahora tenía enfrente era quien la equilibraba. ¿Cómo era posible que hubiera cambiado de opinión tan poco tiempo después? ¿Fue porque la pegó más de lo que éramos capaces de averiguar? ¿Fue porque se encontró con esos demonios internos que jamás supe ver?

—Ya lo expliqué más de diez veces. Y es la segunda vez en tres días que doy explicaciones extra. No hice nada.

—Te vieron llegar tarde ese día —prosiguió Carolo, que estaba imparable—, pero declaraste que habías bebido y que te desviaste en tu camino de vuelta.

—Así es.

—Si he vuelto aquí es porque a lo mejor no volviste por el mismo camino de siempre desde el bar de siempre. Vamos, dime la verdad —apretó Carolo.

—Puede que quisiera encontrarla y que caminara sin ningún rumbo. No lo sé. Os lo dije, iba borracho.

—¿Y por qué no dijiste que la buscaste?

—Porque no lo sé. Ni siquiera sé si esa es la verdad. —Separando mucho las palabras, añadió —: No-hice-nada.

—¿Pegarla te parece poco? —pregunté yo, al límite del señor Miyagi—. ¿Por qué no reconoces de una vez que tú también tenías una amante, como dice todo el mundo? ¿Por qué te empeñas en ocultar la verdad?

—Cállate —me dijo Carolo con un rostro que jamás había visto en él.

—¿Acaso eso importa? —Su prominente nariz cada vez estaba más colorada—. Mirad, Emilia se suicidó, ¿vale? Y si no fuera así, yo no tuve nada que ver. Ya os lo dije. Su tía Nanette…

—Por ahí no… —intenté decir. Carolo volvió a colocar su brazo frente a mí.

—Cambiaron al beneficiario de su póliza y, después, ella cobró el seguro. ¡Y ni siquiera se hablaban! —exclamó al tiempo que se levantaba—. Venga, hombre, ya os lo he dicho. Yo sólo intenté ayudarla. Intenté entender qué era lo que tanto la atormentaba. ¡Y si hay alguien culpable todo apunta hacia su tía! ¡Así que sí! ¡Por ahí sí!

Y en el momento en el que podríamos habernos enzarzado a puñetazos, una lágrima recorrió su mejilla.

—Yo la quería muchísimo, joder. Era ella la que no me quería a mí.

De repente, el sonido a metal volvió a aparecer. Pero esta vez los pasos parecían aproximarse y tornarse corpóreos. Eran Ángela y sus odiosos zapatos. Hasta que César no se dio la vuelta no entendí lo que ocurría.

—La amante —dijo Carolo, mirando a uno y al otro de forma alterna.

—Ángela…

—Ya da igual que lo sepan. Estoy cansada de esconderme. Siento mucho lo de Emilia, chicos, pero César no tuvo nada que ver. Yo estuve con él aquella noche.

Capítulo cuarenta y seis

***8 meses y una semana antes** del funeral*

Lo que ocurrió cinco meses y una semana antes de la fatídica noche fue sólo la guinda de un pastel que llevaba demasiado tiempo en el horno. Todos los implicados creían que sería otro el que lo acabaría sacando. Y el pastel se quemó.

Creedme cuando os digo que esto que viene a continuación es de las cosas más importantes que debéis saber en esta historia. Eva era la hija única de un importante y conservador empresario de la costa mediterránea. Su negocio, los altramuces. Habían heredado desde vete a saber cuándo tierras que ofrecían a terceros para su explotación y, aunque ella nunca soñó con esa vida, acabó aceptando que era lo que el destino le deparaba.

Desde bien joven entendió que su atractivo era su intelecto. Nunca fue la más guapa: con un cuerpo algo desproporcionado y una pose desgarbada, solía meterse consigo misma echando mano de un fantástico humor negro que poca gente parecía entender. Tal vez aquello fuera la consecuencia de haber reprimido durante tanto tiempo sus gustos más básicos por la comida (odiaba la carne), la empresa (le aburrían los altramuces) y los dos novios que había tenido durante toda su vida (no era por ellos en sí, sino por el hecho de ser hombres).

Tanto es así que antes de cumplir los veinticinco ya se había casado y a los veintisiete ya había parido al que sería su único hijo. Ella sabía que era una farsa, pero era una farsa en la que se sentía muy a gusto. Hasta que conoció a Nanette.

Con un crío de cuatro años y un marido más preocupado por contentar a sus padres que a ella misma, la vida se había vuelto gris demasiado pronto para Eva. Claro, entendía, que eso era lo que le pasaba a todas las personas del universo, pero ¿a todas les ocurría siendo tan jóvenes?

Aún hoy en día hay una infinidad de reproches que me gustaría hacerle a Evita, pero si lo pienso con frialdad siempre estaré agradecido a aquel viaje de trabajo que hizo sola; a aquella mirada furtiva en el Café Guerbois, en el número 11 de Grande rue des Batignolles; a aquel valor que jamás supo de dónde había sacado y que le impulsó a saludar a una mujer algo extravagante y más bohemia que todo el Barrio de los Pintores. Si jamás hubiera conocido a Nanette, yo nunca habría conocido a Emilia Lamoreaux.

—Hola —dijo en francés.

—Hola, querida —contestó la mujer menuda tras las gafas y pantalones anchos de tela—. ¿Nos conocemos?

—Aún no.

Conectaron muy rápido. Nanette le contó que tenía una hermana, que nada tenía que ver con ella. La llevó a una taberna, apenas sin luz, donde Evita fumó por primera vez. Escucharon música. Se rieron. Evita bailó sin bailar y Nanette se acercó a ella. En el fondo de su corazón siempre lo había sabido. Tal vez penséis que el hecho de estar tan lejos de su familia le permitía desinhibirse. Que tal vez, y sólo tal vez, cuando no nos sentimos juzgados podemos ser quienes queremos ser. A veces, incluso, quienes somos en realidad.

La verdad es que todo ello pudo influir, pero el punto de inflexión definitivo fue Nanette. La alegre, misteriosa, femenina, amable y dulce Nanette.

—Yo… tengo familia —dijo Evita cuando sus labios estaban apenas a unos centímetros—.

Estoy casada.

Nanette afirmaba con la cabeza, muy despacio, haciendo que sus bocas se rozaran.

—No puedo.

Evita se dio la vuelta y salió de aquel tugurio como un rayo dejando a Nanette desconcertada, aunque esta última estaba convencida de que las dos habían sentido esa unión inexplicable que a veces surge de la nada, como un *Big Bang* en el centro del estómago tras el que sabes que nada será igual. Cogió su abrigo, dos tallas más grande, y salió por la puerta para perseguirla: no podía dejarla escapar.

—Eva —dijo al tropezarse con ella en la puerta, cuando iba a darse la vuelta para su encuentro.

Evita, de forma torpe pero tierna, la besó, en un acto de sinceridad absoluta. Irónico que fuera justo en ese momento en el que comenzó a vivir la gran mentira de su vida. Lo de después, ya os lo podréis imaginar:

Evita tuvo que volver al Levante español, pero estaban enamoradas y se echaban tanto de menos que creían que se morirían si no estaban cerca. La primera convenció a su padre para ceder una pequeña parte de sus terrenos a una empresaria francesa, con un nuevo esquema de negocio en el que compartirían los beneficios de la producción y se quedarían con la parte mayoritaria del negocio.

Nanette, de oficio química, trabajaba en proyectos e investigaciones privadas de corta duración, por lo que apenas tenía para vivir, así que era una oportunidad para quien no tenía demasiado que perder. Y estaba enamorada. Muy enamorada. Tanto como para empezar a tejer una mentira que todos conocían y que duraría el resto de sus vidas.

Evita, que vivía en la localidad colindante, pasaba la mitad de las noches de la semana en casa de Nanette. La relación con su marido era tan nimia que tampoco a este le llegó a importar mucho. Su hijo, por otro lado, la enervaba sobremanera (como casi todos los niños). Esas escapadas con disfraz de negocio le sirvieron siempre para oxigenar su cerebro y no dejar de quererle, aunque sí para que él la dejara de querer a ella, con el tiempo.

Hubo, sobre todos los demás, tres *destellos vitales* que marcaron su relación y, por ende, sus vidas.

El primer destello fue cuando su padre se preocupó por el poco tiempo que pasaba con su familia y el mucho tiempo que perdía con esa comerciante francesa que, a decir verdad, traía más dinero del que nunca hubiera llegado por un terreno como ese.

—Mi padre me ha preguntado por estos viajes. Por tu negocio. Y después por ti. Creo que sospecha algo —dijo Evita un día cualquiera, años después.

—Pues que sospeche, querida —contestó Nanette.

—Me tienes que prometer que mis padres jamás lo sabrán. Y mientras vivan, tampoco mi hijo.

—¿Ni tu marido?

—Sabes que yo no tengo marido. ¡Mi único amor eres tú! —Acarició su cara y se puso a horcajadas encima de ella—. Pero si se enteraran lo perderíamos todo.

—Pues lo perdemos, mi amor. Nada de eso importa.

—A mí sí. Es mi legado —dijo Evita, al borde de la emoción—. Prométemelo.

—Te lo prometo, pero no sé cuánto aguantaré en esta sombra.

Pues, como bien sabéis, resulta que sí aguantó. Evita sintió que debía algo a Nanette durante muchísimos años.

El segundo destello vital ocurrió pocos años después y equilibró la balanza.

—Siento muchísimo lo de tu hermana. Sé cuánto la querías. Me ha sido imposible venir antes.

Nanette lloraba y se frotaba los ojos. Estaban en la comisaría y Emilia aguardaba detrás, en un pequeño espacio habilitado para esperas.

—Es una suerte que estuvieras allí, pudiste pasar con ella algo de tiempo antes de… —Evita se emocionó—. Y pobre niña, se ha quedado huérfana de los dos al mismo tiempo. ¿Qué pasará con ella? Podemos pagar un buen sitio para que la cuiden y la eduquen.

—¿Estás loca? —preguntó Nanette, con los ojos hinchados—. Es la hija de mi hermana. No va a ir a ningún sitio. Se viene conmigo.

—¿A España? ¿Vas a llevar a la niña a España?

—Su padre era español, conoce el idioma a la perfección y soy la única familia que le queda, así que sí. ¿Algo que objetar?

Evita observó a la niña, al otro lado del cristal. El pequeño barco de sus padres, en el que habían salido a una escapada romántica, había explotado de forma inexplicable. Recuperaron los cuerpos con rapidez, pero no pudieron hacer nada para traerlos de vuelta a la vida. La pequeña, tranquila, tenía cierto aire místico que le recordaba a Nanette, pero de otra manera. El pelo, rubio y ondulado. Cuando Emilia se acercó, pudo distinguir una pequeña mota en uno de sus ojos.

—Siento mucho lo que ha pasado, pequeña —dijo Evita. La niña miró al suelo, con pesar, sin soltar la mano de su tía—. ¿Qué te parece si ahora vamos a dar una vuelta y hacemos algo que te guste? ¿Qué te gusta hacer, Emilia?

—Cantar —contestó, sin levantar la mirada.

Evita siguió su relación con Nanette, pero todo cambió. Ella ya no fue nunca su prioridad, cuando ella misma había sacrificado su familia y dado todo lo que tenía. Esperaba que fuera algo temporal. Pero la niña, traumatizada, empezó a tener comportamientos erráticos y agresivos con ella. Ahora Evita iba de casa en casa, escapando en una de la otra y en la otra de la una. Intentó luchar por su amor, de veras que sí. Claro, entendía, que eso era lo que les pasaba a todas las personas del universo, pero ¿a todas les ocurría incluso cuando habían encontrado al amor de su vida?

Tras años de intensas peleas y tensión, de azotes bipolares por parte de la joven, de viajes sin retorno que sólo preocuparon a Nanette, llegó el día en el que tía y sobrina se dijeron cosas que jamás pensaron. Fue el día en el que se dejaron de hablar.

Una semana antes de su boda.

Cinco meses antes de la fatídica noche.

Ocho meses antes de su propio funeral.

—Hola —dijo Emilia, nada más entrar por la puerta. Evita no soportaba que se comportara como si esa siguiera siendo su casa. Continuó pasando las hojas de su novela, sin ni siquiera devolver el saludo.

Hacía años que ninguna de las dos lo hacía.

—*Salut, mon chère* —saludó Nanette, que tenía las manos llenas de cerámica—. Estoy haciendo un juego de vasijas, ¿quieres que te pinte una?

—Necesito hablar contigo a solas —dijo Emilia, que parecía preocupada—. Bueno, qué más da. Ahí va. Sin rodeos. Después de mucho tiempo —continuó, con las piernas pegadas y gesticulando con cara y manos—, he dicho que sí a César. Será rápido, en una semana. Algo

sencillo.

La cara de Nanette se transformó en un gesto de incredulidad.

—*Mon Dieu,* Emi, ¿por qué él, si no lo quieres?

—Sí que lo quiero.

—*Petit fille...* Las dos sabemos que no es así… ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó de nuevo, limpiándose las manos en un pequeño delantal y negando con la cabeza.

—Desde hace un mes, pero quería contártelo. He tomado una decisión, Nanette. Y así va a ser. Nos casaremos en una semana.

—¿Una semana? No. No, más tiempo. No te vas a casar en una semana con ese *psicologó*.

—Me casaré en una semana y creo que deberías...

—Si es con él, no iré a la boda. No puedo permitirlo. *Mon Dieu.* En una semana. ¡No lo quieres!

Evita soltó una pequeña carcajada contenida desde el sofá.

—¿Y tú de qué te ríes? —preguntó Emilia, que había empezado a apretar sus preciosos labios.

—Haces bien en casarte. En tu situación es mejor tener a alguien especializado cerca.

—¿En mi situación? —Dio una vuelta sobre sí misma, negando con la cabeza, antes de poner los brazos en jarra—. ¿Sabes qué, Nanette? Que si vas a venir con esta hija de puta prefiero que no vengas. Es más, si vas a estar con ella, prefiero que no nos volvamos a ver.

—Emi… —intentó decir Nanette.

—¿Lo vuestro sí es amor? ¿Vosotras sí os queréis? Ella tiene otra familia, tú no eres su familia. Y te amenaza con quitarte todo lo que tienes de forma continua y tú lo permites. ¿Por qué te dejas maltratar así?

Evita rio.

—¡Eres mala persona! —gritó Emilia a la espalda de Evita, fuera de sí—. ¡Has sobornado a mi tía durante toda tu vida!

Evita cerró el libro y se levantó con parsimonia.

—¿Sabes qué? Sólo has traído problemas a tu tía. Haznos un favor: vete y no vuelvas.

Antes de que hubiera terminado de decir la última palabra, Emilia ya estaba dando un portazo.

—Emilia… —dijo Nanette, desde el sitio, en un susurro.

—Ojalá se muera y te deje vivir tranquila.

—¡No vuelvas a decir eso ni en broma! —gritó Nanette.

—Sólo queda algo de lo que fuimos cuando ella no está. Y eso es lo único que he querido en mi vida.

Evita abrazó a Nanette y esta, que le devolvió el abrazo agarrando su cintura con las manos coloridas por el barro, comenzó a llorar en silencio. Por cierto, si os lo estáis preguntando, este último no era el tercer destello. Pero tranquilos, no queda mucho para que lo descubráis.

Capítulo cuarenta y siete

***8 días después** del funeral*

Ahí estábamos los cuatro, en el salón de César Juárez. Su cara y la de Ángela eran un poema. La de Carolo, un cuadro de Picasso y la mía, una canción en *mute*.

Después de la confesión de Ángela, César giró su cabeza muy despacio, con los ojos desencajados y se puso en pie a la misma velocidad.

—Ya basta, te dije que no salieras de ahí bajo ningún concepto.

—Tienen que saber que no tuviste nada que ver —dijo ella—. ¿Tanto te avergüenzas de mí?

—Me avergüenzo de mí. Y de nosotros. Esto no está bien.

Ángela abrió la boca, como solía hacer, haciéndose la indignada. Yo había aprendido que ese gesto siempre precedía a un comentario fuera de lugar que su tráquea no era capaz de contener. Clavó sus ojos en mí, esperando algún tipo de reacción que no llegaría.

—No eres el único al que Emilia trató mal, ¿sabes? En el fondo me alegro de que se suicidara. Nunca trajo más que problemas.

—No vuelvas a decir eso —dijo Carolo—. Creo que todos estáis muy…

—¡Fuera de mi casa! —gritó César, que empezó a hacer aspavientos a su presunta futura mujer—. ¡Fuera de aquí! ¡Todos! ¡Fuera de aquí! ¡Ya tenéis lo que queríais! ¿No? ¡Ahora coged vuestra puta verdad y metéosla por el culo! ¡Fuera ahora mismo!

Carolo y yo nos miramos, diciéndonos casi de forma telepática que no había más cuerda de la que tirar en ese amarre. Él haría después las comprobaciones pertinentes, pero ambos supimos que la única verdad era que César se quería demasiado a sí mismo como para que todo el mundo le señalara (ahora con razón) por haber sido el marido infiel de la malograda niña del corazón en el ojo. Yo ya podía ver los titulares: «Aquel que la empujó al suicidio».

Y allí nos quedamos los tres, en el descansillo, sin saber qué decir.

—Así que él es con quien te vas a casar —dije, conteniendo una sonrisa inevitable de lo absurda que me parecía toda la situación.

—Es complicado. Pero nos queremos.

—A la vista está —añadí.

—Te odio más que a nadie. Ojalá tú también te hubieras suicidado —dijo ella cuando Carolo y yo comenzamos a bajar por las escaleras.

Preferí no contestar.

Si César no era el hombre de la capucha, sólo nos quedaba una dirección en la que apuntar: Eloy Bellacasa. La realidad era que no teníamos nada contra él y que había unas grabaciones de su vehículo entrando en su imponente propiedad antes del suceso. Pruebas que él mismo había facilitado sin que nadie se las reclamara.

—¿Y ahora qué? —pregunté, ya en el coche. Carolo miró su reloj y arrugó la frente.

—Ahora podemos asumir de una vez que todo el mundo tenía razón. —Respiró con solemnidad y echó la nuca hacia atrás—. O ir a ver a Vidal Aponte y confirmar que te dijo todo lo que sabía.

Casi por inercia nos habíamos plantado en su caseta, treinta minutos después, con un

sospechoso menos y un agujero en el estómago. La radio, encendida, indicaba que andaba cerca.

—¿Qué le vamos a preguntar? Ya te dije todo lo que vio.

—Necesitamos asegurarnos.

A nuestra espalda, aquel hombre menudo y tosco, de piel como la lija y la mitad de la cara como *Popeye*, irrumpió con fuertes pisadas.

—Vidal, buenos días, soy Carlos Valera, policía de…

—Nada, nada —dijo él, agitando la mano en su cara y soltando un montón de cuerdas que llevaba al hombro.

—Le digo que hemos venido…

Vidal volvió a mover su extremidad en la cara de Carolo mientras que, con la otra, se quitaba la parte de arriba del peto verde oscuro que llevaba. Abrió un cajón y sacó una pequeña libreta en la que empezó a pasar hojas.

—Bruno Madrid —dijo—, me debes cuarenta euros.

—Claro, a eso veníamos —contesté, forzando una sonrisa que tuve que arañar del estómago —. Agente Valera, ¿le das los cuarenta euros?

Carolo entrecerró los ojos en mi dirección y respiró con solemnidad.

—Mire, Vidal, tenemos que hacerle unas preguntas. Una vez se las hagamos, le pagaré.

—No, no, no. De eso nada. Siempre luego, luego, y luego nada. Aquí ya el dinero por delante.

Mi amigo metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó la cartera, farfullando. Vidal cogió el dinero apenas salió de la billetera y lo guardó en una pequeña caja de metal, que cerró con una llave guardada debajo de la propia caja de metal.

—¿Ya está contento? —preguntó Carolo—. Necesito que me repita lo que contó al periodista.

Le repitió la historia: que Emi estuvo a gritos con un hombre con capucha, que puso la música alta, que vio a una pareja joven paseando justo antes. En resumen: nada nuevo.

Después de eso llevé a Carolo al trabajo y, al echar el freno de mano, miré el bar de enfrente pensando lo rápido y lento que estaba pasando el tiempo.

—Bruno, tenemos que empezar a pensar en dejarlo. No creo que haya nada más que lo que sabemos.

—Tenemos que averiguar quién era el hombre de la capucha. ¡Venga ya! ¿Es que no quieres que tu padre esté orgulloso de ti? ¿No quieres que te recomiende para su puesto? Dos días. Dos días y, si no averiguamos nada, todo se acabará.

—Dos días es poco. —Se mordió el labio y volvió a mirar a su alrededor—. Dos días es poco y es demasiado.

Cuando llegué a casa de mi hermana me desplomé sobre el sofá y el otro Bruno se desplomó sobre mí. Aunque había dormido bien, no era capaz de descansar. Estaba deprimido y confuso. Durante los segundos que pensaba en buscar trabajo, la sensación se agravaba por la nula percepción de futuro. Me lo quitaba de la cabeza tan rápido como aparecía el rostro de Emi susurrándome:

—Sólo quedan dos días, Bruno.

En algún momento indeterminado Federico apareció por la puerta.

—Buenos días, ¿dónde te has metido esta mañana? Ni siquiera has desayunado.

—Estaba con cosas.

Detrás de él apareció Inés, que cerró la puerta y soltó el bolso y el abrigo.

—Tus cosas —dijo, burlona—. Tenemos un trato, ¿te acuerdas?

—Dos días más. Ese era el trato.

Federico se sentó en el sofá haciéndome recoger las piernas.

—Bueno, ¿y qué tal va tu investigación?

—No es una investigación —contesté, sentándome como una persona normal sin conseguir quitarme al perro de encima—. Sólo es un reportaje.

—De investigación sobre lo que pasó, ¿no? —Afirmé con la cabeza y cierta dejadez—. ¿Y te está ayudando tu amigo Alfonso?

Le miré sorprendido.

—Bueno, Alfonso no está muy involucrado en toda esta historia.

—Pero es tu amigo, ¿no? —preguntó Inés, que se sentó entre su marido y yo, obligándome a hacerme un poco más al lado mientras su mascota descargaba su peso muerto sobre mí.

—Sí, claro. Pero él está con su familia y tampoco era el que mejor se llevaba con Emilia. No es por nada. Ayer, de hecho, estuve con él —dije, acompañando mis palabras con un suave ladeo de cabeza—. Vino a verme y eso, pero ya sabéis.

Volvió a mi cabeza su insistencia en que perdonara a Tino y la tristeza y el odio chocaron en mi córtex prefrontal como dos automóviles a doscientos kilómetros por hora.

—¿Por qué dices que no se llevaba con Emilia? —me preguntó el hombre, que luego miró a mi hermana—. ¿Por qué dice que no se llevaba con Emilia?

—Que sí, pero que no eran los amigos más cercanos.

—No, pero hombre —insistió—, nosotros le aseguramos la casa. ¿Te acuerdas, que te lo conté? —preguntó a mi hermana—. Es un buen tipo. Y Emilia vino a acompañarle. Los pagos del crédito, de hecho, se hicieron en su banco, si no me equivoco. Y parecían bastante cercanos. Buenos amigos, diría yo. Qué triste todo. Eso fue como un mes antes de que pasara lo del barco.

—Tal vez debas preguntarle para tu reportaje. Tic-tac —dijo mi hermana, que apoyó sus piernas sobre las mías y su cabeza en el regazo de Federico.

El pobre no fue consciente de que acababa de abrir un nuevo desvío en la rotonda de dudas en la que llevábamos dando vueltas una semana. Cuando el otro Bruno resopló sobre mi muslo pensé que, en realidad, yo llevaba dando vueltas más de veinte años.

Capítulo cuarenta y ocho

***5 meses antes** del funeral*

Alfonso agitó los brazos y luego se olió con disimulo cada uno de los sobacos, en un movimiento rápido. Miró su reloj y vio que aún faltaban diez minutos para su cita. No quería parecer impaciente, pero aquel calor hacía que el nudo de la corbata le apretara todavía más.

Abrió la puerta del banco y recibió la brisa del aire acondicionado en la cara. En el levante, si es julio, la humedad choca con el calor provocando una ciclogénesis sudorípara imposible de esquivar. Y menos aún si te sobran algunas decenas de kilos. Alfonso pensó que llevar la chaqueta para parecer más formal había sido un error.

Frente a él, cuando abrió los ojos, estaba ella: Emilia Lamoreaux. La increíble niña del corazón en el ojo sonrió y salió de detrás del mostrador en el que atendía a los clientes, dejando a su joven compañera sola.

—¡Alfonso! —Le abrazó.

Él intentó zafarse durante unos segundos, avergonzado al sentir que la camisa se le pegaba a la piel. Pero a ella nunca le había importado eso.

—Emilia, qué sorpresa.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?

Alfonso esquivó la mirada y balbuceó un poco antes de confesar que había ido a ver al director del banco. Emilia se puso bizca y sacó la lengua, en señal de asco, para luego mostrar su preciosa dentadura. Después, su amigo le contó que estaban con un negocio entre manos y que, además, quería ver si era posible conseguir una hipoteca para una casa a la que tenía echado el ojo desde hacía tiempo.

—No le debas nada a ese tío, ¿vale? —pidió ella, haciéndole una caricia en el brazo—. Hazlo por mí.

El afirmó con la cabeza, tragó saliva antes de mirar su reloj de nuevo y se tocó los laterales del cráneo para comprobar que estaba sudando.

—¡Amigo! ¡Entra! —exclamó Eloy desde dentro del despacho cuando Emilia le dio el aviso de que tenía visita—. Entra y cierra la puerta, por favor.

Ella le deseó suerte por lo bajini antes de volver a su puesto de trabajo y él sacó un pañuelo interior para secarse con delicadeza las gotas que emanaban sin que el aire acondicionado pudiera hacer nada para evitarlo.

Alfonso se deleitó con el despacho de aquel hombre: los barcos de los cuadros eran majestuosos y su pose le pareció la de un ganador. Hasta el aire acondicionado era más fuerte ahí dentro. El hombre estrechó su mano con fuerza y le invitó a sentarse en una de las sillas próximas a él.

—En primer lugar, perdona por el malentendido. No creas que rechazamos hipotecas porque sí, pero con la crisis y todo esto hemos tenido que hacer algunos ajustes para no correr todos los riesgos que nos gustaría. Pero claro, ¡tampoco sabía que eras mi compañero en el Club Social! Eso lo cambia todo. —Alfonso sonrió con modestia y bajó la mirada—. A ver, cuéntame. ¿Cuál es la casa de tus sueños?

—La tengo aquí.

Alfonso sacó del otro bolsillo de su chaqueta una revista de pocas hojas de las que su inmobiliaria repartía por los buzones. Pasó un par de páginas antes de señalar el *casoplón* que su mujer soñaba con habitar.

—Pero eso es mucho dinero. ¿De cuánto es tu nómina?

—Con variable y eso, el último año, 42 000 €. Y tengo el diez por ciento ahorrado. Está bastante bien para…

Eloy Bellacasa subió una mano para hacerle callar y se tapó media cara con la otra.

—Alfonso eras, ¿no? —El otro volvió a afirmar con la cabeza—. Esta hipoteca será para toda la vida, y los intereses… en fin… pagarás intereses toda la vida. ¿No has pensado en otra más modesta? Es demasiado.

Alfonso estuvo a punto de envainar, pero recordó lo que había visto el día anterior y se dijo que ya era hora de coger los mandos de su vida.

—Tiene que ser esta.

Eloy Bellacasa le examinó, rizándose el bigote. Se echó hacia atrás durante unos segundos y sacó los morros, como ayudándose a sí mismo a concentrarse. Después se echó hacia delante en un movimiento repentino y posó su mano sobre el antebrazo de Alfonso.

—No sé qué crees que viste, pero podemos asumir que no fue nada. Y que podemos darte esta hipoteca. Yo no te la aconsejo, ya que los intereses serán altos a pesar de las buenas condiciones que te vamos a ofrecer. Y de lo que pase después, si no puedes pagar la letra, no me responsabilizo. Pero si es lo que quieres, ¿quién soy yo para interponerme entre tú y la casa de tus sueños?

Enseñó sus dientes descolocados y se levantó de un salto.

—¿Y ya está? —preguntó Alfonso.

—Obviamente no podrás decir que las condiciones que te hemos dado son especiales; no quiero que se corra la voz. Ni de eso ni de ninguna otra cosa. Esto no es gratis. Los intereses personales pueden superar por mucho a los económicos. ¿Entiendes? Es un pacto entre caballeros. Y si uno rompe el pacto —añadió aplastando un mosquito con las dos manos—, los caballeros se baten en duelo.

Alfonso agitó el cráneo y Eloy Bellacasa le dio una palmada en la espalda invitándole, esta vez, a levantarse. Le explicó que una de las chicas de la caja le ayudaría a hacer todo el papeleo y que, después, él lo firmaría. En menos de una semana tendría el dinero en su cuenta. Y así, como había llegado, se fue con la mejor de las noticias para su mujer.

Una hora después, Emilia le acompañó cuando se iba.

—No puedo con este calor —dijo él, al sentir la bofetada del aire en la cara.

—¿Te acuerdas cuando íbamos a los campos de mi tía Nanette en verano? ¿Te acuerdas de esos veranos?

—Claro que sí —dijo él.

Ella le acompañó caminando hasta el coche, a unos dos minutos, sólo para alejarse de la sucursal.

—Me acuerdo cuando eras un chico inseguro, pero dulce, que soñaba con ser el mejor de los amigos.

—En parte sigo siendo ese, ¿eh? —respondió él, risueño y pretendiendo coquetear de forma amistosa.

—Me has prometido que no le ibas a deber nada a Eloy Bellacasa y esa casa es más de lo que

puedes pagar, Alfonso. No llevo mucho trabajando aquí, pero sé cuándo hay algo raro y esto lo es. ¿Me vas a contar por qué vas a vivir ahogado y cómo has conseguido la hipoteca?

Él negó con la cabeza, pretendiendo mentir. Emi acarició su redonda cara, le miró fijamente y le dijo por última vez con voz suave:

—¿Qué secretos le guarda alguien tan bueno como tú a un hombre como ese?

Ella le conocía lo suficiente para saber que treinta segundos de su mirada bastarían. Alfonso suplicó que jamás se lo contara a nadie.

Capítulo cuarenta y nueve

***8 días después** del funeral*

—Dos días y se acabó —me repetí al volver a coger el coche, después de comer.

Recuerdo la sorpresa al descubrir que la casa de Alfonso era el doble de grande que la casa de mi hermana Inés o la de los padres de Carolo. Podía percibir el olor a flores recién cortadas que desprendía el jardín, imposible de ver por las altas matas colocadas para tal efecto. No le quedaría mucho para volver del trabajo, así que esperé. Toqué, de nuevo, el bolsillo interior de mi chaqueta y me repetí que no volvería a ver a Emilia pero que debía enfocar todas mis fuerzas en terminar lo que habíamos empezado. Asumir su muerte. Y lo haría, pensaba, cuarenta y ocho horas después.

Intercepté a Alfonso cuando la puerta de su garaje se abría, al ponerse el sol.

—Bruno. ¿Qué haces aquí?

—Alfonso, vaya casa. Sabía que te iba bien, pero… —dije, abriendo los brazos—, esto es muy bien.

—Sí, no me quejo —respondió al bajar del coche.

Me quedé quieto, esperando a que me invitara a entrar. Él apoyó su gigantesco cuerpo en la puerta dejando claro que no era para nada su intención.

—Respecto a lo que hablamos ayer, puedes estar tranquilo. Nadie sabrá nunca que me diste esa dirección ni esa información.

—Genial.

Otros cinco segundos de silencio en los que Alfonso aprovechó para comprobar el minutero de su reloj.

—¿Tú hablaste con Emilia mucho durante sus últimas semanas?

—¿Yo? No. Ya sabes, lo normal. Como siempre.

—¿Nada especial?

—Nada especial.

Los dos sonreímos, sin dejar de mirarnos ni menear la cabeza.

—Aseguraste la casa con mi cuñado y fuiste con Emilia un mes antes de todo lo que pasó para firmar los papeles del seguro, ¿no? Dime que tú no me has mentido también.

—Sí, sí —dijo, haciendo pasear el índice por debajo de la nariz. Noté cómo le empezaban a brillar los laterales del cráneo—. Cierto, me acompañó. Lo normal en ella, ya sabes. Como siempre cuando la necesitaba. Me ayudó con la hipoteca y eso.

—Pero no nos dijiste nada. Y sabes que llevamos una semana sin dormir intentando averiguar qué es lo que en realidad pasó y qué es lo que había hecho ella durante las últimas semanas... Y ayer me dijiste que no debía confiar en Carolo, pero en cambio tú no nos dijiste nada de eso.

—Porque no era importante. —Me encogí de hombros—. Sólo es que la hipoteca me la dieron en su banco y ella me ayudó con los papeles. ¿Hay algo que quieras decir? Porque ahora mismo estoy un poco perdido.

—Ayer me dijiste que no habías hablado con ella desde tu boda. No he querido decir nada a Carolo aún, pero ¿por qué mentiste? ¿Por qué todos mentís? —pregunté. Después me eché las manos a la cabeza y unas ganas terribles de llorar invadieron el fondo de mi maltrecha nariz.

Alfonso cerró la puerta del coche y se cruzó de brazos.

—Ayer te lo intenté explicar. Omití una verdad para que no pensaras cosas raras, igual que Tino. No me creo esto que estás haciendo, pero si me estás acusando habla con Carolo, no tengo nada que ocultar.

—Está bien —dije, dándome la vuelta en dirección a mi coche.

—¡Bruno! Espera. —Alfonso se acercó a mí y bajó el tono de su voz antes de empezar a hablar—. También era nuestra amiga, ¿sabes? Si no he contado lo que sé es porque podría perder todo lo que tengo.

—¿Ayudaría a saber lo que pasó con Emi?

—Ya te he dicho lo que creo que pasó… En fin, allá va. Tienes que jurarme que no se lo dirás a nadie.

—Primero dime qué es y luego ya veremos.

Me contó toda la historia, empezando por la joven hija del empresario portugués y terminando por su confesión a Emilia.

—Vamos, que Eloy Bellacasa parece tener cierta tendencia a las menores. Cuando se lo conté a Emilia sus ojos me dieron miedo, pero no hizo nada. Me lo prometió. Sabía que de haber sido así yo estaría perdido. Con un chasquido ese hombre podría hacer que lo perdiera todo, incluido mi trabajo.

—Eres gilipollas. ¡Eres gilipollas! —exclamé.

—La niña no parecía resistirse mucho, ¿sabes? ¿Te crees que soy idiota?

Mi mandíbula se multiplicó por dos y Alfonso empezó a mirarme con miedo.

—¿Crees que él pudo estar involucrado? Vamos, ¿dices que la mató? No es posible, no…

—Si Eloy Bellacasa puede destruirte a ti con un chasquido y sabía que ella conocía su secreto, imagínate hasta dónde podría llegar. ¿Todo esto por tu casa? ¿Por una buena posición en ese maldito club? ¿Desde cuándo eres así?

—¡Es por mi familia! Yo también lo sabía y no me ha pasado nada. ¡Joder, Bruno! Tienes que dejar de buscar culpables. ¡Ella no es como tú creías! Se había convertido en una persona distinta. Si no le hubiera contado nada, ella habría sabido de esa relación de todas maneras. ¡Si Eloy supo que ella lo sabía no fue por mi culpa! Tino me lo contó.

—No me digas que aún hay más.

Casi me parto las muelas apretando los dientes en un acto de pura constricción.

—Él está destrozado por todo lo que está pasando y, si te cuento esto… no sé…

Alfonso me miró a los ojos y, como sabía que haría, me contó todo suplicando que jamás se lo contara a nadie.

Capítulo cincuenta

***4 meses y dos semanas antes** del funeral*

Alfonso metió el coche en el garaje y poco después salió con dos cervezas. Nos sentamos en el borde de la acera y me dijo que sabía una cosa más. Insistió en su importancia para que Carolo y yo pudiéramos dejarlo ir y en que había jurado a Tino que no se lo contaría nadie porque este, a su vez, había jurado a Emi en su día que jamás nos lo diría.

Esto que viene a continuación son los retazos de las conversaciones que Tino había tenido con Emilia cuando habían estrechado lazos durante las últimas semanas, antes de la explosión del barco, dos semanas después de que Alfonso consiguiera la hipoteca para la casa de sus sueños (o los de su mujer).

Mientras me lo contaba, Alfonso defendió en todo momento que si Tino no me había contado más era sólo porque no aportaba nada y porque no quería distorsionar la imagen que yo pudiera tener de Emilia. Porque estaba convencido de que había sido ella misma la que había provocado esa explosión y porque pensaba que ese testimonio era la prueba irrefutable de que Emilia Lamoreaux, que a mí siempre me había parecido inmortal, se había suicidado.

—Habla —insistí, mientras la noche nos envolvía, antes de creer entender algo más.

Emilia cada vez estaba peor con César. Sólo llevaban semanas casados y ya apenas se hablaban. Además, mi última visita, que os contaré más adelante, la había dejado tocada. Y hundida. En esas semanas empezó a fumar los canutos que le pasaba Tino, y eso para una persona inestable y deprimida estaba lejos de ser el mejor de los remedios.

Sola en el peñón y tras inspirar el sólido humo notó cómo las pupilas se le metían hacia dentro. Después de una breve risa vino el llanto. No tengo mucha más información al respecto, pero sé que decidió reventar a pedradas la sucursal en la que trabajaba, cual Joaquín Sabina en una de sus 500 noches.

Caminó durante casi una hora, con una roca en la mano. Me cuesta imaginármela con la boca seca y el corazón saliendo de su pecho con el único objetivo de llegar a la oficina de Eloy Bellacasa. Para ser sinceros, sí que soy capaz de visualizar la parte de la historia en la que se tiró al suelo, al otro lado de las macetas, al ver unas figuras dentro del banco bajo una tenue luz. Casi puedo verla con la respiración agitada, imaginándose como una heroína. Como cuando era Emi, a la que todos querían. Lo que pasa es que nadie estaba intentando robar. Pudo ver entre las plantas que el que estaba allí dentro era nada más y nada menos que su jefe. Y la que le acompañaba, la hija del mismo Paulo Botello que había intentado tirarle los tejos en aquel paseo en barco.

Emilia se preguntó qué podía hacer una chica como esa en un lugar como ese con un hombre como aquel. Volvió a mirar y sintió un hondo vacío y una rabia incontenible pensando en su padre. En cuando le ponía la mano encima (y debajo). Las lágrimas brotaron desde su estómago y gritó. Pero las puertas blindadas no dejaban pasar ningún sonido. Y de repente, miedo.

Soltó la roca y salió corriendo en dirección aleatoria hasta perder el aliento y, cuando se sintió segura, llamó a Tino, que no respondió. Se arañó sus propios brazos antes de llegar a casa, tarde y muerta de cansancio. No le sorprendió comprobar que César no estaba. Creo que lo

agradeció. A pesar de lo turbio de sus pensamientos por lo que acababa de ver, por lo que había pasado con su padre o por lo que había escuchado de boca de Alfonso, no tardó en dormirse más que unos segundos. Y, cuando despertó, comprobó que César seguía sin estar. Y siguió agradeciéndolo.

Se duchó, lista para la guerra, sabiendo de antemano cómo reaccionaría ante la asquerosa sonrisa que vivía bajo aquel fino tejado de pelos al que llamaba bigote. Conocía lo que una persona que se creía poderosa podía hacer sobre una que no lo era y no iba a permitir que aquel ser inhumano abriera heridas como las que ella tenía, porque sabía que esas cicatrices siempre acababan abriéndose.

Nada más entrar en la sucursal, con veinte minutos de retraso, abrió la puerta del despacho del director con decisión.

—¿Qué te crees que haces? —preguntó él—. Llegas tarde.

Ileanna, aprovechando que aún no había entrado ningún cliente, asomó la cabeza con timidez. Justo a tiempo para ver cómo su compañera Emilia cruzaba la cara a su jefe. Después se echó hacia atrás de forma rápida, intentando captar alguna palabra de la discusión.

—¿Estás loca? ¡Hay cámaras! Tus mentiras y tus chantajes ya no valdrán. No después de esto —dijo él, acompañando las palabras con una sonrisa burlona mientras se acariciaba la cara.

—Si vuelves a tocar a la hija de Paulo Botello, te denunciaré. Te he estado siguiendo —mintió—. En el club, en tu despacho… Tiene diecisiete años, puto cerdo. Podría ser tu nieta.

—No tienes pruebas y estás despedida. Denuncia lo que quieras.

—Las tengo —dijo ella, apoyándose en la mesa.

Su mirada vacía asustó a Eloy Bellacasa, que torció el gesto y arrugó la nariz.

—Son relaciones consentidas —dijo. Emilia sabía que era verdad, Alfonso se lo había confirmado—. No tienes nada que hacer. Coge tus cosas y…

—Como si piensa que eres Leonardo DiCaprio. Es un delito. ¿Cuántos años tienes? ¿Sesenta? A lo mejor quieres que empiece llamando al portugués. Seguro que le interesa saber lo que hace un viejo como tú con su hija.

—No serás capaz.

—Claro que seré capaz. Pero si me dejas las llaves de tu barco para que lo coja cuando quiera, prometo no estrellarlo y no decir nada. Y por supuesto no estoy despedida. Será nuestro secreto si no quieres que… —dejó la frase en suspenso, simulando ponerse un teléfono en la oreja.

—No sabes lo que estás haciendo, niña. Mi barco no lo coge nadie más que yo, ¿entiendes? —gritó él que, de pie, daba un paso a un lado y después al otro—. ¿Esto es cosa de Alfonso? Ese gordo es tu amigo, ¿verdad?

Ella resopló y rio.

—¿Alfonso también sabe que te traes a las jovencitas aquí de noche? Te puedo hacer la vida imposible, hijo de puta.

Después, silencio. Y después, un resoplar

—Vidal Aponte es el guarda del puerto. Él tiene una llave que te servirá. Está bien. Puedes coger mi barco, pero esto tendrá consecuencias.

—¿Consecuencias? —Emilia rio de forma histriónica—. Dejarme las llaves de tu barco es la más suave de las consecuencias. Y Alfonso no ha tenido nada que ver. Si por casualidad le pasara algo, sólo tengo que levantar el teléfono.

Al cerrar la puerta del despacho con suavidad escuchó golpes dentro. Imaginó que sería algún cuadro, silla o porción de pared sufriendo por su culpa.

—No. No es mía, es suya —dijo, en alto, sintiéndose poderosa.

Guiñó un ojo a Ileanna y salió por la puerta como quien sale de prisión después de diez cadenas perpetuas.

Horas después y justo antes de que sonara el teléfono, Tino se encontraba viendo alguna *gilichorrada* en la televisión con Lola mientras intentaban paliar el calor húmedo que había inundado su pequeño salón con un ventilador de los antiguos, que funcionaba echando hielo cada rato. Cuando le dijo a Lola el nombre que salía en su pantalla, esta se extrañó.

—Tino, Tino —dijo Emilia, al otro lado, sollozando. Tino pegó un bote para levantarse del sillón—. Tino, te necesito.

—Emi, ¿qué pasa? ¿Emi? Tranquilízate. ¿Dónde estás?

—Tino, por favor. Tino, ven a verme, por favor —escuchó al otro lado.

—Dime dónde estás y Lola y yo vamos enseguida.

—¡No! No quiero que me vea así. Por favor, sólo tú. Ven a por mí.

En un primer momento pensaron que César había hecho algo, pero decidieron no llamar a la policía hasta comprobarlo. Aunque Lola seguía considerando a Emi su amiga, los dos acordaron que lo mejor era hacer lo que había pedido por teléfono. Cuando llegó a su portal en medio de la noche cerrada y a los mandos de su Camaro rojo, la vio sentada en la acera, apoyando los codos sobre las rodillas. El poco rímel que llevaba se había corrido de tal manera que parecía que tenía un moretón en un lado de la cara. Justo bajo el corazón de su ojo. Ella se levantó, como ida, y se subió al coche cuando Tino bajaba. Y Tino volvió a entrar.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha hecho algo César? —Ella negó con la cabeza tanto como el hipo se lo permitió—. ¿Es un mal viaje? ¿Ha sido un porro?

—Llévame al bosque, por favor. Vamos al refugio.

—No me pienso mover de aquí hasta que me digas qué…

—Por favor, necesito salir de aquí —suplicó Emi, que dejo caer la cabeza de lado sobre el reposacabezas del coche.

Una vez llegaron al bosque, Tino maldijo porque los bajos rebotaban contra las piedras del camino, así que le preguntó a Emi si le importaba andar un poco. Ella contestó que no, que así tomarían el aire. Y él insistió en que aprovechara entonces para contarle qué era lo que ocurría.

—Soy la peor persona del mundo —contestó.

—Claro que no, Emi. ¿Qué ha pasado?

Ella contó lo que había visto hacer a su jefe y cómo le había chantajeado al día siguiente.

—¿Dices que es una relación consentida? Entonces, ¿por qué te metes?

Emilia, con lágrimas en los ojos, miró al cielo sin dejar de caminar en dirección al refugio.

—Es complicado, pero ese no es el punto. Hay una chica que trabaja conmigo. Ileanna. Tendrá unos *veintipocos* años. Un rato después de lo que ocurrió con mi jefe me llamó para ver si estaba bien, ya que había escuchado una parte de la discusión y también había visto… lo que había pasado en el despacho. Y me contó… —comenzó a decir, antes de romper a llorar—. Me contó que Eloy Bellacasa había intentado abusar de ella.

Tino se quedó en silencio, intentando digerir toda la información.

—¿Y por qué no denuncia? ¿Por qué no denunciáis?

—Porque soy la peor persona del mundo. Le mataría, pero al mismo tiempo tengo miedo. ¡Y lo único que he hecho es un maldito chantaje para poder ir en el barco de un depredador al que odio! Pensando que tal vez así pueda sentirme como cuando Bruno aún estaba aquí y aún me

quería —contestó, justo cuando llegaban al refugio.

—Esto es muy serio, Emilia. Si quieres yo podría…

—¡No! ¡Me ha hecho jurar que no se lo contaría a nadie! ¡Prométemelo! —Tino afirmó con la cabeza, tras unos segundos de silencio—. Me ha hecho jurar que no se lo contaría a nadie y ella es la que tiene que decidir.

Emi se subió a los restos del palé donde un día se sintió una estrella y arrancó con rabia algunas de las luces que aún permanecían colgadas. Al igual que ella, ya no brillaban.

—¿Querías venir aquí por Bruno?

—¡No lo sé! Como con el barco, era para ver si podía sentirme como cuando él aún me quería. Como cuando éramos niños. Pero el tiempo nunca vuelve. ¡Nunca vuelve! No luchó por mí todo lo que lucha alguien que ama a otro. ¿Por qué no puedo ser como los demás? ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? ¿Por qué me duele tanto? —exclamó, encogiéndose de hombros. La llorera volvió a su rostro.

Los dos se quedaron en silencio y Tino miró a su alrededor, como esperando que alguien fuera a rescatarlos.

—Tengo una idea —dijo Emi, de repente—. Hay una vía de escape. Podemos salir de aquí.

Tino la miró serio, entornando los ojos.

—Vayamos al maldito barco —insistió—. Sintámonos libres aunque sea un rato.

—No sé, yo…

—Por favor, un rato. No quiero estar sola.

Mientras Alfonso me contaba todo esto, yo creía esperar la peor de las noticias. Que Tino me había engañado. Que habían tenido algo, fruto de la desesperación de Emi y su magnetismo indeleble. Pero ni de lejos eso era lo peor que podía pasar. Una vez Vidal Aponte les había dado las llaves antes de que soltaran el amarre, Tino llamó a Lola haciéndole un resumen de todo lo que había pasado. Explicando que todo estaba bien, que estuviera tranquila. Pero en realidad estaba asustado, aturdido por todo lo que Emilia le acababa de contar.

Cuando colgó, decidió ir a cubierta para ver a la que un día había sido la niña del corazón en el ojo y la encontró hecha un ovillo en el suelo, con los ojos muy abiertos, respirando de forma agitada. Tenía los dedos índice y corazón de la mano derecha tiesos y la mano izquierda sobre el pecho con un charco de vómito al lado, lleno de pastillas.

—¿Y todo eso me lo cuentas ahora? —pregunté a Alfonso, que se quedó en silencio—. ¿No ves que Eloy amenazó directamente a Emi?

—¿Estás ciego o de broma? Bruno… ¿no entiendes que Emilia ya se había intentado suicidar en ese barco un mes y medio antes de la explosión?

Capítulo cincuenta y uno

***8 días después** del funeral*

Tamborileé con los dedos sobre el salpicadero de mi coche. La pierna me temblaba y no sabía muy bien qué pensar ni qué decir, aunque tampoco había nadie a quien decírselo. Alfonso había vuelto a su hogar, con su mujer y su hija, y yo me pregunté qué habría sido de Emi y yo de haber acabado juntos mientras me deprimía más cada minuto.

¿Habríamos formado una familia? ¿Estaríamos entonces viendo cualquier película repetida en la televisión? ¿Nos habríamos aburrido de nuestras vidas o, por el contrario, nuestro amor se habría hecho más grande cada día?

¿Qué habría pasado de haberle leído ese escrito que llevaba siempre encima? Sabía que debía descansar; había sido un día largo y ya era tarde. Además, debía despertarme temprano para llamar a Carolo y contarle todo lo que había averiguado.

—Sólo un día más —dije en alto. Después, arranqué el coche—. Y una mierda se suicidó.

Saqué el teléfono móvil, busqué entre las grabaciones que había hecho para el reportaje y encontré la que buscaba, en la oficina de Eloy Bellacasa.

—*¿Dice que estaba en su casa?*

—*Así es, en el número dieciséis de la calle Cometa, para su información.*

No estaba demasiado lejos de allí. Agarré con fuerza el volante, haciendo que mis nudillos se tornaran blancos, y arranqué.

Incluso la casa de Alfonso parecía un cuchitril al lado de esa mansión. Desde fuera vi que había dos pisos y olía a cloro. En la entrada, un portón de verjas negras daba paso a un pequeño camino de baldosas de pizarra que llevaban hasta el garaje. En el jardín, que se intuía generoso, había varias palmeras de no más de tres metros de altura dispuestas de forma ordenada. El telefonillo sólo tenía un botón.

Lo presioné durante un largo rato y luego respiré hondo. Tuve que hacer el mismo movimiento tres veces para conseguir una respuesta.

—¿Eloy Bellacasa?

—Sí, quién es.

—Soy Bruno Madrid, el otro día estuvimos en su oficina para el reportaje de Emilia Lamoreaux. Me preguntaba si podía hacerle unas preguntas.

Colgó.

Sin pensarlo ni un segundo salté la valla de la entrada, con más esfuerzo del previsto, y al caer, cuando mis pies tocaron el suelo, me sacudió un latigazo de dolor en la nariz. Cada uno de mis pasos era firme e iba acompañado de un resoplido. Antes de llegar a la vivienda, Eloy Bellacasa abrió la puerta y, ataviado con una bata tan fina como su bigote y desde el pequeño recibidor exterior, me gritó con tono de superioridad:

—Voy a llamar a la policía. ¿Qué coño te crees que haces, paleto?

Avancé hasta su posición, le agarré por el cuello y le estampé contra la pared, haciendo que una pequeña maceta se rompiera. Él intentó zafarse, pero se encontró con mi frente en su nariz. Esta vez el movimiento no me salió mal.

—¿Estás loco? ¿Sabes quién soy? ¡Policía! ¡Policía!

—¿Mataste a Emi, hijo de puta?

—¡Mi nariz! ¡Policía! —gritó de nuevo, agarrando mis manos y sangrando a borbotones.

Ya, ya sé lo que estáis pensando. Que era un hombre mayor y que no le había dado la oportunidad de explicarse. Me daba igual. Sinceramente, me lo sigue dando.

—¡Respóndeme! —exclamé yo, zarandeándole.

—¡Claro que no! ¡Espera! ¡Para! ¡Policía!

—Ella sabía que tenías una relación con la hija menor de Paulo Botello. También que intentaste abusar de Ileanna que, por cierto, es además la novia de tu hijo.

—Mi hijo está en Oxford, loco de mierda. No sabes lo que estás haciendo, vas a acabar en…

—¡Cállate! —grité, girando sobre mi cuerpo y estampándole contra la pared contraria—. Ella sabía tus secretos y por eso te deshiciste de ella. A un hombre como tú no le costaría mucho preparar su barco para que explotase. La amenazaste. Sabemos que la amenazaste. Y luego sin que nadie te lo pidiera te excusaste entregando las grabaciones de aquella noche.

—No sé de qué me estás hablando. Y sí —dijo él, con la cara roja—, tengo grabaciones que demuestran que no hice nada ese día. Igual que las tengo hoy de ti. ¡Policía!

—¡Que te calles!

Le solté con la mano derecha para darle un puñetazo en la cara. Toda la rabia, la depresión y la desesperación se juntaron en aquel golpe que impactó en su cavidad orbitaria, haciéndole caer al suelo.

—Se te va a caer el culo —dijo él—. Acabas de arruinar tu vida, chaval. En esta propiedad se graba absolutamente todo.

De repente, en la entrada, luces azules. Pasos. Un par de saltos.

—Si te sirve de consuelo, la rusa y la francesita eran solo unas zorritas. Sólo les interesabs el dinero —dijo a trompicones, con el volumen justo para que yo le escuchara. Se pasó la mano por el labio inferior mientras me lanzaba una mirada de soslayo y sonreía—. Tu amiga era lo peor de esta sociedad. Una guarra. Una lacra. Una infeliz amargada y chantajista que creía que seguía viviendo sus años de gloria del instituto. Fue una don nadie y murió como una don nadie. Mejor para todos. Mejor para ella.

Quise abalanzarme sobre él, pero alguien tiró de mí desde atrás. Luego me tiraron hacia delante, contra el suelo y mi cara chocó contra los azulejos.

—¡No! ¡Por favor! —grité—. ¡Él mató a Emilia Lamoreaux!

—Levántese conmigo, le vamos a llevar a comisaría.

De lado pude ver que a Eloy también se lo llevaban y sonreí. Y mientras me leían mis derechos, me dije que sólo quedaba un día más.

Sólo un día más.

Capítulo cincuenta y dos

***8 días después** del funeral*

Paulo Botello, sentado en el gran sofá dispuesto en el centro del gran salón de su gran casa, se disponía a hincarle el diente a un bocadillo de chorizo y queso que podría dar de comer a todo un recreo. Como cada día, a media mañana, abrió su lata de Coca-Cola Light y esperó a que el gas escapara unos segundos para beberse la mitad de un trago. Frente a él, un canal de la televisión local al que se había enganchado por culpa de una telenovela simplona exportada desde Europa oriental y de la que, inexplicablemente, ningún otro canal había adquirido los derechos. Pero su apacible segundo desayuno se vio interrumpido: en vez de una telenovela, estaban echando las noticias.

Primero miró el reloj, por si sus largas cabezadas le hubieran hecho perder la noción del tiempo. Luego le preguntó a su hija Caterina si ella sabía si habían cancelado la serie turca. Su hija, en el sofá de al lado y sin dejar de mirar su teléfono móvil, levantó los hombros en coordinación con las cejas y la barbilla.

Cuando se disponía a cambiar de canal, con el mando en la mano, lo que escuchó casi hizo que se atragantara. No es que se hubiera confundido de canal. Ni tampoco habían cancelado la telenovela. Era un noticiario especial por la detención del conocido nuevo sospechoso por el caso de Emilia Lamoreaux. Caterina se incorporó en el sofá, sorprendida, preguntando si la foto del hombre que aparecía sobre el titular era del mismísimo Eloy Bellacasa.

—Shhh, calla.

En las noticias explicaban que había sido detenido como principal sospechoso de la muerte de Emilia Lamoreaux, desaparecida hacía tres meses y trabajadora en su sucursal bancaria desde hacía más de diez, tras haber sido agredido en su propio domicilio.

Además se habían abierto investigaciones en torno a posibles agresiones sexuales y tratos vejatorios en la misma sucursal y se investigaba su relación con una menor de edad: un testigo afirmaba haber presenciado dicha situación y no haber denunciado con anterioridad por medio a represalias.

—Mierda. ¿hablan de ti? ¿Se refieren a ti? —preguntó Paulo en el mismo momento en que comenzó a sonar el teléfono. Lo que quedaba del bocadillo cayó sobre la mesa—. No respondas.

—Papá, yo…

—Se acabó.

—Papá —dijo su hija, levantándose—, no ha abusado de mí. Tengo que aclararlo, tengo que hablar con la policía…

—¡Me da igual! —exclamó—. ¿Por qué siempre haces lo mismo? ¿Qué cojones has visto en ese viejo? El dinero te pierde.

—Será hereditario…

—¡Que te calles! —gritó él, fuera de sí—. Cuando la policía venga a preguntarte, nos habremos ido ya. No podemos permanecer en el foco.

—Pero, papá… ¡Él no ha hecho nada!

—¿Quieres volver a vivir en una habitación con el viejo de tu padre? ¿No quieres darte un baño en tu propia piscina todas las mañanas? No me vengas con monsergas. Serás menor de

edad, pero ya eres muy adulta para comprender la situación en la que nos encontramos.

—Ya lo sé. ¡Ya lo sé! ¡Pero me ha tratado muy bien!

—¡He dicho que me da igual!

Abofeteó la cara a su hija y después intentó controlar su agitada respiración.

—Todo por el desagüe otra vez. Tendremos que empezar de nuevo.

Paulo cogió aire antes de proseguir:

—Tenemos que darnos prisa. Pasarán meses antes de que nos hagan devolver el dinero y podremos vivir bien hasta que encuentre a otro pardillo. Sí, sí. Venderemos la casa. Buscaremos un nuevo sitio. No pienso perder todo lo que tenemos para salvar a ese hijo de puta.

—Declararé a su favor.

—¡Claro que no lo harás! ¡Ve a hacer tu puta maleta! —Ella se puso firme—. ¿Pero qué te crees que es lo que hemos hecho? ¡Vivimos así por una mentira! Y no me mires así, al fin y al cabo tú has hecho esto por dinero, ¿no?

—¿Me estás llamando puta?

Paulo cogió aire.

—No declararás. Y punto.

—¡Eloy es buena persona! ¡No puedo dejarle solo!

—¿Buena persona? —gritó el padre, agarrándola del brazo y zarandeándola —. ¡Mira las noticias! ¡Ha abusado de otras chicas! ¡Y dicen que fue él quien mató a la francesa! ¿Cómo puedes decir que alguien que hace eso es buena persona?

Caterina se revolvió, haciendo que su padre le soltase la mano.

—¿Y cómo puede un padre permitir a una hija hacer lo que tú me has dejado hacer? ¿Me vas a decir que no lo sabías? ¿Eh? —gritó—. ¡Dejaste que lo hiciera para poder apretarle por otro lado y sacarle más dinero! ¿Cómo puedes considerarte tú buena persona?

—Cariño —respondió—, por desgracia ni tú ni yo somos buenas personas.

Caterina permaneció en silencio mientras una lágrima resbalaba por su mejilla y asumió que no podía hacer nada para cambiar su destino.

Me interesé por ella años después de los acontecimientos que aquí veis escritos, pero jamás logré averiguar nada. Sí tuve la certeza de que su padre acabó donde debía hacerlo un tipo de su calaña: entre rejas.

Si algún día lees esto, Caterina, sólo te deseo que decidieras escapar de esa vida.

Capítulo cincuenta y tres

***9 días después** del funeral*

Pasé una noche, larga y fría, compartiendo calabozo con un adicto que contaba que le habían pillado intentando robar un bolso por pura necesidad. «Para comer», repetía una y otra vez. El pobre diablo me habló de su madre, de lo decepcionada que estaba. De lo mal que lo había pasado su familia y de cómo no pudo afrontar la situación en casa de otra manera. Cuando se quiso dar cuenta era demasiado tarde. Y yo, mientras, estiraba el torso para aparentar ser más duro de lo que en realidad era.

A primera hora de la mañana pasé a disposición judicial. Como no tenía abogado, uno del Estado se presentó en las dependencias judiciales, a donde muy amablemente dos policías bastante más jóvenes que yo me acompañaron. Era una sala no muy grande, nada que ver con las que aparecen en las películas americanas. Allí vi a Carolo, esperando y negando con la cabeza. En la sala de audiencias el juez me tomó declaración y alegué sin complejos que creía haber descubierto al asesino del amor de mi vida.

—¿Entonces reconoce haber allanado la morada de Eloy Bellacasa, en el número dieciséis de la calle Cometa, ayer cerca de la medianoche, y haberle propinado varios golpes en la cara?

—Dos. Pocos para el asesino de Emilia Lamoreaux, ¿no cree?

Los jóvenes policías, el presunto abogado y el juez fiscal imitaron a Carolo y también negaron con la cabeza. Una vez terminado el bochornoso acto, el asunto quedó para vista y me comunicaron que quedaba a disposición para cuando fuera citado por la autoridad judicial.

—¿Se ha enterado mi hermana? —pregunté primero.

—¿Es que has perdido la cabeza? —contraatacó Carolo cuando ya estaba en la calle, a las puertas de la comisaría—. Esto se nos ha ido de las manos. Se acabó, Bruno. Y no, Inés no se ha enterado. Pero lo hará. Te recuerdo que esto es un pueblo.

Puse los brazos en jarra e inspiré con fuerza mientras las nubes descargaban un suave manto de agua. Me sentía como Tim Robbins en *Cadena Perpetua* y, para mi sorpresa, el molesto dolor de la nariz casi había desaparecido de un día para otro.

—Es él. Hay que condenar a ese hijo de puta, Carolo. Es un violador y un maniaco. Estoy seguro.

Carolo suspiró.

—Después de tu acusación he puesto sobre la mesa todo lo que habíamos averiguado. Hemos tomado testimonio a Ileanna, a su hijo y a algunas antiguas trabajadoras. Se ha registrado toda su casa, incluido el circuito de grabaciones, y hemos descubierto que tiene dos sistemas de seguridad: uno graba lo que ocurre y otro reproduce en bucle un día normal de Eloy. En uno apareces pegándole. En otro ni siquiera visitaste ayer su casa.

—¿Eso quiere decir que las grabaciones que entregó eran falsas?

—Efectivamente. Le han presionado y ha reconocido que las cintas que nos entregó voluntariamente el día de la explosión no son del tres de septiembre. Son de la, digamos, *cara B.* Eso, sumado a las amenazas a Emi que hemos recopilado y todos los testimonios que esperamos conseguir durante los próximos días… Enhorabuena, tal vez hayas dado en el clavo. De

momento han aparecido nuevos restos en el mar y se ha reactivado desde anoche la búsqueda intensiva del cuerpo de Emi. Es posible que el robot marino encuentre algo pronto…

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Y Bellacasa qué dice?

—Que tenía miedo de que se descubriera que esa noche estaba con Caterina Botello. Que cuando vio la noticia sabía que le preguntarían por ser el dueño de barco y que era difícil para alguien como él reconocer que estaba con una menor.

—No te jode —bufé.

—También ha recalcado que se aman y que eran relaciones consentidas. Estamos intentando dar con ella, pero no hay manera. Iremos a su casa para ver si puede corroborar la historia. De todos modos, es un delito.

—Sí… —Pensé que en realidad era injusto si se querían. Si fuera verdad. Pero no podía serlo —. No me creo que ella estuviera enamorada. ¡Conseguiré pruebas de que es un depredador sexual!

—Tú ya no tienes que hacer más, Bruno.

Nos quedamos en silencio mientras una suave llovizna nos caía encima. Me froté un poco los brazos para darme calor y el pecho para quitarme los nervios. Carolo puso una mano sobre mi hombro.

—Hoy era el último día, ¿no? —preguntó.

—Es el último día.

—Pues déjalo. Termina tu reportaje. Véndelo. Busca un trabajo y olvídate de todo este asunto. Ya está en vías de resolverse, y todo gracias a ti. ¿Qué más quieres?

Carolo se dio la vuelta para empezar a subir los tres peldaños que llevaban al que hubiera sido el refugio de su padre.

—¿Y si no era él? ¿Qué hay del encapuchado que discutió con Emilia?

—Era él. Y ya no es cosa tuya. Déjalo ir. Tienes que terminar con esto.

—Te lo he puesto en bandeja. ¡Terminemos como empezamos, juntos! ¡Échale pelotas, joder! ¡Tu padre estará orgulloso! —grité—. Te lo suplico. Lo necesito.

En ese momento otro policía se asomó a la puerta y solicitó la presencia de mi amigo. Se trataba de un tema urgente.

—Ve a casa de tu hermana, descansa, date una ducha y escribe. Tú has iluminado el camino y eso es más que suficiente.

Las gotas de lluvia eran cada vez más gordas, como pequeños globos de agua que explotaban al impactar contra el tejado de mi cabeza. Mi cada vez más escaso pelo me caía sobre la frente y, viendo a mi amigo entrar en la comisaría, dije en voz baja que no era más que suficiente. «Ni siquiera suficiente».

Pedí un taxi hasta la calle Cometa y después de parar a desayunar algo recogí mi coche para volver a casa de Inés. Si Eloy Bellacasa era el culpable, ¿por qué sentía que se me escapaba algo? Seguíamos sin saber quién era la persona encapuchada con la que discutió Emilia antes de partir. ¿Podría ser él mismo?

Repasé de forma mental cada una de las personas de las que habíamos sospechado:

¿Eloy Bellacasa, a pesar de ser una horrible persona, era el tipo de persona que mataba a alguien?

¿Querría callar a la persona que le chantajeaba y que sabía tantos de sus secretos?

¿Iría encapuchado hasta su propio barco? ¿No le habría reconocido Vidal Aponte?

¿Su hijo Jaime e Ileanna Sharova dijeron la verdad?
¿Podrían haber hecho explotar el barco con Emilia dentro por accidente?

¿César, el marido, podría haber sentido celos a pesar de estar viéndose con una amante?
¿Fue un crimen pasional? ¿Ángela está cubriéndole, diciendo que estuvo con él aquella noche?

¿Nanette podría haber matado a la persona que más quería? Si no, ¿por qué tanto mensaje oculto?
¿Por qué Emilia la puso como beneficiaria de su póliza de vida si ni siquiera se hablaban?
¿Cuál fue la razón real de que Evita la abandonara?

¿Por qué me había mentido Alfonso? ¿Y por qué me había mentido Tino?

La pena cortocircuitó mis pensamientos. Mis amigos me habían mentido en pos de protegerse. No les importaba Emi: les importaba que nadie pudiera relacionarles de ninguna manera con lo que ocurrió la fatídica noche. ¿Era eso indicativo de algo? ¿Me habrían dicho ya toda la verdad? Y, si fuera así, la pregunta del millón, que me taladraba el bulbo raquídeo de forma constante:

¿Pudo Emilia haberse suicidado?

Estaba casi igual que al principio. Pero más triste, más vacío y deshecho. Supuse que la búsqueda de la verdad era más importante que la verdad en sí. Respiré aliviado cuando, al entrar en casa de Inés, vi que ni ella ni Federico estaban.

—Solos tú y yo —dije al otro Bruno.

Me quité la chaqueta que había llevado durante la última semana no sin antes sacar el escrito, la cinta y las dos fotos del forro interior.

El escrito que nunca le di respondiendo a su última pregunta.

Las dos fotos de nuestra juventud, en la feria y en el espigón.

La cinta que rescaté de *nuestro-rincón-secreto* el día que Tino me partió la nariz.

Dejé todo sobre la mesa y me tiré sobre la cama. Observé esos objetos durante unos minutos antes de que mi mente decidiera desconectar. Al despertar, me sorprendí al ver a Inés alzándose ante mí como un gigante con los brazos cruzados. La saludé y ella se sentó en el colchón con cuidado, sin mover ni un músculo de cintura para arriba. No hice el esfuerzo de levantarme.

—Ya sé dónde estuviste anoche. Ni siquiera llamaste.

—Esto es un pueblo, supuse que te enterarías. Pero tranquila, ya ha terminado.

—Lo sé —se encogió de hombros—. Pues estoy orgullosa de ti. Al final encontraste la verdad. Estoy segura de que todos los medios de comunicación querrán tu artículo, ya es noticia nacional. Se acerca la Navidad y no habría mejor regalo para mí que el hecho de que por fin volvieras a tu vida.

—Sí — farfullé.

Me dio un beso en la frente y, en cuanto cerró la puerta, me incorporé para seguir con el reportaje. En cierto modo muchas de las líneas que has leído, estás leyendo y leerás fueron

escritas entonces. Las frases fluían, mi cabeza funcionaba y todo se conectaba de forma providencial. Y así pasé un día entero, sin apenas dormir. Tengo el vago pero certero recuerdo de haber pensado, justo antes de que sonara mi teléfono poco antes del siguiente mediodía, que aún no tenía un final de verdad. Era Carolo, que parecía haberme escuchado:

—Siento decírtelo así, directo y por teléfono, pero ha aparecido el cuerpo de Emilia.

Tras llorar durante mucho rato, consolado por mi hermana y mi cuñado, me sentí en cierta forma aliviado. Inés entendió que me quedara unos días más esperando el resultado forense y un entierro de verdad. Pensé que se podrían recabar más pruebas para comprobar si efectivamente todo había sido provocado por ella misma o si, como pretendí descubrir, fue un tercero. Preferiblemente Eloy Bellacasa.

Carolo me avisó de que el cadáver, al haber estado tres meses en el agua, estaba casi descompuesto. Sólo la reconocieron porque llevaba su vestido verde, de flores, culpable de que el cuerpo permaneciera sumergido tanto tiempo al haberse quedado bajo piezas metálicas del barco.

Aún puedo escuchar de la boca de mi amigo «los peces se han puesto las botas» como si no hablara de una de las únicas amigas que había tenido en su vida. Apenas quedaba carne, hinchada y carcomida por la naturaleza submarina, e incluso algunos huesos habían desaparecido por completo.

Fue difícil y a la vez fácil para la policía forense determinar que no había marcas ni signos claros de violencia punibles ya que el cuerpo había estado expuesto a una explosión brutal, pero sus teorías mantenían como causa de la muerte el ahogamiento en caso de que hubiera sobrevivido a la explosión. El segundo funeral de Emi, como lo llamaron algunos, se celebraría en el cementerio que había a la entrada de la ciudad colindante donde también enterrarían sus restos mortales.

Por otro lado, pedí a Federico que transmitiera mi agradecimiento a Alfonso y a Tino por presentarse en la puerta media docena de veces pero que dejara claro un mensaje: «Bruno no quiere veros». Hay gente que no entiende que cuando alguien no te coge el teléfono en más de diez ocasiones significa, simplemente, que no quiere hablar contigo.

—Nanette ha venido hoy a hacer las últimas declaraciones —dijo Carolo, al otro lado del teléfono—. Sé que está siendo duro, pero tienes que saber que es tu última oportunidad si quieres venir a ver a Emilia antes del funeral. A lo que queda de ella.

—Gracias, pero prefiero quedarme con aquella imagen.

—¿Qué imagen, Bruno?

—Nos vemos en el entierro.

Colgué sin contestar a su pregunta porque decir en voz alta «la imagen de la última vez que la vi» aún se me atragantaba.

Capítulo cincuenta y cuatro

***6 meses antes** del funeral*

Era junio y ya habían pasado dos meses desde que Emi se hubiera casado. Tres desde la última vez que la viera, antes de su boda. Tras lo que había ocurrido en el coche no habíamos vuelto a hablar y yo seguía con sus palabras retumbando en mi cabeza:

—En el refugio, cuando me fui, no viniste detrás de mí. Como en París. Como tantas otras veces. ¿Por qué nunca has venido detrás de mí si tanto me quieres? ¿Por qué no eres capaz de decirme por qué me quieres?

En la revista yo iba cuesta abajo y sin frenos y, aunque aún no me habían dado la estocada definitiva, poco me faltaba. Había intentado recuperar al antiguo yo, pero ya no existía. Se había ido lejos. Escribí sobre los acontecimientos más importantes del momento, perdiendo fuelle y atractivo en cada uno de mis artículos. Si desgranaba un atentado en Charlie Hebdo, se me venía a la cabeza su último beso en mi mejilla. Si era un avión de Germanwings estrellándose con 150 personas a bordo, lo que me venía a la mente era Emilia llorando, al otro lado del coche, junto al puerto local. Juraría que en mi texto sobre la candidatura de Donald Trump hice alguna referencia a Emilia huyendo, otra vez, de un *nosotros*.

Me convencí de que tal vez ser amigos no estuviera tan mal. Puede que ese fuera el equilibrio que necesitaba. Al fin y al cabo, necesitaba saber cómo estaba, escuchar su voz de nuevo. Sólo tuve que desbloquear el móvil y buscar su nombre en la agenda para conseguirlo.

Me sorprendió que respondiera tan rápido.

—¿Cómo estás? —pregunté—. He pensado que no habíamos hablado desde la última vez que nos vimos. Y ahora ya eres una mujer casada.

—Pues todo bien —mintió—. ¿Tú?

Le expliqué que sufría un bloqueo creativo y que mis artículos habían perdido magia. Que me gustaría verla, en calidad de amigo, aclarar mis ideas y dejar nuestro capítulo cerrado de una vez por todas. Aunque fue un poco reticente, insistí, explicando que había algo que quería regalarle por su boda. Al final, accedió.

—Como amiga —dijo de nuevo, antes de despedirse.

¿Fue una flecha en el corazón? Sí. ¿Una flecha en un corazón que estaba ya algo podrido y apenas sentía cada nuevo pinchazo? También.

Decidí citarla en el paseo marítimo, a la vista de todos, para que se sintiera más cómoda. Y allí se plantó, tan reluciente como siempre. Hablamos de todo menos de nuestro último encuentro: sobre mi madre y su tía en los viejos tiempos o la manía que le tenía mi hermana Inés cuando éramos pequeños. «Y me tiene», opinó, entre risas. «No es algo que me moleste, llevo toda la vida con ello».

Los guiris ya habían empezado a inundar la costa, aunque los meses siguientes la cosa se pondría mucho peor. Después, las noches bajo las estrellas, la feria y las playas, abarrotadas, eran el sustento del año y, mientras los comercios locales se frotaban las manos, nosotros pensábamos que estábamos un año más lejos de nuestra mejor versión. Seguimos paseando con las manos en los bolsillos y sin mirarnos demasiado.

Emilia intentó justificarse diciendo que a su boda no había ido apenas gente.

—¿Invitaste a Evita antes que a mí?

Ella se burló, imitando mi tono de voz. Después me dijo que, para mi tranquilidad, Evita no había ido. Pensé que era lógico, ya que se odiaban profundamente.

—Fueron buenos años, ¿verdad? Yo puse tu nombre a todas las margaritas y tú me invitaste a pasar a tu mundo.

—No te pongas tan intenso —respondió, haciendo chocar su hombro con mi brazo.

—Bueno, siempre nos quedará París, aunque digas que no.

—Cuidado, soy una mujer casada —dijo ella, elevando las manos al cielo.

¿Lo de una flecha clavada en mi maltrecho corazón? Ver el anillo en su dedo fue como si alguien la retorciera intentando encontrar la aorta.

—Hablando de eso —dije, parando el paso—. El regalo que quería que tuvieses…

Saqué el colgante de la Torre Eiffel, que ella me había devuelto en la boda de Carolo, y Emi entendió que no había segundas intenciones ni chantaje emocional. Sólo un recuerdo sincero de nuestra mejor época.

—Gracias —contestó. Sus mejillas se tornaron coloradas mientras miraba el collar de feria como si fuera algo que realmente valiera más de un euro—. Te prometo que esta vez lo guardaré.

—¿Cómo se llamaba la calle de los edificios de colores que tanto te gustaba? Cerca de donde viviste cuando estabas allí.

Ella se pasó el pelo por detrás de la oreja. Acababa de entender que nadie sabía más de ella que yo.

—Rue Crémieux. ¿Por qué?

—Porque te prometo que jamás olvidaré el nombre de tu calle preferida en el mundo.

—Espero que cumplas tu promesa.

Anduvimos en silencio un rato más disfrutando de nuestra compañía y dedicándonos una sonrisa de vez en cuando, hasta llegar al espigón, en la base del peñón. Aquel trozo de cemento que había servido como inspiración de nuestra juventud se había convertido a nuestros ojos en lo que siempre fue: un trozo de cemento. Puede que convertirse en adulto signifique ver las cosas como son, sin artificios.

—Aún recuerdo aquel radiocasete, ya era toda una reliquia. Me pregunto cuánto dinero valdrá ahora —dije, haciendo reír a Emilia.

—Es increíble. Hacía años que no me paraba aquí.

—También me acuerdo de tus cintas.

Giró su cabeza y entornó un poco la mirada.

—¿Ah, sí? ¿De todas?

—¡Claro! ¡Cómo olvidarlas! Todas con su título en francés. *Cuando estoy feliz, Cuando estoy melancólica, Cuando estoy enfadada, Cuando me quiero morir, Cuando quiero irme lejos* y… Se me olvida una, ¿verdad?

Ella sonrió y me golpeó en el brazo, sin dejar de sonreír, con el dorso de la mano.

—¡*Cuando me siento libre*! ¡Si era de las mejores cintas! Era la que ponía aquí una y otra vez.

—¡He recordado cinco!

—Es verdad, nada que reprochar… Todavía tengo las listas de canciones. Un poco cambiadas, pero casi igual que entonces.

—¿En serio? —me burlé—. ¿Sigues haciendo listas según tu estado de ánimo? ¿Sigues poniendo *Cuando estoy feliz* después de dar un paseo?

—Te aseguro esa no es la lista que escucho estos días. —Resopló y no quise ahondar

demasiado para no parecer invasivo—. Ahí detrás, hace más de cien vidas, nos besamos por primera vez. ¿Recuerdas lo que te pregunté?

—Claro.

No es difícil, aún hoy, rememorar cómo clavó sus ojos en los míos para después preguntarme por qué me gustaba. Sonreí.

—Me obligaste a firmarte una dedicatoria de un libro que jamás escribí. ¡Me hiciste prometer que escribiría un libro!

Ella rio, tranquila.

—¡Sí! —exclamó—. Ese libro era mi plan para ser eterna: lo que queda escrito dura para siempre. Y también me debes una respuesta.

—¿Un libro y una respuesta?

—Lo prometiste, ¿no? Y jamás me contestaste de verdad por qué te gustaba.

—Venga ya. —Puse los brazos en jarra—. Yo te quería. No me gustabas: te quería. Y te dije por qué muchas veces.

La tregua había terminado: ya no estábamos tranquilos y habíamos vuelto a hacía seis meses. El pequeño oleaje nos regalaba su precioso sonido al chocar contra el peñón.

—Me gusta que cantes. ¿Sigues cantando? Hace años que no te escucho —pregunté, intentando rodear la conversación.

—Tú… ¿por qué me sigues queriendo?

El que lanzó la flecha y luego jugueteó con ella acababa de sacarla de mi pecho, echarle diez kilos de caramelo encima y regalárselo en alguna feria a algún niño grueso. Intenté camuflar mi *atragantamiento* con una risotada.

—¿Que por qué te quiero, en presente? —Ella levantó las cejas y curvó sus labios hacia arriba—. Emilia, mira… yo…

—No pasa nada —sonrió—. De verdad. Guardaré siempre este colgante. Te lo prometo. ¡Cuando lo vea me pondré muy feliz! Pero no por nosotros, sino por lo que fuimos. No sabes decirme por qué me quieres porque tú de lo que estás enamorado es de mi esencia, no de mí; no me echas de menos a mí, sino a esos veranos junto a tu vecina loca y gamberra que te hacía vivir aventuras.

Volvió a darme en el brazo, pero yo ya no sonreía.

—Emi, eso no es verdad….

—¿Por-qué-crees-que me-quieres, Bruno?

No pude responder inmediatamente y ella se encogió de hombros antes de terminar con nuestro paseo.

—Tienes que dejarme ir. Yo ya hace tiempo que lo hice.

Me dio un beso suave y me susurró «Au revoir» al oído. Fue tan cálido. Tan definitivo.

Al llegar a Madrid intenté escribir una carta explicando por qué la quería; tardé más de una semana en encontrar las palabras exactas. Jamás la leyó porque no tuve el valor de hacérsela llegar y lo siguiente que supe de ella, tres meses después, fue que había muerto en ese mismo mar.

Emilia Lamoreaux se había despedido para siempre.

Capítulo cincuenta y cinco

***16 días después** del funeral*

Estuve tres días encerrado en la habitación que mi hermana había dispuesto para mí con casi la única compañía del otro Bruno. Puse al servicio del teclado todo mi ser, esperando que la escritura de mi reportaje me ayudara a sobrellevar todo lo que había descubierto y, quién sabía, quizá también me proporcionara una fuente de ingresos estable.

Algunos periodistas, a sabiendas de que un compañero de profesión había sido el causante de todo ese revuelo haciendo periodismo de la *vieja escuela*, dieron conmigo e intentaron que prestara algunas declaraciones (cosa que no hice).

También contactó conmigo la revista para la que había trabajado hasta hacía tres meses: primero estaban interesados por el reportaje que tenía entre manos y me di el gusto de decirles que no, ya que:

Uno: sabía que pronto se correría la voz entre los principales medios de comunicación y que lo que me ofrecían era mucho menos que lo que valía.

Y dos: aún estaba lejos de terminarlo.

Después me ofrecieron la misma cantidad por conceder una pequeña entrevista dando algún detalle de mi última semana, a lo que me tuve que negar para poder vender el texto en exclusiva. El tiempo pasó volando.

Intentaba no ver la televisión, ya que el caso de Emilia Lamoreaux había conmocionado a todo el país y había demasiados programas que especulaban y lanzaban testimonios confusos para la audiencia. Una noche, mientras iba a por un poco de agua a la cocina, vi cómo Inés y Federico se indignaban desde el sofá. En la televisión, un letrero blanco sobre fondo rojo rezaba:

«CATERINA BOTELLO HABLA:
ELOY ES UN DEPREDADOR SEXUAL».

Mientras los noticiarios contradecían a la policía, elucubrando sobre si la explosión había sido un asesinato o un accidente, y seguían de cerca la investigación a Eloy Bellacasa por abusos sexuales (con barra libre de declaraciones de víctimas en los distintos canales incluida), yo pulsaba teclas con furia y cierta confusión.

Me consolaba saber que la Navidad estaba demasiado cerca como para que la gente siguiera lanzando mentiras sobre Emilia demasiado tiempo, pero a la vez me marcaba un plazo cada vez más corto para poder terminar el reportaje: pronto todas mis palabras ya no tendrían ningún interés mediático.

¿Pero cómo iba a terminar una historia, aun teniendo el final, sin poder ofrecer a los lectores el desenlace que había llevado al mismo?

Fue un tibio veinte de diciembre. Siete días después de que hubieran encontrado el cuerpo escuché en la radio, mientras me anudaba una corbata negra al cuello, que no existía ni una

prueba concluyente contra Eloy Bellacasa por el asesinato de Emilia Lamoreaux: todo apuntaba a que sería absuelto por tal causa.

No así por lo ocurrido con Ileanna, Caterina, Emilia y varias extrabajadoras de la sucursal. Además, empezaron a salir a la luz innumerables operaciones de blanqueo de capitales y tratos de favor totalmente prohibidos en su oficio: habíamos abierto la caja de Pandora.

El alcalde de la ciudad vecina proveyó un cordón policial amplio con el fin de preservar la intimidad de la familia durante el entierro, pero, a pesar de las medidas de seguridad, hubo más del triple de asistentes que en el funeral celebrado doce días antes.

Incluyendo a Tino y a Alfonso que, esta vez, no llegaron tarde. César Juárez y Ángela llegaron juntos, que no revueltos, y esta vez parecían estar donde les correspondía: detrás y lejos, casi de forma testimonial. Carolo se colocó a mi lado, con las manos cruzadas.

Nanette me besó al llegar y me agarró por la cintura, y creo que fue la primera vez que la vi llorar de forma desconsolada.

—Nanette, siento todo lo que ha ocurrido. Sólo quería conocer la verdad.

—No te preocupes, Brunito. Espero que algún día la descubras —sentenció, agarrándome más fuerte y apoyando su cabeza en la parte alta de mi brazo.

No lloré mientras bajaban el ataúd de Emilia.

Tampoco cuando echaron la tierra encima.

Ni cuando se empezó a dispersar el gentío.

Estuve cerca cuando Tino y Alfonso se aproximaron con la intención de hablarme y Carolo se lo impidió por expresa decisión mía. No podía dejar de pensar que ellos también eran culpables de lo ocurrido, cada uno a su manera.

Pedí unos segundos a solas y leí, esta vez sí, el texto que tanto me había costado escribir.

Después de decirle a Emilia por qué la quería dejé la carta al pie de la tumba y me di la vuelta en dirección a Carolo.

—Supongo que jamás sabremos quién era ese encapuchado, ¿no? Hubo momentos en los que pensé que seguiría viva.

—Supongo que tampoco es importante. Ya está descansando. Mi padre me ha recomendado para el puesto, a lo mejor al final tengo suerte. También pienso abrir una investigación por maltrato contra César Juárez.

—Te lo agradezco.

Para ser sinceros, no entendía cómo alguien como Carolo iba a llevar una comisaría sin que fuera un auténtico desastre.

Ya estaba montado en mi coche cuando toqué el bolsillo interior de mi traje. Todas las emociones se habían juntado y estaba a punto de hiperventilar, pero comprobar que lo más valioso que tenía aún estaba allí, conmigo, me hizo recuperar el aliento.

Ya era hora de partir.

—¿Y ahora qué, Emi? No puedo poner tu cinta porque mi coche sólo tiene para CD. Tú siempre tan tú —dije al aire. Después me pregunté si estaba volviéndome loco y casi se me sale el corazón por la boca cuando alguien golpeó el cristal.

Era Lola que, vestida de forma elegante y con el pelo recogido, apretaba el abrigo que llevaba puesto contra su cuerpo. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y la mínima sonrisa que me ofreció ni siquiera mostró su dentadura. Me bajé del coche para abrazarla.

—¿Cómo estás? —me preguntó después de una eternidad.

—Listo para empezar de nuevo, supongo. —Ella miró hacia otro lado, intentando contener la emoción. Pero había algo más—. Lola, ¿qué haces aquí? ¿estás bien?

—No —dijo, antes de empezar a llorar a mares. Sus manos temblaban casi al compás de su labio y parecía tener más frío del que en realidad hacía—. ¿Tú crees que pasó algo entre Tino y Emi?

La pregunta fue tan directa que me pilló descolocado. A pesar de estar enfadado con Tino y Alfonso por haberme mentido, jamás dudé de las cosas que me dijeron. La respuesta era clara.

—No. —Lola dudó un instante—. ¿Qué pasa, Lola?

Cada vez con más nervios encima, comenzó un relato que hizo que me mareara:

—La noche de lo de Emilia Tino llegó muy tarde: venía completamente mojado. Le pregunté de dónde venía y me dijo que había pasado por un riego. ¡Un riego, Bruno! ¡Supe que no era verdad! Pero él nunca me ha mentido, tú sabes que Tino es bueno, es muy buena persona… Él no pudo…

—Tranquilízate, Lola. —La abracé para intentar reconfortarla.

—Le pregunté… le pregunté qué había pasado. Pero dijo que nada. Mi sangre es venezolana, pero soy de aquí: sé cómo huele el salitre. Joder, sé cómo huelen unos vaqueros mojados en el mar. Al día siguiente vi las noticias, la búsqueda… pero no dije nada… Tino parecía tan afectado… pero en el fondo de mí…

—Lola, ¿me estás diciendo que crees que Tino hizo todo esto?

—Yo pensaba que Emilia podría haber huido… ¡no era feliz! Pero ahora que ha aparecido su cuerpo… ahora que es real…

Yo insistí. Mi cerebro no era capaz de dibujar la respuesta que estaba poniendo frente a mí. ¿Tino, mi mejor amigo…?

—Llevo tres meses haciéndome la misma pregunta, Bruno. Y necesito saber la verdad.

Guardé la cinta y las fotos en la guantera y la invité a pasar. Simulé calma, pero mi conducción indicó lo contrario. Veía de reojo a Lola apretar el cinturón con sus manos en cada curva y un pitido constante en mi oído interno indicaba que algo no marchaba bien. La *parte práctica* de mi córtex había saboteado la *parte racional*, cortando el cable de conexión. Lola me hablaba, pero yo no escuchaba.

Se quitó los tacones mientras yo subía a zancadas las escaleras del portal sin cambiar el gesto de mi cara. Al llegar a su puerta, quemé el timbre.

Cuando abrió, le pegué un puñetazo certero en la nariz y él, que ya estaba llorando de antes, se dejó hacer. Cayó al suelo de espaldas y se hizo un ovillo mientras yo le golpeaba. Lola tiró de mí y yo la empujé, haciendo que trastabillara y también cayera.

—¡Lo vas a matar! —gritó Lola.

Es lo que pretendía: matar a Justino Castañeda, mi mejor amigo desde siempre, compañero en mil aventuras, asesino del amor de mi vida.

Me erguí para coger aire y vi mis nudillos ensangrentados antes de lanzar una patada contra su espalda. Su nariz sangraba menos que mi mano, pero me arrepentí en cierta manera cuando le vi con la cara roja, llorando, con un hilo de baba rosácea cayéndole por la comisura.

—¡Cuéntame por qué cojones ibas con una capucha el día de su muerte y sabiendo que te buscábamos no dijiste nada! ¡Cuéntamelo si tienes huevos! —exclamé.

—¿Es esto lo que necesitas para perdonarme? —gritó él, abriendo los brazos—. ¿Quieres pegarme? ¡Pégame! ¡Yo no hice nada, joder! ¡Hay cosas que jamás te dijo por vergüenza! ¡No te las dijo porque no quería que la vieras como la veía el resto del mundo! ¡No quería que la dejaras de querer! ¡No quería que la dejaras de querer! —repitió, sollozando—. Yo no hice nada, joder…

—¡Habla de una vez!

Capítulo cincuenta y seis

***24 años antes** del funeral*

Sentado en el suelo y con la mirada de un ternero, Tino insistió en no tener culpa alguna. Me contó todo lo que Alfonso ya me había adelantado sobre Emi: su época fumando canutos, su rabia contenida hacia mí por no haberla perseguido nunca, su intento de suicidio en el barco.

—Lo único que he intentado es cumplir mi palabra. Te quiero, Bruno, pero quien la acompañó durante dos días en el hospital fui yo, no tú ni su marido. Y si no te he contado nada de esto hasta ahora es porque ella me hizo jurar que jamás lo haría… al menos hasta que muriera. Y ya está. Ella ya no está —dijo, mientras se limpiaba la nariz con una toalla que había llevado Lola—. Supongo que no podré entender por qué alguien como ella querría hacer algo así porque jamás he tenido una carga encima como la suya.

Era una historia que comenzaba nada más y nada menos que veinticuatro años antes de aquel momento, cuando mi mirada y la de Emi no se habían cruzado.

Lo que yo no supe ver, a mis siete años, fue todo lo que había sufrido esa niña antes de llegar a la casa de al lado. Desde la edad de cinco su padre aprovechaba la oscuridad que otros usan para contar cuentos a sus críos para meter la mano debajo del pijama de la niña, amén de obligarla a tocarle el miembro. A veces, incluso, le proporcionaba somníferos tan fuertes que hacían que perdiera el conocimiento al momento y ella se despertaba en mitad de la noche, sola, desnuda y escocida. Muerta de miedo, frío y soledad.

¿Y su madre? Su madre, que lo único que había deseado en su vida era encontrar un hombre con quien formar una familia, retorció su mente de la manera más vil para no ver lo que hacía aquel macho del que tan enamorada estaba.

«Ya sabes cómo funciona, cariño, si la tocas, crece. ¡Hazlo, es divertido!», contó Emilia que recordaba de la boca de su padre.

Emi era en muchos sentidos una persona excepcional, pero hasta entonces no pude imaginar la fortaleza mental que tuvo que presentar para sobrevivir, mientras esperaba que algún día un extraño hiciera daño a papá.

Cada jornada, al volver de la biblioteca (donde se quedaba largas horas para atrasar su vuelta a casa), deseaba no volver a ver la cara de aquel que sonreía a todos los demás sin decirles lo que le obligaba a hacer a su hija. Ella, a pesar de ser muy pequeña, entendía tanto la gravedad de la situación que sabía que jamás nadie la creería. «Sólo tenía cinco años, Bruno», repitió Tino.

Los mejores momentos de su infancia estaban ligados a su tía Nanette, que conseguía que Emilia olvidara por unas horas el infierno al que estaba sometida cada noche a pesar de que su familia se esforzara por brillar a la luz del día.

Las unía una conexión especial; la más fuerte que Emilia hubiera sentido nunca. Ella le enseñó la música de Françoise Hardy que contrarrestaba toda la música que su padre ponía cuando el sol se escondía y fue quien le regaló su primera guitarra. La llevaba de paseo, al cine, al laboratorio donde trabajaba (dejando a Emi ser su ayudante), a la noria…, hasta que decidió irse a España.

A su tía, cuyo oficio como química era inestable, le surgió la oportunidad de tener su negocio *(casi)* propio en el país vecino y, a pesar de que prometió que iría a verlos todos los meses, sus visitas se fueron espaciando cada vez más en el tiempo. Fue en una de ellas cuando Emilia decidió contar lo que ocurría cada noche a Nanette con la esperanza de que no se marchase más y eso, como es obvio, asustó a la mujer. Habló con su hermana, que se indignó ante una acusación tan grave, gritando improperios y llamándola desagradecida por todos los años en los que había sido su único sustento económico.

Y así estuvo la cosa durante unos meses, en los que Nanette descolgó y colgó el teléfono hasta diez veces para denunciar a su propia hermana frente a la policía francesa. Pero ¿qué iba a decir?

Al final se sintió avergonzada. ¿Por qué iba a creer a la niña sin más y no a su hermana, la adulta perfecta que siempre había sido lo que sus padres habían deseado? ¿Sería ella capaz de hacer la vista gorda con algo así? Pensaba que todo podía ser cierto y su hermana no saberlo o incluso haber surgido del rincón más oscuro de la mente de su sobrina. Necesitaba averiguar la verdad.

Abochornada, confusa y aprovechando que era verano y que había conseguido reunir algo de dinero gracias a sus primeros ingresos en España, regaló a la familia un fin de semana en Dieppe en señal de reconciliación. Averiguaría qué ocurría desde dentro. Por insistencia de la niña alquilaron un barco para el fin de semana completo en el que pasearon todos juntos el sábado, casi en silencio.

—No quiero que hoy papá y mamá estén con nosotras —suplicó después una pequeña Emi a su tía—. ¿Por qué no se van a dar una vuelta en ese barco tan bonito y nos quedamos tú y yo solafs? Por favor, Nanette. ¡Prepararemos juntas la bolsa para ellos! ¡Y nosotras haremos un pícnic en el hotel!

Su madre coincidió en que era una gran idea y, a pesar de tener que insistir, logró que su marido accediera.

Emilia, por su parte, había simulado durante demasiadas noches estar dormida a causa de los somníferos cuando en realidad los había escupido bajo la almohada, en su mano o en la manta. Intentaba poner su mente en blanco y permanecer inerte mientras su padre le echaba su aliento alcoholizado en la cara y ejecutaba la mayor monstruosidad que puede llevar a cabo un ser humano.

Ese día, en Dieppe, llevaría a cabo su plan: machacó la cantidad ingente de somníferos recolectada para meterlos a escondidas en la botella de vino, diluirlos en la cantimplora de agua e incrustar lo restante en la hogaza de pan que introdujo en la bolsa que insistió en preparar para sus padres. Su tía no entendía tanta amabilidad después de la historia escuchada, pero ¿quién era ella para interponerse entre los deseos de una niña que parecía tener problemas y su hermana? La madre de Emi estaba tan orgullosa del gesto que parecía relucir cuando su hija y su hermana se despedían de ellos en el embarcadero.

—¡Brindad por nosotras! —gritó Emilia, desde el puerto.

Mientras su padre remaba para salir con cuidado de la zona, su madre sirvió dos copas y, alejándose con lentitud, brindaron entre risotadas. Después, su padre dio un trago a morro.

Unas horas después llegó la terrible llamada: una explosión, probablemente originada por gases en el motor, era la explicación más viable. Los testigos dijeron que el fuego se había visto desde la misma orilla. Los cadáveres estaban abrasados a la mitad y los restos del barco se dispersaron en un radio de treinta metros. Si no hubo más heridos, fue de puro milagro. Tino explicó que Emilia guardaba recuerdos difusos: haber estado en la comisaría, la visita de Evita,

un policía haciéndola compañía.

La memoria volvía tras la misa funeral mientras la casa, en silencio, se les caía encima.

—¿Y dónde voy a vivir? Yo quiero ir contigo

—Claro que sí, cariño —contestó Nanette, que la acogió entre sus brazos.

—Papá me hacía cosas —dijo la niña antes de romper a llorar.

Nanette se sorprendió por aquellas palabras, pero decidió que lo mejor era acariciar su pelo para tranquilizarla. Tenía que llevarla consigo.

—No fue por ninguna explosión —dijo la niña al cabo de un rato—. Yo los envenené.

Su tía se echó hacia atrás y la miró, con terror. Tuvo que excusarse, durante un momento, para vomitar en el baño. Era una niña de cinco años que, a pesar de sus aptitudes y de su inteligencia, no podía haber hecho algo así. No podría haber querido hacer algo así. Cuando volvió, intentando aparentar serenidad, dijo:

—Emi, cariño, tú no los envenenaste.

—Me estaban haciendo mucho daño —dijo ella, que empezó a sollozar.

—Tranquila, tranquila. Mírame. Tú no tienes la culpa.

—Yo sólo quiero estar contigo. Tú no me haces daño.

—Te prometo que jamás dejaré que te hagan daño.

Emi se recogió los mocos con el dorso de la mano y explicó cómo había conseguido los somníferos, poniendo la mayor cantidad posible con la esperanza de que jamás despertaran. Nanette volvió a abrazarla, llorando en silencio, y sintió que la niña estaba asustada por su futuro pero en paz con su pasado.

—Ella mató a sus padres —dijo Tino.

—¡Mientes! —grité.

—Ojalá lo hiciera, pero puedes llamar a Nanette y preguntar, tío.

—¿Insinúas que se suicidó? ¿Que ella hizo explotar el barco de Eloy Bellacasa?

—Creía que no, pero ha resultado ser así. Hace casi cinco meses, en el hospital y después de que le hicieran el lavado de estómago, me contó lo que había hecho. Me dijo que era algo que conseguía sobrepasarla cada día… que cuando esos recuerdos volvían se sentía alguien que no era. Quedamos entonces en que jamás volvería a fumar ni un porro —contó Tino—. Ella accedió, con la condición de que yo jamás contara nada. Creo que a lo de las pastillas y al intento de suicidio le daba menos importancia porque era como una llamada de atención, pero lo de sus padres… eso la mataba. Me suplicó una y mil veces. «Y menos a Bruno, Tino. Si se lo cuentas me dejará de querer para siempre». Después de reflexionar, sonrió y me aclaró que tendría que guardar su secreto por lo menos cien años; que sólo si la sobrevivía te lo podría contar. Estaba seguro de que Emi saldría adelante… pero ya no está.

QUINTA PARTE

La aceptación

«La mer,

des reflets changeants

sous la pluie».[3]

La mer, Charles Tenet

Capítulo cincuenta y siete

***4 meses y medio antes** del funeral*

Cogí tanto aire que un pequeño vahído casi me hace caer. Lo entendía. Entendía que hubiera hecho aquello con sus padres, que me hubiera dejado atrás o incluso que se hubiera quitado de en medio.

Sólo era una niña que vivió lo mejor que pudo convirtiéndose en lo más extraordinario que yo había visto. ¿Hasta dónde habría llegado en la vida, de tener una infancia feliz? Por primera vez acepté que Emilia se había suicidado y que el sobre que había dejado en casa de su tía fue su forma de decir adiós. Y volví a respirar profundo, tratando de ponerme en su lugar. Extendí la mano para ayudar a Tino a levantarse.

—Todavía no me has dicho qué hacías en el puerto esa noche, Tino.

Durante las siguientes seis semanas hablaron casi a diario por teléfono. Emilia cada vez estaba más desanimada y en más de una ocasión le pidió a Tino que incumplieran su pacto y le consiguiera algo para fumar, aunque fuera algunas caladas. Él me prometió que se había negado. La última semana las cosas fueron a peor y Tino lo notó: apenas había logrado hablar con Emi en un par de ocasiones en las que ella no le había respondido más que con monosílabos. Además, había rechazado cualquier tipo de visita con la excusa de que tenía que descansar. Fue un par de horas después de caer el sol, durante la noche del tres de septiembre, cuando recibió la más inquietante de las llamadas:

—¿Te acuerdas de lo que te dije en el hospital?

—¡Por supuesto! De todo. Mis labios están sellados —respondió, sonriendo al otro lado—. ¿Qué pasa, tía? ¿Cómo te encuentras hoy? Tienes mejor voz.

—Tino, escucha. Es importante. Si por cualquier cosa sale mal, necesito que recuerdes lo que te dije sobre Bruno.

—¿Si sale mal? ¿El qué?

—Sólo cuando tengas la certeza de que ha salido mal, sólo si me sobrevives, puedes contarle todo lo que hice a Bruno, ¿vale? Pero si no es así… necesito que me prometas que no le contarás nada.

—Ya te dije que no iba a contar nada, no tienes que tener miedo por eso. —Hubo un silencio de los que sí que asustan—. Emilia, deja de decir gilipolleces. No hagas tonterías, voy a tu casa.

—No estoy en casa —dijo, firme—. Escúchame bien: a menos que algo salga mal, no le digas nada a nadie. No cuentes nada sobre mí. Confío en ti. Todo depende de ti.

—¿Salir mal? ¿El qué depende de mí?

—Tino…

—Dime dónde estás, Emilia. Me estás asustando.

—Despedirse siempre asusta un poco. Gracias por ayudarme, Tino. Eres un amigo de verdad.

Tino estaba sobrecogido: salió de casa sin decir una palabra, montó en su Camaro rojo y puso rumbo a casa de Emilia. Presionó el botón del telefonillo durante varios minutos, pero nadie contestó. Agobiado y desorientado, decidió ir al refugio a buscarla, pero tampoco estaba allí.

Ya había caído la noche cuando decidió avisar a Nanette, a pesar de que no hablaba con

Emilia desde hacía meses. Llegó derrapando. Cuando la tía de Emilia abrió la puerta, en camisón y con una gasa en la frente, lo encontró jadeando.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Es su sobrina —dijo Tino, de forma atropellada—. Sé que no se hablan, ella me lo contó, pero creo que va a hacer una tontería y usted es la única que puede ayudarme. Hace un mes y medio se tomó un bote de pastillas y ahora va a hacer algo peor. De verdad, no se lo diría si no fuera urgente: hay que encontrarla y llamar a la policía. ¿Qué le ha pasado en la cabeza? ¿Se ha golpeado? ¿Ha sido ella?

—Oh, esto. ¡Nada grave!

Nanette le miró de arriba abajo y abrió la puerta, invitándole a pasar. Le ofreció algo de beber.

—¿Pero es que no ha oído lo que le he dicho? ¡Su sobrina va a hacer algo malo! ¡Creo que quiere suicidarse!

—*Calmer*, chico. Pareces un delincuente con la sudadera así puesta.

Tino, con las manos en la cabeza, observó el gesto de Nanette, que casi parecía sonreír con una tranquilidad que le puso en tensión. Él se dirigió al teléfono y, cuando lo descolgó, ella pisó el cable haciendo que se desconectara.

—¿Está loca? ¿Qué está pasando?

—*Sienta*, por favor.

Él, incrédulo, obedeció. Las piernas eran víctimas de un tembleque y no podía evitar morderse los dedos de puros nervios. Ella le analizó durante unos segundos antes de comenzar a hablar:

—Cuéntame, ¿qué te hace pensar que se va a suicidar?

Tino explicó lo que Emi le había dicho en su llamada de hacía apenas una hora y media e insistió en llamar a la policía. Nanette le escudriñó y después meditó las palabras de él, como sopesando qué contestar.

—Emilia es una chica especial, tú la conoces bien. Ha decidido huir de su vida. No eres nadie para impedírselo.

—¿Así que lo sabe? Entonces llamemos a la policía.

Ella balanceó la cabeza con los ojos casi cerrados.

—No, no, no. Tienes que dejarla marchar, Justino.

—¿Usted sabe dónde está? —preguntó, levantándose del sillón—. ¿De verdad va a dejar que lo haga?

Nanette abrió los ojos, se levantó y se dirigió hacia el tocadiscos, del que quitó el vinilo que estaba ya colocado.

—¿Y ahora me va a poner música? Me largo a buscar a su sobrina, espero que esto no pese sobre su conciencia.

Ella, sin prisa, cambió el disco que había colocado y comenzó a sonar *La mer*, de Charles Trenet. Tino se quedó paralizado durante un instante, para, después, señalar a la tía de Emi.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Salió corriendo hasta el coche y se dirigió, a toda velocidad, hasta el puerto local.

Él había estado en el barco con Emilia, sabía cuál era el amarre y estaba seguro de que estaría allí. Atajó lo más que pudo, aparcando frente a él. Y allí estaba ella, soltando la cuerda del amarre. La sudadera le daba calor, pero tenía el pecho congelado.

—¡Emi! ¡No!

—¿Tino? ¿Qué haces aquí? ¡Vete! ¡Déjame!

—¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

—¡Tú no lo entenderías! ¡Vete! ¡Vas a estropearlo todo!

—¡Que bajes de una vez, te digo! —gritó él, desesperado.

—¡Déjame en paz! —exclamó ella, aún más alto.

Él, con la respiración agitada, no sabía cómo contener la salida de aquel barco. Estaba seguro de que su amiga quería hacer una estupidez.

—Bájate de ahí y lo hablamos, Emi. Ven y lo hablamos y me lo cuentas, por favor —dijo él, extendiendo la mano.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la cabina para arrancar el motor.

—Puedes subir, pero yo no pienso bajar —contestó ella, que se acercó a las escaleras, cada vez más lejos del muelle, para ayudarle a subir.

Tino agarró a la mano de Emi y ella, sólo con soltar la recién agarrada mano y dándole un suave empujón, le hizo resbalar y caer al agua aceitosa. Antes de conseguir subir, ella le dijo que no era nada personal.

—¡No te preocupes por mí, esto es lo mejor para todos! Y recuerda lo que me prometiste: confío en ti. Te quiero, amigo mío. *Au revoir, Tino!*

Conectó el equipo de música y *La mer* comenzó a sonar tan alto que Tino pensó que se escucharía hasta en la estación de policía. Cuando por fin consiguió subir al muelle la vio alejarse, despidiéndose con una mano y el gesto de quien sabe que no va a volver.

—Después volví a casa sin poder decirle a Lola dónde había estado. Al día siguiente me enteré de que había desaparecido y de la explosión del barco, pero no quise creerlo. Pensé que había conseguido huir, de alguna manera. Cuando Alfonso me dijo lo de los abusos deseé con todas mis fuerzas que él también supiera todo lo que yo sabía y le pregunté si también le había contado lo que había hecho en el barco, con las pastillas. Necesitaba compartirlo con alguien. No le dije ni una palabra más. Y entonces encontraron su cuerpo y supe que ya había llegado el momento de contártelo. Necesitaba decirte que lo que fuera que había pensado, había salido mal. Pero tú no querías verme… y yo estaba con esta mierda solo.

—¡Oh, Tino! —exclamó Lola.

Él empezó a llorar y los tres nos fundimos en un abrazo inmortal.

Capítulo cincuenta y ocho

***17 días después** del funeral*

Volví a casa de mi hermana, a la que abracé mientras el otro Bruno saltaba encima de nosotros y ella preguntaba qué me había hecho volver. Se me había hecho tarde, así que le pedí dormir una última noche en su casa.

—Las que tú quieras, hermanito. Podrías quedarte aquí hasta Navidad.

Le contesté, muy agradecido, que me apetecía volver a Madrid unos días para despejarme, pero que, sin duda, volvería para cenar con ellos en Nochebuena.

Escribí un mensaje al director de la revista de la que me despidieron ofreciéndole el reportaje en exclusiva por una suma de dinero bastante generosa. Eso sí, eliminé del texto cualquier referencia a un posible suicidio, dando a entender que la causa de la explosión había sido accidental.

En el reportaje, titulado «El barco de Eloy Bellacasa», no quise mostrar los demonios de Emi al mundo.

Les envié una copia encriptada por *e-mail* y a los treinta minutos recibí la aceptación por teléfono: lo publicarían al día siguiente. Les debió de gustar el nombre porque no lo cambiaron y el resto de los medios adoptó el título como universal. Lo vería durante los siguientes días en cada canal y en cada periódico.

—¡Me gusta el tono que ha cogido tu escritura, Bruno! —exclamó el director—. ¿Cuándo volverás por la redacción?

—No sé si me expliqué mal, pero no pienso volver por la redacción —insistí—. Muchas gracias por vuestro interés, pero no.

Mi cuerpo vagaba entre la felicidad por haberla conocido y la frustración por no haber podido evitar lo que ocurrió.

Con el afán de desconectar escuchando la cinta que había encontrado junto a Tino en *nuestro-rincón-secreto*, me dediqué a buscar un radiocasete antiguo por cada rincón de la casa de Inés. Aún me preguntaba cómo había sobrevivido, recordando con claridad el momento en el que Emi había destrozado todas delante de mí. Encontré en el garaje, por fin, un tosco *walkman* que subí conmigo a la cama.

Metí la cinta. La rebobiné hasta el principio. Y comenzó a sonar *La mer*.

La recordé subiendo el volumen en el coche de su tía mientras su mágica voz cantaba al unísono. La vi asomando la mitad de su cuerpo por la ventana con una mano en el volante, como si no le importara morir. Observando las dos fotos que me había dejado, pensé en la frase escrita en una de ellas.

«Nous aurons toujours Paris».

—Siempre nos quedará París —susurré, observando la reluciente Torre Eiffel colgando de su pecho.

Y de repente lo entendí. Me incorporé y saqué el ordenador de la maleta a toda prisa. En cuanto se hubo encendido, abrí el traductor y metí las palabras escritas en un lateral de la cinta,

que apenas se veían. No sin esfuerzo, conseguí descifrarlas:

«Quand je veux partir. Pour Bruno».

El pecho se me puso del revés cuando vi mi nombre. Con todo lo que había pasado ni me había parado a escucharla o a leer lo que Emi había escrito un día de forma casi ilegible.

Pero sus cintas nunca llevaron ningún nombre, por lo que esa cinta era especial, inédita. ¿Era algún tipo de mensaje que ella había dejado allí, esperando que yo lo encontrara? Pulsé el *Enter* y la respuesta apareció ante mí:

«Cuando quiero irme. Para Bruno».

Esa era la canción que había sonado mientras ella se marchaba en el barco de Eloy Bellacasa. Mi mente funcionaba a toda velocidad y mi pecho subía y bajaba como un martillo neumático. «Emilia quería que te diera esto. Pasó por aquí unos días antes de que ocurriera todo», me dijo Nanette al darme el sobre con las fotos.

Se me escapó una lágrima al entender que ella quiso huir, no suicidarse. Quería ir a París y esperaba que yo la siguiera. Quiso hacer pasar todo por una explosión accidental y algo salió mal. Ella, que siempre me había echado en cara que no la siguiera.

Una chispa del destino me arrebató la posibilidad de estar con ella, pero podría vivir tranquilo con el consuelo de creer que nuestro amor le importó hasta el final.

Al día siguiente me despedí de Inés, Federico y el otro Bruno por segunda vez y conduje hasta Madrid. Aproveché una parada para gestionar por teléfono la compra de un billete de avión a París, con vuelta el día de Nochebuena. Recuerdo la emoción en ese trayecto. Aquel viaje que nunca hicimos sería mi manera de sentir que estábamos juntos de nuevo, ahora que estaba seguro de que había acabado todo.

Me permití el lujo de coger un taxi tras desembarcar en el Aeropuerto de París-Orly, al que le indiqué que fuera directamente a la rue Crémieux. Después de pagar una cantidad ingente de dinero por un trayecto de veinte minutos, me quedé quieto, algo decepcionado por la imagen.

Nada más poner un pie en la calle, cuyo estrecho arcén estaba copado casi en su totalidad por maceteros que contenían plantas de medio metro, intenté comprender la magia de aquel sitio con marcos de colores y cubrepersianas azules. Paso a paso, lo fui entendiendo.

La calle no era muy larga, pero conseguía (y lo sigue haciendo) atrapar a cada viandante entre sus paredes, haciéndole olvidar que se encuentra en la gran capital francesa: rosa, amarillo, azul, verde, turquesa… las paredes de cada uno de los treinta y cinco bloques que habían maravillado a Emilia Lamoreaux consiguieron cautivarme desde el décimo paso.

Años después el auge de las redes sociales provocó que cada vez hubiera más afluencia de público en el lugar, hasta el punto de cerrarlo para los viandantes.

Sentí la necesidad de contarle a alguien todo lo que estaba sintiendo y, tras pensarlo bien, decidí matar dos pájaros de un tiro llamando a Nanette. Tuve que hacerlo varias veces para conseguir dar con ella.

—*Allô?*

—¿Nanette? Soy Bruno.

—Brunito. *Ça va?*

—Perdón por llamarte así, de sopetón. Necesitaba contarle a alguien que ayer hablé con Tino:

él era el encapuchado que buscábamos, pero sólo quería ayudarla. Sé que fue a verte aquella noche…

No escuché ni un sonido de respuesta al otro lado.

—Nanette, Emilia no quería suicidarse. Puedes pensar que estoy loco, pero creo que el sobre que me entregaste era una pista, tal y como me dijiste. ¡No lo supe ver antes! Encontré una cinta que ella escuchaba cuando quería ir lejos. Estoy seguro —seguí diciendo, con la voz rota— de que sólo quiso simular su muerte pero que todo derivó en un accidente. ¡Fue un maldito accidente! Quiso fingir su muerte para huir lejos y le salió mal. Sé que no es consuelo, pero quería que lo supieras.

—Entiendo.

—Ahora estoy en París, en su calle preferida. Creo que vivió aquí al lado junto a una amiga tuya cuando estaba en la universidad. Ojalá hubiera podido venir con ella.

Un pequeño llanto se asomó al otro lado de la línea.

—Bien hecho, querido. Bien hecho —dijo—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Supongo que visitaré más a menudo a mi hermana. Me gustaría ir a verte.

—Ojalá así sea.

—Sí… —Otro silencio, fugaz—. Nanette, Tino también me contó lo que pasó con los padres de Emi. Debió de ser duro para ella cargar con la culpa tanto tiempo. Entiendo por qué lo hizo.

Ella me preguntó qué creía saber y resumí como pude el relato que Emi había contado a Tino.

—Sí que debió ser duro. Cargó con la culpa, pero jamás fue la culpable.

Capítulo cincuenta y nueve

***24 años antes** del funeral*

Lo que yo no supe ver, a mis siete años, fue todo lo que había hecho Nanette por esa niña antes de llegar a la casa de al lado.

Nanette era en muchos sentidos una persona excepcional, pero hasta aquella conversación por teléfono, estando yo en París, no pude imaginar la fortaleza mental que tuvo que presentar para que su sobrina sobreviviera.

Los mejores momentos de su vida estaban ligados a su sobrina Emilia, que conseguía que Nanette olvidara por unas horas lo tediosa, anodina e insustancial que le resultaba su vida.

Las unía una conexión especial, más fuerte que la que Nanette hubiera sentido nunca, hasta que encontró el amor que tantas veces le había sido negado. Decidió entonces empezar de cero, lejos de casa, con la firme promesa a su sobrina de volver para verla todo lo que le fuera posible. En una de las visitas a su hogar, Emilia le explicó a Nanette lo que ocurría cada noche, con la esperanza de que hiciera algo al respecto.

—Quiero que desaparezcan. Que se mueran. ¡Tengo miedo! —suplicó.

Nanette habló con su hermana, que se indignó ante una acusación tan grave, gritando improperios y llamándola desagradecida por todos los años en los que había sido su único sustento económico.

Y así estuvo la cosa durante unos meses, mientras Nanette valoraba denunciarla ante la policía francesa. En el fondo de su ser pensaba que era tan probable que fuera verdad como que todo hubiera surgido del rincón más oscuro de la mente de su sobrina. Y, de todos modos, tenía las de perder: jamás prosperaría el testimonio de una mujer de mediana edad lesbiana, que fumaba marihuana y no tenía estabilidad ninguna frente a su hermana, ciudadana modelo con una familia de revista.

El problema era que su sobrina no mentía. No a ella. Y que en cada visita enseñaba nuevas marcas. Y el alijo de somníferos que, por su parte, había recopilado mientras (decía) su padre la violaba y ella simulaba dormir. Y que insistía en que mamá lo había visto, pero que cerraba la puerta con cuidado sin hacer nada para impedirlo. Y que cada vez que veía a Emi esta suplicaba más desesperada, más triste y menos niña.

Nanette no aguantó más. No podía permitir que aquello le siguiera ocurriendo a la persona que más quería en el mundo, por lo que decidió tomar cartas en el asunto. Le costó mucho tomar una decisión que destrozaría su vida pero que salvaría la de la joven.

Aprovechando que era verano y que había conseguido reunir algo de dinero gracias a sus primeros ingresos en España, regaló a la familia un fin de semana en Dieppe en falsa señal de reconciliación.

Por su propia insistencia alquilaron un barco para el fin de semana, aunque sólo pasearon todos juntos el sábado, casi en silencio.

—Hoy vamos a dejar que papá y mamá se vayan, y nos vamos a quedar nosotras —explicó después Nanette a su sobrina—. ¿Te parece bien que den una vuelta en ese barco tan bonito y nos quedamos tú y yo solas?

—¡Sí! —exclamó Emilia.

—Vamos a preparar una bolsa para ellos, ¿vale? Que vean esta alegría que tienes antes de irse.

Su hermana coincidió en que era una gran idea y, a pesar de tener que insistir, logró que su marido accediera.

Ese día, en Dieppe, llevaría a cabo su plan. No hace falta demasiado para crear una solución orgánica como el peróxido de acetona, si sabes cómo hacerlo:

Acetona, como la que tenían en casa para disolver la pintura de la barandilla exterior;

agua oxigenada, disponible en cualquier botiquín de cualquier casa;

bicarbonato de sodio, disponible en farmacia, sin receta, para la acidez;

y ácido sulfúrico, base de muchos limpiadores de desagües.

Vio que la niña, mientras preparaba la bolsa, machacaba la cantidad ingente de somníferos recolectada para meterlos a escondidas en la botella de vino, diluirlos en la cantimplora de agua e incrustar lo restante en la hogaza de pan. Al menos, pensó, no sufrirían. No fue difícil, mientras tanto, ajustar un dispositivo de iniciación tan básico como su reloj, manipulado para funcionar como interruptor.

—¡Brindad por nosotras! —gritó Nanette, desde el puerto.

Después de la llamada, el sentimiento de culpabilidad y todo lo que fue después, volvieron a casa. Según me contó Nanette, la niña se abalanzó sobre ella para estrecharla entre sus brazos.

—No fue por ninguna explosión —dijo la niña al cabo de un rato—. Yo los envenené.

—Emi, cariño, tú no los envenenaste.

—Me estaban haciendo mucho daño.

—Tranquila, tranquila. Mírame. Tú no tienes la culpa.

—Yo sólo quiero estar contigo. Tú no me haces daño.

—Te prometo que jamás dejaré que te hagan daño —dijo Nanette, que empezó a llorar mientras la estrechaba con fuerza.

La solución química, que había tardado días en hacer, era de lo más inestable si no se secaba bien y se tomaban las medidas adecuadas para transportarlo. Si había asumido el riesgo de que el fuego la devorara mientras lo preparaba sólo fue porque prefería ser consumida por las llamas que dejar a la niña más increíble del mundo creciendo en el infierno.

No le dijo que en realidad no tuvo la culpa. No le dijo que, en realidad, ella había matado a sus padres.

Capítulo sesenta

***17 días después** del funeral*

—¿Qué quieres…?

—Ella sólo quería protegerme, igual que yo hice con ella. Por eso contó esa historia asumiendo la culpa, pero al final supo la verdad. Yo maté a mi hermana y a su marido. ¡No podía permitir que siguieran haciéndole daño!

—¿Alguien más lo sabía? No entiendo por qué Emi iba a mentir en… Nanette, yo… no sé qué decir.

—Pues no digas nada, Brunito.

Silencio, sepulcral.

—Espero —dije— que si la quieres y es lo que deseas, Evita vuelva. Lo importante es que estés bien. No juzgué a Emilia por lo que hizo y tampoco soy capaz de hacerlo contigo.

—Ya lo veremos. Disfruta de París, querido.

Colgué, algo bloqueado.

No dejé de observar a un señor mayor que barría la puerta de su casa. Tenía un bigote grueso y el pelo plateado apenas le cubría la cabeza. Cuando se percató de que le estaba mirando, sonrió. Me acerqué a él y, tras un momento de duda y echando el cuerpo hacia atrás, hice un círculo con el dedo índice apuntando al cielo.

—¿Emilia Lamoreaux? —pregunté. Él puso cara de no comprender. Repetí el gesto y mis palabras, acompañándolas de una nariz arrugada y un movimiento de cabeza que negaba—. Emilia Lamoreaux, ¿no?

Él se encogió de hombros y volvió a sonreír, sin dejar de levantar polvo. Me incliné en señal de agradecimiento y, aunque mi intención era continuar caminando entre las casas de colores, una idea cayó sobre mí como un relámpago, haciendo que me diera la vuelta.

Volví a levantar el índice. Volví a hacer un par de círculos concéntricos en el aire. Y volví a preguntar, intentando afinar al máximo mi nulo acento francés:

—¿Françoise Hardy? ¿No?

—*Françoise? Tu veux dire Fraswa? Comme le célèbre chanteur?* —Levantó las cejas hasta el cielo—. *Fraswa 'Ardy?*

—¡Sí! —exclamé, señalándole—. *¡Fraswá* Hardy!

Él pareció recordar algo y señaló con la escoba en dirección a un bloque verde cuya puerta estaba coronada por el número veintiuno, a pocos metros.

—*¡Fraswa 'Ardy!*

Le di las gracias en francés y en español y otra vez en francés, haciendo incontables reverencias mientras volvía sobre mis pasos que, aturdidos, casi me hacen tropezar.

Golpeé la puerta sin pensarlo. Cuando se abrió me topé con una sonrisa perfecta y con las pecas que habían deslumbrado al mundo; ahora parecían brillar como nunca. Dos ojos se clavaban en mí, uno de ellos con un corazón. Yo balbuceé, con la boca abierta, pensando que me había vuelto loco y sin parar de temblar.

Me faltaba el aire.

En su cuello, un colgante viejo que apenas había costado dinero y que sin embargo valía más

que todo el oro del mundo.

—No estés nervioso, te lo contaré todo —dijo Emi—. Nanette me ha llamado, me ha dicho que estabas aquí.

—Pero, no es posible. No puedes haber hecho esto. Tú apareciste…

—¿Por qué no vienes?

Tiró de los pliegues de mi abrigo hacia ella, demostrándome que no era una burda alucinación.

—¿A dónde? —pregunté, asustado.

—A mi mundo.

Capítulo sesenta y uno

***3 meses y una semana antes** del funeral*

Emilia no podía más. No aguantaba su vida, ni a César, que andaba tirándose a alguna desconocida, ni su trabajo, ni ningún ápice de su existencia. Todo le hacía preguntarse si en realidad no era el imán de toda la oscuridad que acababa rodeándola. Se dijo, incluso, que era culpa suya que su padre hubiera abusado de ella.

Era una egoísta y se sentía más ser que humano.

Después de estar llorando sola durante horas, en el peñón, se dirigió a hablar con su tía. Se conocía lo suficiente para saber que estaba cerca de hacer una tontería, otra vez.

Como cuando destrozó su habitación antes de atiborrarse de pastillas de Evita o hizo lo propio en el barco de la vergüenza, con Tino. En sendas ocasiones había procurado que hubiera alguien cerca porque en el fondo no quería morir. Lo que quería era tener otra vida, diferente.

Trece años antes, ella misma me había dicho que «no era tanto por querer morir como por querer dejar de vivir, en algún momento». Lo único que quería era dejar de vivir su vida y eliminar aquello que la atormentaba como un martillo neumático incrustado en la zona de los recuerdos.

Avanzó con paso firme hasta la casa donde se había criado, junto a la única persona que siempre había permanecido a su lado y la había protegido. Aunque hacía meses que se evitaban, sabía que la perdonaría por todo lo que había dicho y por no haberla hecho caso con lo de César. Por no haberla correspondido como se merecía.

Llamó a la puerta y quedó esperando, mientras se pasaba las manos por la cara como intentando borrar la tristeza que la teñía y sin sospechar que ella misma sería el catalizador del tercer destello vital de Nanette y Evita. Se giró para comprobar que la ranchera y el Ford estaban allí aparcados: era raro que no contestara nadie.

Volvió a llamar al timbre, con la firme intención de no irse hasta que la dejaran entrar. Aunque nunca supo decirme cuánto tiempo había pasado, sí sabía que se le había hecho eterno. Se maldijo por no tener las llaves encima y empezó a patear, con la suela y todas sus fuerzas, la puerta. Al ver que no funcionaba, comenzó a golpear la ventana con insistencia. Y Evita abrió.

—No es un buen momento, Emilia —dijo, a través del estrecho espacio que había dejado entre ambas.

—Quiero ver a mi tía.

—Ahora mismo está indispuesta y lo último que necesita es que vengas a molestarla.

La preocupación le embargó: ¿le había pasado algo a Nanette? ¿Había sido por su culpa? Emi se mordió el labio y la fábrica de lágrimas volvió a ponerse en funcionamiento.

—Por favor, te lo suplico. Necesito verla.

—Lo siento, pero no es el mejor momento —contestó, antes de intentar cerrar con suavidad —. Será mejor que vuelvas mañana u otro día.

Emilia fue más rápida y consiguió atrancar la puerta golpeándola con el hombro, lo que hizo que Evita diera un grito muy agudo.

La joven avanzó, pero la mujer la tiró del pelo para evitar que entrara. Emi, rabiosa, le

mordió el brazo y, mientras Evita gritaba de dolor por la dentadura recién marcada en surcos de sangre, corrió escaleras arriba.

—¡Nanette! ¡Nanette! —gritó.

Evita la persiguió, gritando desquiciada.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡Fuera de aquí!

Al llegar al cuarto de su tía la imagen la dejó bloqueada: estaba sentada en el suelo agarrándose una pierna, con una brecha en la cabeza que le teñía media cara de rojo y la espalda apoyada en la cama. Sonrió a su sobrina, mirándola como desde otro mundo.

—*Ma chère*.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Fuera de aquí! —gritó Evita, que la agarró del brazo al alcanzarla. Emi se zafó sin problemas—. ¡Estás loca! ¡Voy a llamar a la policía!

—Déjala —intervino Nanette, casi en un susurro—. Deja de decir tonterías y vete de una vez.

—Oh, Nanette —dijo Emilia, que se quitó la camiseta para después empezar a limpiar la herida.

—No es nada, no te preocupes…

—¿Tú le has hecho esto? —preguntó Emi, con las lágrimas inundándole la cara y sin dejar de limpiar la cara a su tía.

—Hemos discutido y nos hemos puesto nerviosas las dos —aclaró Nanette, que miraba a Evita con decepción.

El incómodo silencio sólo se rompía con la respiración agitada de Evita, que se sujetaba el brazo a la altura del mordisco.

—Ha sido tu culpa, como siempre —dijo por fin, sin moverse de la puerta.

Emi intentó contener sus lágrimas, mirando a los ojos de su tía. No entraría nunca más en las provocaciones de Evita: ella no era una mala persona, pero había tenido la mala suerte de cruzarse con algunas en su vida. Le pidió perdón a Nanette con los labios, sin emitir ni un sonido.

—¿No me has escuchado? —insistió Evita—. Discutíamos por ti, como siempre. Nanette —añadió—, mi familia me ha abandonado porque he decidido estar contigo. Me han dado la espalda y mi hijo ni siquiera me habla. ¡Por Dios! ¡No sé ni a dónde han ido! Y les dije que adelante, que me daba igual. Por ti. Y tu sobrina —añadió— no está bien, lo sabes tú, lo sabe todo el pueblo y lo sabe ella misma. Sólo te ha traído problemas. Te ha jodido la vida y tú ya has dado todo por ella. ¡Despierta de una vez, Dios santo! ¿Así me pagas todo lo que he hecho por ti?

—¡Vete! —gritó Nanette, con la voz ahogada.

A Evita el gesto se le torció más aún. Tras unos segundos, en los que casi echaba espuma por la boca, empezó a hablar muy rápido.

—¡Estás arruinada! ¡Y no permitiré que la elijas a ella antes que a mí! ¡He cambiado los permisos e ingresos de todos tus negocios y no vas a poder producir nunca más por tu cuenta! ¿Me oyes? ¡Me necesitas!

—Vete —insistió Nanette.

—¿Que yo me vaya? ¿Que yo me vaya? —preguntó Evita, que tenía los ojos fuera de sus órbitas—. Esta casa es mía. Con suerte podrás comprar un billete para volver a París. ¿Es eso lo que quieres? ¿Acabar pidiendo limosna allí?

Nanette se revolvió en su sitio y Evita volvió al ataque:

—¡Iré a la policía y les contaré lo que hiciste con tu hermana!

—¡Cállate!

Emilia se levantó, muy despacio, y miró a las dos de forma alternativa.

—Nanette, ¿de qué está hablando?

—¿No lo sabes? —preguntó Evita, a quien el brazo se le había teñido de rojo—. ¡Ella mató a tus padres!

—Llevas… años… —empezó a decir Nanette—… amenazándome con esa historia cada vez que he intentado darte de lado, pero ya me da igual. Ve y cuéntalo. *Allez*. ¡Pero vete de una vez! —gritó desesperada.

—Fui yo —dijo Emilia—. No hace falta que me protejas, Nanette. ¿Es por esto que has estado aguantándola toda la vida? No puede demostrarlo.

—Es complicado —contestó Nanette—, pero ella dice la verdad. No fuiste tú. Lo siento… lo siento muchísimo… lo hice por ti… para protegerte…

Sobrina y tía se abrazaron sin poder sujetar las lágrimas y Evita no pudo contener una risa histriónica, que salía directa de un pozo de odio.

—Nunca estarás por delante de ella. ¿Entiendes? —gritó Nanette—. Hace mucho que te dejé de querer, y ahora me dan igual las consecuencias.

—¡Me has jodido la vida y pienso hacer lo mismo! ¡Os voy a joder la vida! ¡Vas a ir a la cárcel! ¡Psicópatas!

—¡Que te vayas! —gritó esta vez Emilia.

Evita lanzó un gritó animal antes de tirarse sobre ella y Emi giró sobre sí misma, empujándola y haciéndola caer al lado de Nanette. Se quedó allí, unos segundos, parada.

—¡Vete! —gritó Emilia —. ¡Vete de aquí!

Evita no respondió y un reguero de sangre se extendió por el suelo.

Sus ojos, abiertos y clavados en la nada. La esquina de la cama le había partido la nuca, matándola al instante.

Capítulo sesenta y dos

***3 meses antes** del funeral*

Emilia me contó que Nanette no tardó en perdonarla, aunque, a pesar de todo, Evita había sido el amor de su vida. Ella tampoco tardó en perdonar a Nanette, aunque, a pesar de todo, eran sus padres.

En contra de lo que pueda parecer, escuchar de boca de Nanette lo que había pasado la noche en la que perdió a sus padres, paso por paso, fue una revelación sanadora que hizo que Emilia se sintiera otra persona, preparada para vivir una vida plena. Preparada para dejarse querer. Más liviana, más humana, más viva. Los fantasmas de sus padres desaparecieron para ser sustituidos por Evita, quien, en su imaginario, le decía que no se preocupara. Que sabía que había sido un trágico accidente.

Fue mientras limpiaba la habitación en profundidad unas horas después, utilizando un cepillo de dientes con agua oxigenada, cuando se le ocurrió: una explosión como la que le había destrozado por dentro serviría para empezar de nuevo. Fingiría su muerte, cambiaría de identidad. Si lo que le había dicho su tía era verdad sólo necesitaba tres ingredientes más. Era la única manera para proteger a Nanette y poder empezar de cero.

Vistió a Evita con su vestido preferido y le susurró al oído que sentía que todo hubiera acabado así. Luego envolvió el cuerpo en bolsas de basura y un día después, cuando comenzaba a oler, lo metió en mitad de la noche y con la ayuda de una Nanette que no dejaba de llorar en el maletero de la ranchera.

Lo llevaron hasta el barco de Eloy Bellacasa para después aparcar el coche lejos del puerto: desde allí pondría rumbo a París y luego se desharía de él en un desguace. Con suerte, a esas alturas, nadie se preocuparía de su desaparición hasta pasado un tiempo. Por otro lado, si encontraban el cadáver en el barco de ese hijo de puta antes de tiempo, con suerte sería juzgado de una vez: aunque fuera por algo tan distinto, cualquier castigo para quien abusara de los indefensos estaba bien. Pero ese no era su plan.

Agua oxigenada, acetona, bicarbonato de sodio y ácido sulfúrico. Ayudó a su tía a preparar la mezcla en el sótano, por mucho que esta insistiera en que saliera de casa por si algo salía mal. En los siguientes días hizo una llamada para cambiar el beneficiario de su póliza, ordenó sus cosas y empezó a planear su nueva vida. Por fin podría ser lo que siempre quiso ser y estar donde siempre quiso estar. Pero faltaba algo. Lo único que quería mantener, junto a Nanette, de su antigua vida: yo. Me dijo que sabía que la encontraría, que sabía que descubriría la verdad. Que esperaba que, al final, fuera detrás de ella.

Y que, si era así, ya habría respondido a su pregunta.

Ya sabría que la quería.

Capítulo sesenta y tres

***Una vida después** del funeral*

No me juzguéis demasiado, ni a Emi tampoco. No os quise decir que he compartido más de cuarenta y ocho años con ella antes de tiempo porque necesitaba que os sintierais como yo me sentí. Tampoco juzguéis a Nanette por hacer lo que hizo: el mundo está mejor sin ciertas personas. Después de todo, aunque tuvimos que esperar, al final tuvimos una vida excepcional. Una vida tan de verdad que a veces me ha parecido de mentira. Qué suerte tuve de que esos bucles dorados llegaran a la casa de al lado. ¡Qué privilegio haber compartido mi existencia con ella!

No ganó ningún Óscar ni fue la cantante más famosa del planeta, pero fue el mejor ser humano que he conocido.

Se pudo dedicar a dar clases de canto durante el resto de sus días, navegamos por todo el mundo y aprendí francés.

Nanette nos visitó muy a menudo después de mudarse a París y mi hermana y Federico me dieron un sobrino que acabó siendo periodista, como su tío. Doy infinitas gracias al universo por todo lo bueno que me ha tocado vivir.

Los dos corazones de Emilia dejaron de latir en nuestra casa de la rue Crémieux mientras dormía, tras cumplir setenta y nueve años. Se fue en paz, rodeada de emilitas, con nuestros dos hijos sosteniendo sus manos en el último suspiro y con los hijos de estos durmiendo en el salón. De fondo, la otra Françoise Hardy.

Si preguntáis por ella en nuestra localidad habrá gente que aún la recuerde. Tuve la suerte de que fuera mi primer amor, pero también el último.

En la buhardilla donde escribo estas páginas reflexiono, inmerso en una paz difícil de describir, que lo mejor del amor es la sensación de que será eterno. Y sobre el hecho de que, aunque nada ni nadie lo sea, siempre se puede desafiar al tiempo escribiendo su historia.

Ahora sé que Emilia Lamoreaux vivirá para siempre en estas páginas.

Mi irrepetible
y ahora eterna
niña del corazón en el ojo.

Capítulo sesenta y cuatro

Carta sobre la tumba de Emilia Lamoreaux

Porque soñar no es bonito, soñar es una mierda. Lo bonito es hacer tus sueños realidad.

Porque pase lo que pase no voy a convencerte de nada. No voy a decirte, otra vez, que todo es real. No voy a explicarte cómo siento que te sientes cuando estamos en un diámetro de dos metros. Y mucho menos cómo me siento yo.

Porque pase lo que pase no voy a mentirte, ni siquiera si llegado el momento estoy bien. Porque pase lo que pase no voy a odiarte, ni a dejar de echarte de menos. No voy a dejar de pensar en lo grandioso que podría haber sido, si no es.

Porque no voy a prometerte que me quedaré aquí esperando para siempre, pero sí que jamás me arrepentiré del tiempo esperado. Porque arrepentirse es de cobardes y tú me haces valiente.

Porque la casualidad no es lo mismo que la causalidad y porque llevo una vida entera luchando por esta causa, fruto de la casualidad. Porque probablemente sea la casualidad más bonita con la que me has encontrado. Porque yo te busqué, y tú me encontraste.

Porque pase lo que pase seré feliz, pero, si es sin ti, mucho menos feliz de lo que podría haber sido.

Porque pase lo que pase siempre creeré que nos quedará París.
Porque sé que te quiero
y que siempre lo haré.

Gracias por leer *La niña de corazón en el ojo*

Empecé a escribir este libro hace muchísimo tiempo (más de seis años antes de su publicación). Sin saberlo, estaba escribiendo sobre el color y las flores preferidas, el olor y el pelo de Isabel, a quien agradezco enormemente su comprensión en cada noche de abandono y su paciencia frente a mi impaciencia mientras lee cada manuscrito, señalándome cada párrafo o argumento que no funciona y aquellos que debo blindar. Todo lo bueno de Emilia es suyo, incluyendo la mota con forma de corazón del ojo. Gracias, en mayúsculas, por llevar a nuestro hijo en tu vientre y sacar fuerzas y tiempo para mis letras.

La novela, que en un principio iba a titularse El primer amor de Emi:yo *y después* Un martes cualquiera, *ha pasado por más de seis versiones… qué digo cinco… ¡decenas! Es más, ¡centenas! ¡millares! Un desarrollo infinito que se volvió finito para que al final llegara a tus manos y tuvieras en consideración leerlo.*

GRACIAS A TI por invertir tu tiempo en leer. Y muchísimas más por invertir tu tiempo en leer ESTE libro. Ya sabes que lo que queda escrito es lo único que aspira a la eternidad. Aunque mi aspiración sólo es que hayas disfrutado, sí que te agradecería hasta el infinito (es la mayor ayuda que me puedes prestar) que la valoraras como consideres en la plataforma donde la hayas adquirido. Incluso me permito la desfachatez de pedirte que la recomiendes. No te haces una idea de lo que supone para un escritor en términos de difusión, alcance y visibilidad.

Gracias a Marta Gutiérrez, la correctora, por su paciencia a la hora de recibir el original y el respeto a mis muchos retrasos en la entrega del mismo. Al final lo conseguimos.

Gracias a ti, papá, estés donde estés, por hacerte sentir siempre de alguna manera, especialmente mientras escribo. Este libro lleva tantos capítulos como vueltas al sol diste.

Gracias a todos los músicos franceses a los que he robado su banda sonora, en especial a Françoise Hardy.

Y, por último, quiero nombrar a Antonio, Ato. Estoy convencido de que ningún otro ilustrador podría haber plasmado, como él en la portada, la esencia del libro en una sola imagen. Fueron semanas de trabajo, síntesis y puro boxeo con un concepto que al final me dejó maravillado. ***¿O es que no os habéis dado cuenta de que ya teníais la respuesta?*** *Os invito a dar la vuelta a la portada y entender de lo que estoy hablando. Emilia, como ocurre en muchísimos casos, estaba desesperada por huir. Pero jamás llegó a hundirse: quería volar muy lejos, a las estrellas. Si queréis ver más de este ilustrador no dejéis de visitarlo en Instagram en su cuenta @atolonia_*

Si tienes cualquier observación, duda o simplemente quieres charlar, puedes contactar conmigo en mis redes sociales donde soy @pabloalma_ o también puedes escribirme a pabloalmaescritor@gmail.com. Te contestaré tan rápido como me sea posible.

Nos vemos entre líneas. Te envío sinceros, intensos y agradecidos abrazos.

Referencias

[1]La mer a bercé mon cœur pour la vie: *El mar acunó mi corazón de por vida. / Extracto de la canción La mer (El mar), composición original del compositor francés Charles Trenet (1913-2001) y la más famosa de sus canciones. Fue grabada en 1946 y se han realizado más de 400 versiones. Una pieza maravillosa, incluso para personalidades contrarias a casi todo lo francés (véase Juan Gómez-Jurado[2]).*

[2]Juan Gómez-Jurado / *Escritor, locutor, periodista y showrunner conocido, principalmente, por su aversión a todo lo francés.*

[3]Et nous naviguerons sur la mer qu'on voit danser, le long, des golfes clairs. A des reflets, d'argent. La mer, des reflets changeants, sous la pluie: *Y navegaremos por el mar, que baila a lo largo de los claros golfos y tiene reflejos plateados. El mar de reflejos cambiantes bajo la lluvia. / Extracto de la canción La mer, de Charles Trenet.*

[4]Chacun voit midi à sa porte: *la traducción literal es «todo el mundo ve el mediodía desde su puerta» / En francés esta oración significa que todos vemos las cosas a nuestra manera por muy objetivos que tratemos de ser.*

[5]Ma chère: *Mi querida.*

[6]On me dit que nos vies ne valent pas grand chose: *Dicen que nuestras vidas no valen gran cosa. / Extracto de la canción «Quelqu'un m'a dit», que pertenece al álbum publicado con el mismo nombre, en 2002, por Carla Bruni.*

[7]You are the one for me, for me, for me, formidable*: Eres para mí, para mí, para mí formidable. / Extracto de la canción de Charles Azanovur de 1964 «For me, formidable».*

[8]Tous les garçons et les filles: *Todos los chicos y chicas. / Título de la canción grabada en 1962 por Françoise Hardy, que llegó a ser una de las canciones francesas más conocidas (más de 700.000 ejemplares vendidos solo en Francia).*

[9]Quand l'un d'entre eux manquait a bord, c'est qu'il était mort*: Cuando faltaba uno de ellos a bordo, es que había muerto. / Extracto de la canción «Les copains d'abord» de Georges Brassens, que dio título al disco publicado por el artista en 1964.*

Título: La niña del corazón en el ojo
Primera edición revisada: septiembre de 2021

© 2021, Pablo Alma / Pablo Álvarez Amaro
© Diseño de portada y maquetación: Antonio Ordónez (@atolonia_)
Corrección del manuscrito: Marta Gutierrez (@marta.gutba)

Todos los derechos del siguiente manuscrito quedan reservados. Queda prohibida su reproducción, alteración, retransmisión, copia y/o redifusión total o parcial, bajo cualquiera de sus formas (electrónica o no), salvo pasajes breves para reseñas o citas, siempre y cuando se mencione la fuente y al autor. Al respetar estos derechos apoyas a los autores, a sus obras y permites que se sigan publicando libros. Así que gracias por la parte que te toca :).

Twitter: @pabloalma_ | Instagram: @pabloalma_